EL ARTE de Amar

ITZEL BRISEÑO



EL ARTE
DE AMAR

ITZEL BRISEÑO



© Itzel Briseño, 2023

Todos los derechos reservados.

Que absolutamente prohibido replicar parcial o totalmente

esta obra, ya que estaría infringiendo derechos de autor.

Elementos de portada: Shutterstock ©

Diseño de portada: Itzel Briseño

IG: ittzel_briseno

A las palabras, que me han dado mucho.

"El Arte nos hace libres"
-Úrsula K. Le Guin

1

El despertador sonó tan fuerte que pude sentir cómo penetraba mi cráneo. Me apresuré a apagarlo y miré a mi alrededor. Estaba solo entre las sábanas blancas con la luz matinal estrellándose en el cristal del ventanal. Las cortinas estaban abiertas, lo que permitía que la iluminación del sol se derritiera sobre el piso. Me incorporé sobre el colchón y me aparté el cabello del rostro.

El ruido en el baño me hizo saber que Allison se preparaba para irse; vi el reloj: 7:00 am. Suspiré al ponerme de pie para dirigirme a la cocina. Después de haber puesto la cafetera pretendí buscar mi ropa de ese día, pero antes de poder regresar a la habitación, alguien tocó a la puerta.

Sabiendo quién era, abrí sin dudar.

—Buenos días —saludó Lázaro, quien iba con tres vasos desechables de café y una bolsa de donas.

—¿Qué hay? —Chocamos las manos en un saludo y lo hice pasar.

—Intenté llegar antes, pero el tráfico matutino es igual de horrible que el vespertino —sacudió la cabeza mientras se sentaba en una de las sillas altas dispuestas en la barra. Se volvió, tomando uno de los vasos-. ¿Acaso eso que huelo es café haciéndose?

—Sí, pero en vista de que traes una tanda ahí, creo que está de más —dije, pensando en apagar la cafetera.

—Claro que no; bebes demasiado café, amigo. ¿Acaso un artista no sabe separarse de él? —Sonreí, divertido.

—Casi mi amante —admití al tomar el vaso que él me tendía.

—Asegúrate de que Allison no te escuche decir eso —susurró, con diversión en los ojos—, por cierto, ¿dónde está ella?

—Alistándose para salir. ¿A dónde me dijiste que iban hoy? —Pregunté, recargándome en la barra que separaba el vestíbulo de la sala.

—Veremos a un informante. Estamos llevando a cabo la investigación de un par de fraudes que esperamos sean noticia en los próximos días.

—¿El lavado de dinero de *Gabrielle Cosmetic´s*? —Lázaro asintió mientras bebía café—. ¿No es peligroso meterse en asuntos de ese tipo?

—Somos periodistas, amigo, ese es nuestro trabajo —suspiró y dejó su vaso en la barra—. Pero veo que estás enterado del asunto.

—Bueno, Allison me tiene al tanto.

—Ya veo.

—¿Hablan de mí, acaso? —Inquirió ella cuando llegó a donde estábamos. No pude evitar contemplarla como siempre me ocurría por las mañanas. Su abundante cabello negro era tan llamativo contra su piel, y sus ojos color avellana me hacían quedar mudo. Ese día había optado por un veraniego vestido color turquesa y sus zapatillas altas que me provocaban miedo.

—Buenos días —saludó Lázaro en vista de mi mudez. Allison se limitó a sonreír; al dejar una mochila sobre la barra, tomó el café que su compañero le tendía—, ¿siempre se emboba de esa forma?

Me aclaré la garganta, dándole un sorbo a mi bebida.

—No lo molestes, a mí me encanta que haga eso —dijo ella, defendiéndome. Se acercó a mí para obsequiarme un beso en los labios y después arrebatar la bolsa con donas que Lázaro aun llevaba en la mano-. Te quedas con esto, nosotros ya nos vamos.

—¿No piensas desayunar? —Me apresuré a preguntar.

—No, cariño. Es muy tarde y quedamos de vernos con esta persona a las 8:00 am —suspiró mientras jalaba a Lázaro quien seguía bebiendo café.

—De acuerdo —compuse una mueca—, pero no olviden que hoy es la exposición a las 6:00 pm. Los estaré esperando.

—Aguarda —gruñó Lázaro, con el ceño fruncido—, ¿es hoy? Creí que era mañana a medio día —sonó tan desconcertado que no pude evitar reír.

Allison rodó los ojos, impaciente.

—Te dije que era hoy. ¿Dónde traes la cabeza? —Lo riñó ella, lo cual me hizo reír más. Alcé el vaso en forma de despedida y agregué mientras desaparecían por la puerta:

—¡No lleguen tarde!

—¡No podría! ¡Allison se encargará de eso! —Exclamó Lázaro, lo suficientemente alto para que me llegara la voz desde el pasillo. Sonreí al cerrar la puerta.

Apuré lo que me quedaba de café para meter las donas con todo y bolsa al microondas, y dirigirme a la cocina a detener la cafetera. Estaba de más hacer el café ya que no habría nadie quien lo tomara, pero Lázaro estaba en lo correcto: yo me había casado con esa bebida.

Suspiré mientras miraba a mi alrededor, observando esos detalles que Allison había logrado impregnar en el departamento: la pintura verde agua en las paredes de la sala, los cojines a juego en los sofás o incluso la alfombra persa en tonos verdes oscuros. Sin duda tenía un don para esto.

Las demás paredes, en su mayoría blancas, eran reinadas por cuadros que tenían mi firma en una esquina. Yo había repartido varios lienzos por la sala, nuestra habitación, y la cocina. En sí, la vivienda no era muy grande, lo suficiente para dos personas, pero las habitaciones eran amplias.

Habían pasado alrededor de tres meses desde que Allison y yo comenzamos a vivir juntos, y nos habíamos acoplado tan bien que los problemas eran pocos. Recordaba cuando nos conocimos, cómo poco a poco su día a día se fue uniendo al mío sin imaginar que llegaríamos a esto. Ella solía ser organizada, lo que me ayudaba a mí también, siendo mi estudio el único espacio de la casa hecho un desastre, pero Allison lo respetaba y no se metía con eso.

Despertando de mi ensoñación, regresé a la habitación para ver la hora.

-Mierda -saqué el primer cambio que encontré y me apresuré a tomar un baño.

-Lo siento, lo siento -rogué mientras tomaba asiento en la mesa reservada. La mujer que la ocupaba me miraba con severidad; cruzada de piernas y con esa línea tensa en sus labios, era casi un milagro que no se volviera piedra. Su cabello rubio entrecano, corto, estaba adornado con una diadema que hacía juego con su vestido.

—Siempre llegas tarde —me acusó, mientras llamaba al mesero.

—Lo lamento, yo sólo…

—No me des explicaciones, Esteban, siempre has sido así —me riñó. Suspiré, viendo la carta sobre la mesa—. Ya pedí por ti, así que no te molestes.

—¿Papá no te ha dicho que esa manía tuya es molesta? —Inquirí en tono bajo, pero como era mi madre, claramente lo escuchó. Sentí el golpe de su zapato en mi espinilla por debajo de la mesa. Reprimí una queja, aun cuando no pude evitar encogerme de dolor.

—¿Dónde está Allison? —Me preguntó en cambio. Alcé la vista, viendo los ojos oscuros de

mi madre, casi idénticos a los míos. Los de papá eran más claros, pero lo único que yo había sacado de él era la forma ovalada del rostro y su indomable cabello negro y lacio, aunque yo lo manejaba un poco más largo que sentía cómo rozaba el inicio de mi barbilla.

—Trabajando. Ella y Lázaro tenían que verse con una persona para una información —expliqué con rapidez, ya que no quería detenerme mucho en los detalles.

—Ese tal Lázaro nunca me ha caído bien. Se quiere robar a tu novia —sentenció, muy segura de lo que decía. Compuse una mueca.

—No es así; ellos se conocen desde antes de la carrera. Son casi como hermanos.

—Como digas. ¿No mostró interés en Chinami? —Me preguntó en el mismo momento en que el mesero llegaba con dos platos de fruta, una cesta de pan, una jarra de jugo y por supuesto: café. Más café.

—Gracias —sonreí. Mi madre le pidió que se retirara con un ademán de la mano. Una vez solos, me dediqué a responderle—: no son compatibles. Chinami es muy… —pensé en la respuesta—, indomable, tal vez. O desinteresada en el tema —bebí un poco de café.

La mujer frente a mí enarcó una ceja, mientras pinchaba un trozo de fruta. Estábamos en la cafetería de siempre; cada martes mi madre y yo desayunábamos juntos. Ya ni siquiera me molestaba en preguntar la hora o si llegaría o no.

Cada martes ella se presentaba. Y cada martes yo llegaba tarde.

—Pues más vale que Lázaro no lo tome como excusa para pretender a Allison, porque entonces te diré: «te lo dije» —se dedicó a comer. Suspiré, y decidido a cambiar de tema, le recordé la exposición de hoy—. Tu padre estará allí.

—¿Y tú?

—Esteban, sabes que no me gusta cómo expones tu vida en esas galerías. Deberías de conseguir un trabajo; sé oficinista, ganarías más de lo que ganas encerrado en ese departamento jugando a los colores —masculló, indiferente.

Fruncí el ceño, evitando mostrar cuánto me afectaba esa postura suya.

—He trabajado mucho para darme a conocer, gracias a eso mis pinturas se venden bien, madre, o al menos lo mejor que se pueden vender si tenemos en cuenta la situación. Si en algún momento te tomaras la molestia de ir a ver una exposición mía…

—Ya veremos —me interrumpió. Rechiné los dientes, obligándome a calmarme.

Terminamos de desayunar sin hablar de temas relevantes, por lo que al despedirnos sólo me dio un beso en la mejilla y subió al auto que la esperaba. Saludé a Morris desde fuera, quien me regresó el gesto con un ademán de la cabeza.

Era el chofer de mis padres, pero siempre había sido considerado parte de la familia.

Mis padres tenían dinero a montones, sin embargo, al haber decidido tomar mi propio camino, esas sumas extravagantes habían dejado de ser parte de mi vida.

Miré mi teléfono, esperando ver algún mensaje de Allison. Al no tener ninguno, le pregunté cómo le iba con el informante. Confiaba en ella, por supuesto; había estudiado con Lázaro la preparatoria y la carrera de periodismo; ambos lograron entrar a la misma emisora, y eran los encargados de encontrar las noticias más relevantes.

Los dos se habían puesto la meta de ser los mejores, y hasta ahora eran bastante reconocidos.

Trabajaban juntos la mayoría de las veces pero nunca, desde que los conocí, habían dado señales de algo más que de amistad y profesionalismo, al punto de que Lázaro se volvió un amigo mío también. Así que, ¿cómo desconfiar de ellos? Aun así, mi madre lograba meterse con profundidad en mi mente.

—Tierra llama a Esteban —se anunció una voz, sobresaltándome. Al enfocar la vista me

encontré con Chinami, quien me observaba con curiosidad. Parpadeé al ver sus ojos rasgados.

Chinami era prácticamente mi agente; la mitad de su tiempo trabajaba en la biblioteca, sumado a su trabajo como editora. Tenía familia japonesa de parte de su madre, por lo que sus rasgos asiáticos eran muy notorios en su cabello lacio de un color caoba y fino hasta los hombros, su piel pálida y frágil, que me daba la impresión de que podría rasgarse sólo con pasarle las uñas, y sus labios finos que tenían una combinación casi perfecta con su esbelta nariz.

—Hola —saludé sin emoción. Ella sonrió.

—Supuse que estarías aquí. Vine por ti para ir a preparar lo de la exposición de hoy.

—¿No estaba listo ya?

—¿Acaso lo hiciste tú solo? Porque de ser así, no me enteré.

—Pues… —negó con la cabeza y se puso detrás de mí para empujarme por la espalda hacia su auto rojo.

—Sabemos que no, así que no te molestes. Iremos a ver y dejaremos todo listo para la noche.

—Chinami… —comencé, dejándome llevar. Me interrumpió:

—Lamentaciones para después. Recuerda, hoy es el gran día, así que pon de tu parte. Tiene que ser todo perfecto.

—No estoy seguro —admití. Nos detuvimos y ella abrió la puerta del auto, no sin antes advertirme con un dedo.

—Nada de aguafiestas. La verdad es que no tienes de qué preocuparte, yo me encargaré de todo —aseguró con una sonrisa. Suspiré. A fin de cuentas, tenía razón.

2

—Llegaron los cuadros, señorita —interrumpió uno de los trabajadores que se encargaba de la galería.

—Perfecto —dijo Chinami, bajando el teléfono. Se volvió hacia mí—, ayúdalos a traerlos, ¿de acuerdo? Yo veré dónde se van a colocar.

—Seguro —musité, viendo cómo empezaban a bajar las pinturas. Iban envueltas de forma que no pudieran verse o estropearse. Salí hacia el auto justo en el momento en que dos cargadores batallaban con la pintura más grande, la cual peligraba en sus manos debido al tamaño—. Hey, cuidado, cuidado -ordené, molesto.

Alcancé a sujetarla antes de que se estrellara contra el suelo.

—Lo sentimos, es que es muy pesada—se disculpó uno de ellos. Los ayudé a cargarla al interior de la galería, la cual era pequeña; se encontraba en el norte de la Ciudad de México. Hasta ahora, con bastante esfuerzo de mi parte, mis exposiciones habían sido recibidas en diversas galerías, aunque no a museos de arte, pero esperaba cambiar pronto eso.

Nos llevó aproximadamente tres horas dejar todo listo y al terminar, Chinami se acercó a mí con su enorme sonrisa.

—¿Cómo te sientes? Es la primera vez que la prensa cubrirá una de tus exposiciones. —Asentí, mareado. Pareció percibirlo porque me preguntó—: ¿no te emociona?

—Sí, claro que me emociona. Sólo… estoy nervioso —admití, apartándome el cabello. Chinami me palmeó el hombro, seria.

—Tranquilo, todo estará bien. ¿Será Allison quien cubra la nota? —Inquirió, mientras desviaba la vista y bajaba su mano. Suspiré, desanimado.

—No. Ella y Lázaro cubrirán una información diferente; en su lugar creo que será un tal Enrique no sé qué —gruñí, viendo a la puerta para después ver el teléfono. Ningún mensaje—. Algo así me dijo.

—Comprendo —como si viera mi desánimo, se apresuró a agregar con más energía—, pero tranquilo. Ella vendrá, ¿no? Si lo piensas bien, creo que es mejor que lo cubra alguien más, porque así Allison estará a tu lado —. Alcé la vista con una sonrisa.

—Eso creo.

—Ya verás que sí -soltó un fuerte suspiro, y miró todo el alrededor—. Tenemos que ir a prepararnos para esta tarde, ¿vamos?

No me molesté en responder, sólo me limité a seguirla.

Llegamos a mi departamento en una hora. Las luces estaban apagadas y el silencio me dio la bienvenida, lo que me hizo saber que Allison no había regresado.

No esperaba que llegara pronto, ya que ella tenía un horario que cubrir a diferencia de mí, pero era extraño que no me hubiera respondido; tampoco se había conectado.

—¿Quieres café? —Le ofrecí a mi compañera, mirándola. Se había recargado en la barra mientras veía la soledad de mi casa. Me vio a los ojos y torció una sonrisa.

—No, es muy tarde. Agua está bien.

—De acuerdo —me adentré en la cocina y serví un vaso con agua. Café para mí.

—Bebes mucha cafeína —señaló, tomando el vaso que le tendí al verla entrar a la cocina. Sonreí mientras le daba un sorbo a mi bebida.

—No juzgues —pedí, para después sentarme y poder descansar. Chinami me imitó, viendo a su alrededor.

—Veo que Allison hizo un buen trabajo —comentó por lo bajo, concentrándose en la alacena.

—Sí, es muy buena en muchas cosas —admití, bebiendo café en intervalos de tiempo.

—¿Sabes? Cuando me dijiste que se mudaría contigo fue… una sorpresa, sin duda.

—¿Por qué no te agrada? —Quise saber, desviando un poco el tema. Ella parpadeó, sorprendida por mi pregunta.

—Nunca dije que no me agradara —se defendió mientras se recargaba en su asiento—. Allison es muy linda; he visto cómo te mira y las cosas que hace por ti. Su interés fue bastante evidente desde que se empezaron a tratar.

—¿Pero…? —Insistí, con el presentimiento de que había algo que no me decía—. Desde que te la presenté he sentido que hay tensión entre ustedes dos, y eso que ya tiene más de tres años.

Chinami se rio con ganas.

—Bueno, creo que ella piensa que la razón del por qué rechacé a su amigo Lázaro hace tiempo, se debe a que siento algo por ti —me atraganté con el café, escupiéndolo.

Miré a mi invitada en un intento de descifrar su mirada.

—Eso… —dudé un momento, aun cuando sabía la verdad—, ¿eso es cierto?

—Claro que no —zanjó mi agente, horrorizada, lo cual me hizo sentir ofendido y aliviado—. Eres un buen amigo. Guapo, sin duda, pero no mi tipo, y eso deberías saberlo después de años, Esteban. Sin embargo, creo que Allison cree que no podemos ser sólo amigos, y admito que es eso lo que impide que me agrade del todo —se sinceró, encogiéndose de hombros.

—Ella nunca me ha dicho nada de eso —musité, serio.

—No, por supuesto. Ella te respeta y la confianza que tiene en ti es lo que hace que no te diga nada, aunque apuesto que en algún momento, el tema de tu relación conmigo salió a colación entre ustedes —rio bajo, como si se imaginara claramente ese hecho. Se inclinó sobre la mesa hacia mí—. Es muy notorio tu amor por ella.

—¿Crees que pueda tener una aventura con Lázaro? —Le pregunté sin detenerme a pensarlo. Chinami enarcó las cejas, sorprendida.

—¿Eso has llegado a pensar? —Quiso saber.

—No, es sólo que… —guardé silencio al sentirme tonto—. Mi madre… cree que pueda ser así.

—Pues yo no. Disculpa que te diga esto, Esteban, pero tu señora madre es alguien con bastantes opiniones que, si me permites decirlo, debería guardárselas. Mira a Allison menos que yo. Imagino que cada que lo hace, tu novia está con Lázaro —se encogió de hombros—. Eso no significa que tenga razón.

Compuse una mueca. Chinami se levantó para acercarse a mí. Se impulsó para sentarse sobre la superficie de madera, lo que me hizo alzar la vista para contemplarla.

—Oye, tienes veintiséis años, creo que ya es hora de que seas dueño de tus propios pensamientos, ¿no crees?

—Sí, lo sé.

—Bien —me guiñó un ojo y bajó de un salto—. Tengo que irme; paso por ti en tres horas.

—De acuerdo -al llegar a la puerta, se despidió dándome un beso en la mejilla. Eran extraños los momentos en los que Chinami solía ser muy expresiva, ya que tenía costumbres propias de los japoneses. Mientras se alejaba, hizo un ademán con la mano para después tomar su celular.

Pude escuchar el eco de su voz al comenzar una llamada.

Suspiré, cerrando la puerta. Miré el departamento silencioso y limpio; en un intento de calmarme, saqué las donas que había traído Lázaro para poder acompañar mi bebida antes de darme una ducha. Eran deliciosas, como cada vez que él elegía algo.

Mi agente tenía razón: quizá mi madre opinaba más cosas de las que debería, y por mi parte tendría que hacer menos caso a esas insinuaciones.

Chinami y yo entramos juntos a la galería; ella había llegado puntual por mí, pero claro, yo no estaba listo. Faltaban veinte minutos para las cinco, que era la hora de la recepción, aunque unas personas ya habían hecho acto de presencia. Tragué con dificultad, sintiéndome ahorcado con la camisa. Ni siquiera llevaba corbata, porque de haberlo hecho sin duda haría de la experiencia peor.

—Hola —nos saludó una voz a nuestro costado. Nos volvimos para encontrar a Enrique no sé qué, quien cubriría la nota—. Ya tenemos todo listo —me hizo saber. Su camarógrafo estaba a unos metros ajustando su equipo. Asentí, mirando todo el alrededor.

—¿Y Allison? —Pregunté al reportero, sin poder evitarlo. Tanto Chinami como él parecieron advertir mi irritación, por lo que ella se aclaró la garganta y el muchacho, por su parte, apartó la vista.

—No lo sé. Había salido con Lázaro para cubrir una investigación, pero no regresaron a la oficina —me miró, apenado. Evité mostrar desconfianza y celos, así que sonreí.

—Entiendo.

—Quizá no tarden en llegar —se apresuró a agregar, incómodo. Asentí ya sin responder.

El reportero se acercó a su camarógrafo para huir de nosotros.

—Tranquilo, Esteban, no es necesario hacer un escándalo —me advirtió Chinami, con una sonrisa. Fruncí el ceño.

—¿Quién está haciendo un escándalo?

—Sólo te aconsejo —se defendió ella, incómoda. Después sonrió—. Mira quién viene allí - señaló a la entrada; mi padre, vestido con traje, subía las escaleras. Iba solo; mi madre no apareció.

Al localizarnos se acercó a nosotros, saludó a Chinami y me dio un abrazo.

—Tu madre se sentía mal… —comenzó mi padre, pero negué una vez.

—No te molestes. Fue clara conmigo esta mañana al decir que no vendría —dije, ahorrándole el trabajo de mentir. Pareció aliviado, por lo que sonrió y palmeó mi mejilla.

Mi padre era un poco más alto que yo. Sus ojos eran castaños a diferencia de su cabello oscuro. Podía ver las arrugas en sus ojos, la barba en su mentón le daba un toque sofisticado, junto con ese traje.

Más personas iban apareciendo, dándole comienzo oficial a la exposición. Mi padre se alejó de nosotros para vagar por la galería, mientras algunos se acercaban a mí para hablar sobre las pinturas.

Sonreí la mayor parte del tiempo, al punto en que la tensión y los nervios desaparecieron, lo que solía pasar en las exposiciones que tenía. Con el paso del tiempo, estas habían aumentado, aunque era consciente del camino que faltaba recorrer para ser más conocido como artista. Había ganado compradores, y esta ocasión no fue la excepción, ya que algunos se presentaron con el paso de las horas, sobre todo agentes inmobiliarios, amantes del arte y uno que otro artista novato con quienes fue ameno conversar.

Chinami se unió a la plática, desenvolviéndose perfectamente en el tema.

Pasada una hora empezaron a transmitir en vivo la exposición. Que la prensa se hubiera presentado me daba a mí más oportunidades de llamar la atención con mis obras. Enrique se

acercó muy profesional, enfocando las pinturas más relevantes para después terminar conmigo en una entrevista.

Estaba a mitad de la sexta pregunta cuando vi a Allison entrar. Tropecé con las palabras, pero me obligué a apartar la vista de ella, y a concentrarme en responder, aunque mis ojos vagaban hacia la recién llegada, que iba con la misma ropa de la mañana, lo que significaba que ni siquiera había pasado por la casa.

—Bueno, seguiremos disfrutando de la exposición *Noches de verano* del artista Esteban Gordillo, aquí en la Galería Altiplano. Regresamos al estudio —y dicho eso cortó la transmisión. Se volvió hacia mí.

Parecía haberse percatado de que mi atención se había dispersado, por lo que se apresuró a decir:

—Gracias por la entrevista. ¿Te molesta si nos quedamos más tiempo?

—No, al contrario, por favor, disfruten la exposición -accedí. Ellos asintieron y se alejaron, permitiéndome a la vez ir hacia donde estaba Allison, que se había detenido a observar una pintura—. Oye —susurré al tomarla del brazo. Se volvió con una sonrisa, pero había algo detrás de sus ojos.

—Lamento llegar tarde —se disculpó, dándome un beso fugaz. Fue todo lo que dijo.

Molesto, estudié los alrededores en busca de Lázaro, pero no había señal alguna de él.

—¿Dónde estabas? Ese tal Enrique me dijo que no regresaron a la oficina. No me respondiste y ni siquiera llegaste a la casa… —evité elevar la voz. Allison sujetó mis mejillas, apenada.

—Lo siento, es sólo que…—suspiró, viendo alrededor-, las cosas se complicaron un poco con el informante, eso es todo—entrecerré los ojos, extrañado.

—¿Y no pudiste marcarme? Estuve preocupado, sin saber qué pasó contigo.

—Tienes razón, lo siento.

—¿Y Lázaro? —Inquirí, más extrañado. Allison compuso una mueca fugaz para después relajar su expresión.

—Fue a casa. Me pidió que lo disculpara contigo pero estaba muy cansado y no creía posible venir —explicó, apartando la vista. Algo en su comportamiento me hacía sentir inseguro.

—¿Pasó algo… que tenga que saber? —Pregunté, titubeante. Allison me miró extrañada pero la tensión en sus ojos era notoria.

—No, nada —suspiró, para después sonreír—. Lamento no haber llamado y llegar tarde —me abrazó y enterró su rostro en mi pecho. La calma que sentí fue instantánea por lo que la rodeé con mis brazos. Miré a nuestro alrededor, agradecido de que Chinami se hiciera cargo de algunas cosas—. ¿Vinieron tus padres?

—Sólo papá —susurré, dándole un beso en la cabeza—. Sabes cómo es mi madre con esto - se apartó de mí para verme a los ojos.

—Quizá, pero venir a una exposición tuya no le quitará mucho tiempo —sacudió la cabeza, molesta—. Debería ver todo el talento que posees.

—Bueno, ella es de la idea de que debería conseguir un trabajo —admití, al recordar nuevamente la conversación de esa mañana. No pude evitar pensar en Lázaro, o en el por qué Allison no había llamado, o por qué no había aparecido antes. ¿Y él? ¿Cuál era la razón de no haberse presentado? ¿Era verdad lo que Allison había dicho?

—Aquí está mi bella nuera —se acercó mi padre, saludándola.

—Hola, Rodrigo —dijo mi novia, con una sonrisa calmada al soltarme del abrazo. Ella tenía una mejor relación con él que con mi madre—. ¿Qué te ha parecido la exposición hasta ahora?

—Excelente. No me sorprendería que pronto las pinturas estén en museos importantes, más

allá que en galerías como esta casita —dijo mi padre, al mirar el interior del lugar. Sonreí, porque aun cuando yo esperaba lo mismo, el camino no era sencillo, y era por eso que agradecía las pequeñas oportunidades.

—Pues estoy muy agradecido con esta casita —musité, viendo cómo ambos sonreían.

—Como sea, me alegra lo que estás logrando, hijo -afirmó mi padre, pasándome un brazo por los hombros—. El arte siempre me ha parecido atractivo.

—Gracias.

—Pero díganme, ustedes dos, ¿cuál es el siguiente paso que van a dar? —Nos preguntó, tomándonos desprevenidos.

—¿Cómo? —Inquirió Allison, con el ceño fruncido. Estaba confundida como yo. Mi padre rodó los ojos, impaciente.

—Ya saben, ¿cuándo veré un anillo en ese dedo? —Señaló la mano de ella, lo que nos hizo entender la referencia.

—Oh… —exclamó Allison, sonrojada.

—Padre, todavía no es momento para eso —mascullé, incómodo—. Decidimos ir a nuestro tiempo, queremos solventarnos económicamente primero, antes de gastar en algo como una boda o una fiesta que sin duda esperan —expliqué, a lo que él compuso una mueca y nos acusó con la mirada.

—Yo le pedí a tu madre matrimonio antes de pensar en vivir juntos —suspiró, derrotado—. Qué tiempos son estos ahora.

—Vamos, que no eres tan viejo —dije, extrañado. Lo que obtuve fue un estrujamiento del brazo y una riña.

—No seas majadero.

—De acuerdo —asentí. Fue cuando una voz se alzó hasta donde estábamos.

—¡Esteban! —Chinami me hacía señas para que me acercara. No pude evitar ver de reojo a Allison, pero parecía que su mente estaba muy lejos de allí. Frunciendo el ceño, me disculpé con ella y con mi padre para acercarme a mi agente—. ¿No debería haber llegado antes? —Murmuró, sin despegar mucho los labios.

—Evita hacer comentarios —pedí, viendo a un hombre alto con traje. Su cabello rubio iba peinado hacia atrás y un abundante bigote reinaba la parte superior de su labio. Sonrió al vernos.

Chinami se aclaró la garganta cuando nos acercamos a él.

—Esteban, te presento al señor Villanueva. Es dueño de un pequeño museo y tiene un trabajo bien establecido como curador. Está interesado en comprar tres de tus pinturas —dijo como si nada. Abrí la boca en un intento de decir algo, pero las palabras no llegaron. Extendí la mano para saludarlo, sonriendo con torpeza.

—Un gusto. Esteban Gordillo, a sus órdenes —tartamudeé. El hombre parecía captar mi nerviosismo, porque sonrió con condescendencia.

—Ricardo Villanueva -soltó mi mano y acomodando su saco, continuó—. Le decía a su agente que estoy interesado en piezas de esta colección. Tengo un hotel en Cuernavaca que está amueblado con obras distinguidas a las cuales quiero sumar unos lienzos de esta exposición. También soy el encargado de un pequeño museo que muestra las pinturas más sobresalientes a mi gusto. Además, creo que mi trabajo como curador puede ser de interés para usted.

—Sí, por supuesto, sé que el hecho de que alguien como usted presencie mi trabajo puede hacer una diferencia. Volver mi arte en internacional sería un gran paso para mi carrera, y exponer de forma permanente en museos puede hacer que la gente se acerque a mi trabajo. Créame, es una de las metas que persigo —sonreí. Me sudaban las manos.

El señor Villanueva sonrió.

—Perfecto. Aparte del hotel en Cuernavaca donde pienso colocar unos cuadros, me encantaría mostrar un poco de su trabajo a unos directores de museos, si le parece la idea.

—Sería genial —intenté controlar mi voz aunque sabía que mis ojos brillaban de emoción. Villanueva sonrió aún más.

—Excelente. Pero dígame, ¿dónde obtiene su inspiración para estas pinturas?

—Oh, he estudiado a los maestros —comencé, más seguro—. El trabajo de Salvador Dalí es tan excepcional, que ha sido inspiración para muchos. La manera en la que usaba el color o las formas que logró crear son magníficas, siempre me ha hecho preguntarme hasta dónde puede llegar la mente del hombre que interpreta los sueños y el subconsciente.

»Por supuesto no podemos dejar a un lado a Frida Kahlo, que me inspira por su capacidad de decir tantas cosas de su vida en un lienzo. Soy de la idea de que la mente, el subconsciente y la vida misma pueden descubrirse a través de las pinturas, lo que hace que combinar el surrealismo con cosas del mundo real dé un resultado muy interesante, ya que no porque no pueda verse, significa que no exista. Tomo cosas de la vida cotidiana y las mezclo con las maravillas de la mente, que es lo que plasmo en mis pinturas. Los sentimientos humanos que existen muy en el fondo del corazón también aportan mucho a la hora de crear.

Me dejé llevar mientras explicaba, sin poder ocultar mi sonrisa. Las palabras parecían salir por sí solas, y me embriagaba el poder darles forma para hacer ver aquello que yo tanto amaba.

El hombre estaba sorprendido con mi respuesta, y eso me entusiasmaba.

—Sensacional. Sin duda sabe hacia dónde quiere dirigirse con su arte, y eso, señor Gordillo, es algo que aprecio mucho en un artista, sobre todo en alguien tan joven, ya que eso puede abrirle muchas puertas.

—Gracias. La verdad es que desde pequeño tuve contacto con el arte y me interesó mucho. Conocí las pinturas de Dalí y me maravillé con las pinceladas y todo lo que podía plasmarse en un lienzo, así que quise saber más, y ahora aquí estoy.

—Muy bien, pues admito que eso aumenta mi interés. ¿Ya había vendido obras anteriormente? Creo haber visto algunos de sus trabajos, pero nunca me había presentado a una de sus exposiciones, ya que no habían tenido tanta publicidad como la de hoy.

—Esta es la quinta exposición en dos años -intervino Chinami, sonriente—. Hemos tenido compradores interesados en la mayoría de ellas. Algunas de las pinturas son más accesibles en sus precios, pero no por eso pierden valor. La página web sirve como un método para darse a conocer y de venta.

»Esteban ha hecho trabajos menos reconocidos como ilustrador de portadas o páginas interiores en el mundo editorial, y son esos trabajos los que nos permitimos exponer en aplicaciones más comerciales como Instagram o Facebook, pero claramente el arte en lienzo es su punto más fuerte, aunque es la primera vez que una de sus exposiciones fue cubierta por la prensa y eso nos hace tener expectativas de futuras oportunidades; sus cuadros estarán expuestos por tres semanas más, por si alguien quiere venir a conocer o adquirir piezas.

—Eso habla muy bien de usted, señor Gordillo. Se nota el trabajo detrás de todo esto.

—Gracias —sonreí, emocionado.

—Por ahora pagaré las tres piezas, si llego a tomar la decisión de comprar otras, con gusto me comunicaré con ustedes.

—Será un placer. Tome —Chinami sacó una tarjeta de presentación y se la tendió a Villanueva, quien sonrió satisfecho.

—Las pinturas se las entregarán en el transcurso de tres semanas una vez depositado el pago

y terminada la exposición. Tenemos nuestro propio transporte para… —comencé, pero el señor me interrumpió antes de que terminara.

—No, no. Traigo mi propio vehículo. Verá, señor Gordillo, soy un hombre cuidadoso y como tal me hago cargo de mis propios envíos a casa -suspiró, sacando su cartera—. De igual manera el pago se hará en este momento. Díganme por favor la cantidad establecida para poder llevarme esas preciosidades.

—Ah… —Chinami y yo intercambiamos una mirada, dubitativos. Era extraño que alguien pagara así.

—Claro. Por favor sígame, como sabrá estas transacciones no se pueden hacer en público —aclaró ella, por lo que Villanueva le ofreció un brazo que mi agente tomó con ciertas dudas.

—Por supuesto.

—Esteban —me llamó Chinami para que los siguiera. Miré a mi padre y a Allison, quienes parecían haber observado todo el intercambio de información; me hicieron señas de ánimo. Sonreí y sin pensarlo más, seguí a mi futuro comprador.

3

—Gracias por haber venido, papá, significó mucho para mí —dije, antes de abrir la puerta del auto. Eran las once de la noche, después de haber terminado la exposición nos habíamos permitido ir a cenar todos juntos: mi padre, Allison, Chinami y yo. Podría haber sido una noche fantástica en su totalidad, si no fuera porque Allison estaba distraída, con una preocupación en sus ojos que trataba de ocultar, pero era clara para mí.

Después de la cena, Chinami se había despedido y mi padre se había ofrecido a traernos a nuestro departamento. Morris había llegado tras terminar la convivencia nocturna, lo que agradecí ya que mi padre no tendría que tomar un taxi a altas horas de la noche.

—Siempre que se pueda, hijo. Que pasen buenas noches —se despidió y pudimos bajar; observé perderse el auto al doblar en la esquina. Allison me dio un apretón en la mano y se dirigió al edificio. Las puertas solían estar abiertas hasta las doce, así que era imprescindible contar con la llave en caso de que el guardia ya no estuviera, aunque eso era casi todo el tiempo. Ignorando ese hecho, subimos las escaleras en silencio; las lámparas del pasillo estaban apagadas, por lo que tuvimos cuidado de no caer.

Al llegar primero ella abrió la puerta, dejándola entreabierta para que yo pudiera pasar. Observé cómo se quitaba los altos zapatos que la habían acompañado todo el día. No nos molestamos en encender la luz.

—¿Sucede algo? Has estado callada toda la noche —le hice saber. Me quité el saco y lo dejé sobre la barra, al tiempo en que Allison se volvió, masajeándose el cuello.

—No, sólo ha sido un día cansado, es todo.

—¿Segura? —Me atreví a cuestionar, acercándome con lentitud. Ella se limitó a asentir y fue en ese momento en que reparé que no andaba la mochila que había sacado temprano—. ¿Y tu mochila?

—Ah… —hizo ademanes con las manos, lo cual indicaba su nerviosismo—. Lázaro se la llevó. No tuve tiempo de pasar a la casa, él me dejó en la galería y se ofreció a traerla mañana temprano —me miró a los ojos—. No quería andar cargando.

—Pudimos haberla dejado por ahí.

—No lo pensé, pero no hay problema. Está bien —me aseguró. Suspiré, asintiendo. Me estaba poniendo paranoico, inseguro y todo por las palabras de mi madre.

Respiré hondo y sacudí la cabeza para despejar mis dudas.

—Bueno, después de todo llegaste, así que gracias.

—No tienes que agradecer —se acercó a mí, sonriente. Era la primera sonrisa que no se vio forzada en toda la noche. Masajeó mis hombros para después deslizar sus manos por los botones de mi camisa—. Hiciste una gran venta y espero que a partir de ahora puedas ampliarte más.

—Eso espero yo también —la besé, ya que no soportaba más esa lejanía, y ella me correspondió sin reparo alguno, desabrochando mi camisa. Comencé a avanzar hacia nuestra habitación sin preocuparme mucho por las prendas esparcidas por el suelo, pero antes de avanzar más allá, caímos sobre el sofá.

Reímos y terminamos rodando hasta la alfombra. Observé el rostro de Allison, maravillándome con cada rasgo. Sus ojos se volvían más oscuros hacia el centro, y su cabello negro se enredaba en mis manos. La suavidad de su piel se veía adornada con pequeños lunares a la altura de su ceja, repartidos por el cuello, y uno a la altura del pecho.

—Te amo… Dios, cómo te amo —susurré, perdiéndome en lo que veía de ella. Allison tragó con dificultad mientras acariciaba mis mejillas.

—También te amo —y me besó, haciéndome perder toda razón en la alfombra.

A través de la separación de las sillas, Allison me sonreía mientras terminábamos de desayunar. Parecía estar de mejor humor que el día de ayer, y eso me hizo sentir más tranquilo. Fue cuando sonó el timbre que me sobresalté, lo que rompió la quietud del momento. Ella se levantó y dejó el plato sobre el lavabo, y yo la seguí a la puerta en el mismo instante en que Lázaro era invitado a entrar.

—Buenos días —saludó, sin el furor de siempre.

—¿Qué hay? —Pregunté, al hacer el choque de manos. Él me sonrió, era notorio que no había dormido muy bien. Las ojeras oscuras reclamaban sus ojos—. ¿Mala noche?

—Ni que lo digas —intercambió una mirada con Allison que me hizo voltear a mirarla, pero ella se apartó sin decir nada. Me mordí el labio, nervioso.

—Nos vamos, te veo más tarde, ¿sí? —Se despidió de mí con un rápido beso en los labios.

—Oye, ¿qué te parece si comemos juntos? Tienes libre la hora de la comida, ¿no?

—Sí, de acuerdo. ¿Donde siempre a las tres? —Propuso, con una sonrisa. Asentí, embobado.

—A las tres.

—Llega puntual —me advirtió, señalándome con un dedo. Sólo pude reírme y ella y Lázaro salieron del departamento cerrando la puerta. Me quedé solo, observando la oscura madera silenciosa.

Reaccioné momentos después, así que me dispuse a lavar los trastes sucios y a limpiar un poco, ya que era yo quien me quedaba más tiempo en la casa.

Una vez todo listo me dirigí a mi estudio. Era una habitación blanca con un ventanal a mi espalda. Si me asomaba podía ver las baldosas que adornaban el pasillo de la entrada del edificio, así como el otro ventanal de la habitación donde se veía la cama hecha. Al alzar la vista se veía el cielo.

Mi estudio lo dividía en dos: un espacio para contener pinturas que yo había comprado o adquirido en subastas de los artistas a quienes admiraba, y otro para trabajar en mis propios cuadros. Mis materiales estaban acomodados sobre una mesa de madera: óleos, godetes, pinceles, botellas de aguarrás y aceite de linaza. Tenía una caja especial donde guardar tintas, pinturas de agua, acrílicas y gises. Prefería tener todo muy bien ordenado.

Mis lienzos en blanco estaban arrinconados sobre el ventanal y otros ya pintados cubrían la pared que separaba el estudio de mi galería personal.

Había cuadros de exposiciones pasadas que ofrecíamos por la página web una vez que terminaba el contrato con las galerías que exponían mi arte; lento, pero la venta se lograba con éxito desde la página.

Estaba tomando un descanso después de haberme enfrascado en la última colección, por lo que antes de dedicarme a pintar quería disfrutas del aire libre, ya que cuando pintaba podía pasar días encerrado.

Revisé la cantidad de materiales con los que contaba en caso de necesitar comprar alguno. Una vez con la lista de las cosas que me hacían falta, decidí entretenerme con la página web y la de Facebook, respondiendo uno que otro comentario, pero me abstraje más de lo que pretendía, ya que al ver la hora eran más de las dos.

Blasfemando, cerré la laptop y me apresuré a tomar un baño para llegar a mi cita.

Llegué al restaurante veinte minutos tarde, pero por suerte encontré una mesa libre. Pedí un

café, posponiendo el menú en lo que Allison aparecía. Para hacerle saber que no había llegado tan tarde, le mandé un mensaje que no respondió.

Decidí ser paciente, debido a que la hora pico sin duda era un problema. Sin embargo, cuando habían pasado treinta minutos, comencé a impacientarme.

—¿Piensa ordenar, señor? —Se acercó el mesero.

—¿Puedes traerme otro café, por favor? —Pedí, sintiendo cómo el hambre hacía acto de presencia, pero estaba decidido a esperar. Media hora no era nada.

—Por supuesto —el mesero se retiró y vi mi celular. Ningún mensaje ni llamada.

Era extraño que Allison no me hubiera contactado para avisarme de su retraso; no era la primera vez que pasaba cuando quedábamos para comer juntos, pero siempre me avisaba con anticipación. Decidí esperar otro rato, deseando que fuera algo de suma importancia para no haber llegado.

Tres tazas de café más tarde, viendo que ya habían dado las cinco, decidí pagar la cuenta y salir del establecimiento. Le marqué a Allison, pero me mandó directamente al buzón, lo que me hizo sentir nervioso e inseguro. Me mordí el labio, no podía quedarme ahí a la espera, sabiendo muy en el fondo que ella no se presentaría.

Sería la primera vez y sin duda tendría una explicación para ello. Aun así, desanimado, tomé un taxi y me dirigí a la biblioteca.

Troté las escaleras hasta llegar a la puerta de cristal. El lugar era tan inmenso que siempre lograba perderme, por lo que pedí indicaciones para llegar a la sala de Colección General donde encontré a Chinami colocando libros en las estanterías.

—Hey —saludó, concentrada en el lomo de dos libros pequeños.

—Hola —susurré, con la vista en los alrededores. Había pocas personas sumidas en un silencio propio de la biblioteca.

—¿No tenías una cita con tu novia? —Inquirió Chinami, mientras acomodaba los libros en su espacio correspondiente. Corrió el carrito a otro estante, así que tuve que seguirla.

—Ah, sí, sí. Fue a las tres —respondí fugazmente, recargándome en el mueble alto, viendo cómo ella seguía colocando libros. Chinami me miró de reojo, con una sonrisa compasiva.

—¿No llegó? —Susurró la pregunta, sin detenerse a mirarme de tan concentrada que estaba en su labor.

—Sí, pero tenía… que regresar al trabajo —asentí, viendo la columna de volúmenes muy antiguos y usados. La biblioteca tenía un olor muy particular.

—Ya veo. ¿Y decidiste venir a visitarme? —Sonrió. Su cabello iba recogido en una cola hecha sin interés, lo que provocaba que mechones salieran disparados en todas direcciones—. Gracias.

Sonreí, viendo la pila de libros que le faltaba por acomodar. Sin pensar dije:

—¿Quieres… ir a cenar o algo así? —Moría de hambre, pero no lo admitiría. Chinami detuvo lo que hacía y me miró por un segundo, extrañada.

—¿Allison no se ofenderá por eso?

—No debería —repliqué, molesto—. Quiero decir, tú y yo somos amigos desde hace años, ¿no? Como ella y Lázaro, así que no veo la razón de su molestia -me crucé de brazos y empecé a tamborilear mis dedos sobre mi estómago. Mi compañera no pasó desapercibido ese gesto nervioso.

—Me alegra saber eso, pero no quiero causar problemas de novios —admitió, regresando a su trabajo. Compuse una mueca.

—Claro que no. Además, tú y yo siempre salimos, ¿por qué sería eso un problema ahora?

—No es problema, es sólo que mientras ustedes estén peleados, preferiría no meterme —se sinceró. Fruncí el ceño.

—¿Peleados? No estamos peleados. De hecho, nosotros ayer… —pero me detuve al darme cuenta de lo que diría. Agaché la mirada, y empecé a acariciar un libro con mi dedo índice. Mi silencio fue la respuesta.

—Ya, enterada —suspiró para después empujar el carrito a otra estantería, por lo que me limité a seguirla—. Pues me alegro por ustedes, pero qué te parece si primero le llamas a Allison para recordarle que no llegó a su cita, y si no te contesta o lo que sea, vamos a mi casa a cenar —me ofreció.

Medité sus palabras.

—En ningún momento dije que no llegó.

—No es necesario, amigo. Eres muy leíble —me hizo saber, con una expresión más dulce. Me sentí incómodo.

—Enterado.

—Anda, ve. Depende de cómo vaya tu llamada, puedes irte o esperarme —me dio opciones. Asentí, y chocando mi puño con suavidad sobre su brazo, en un gesto amistoso, me dirigí a la salida. Tenía poca señal en ese lugar, así que para llamar tendría que recorrer todo lo que había subido.

Me detuve en las escaleras, y sentí los rayos del sol en mi nuca, así que me apresuré a marcar, pero a diferencia de la primera vez que Allison simplemente no contestó, ahora me marcaba fuera de servicio.

Miré la pantalla del teléfono, sintiendo cómo temblaba mi mano. En un gesto casi inconsciente, marqué a Lázaro, sabiendo que bien podía estar con ella. Me mandó a buzón directo.

Rechiné los dientes en un intento de evitar que los temores me asaltaran, y decidí entrar a la biblioteca. Tendría que existir una buena razón para que pasara esto el día de hoy. Las inseguridades me atacaban, pero sabía que no podía ser nada malo.

Obligándome a creer en eso, llegué hasta Chinami.

—No olvides quitarte los zapatos. Tengo un par de pantuflas extras en mi cuarto, espera —asentí mientras me quitaba los tenis, viendo a Chinami escabullirse al interior de su casa. Siempre me había parecido interesante cómo había logrado transformarla a una versión más oriental. Las puertas eran corredizas, y todo el piso hecho de madera parecía bastante pulido.

Mi anfitriona regresó con un par de pantuflas casi nuevas, que me pasó con satisfacción.

—Gracias —una vez con el nuevo calzado, pude entrar—. Renovaste tu decoración —observé, maravillándome con los jarrones.

—Sí, la verdad es que me gusta mucho. Mis abuelos constantemente mandan cosas de Japón. Mis padres irán en unos meses y les encargaré dulces e ingredientes para cocinar.

—Excelente —asentí, al entrar a la sala. Su casa tenía muchas ventanas, lo que le daba más iluminación a pesar de la hora tardía.

—Si gustas puedo invitarte -se encogió de hombros—. Mi abuela ama las visitas, aunque no lo creas, y de verdad espera conocerte.

—Ah, claro —titubeé, lo que ella notó.

—Allison puede venir también —añadió, mientras ponía algo en la estufa—. En sus vacaciones, si es que las toma, ya que por lo que veo no puedes separarte de ella.

—No es eso, sólo…

—Oye —me interrumpió, volviéndose para verme. No había reproche de ningún tipo en su

rostro—, está bien.

Asentí, ya sin agregar nada más.

Chinami no me dejó ayudarla en base al argumento de que yo era su invitado, por lo que el tiempo que ella se dedicó a cocinar, me sentí un inútil. Una vez que se sentó frente a mí, dio gracias por la comida. Me tendió unos cubiertos mientras ella comía con palillos.

—Me sigue sorprendiendo que mantengas ciertas costumbres a pesar de tener años viviendo aquí —me sinceré, revolviendo mi *yakisoba.*

—Bueno, mi madre es japonesa y ha mantenido ciertas costumbres aun cuando lleva años en México. No olvida sus raíces —dijo, orgullosa.

—¿Vienen tus padres muy seguido a verte? —Pregunté con curiosidad, recordando que mi madre había dejado de ir a visitarme una vez que Allison se mudó conmigo.

—Una vez por semana.

—Grandioso —sonreí—. Por favor, si no es mucha molestia, invítame la próxima vez, ¿de acuerdo? Creo que tiene mucho que no los veo.

—Seguro —aceptó y siguió comiendo.

Chinami se estacionó fuera del edificio donde yo vivía; se había ofrecido a traerme después de lo que habían parecido horas. Una vez terminado de comer me permitió ayudarla a lavar los trastes y limpiar la cocina, para después pasar a su pequeño karaoke donde nos pasamos el resto de las horas.

Nos veníamos riendo y las carcajadas no paraban aun después de haberse estacionado. Tuve que sujetarme el estómago y obligarme a detener la risa.

—Ahh—suspiré, con la vista en la noche—. Gracias por traerme.

—No hay de qué, ya sabes que de por sí soy tu chofer.

—Eso no es verdad —repliqué, con el ceño fruncido. Ella me guiñó un ojo, lo que me hizo sonreír y sacudir la cabeza.

—Bájate ya, que quiero ir a dormir —me ordenó con un gesto de la mano. Volví a reírme.

—Ya, ya… nos vemos mañana.

—Sí, te creo. Descansa —cerré la puerta y me despedí para luego dirigirme a las escaleras. El portero no estaba, lo cual no era una sorpresa, y sin toparme con ningún otro inquilino de los departamentos, llegué al mío, y abrí la puerta en silencio.

Las luces estaban apagadas y la soledad me recibió de nuevo.

Suspiré, con la certeza de que era la primera vez que ocurría esto: Allison faltando a una de nuestras citas sin siquiera llamar, su teléfono estando fuera de servicio y sin saber de ella en todo el día, o que incluso no hubiera hecho acto de presencia.

Cansado como estaba, dejé las llaves sobre la barra y me dirigí a la habitación. Me limité a quitarme los zapatos y buscar una muda de ropa para tomar un baño. Una vez hecho ambas cosas, me tiré a la cama sin molestarme en encender la luz o en siquiera volver a llamarle a quien debería estar a mi lado.

Me removí en mis sueños cuando sentí una mano sobre mi brazo. Abrí los ojos, esperando a que mi vista se acostumbrara a la oscuridad; vi a Allison sentada a mi lado, mirándome desde arriba.

—Hola —me saludó con un susurro.

—¿Qué hora es?—Pregunté en cambio, intentando ver el despertador, pero ella negó una vez.

—Tarde —guardamos silencio; me dediqué a mirarla sin saber bien qué decir—. Siento no haber llegado hoy. Sé que debí llamar pero mi teléfono murió, y sólo… no pude presentarme.

Asentí, apartando la vista. Podía hacerlo un problema, pero la verdad no quería discutir.

Podríamos hablarlo por la mañana.

Suspirando, acaricié su brazo.

—Está bien. ¿Por qué no te acuestas? Es tarde, imagino que has de estar muy cansada si trabajaste todo el día —murmuré, somnoliento.

Allison miró al costado de la cama donde se suponía que ella debería estar en esos momentos. Había seriedad en su rostro y sentí cómo apretaba sus puños.

—Oye, ¿pasa algo?

—No—se apresuró a contestar, viéndome a los ojos—. Tomaré un baño y me vendré a acostar.

—De acuerdo—me dio un beso con delicadeza para después levantarse y entrar al baño; me revolví en la cama, dispuesto a esperarla despierto. Sin embargo, el sueño me venció, por lo que me hundí en la inconsciencia.

4

Cuando desperté vi la claridad que entraba por el ventanal. Me estiré, mirando a mi lado.

Estaba vacío.

Me levanté con lentitud, y me acerqué a la puerta del baño, pero no había ruido alguno que indicara que Allison estaba ahí. Frunciendo el ceño me dirigí a la cocina, pasando por la sala, pero no había nadie.

Se había ido.

Evitando pensar mucho en el hecho de que ni siquiera se había despedido, tomé un baño y preparé un desayuno rápido. Quizá yo había dormido de más, teniendo en cuenta que no escuché el despertador. Ni siquiera sentí cuando Lázaro llegó, si es que lo había hecho.

Vi la pequeña mesa y sin pensarlo mucho, me apresuré a marcarle a mi novia pero me mandó a buzón, lo que se me hizo extraño a esa hora de la mañana.

Recordaba bien lo que me había dicho sobre su teléfono sin batería, aunque suponía que ya no tendría ese problema.

Sin saber muy bien qué pensar, me dediqué a mantenerme ocupado. Tenía que presentarme a la galería, ya que el día anterior no lo había hecho y mis obras estarían por unas cuantas semanas más, por lo que no podía dejarlas tiradas.

—Ha tenido un muy buen recibimiento, señor Gordillo —me elogió Edith, la dueña del establecimiento, cuando me presenté por la tarde.

Sonreí.

El señor Villanueva había accedido a pasar por los cuadros comprados una vez terminada la exposición, así que eso dejaba completa la colección para ser contemplada.

—Sin duda nos ha convenido a los dos.

—Por supuesto. Por favor, hágame saber el total al finalizar la exposición. Chinami le hará llegar el cheque —le hice saber, viendo a las personas que rondaban entre las pinturas.

—Muchas gracias. Pero dígame, ¿tiene pensado trabajar en alguna otra colección próximamente?

—De momento no. La verdad prefiero expresarme en la pintura cuando tengo muchas cosas que decir o los sentimientos son tan grandes que no me queda más remedio que sacarlos. Siempre me tomo un tiempo antes de regresar a mis cuadros —admití, mientras caminábamos con lentitud.

—Ya veo. Pues mejor disfrutar con su familia el tiempo que tiene libre.

—Sí, eso procuro —sonreí, pensando en Allison y en su ausencia reciente—. Bueno, me retiro. Por favor, cualquier cosa no dude en llamarme; mi agente y yo nos estaremos dando una vuelta por aquí todos los días.

—Sí, claro. Nos estaremos viendo.

Salí de la galería con la necesidad de ignorar la preocupación que me comenzaba a embargar.

Llevado por el temor, intenté marcarle a Allison una vez más sin éxito. Intenté con Lázaro y obtuve la misma respuesta.

¿Acaso pasaba algo?

En un intento de despejar mi mente caminé por la calle. Evitaba entrar en paranoia aun cuando todo ese comportamiento me resultaba inusual, pero sabía que bien podría sólo estar

preocupándome por nada.

En la noche que ella regresara podríamos hablar.

Visité a Chinami una vez más en la biblioteca. Parecía percibir algo porque se dedicó a hablar como si quisiera distraerme de mis preocupaciones. Cuando parecía que me iba a poner a gritar, salimos para beber algo.

Miré a mi alrededor. La cafetería estaba abarrotada de gente y por las calles pasaban muchos peatones. Pude ver los automóviles estacionados; en uno de ellos se recargaba un hombre de forma casual, como si estuviera disfrutando de la vista. Desvié mi atención para atender al mesero que acaba de aparecer.

—Un café doble, por favor —pedí, moviendo mi pierna a un ritmo veloz. Chinami ordenó y el mesero se fue con la comanda. Golpeé la mesa por debajo debido a mis movimientos bruscos, y sentí los dedos de mi acompañante sobre la rodilla con firmeza.

—¿Por qué estás tan nervioso?

—No lo estoy —rechacé, cruzando los tobillos.

—Sí, lo estás. Y encima pides café —sacudió la cabeza—. ¿Pasa algo entre Allison y tú? -Se atrevió a preguntar, seria.

Iba a responder que no, pero algo me hizo detenerme.

—La verdad es que no lo sé.

—¿No lo sabes? —Guardé silencio para después responder con rapidez.

—No puedo quitarme las palabras de mi madre, sobre todo porque desde el martes Allison se ha comportado muy extraña.

—¿Qué acaso no dijiste que estuvieron juntos? Yo no veo qué hay de raro en eso -expresó, mientras se recargaba en el respaldo de su asiento.

—No en eso. Es sólo que —suspiré, calmándome—, el día de la exposición no supe nada de ella hasta que llegó a la galería. Y ayer… desapareció. No llegó a la cita y regresó a la casa demasiado tarde. Hoy ni siquiera la vi temprano —admití, nervioso.

—¿Piensas que tu madre tenía razón? —Ambos sabíamos que, de ser así, sería extraño que fuera justo ahora que se diera esa situación. Sin embargo…

—La verdad es que ya no sé qué pensar. Estos comportamientos no son normales.

—¿Y Lázaro? —Inquirió en el mismo momento que llegaba el mesero con nuestro pedido. Dejó una pequeña cesta con pan que no pedimos, pero aun así me abalancé a ella.

—Lo vi ayer en la mañana. Cuando le marco ni siquiera entra la llamada.

—Comprendo —se me quedó observando como si intentara descubrir algo en mis ojos—. Dime, ¿crees que hay algo con esos dos o sólo estás siendo paranoico?

—Temo que pueda ser lo segundo —admití, mientras masticaba el pan.

—Bueno, pues como una buena amiga te diré que intentes calmarte. No hay razón para entrar en pánico ni pensar locuras sólo porque hoy no la viste y no sirve su celular. Espérala hoy y hablarás con ella.

—¿Y si no llega? —Pregunté sin darme cuenta, percatándome que esa idea rondaba mi mente. Chinami enarcó las cejas.

—Ammm, pues de ser así ya veremos, ¿está bien? —Respiré hondo, sabiendo que tenía razón. Mis pensamientos se estaban saliendo de control. Después de todo Allison no estaba obligada a hablarme todo el día, ni a darme razones de sus actividades.

Consciente de que siempre había sido así, me tranquilicé, lo que hizo que la conversación fluyera más fácil.

Recibí una llamada de mi padre invitándonos a cenar a Allison y a mí a la casa, lo cual

agradecí, aunque quedé en confirmarle debido a que tenía que localizarla a ella primero. Aceptó y quedó a espera de mi llamada, pero cuando intenté comunicarme con mi novia, seguía sin dar tono.

Cansado, invité a Chinami a la cena, quien aceptó de buena gana. Pagamos y salimos del establecimiento.

De forma inconsciente, mi atención se dirigió al mismo hombre que había observado desde mi mesa momentos antes; sus ojos iban cubiertos por unos lentes oscuros, platicaba afable con otro señor mientras el resto de personas se mezclaban entre ellos.

—Esteban —me llamó Chinami en un intento de atraer mi atención, por lo que desvié la vista de la platicadora pareja. Sin responder, subí al auto de mi acompañante y nos dirigimos a mi departamento—. Oye, si llega Allison y vas con ella, avísame para que no asista.

—Eso sería grosero.

—No, creo que es lo correcto. De todas formas, si no recibo llamada tuya, paso por ti —asentí y una vez que ella se marchó, entré al edificio.

Eran las cinco de la tarde y no había nadie en la casa. Intenté contactarme con Allison, pero nuevamente no pude; aceptando el hecho de que no estaría para la cena, me preparé para esperar a Chinami.

Había demasiada calma.

Una vez listo fui directo a la cocina y registré el refrigerador. Comía un poco de yogurt cuando alguien tocó la puerta.

—Bueno, en vista de que no me llamaste para cancelar, aquí estoy —sonrió Chinami, al recargarse en la entrada. Se había puesto un vestido de tirantes, amarillo y blanco.

—Te ves bien.

—Gracias. ¿Listo?

—Eso creo —miré el departamento y soltando un suspiro, dejé el vaso con yogurt sobre la barra, tomé las llaves y salimos al pasillo.

—Chinami, qué gusto verte —la saludó mi madre, dándole un beso en la mejilla sin consideración, ya que sabía bien que mi amiga no solía ser tan efusiva. Mi padre, por otro lado, sólo le dedicó una inclinación de cabeza.

—Espero no ser inoportuna, sé que esperaban a Allison —se disculpó. Mi madre hizo un gesto despreocupado.

—Seguro estará con Lázaro, ¿no, querido? —Me miró con intención. Decidido a ignorar su comentario, les entregué el platillo que mi invitada se había molestado en llevar.

—Gracias, hijo —lo recibió mi padre. La sala era la primera habitación que estaba al entrar, por lo que teníamos que atravesarla hasta llegar a la puerta del otro extremo y salir al largo pasillo; unos pilares lo dividían del enorme jardín que mi madre se había esmerado en tener. La luz se estrellaba por donde caminábamos mientras el aire mecía las plantas del otro lado. Una vez cruzado el tramo, llegamos a la cocina. Una ventana daba vista al jardín; el comedor de madera daba cabida para seis personas.

—Huele bastante bien —admití, mientras me acercaba a la estufa donde había ollas con los alimentos.

—Bueno, tu madre se esmeró con la cena, así que espero que la disfruten —dijo mi padre, sonriente.

—¿Tú cocinaste hoy? —Me atreví a preguntar al tomar asiento donde me indicaron. Fue cuando Mathilda, la cocinera y ama de llaves, entró en la cocina.

—Mathilda ayudó —respondió mi madre. Asentí, no sorprendido, ya que Mathilda era quien cocinaba todos los días, con excepciones de momentos especiales donde mi madre se tomaba la molestia de hacerlo. La recién llegada me palmeó la cabeza en un gesto de saludo y se limitó a servirnos la cena.

Por un largo momento nos dedicamos a comer; mi padre había abierto un vino de su colección, haciendo la velada más amena.

—¿Y cómo va el trabajo en la biblioteca, querida? —Preguntó él, después de probar lo que Chinami había traído.

—Muy bien; la verdad lo disfruto mucho, aunque parte de mi tiempo lo dedico a impulsar y ver por la carrera de Esteban. Además, trabajo como correctora de estilo en una editorial, pero al no ser mi trabajo principal, no me dejan muchas novelas para revisar —sonrió. Mis padres estaban sorprendidos, y yo me sentí feliz por mi agente.

—Yo le digo siempre a Esteban que debería de buscar un trabajo. Estar encerrado haciendo dibujos todo el día no le dará de comer -argumentó mi madre, sin consideración. Apreté los dientes, así como mis dedos sobre el cubierto.

—Madre…

—Varias veces te lo he dicho, hijo. Esos cuadros no te llevarán a ningún lado, deberías preocuparte en comer, no en pintar.

Molesto, solté mi cubierto y la vi a la cara.

—¡No son simples dibujos, es mi carrera, lo que yo elegí! ¡No te quito nada con eso y vivo bien, mis cuadros son vendibles y he puesto mi alma en ellos como para que tengas que criticarlos tan duramente!

—Esteban… —comenzó de nuevo, sin sentirse mal, pero Chinami interrumpió:

—El trabajo de su hijo es muy bueno, y si me permite decirlo, creo que debería de tomarse la molestia de verlos antes de criticarlos como lo hace. No son sólo dibujos; sin duda su talento hará que se abra paso con mejores oportunidades. Ha colaborado con algunas portadas e ilustraciones en la editorial donde trabajo, y uno que otro trabajo independiente, ¿lo sabía?

Compuse una mueca con la mandíbula apretada mientras veía mi plato.

—Está bien, Chinami —musité, cansado. Los tres me miraron—. Mi madre no estará contenta a menos de que me integre a un trabajo de oficina o como mesero en un restaurante. Creo que, si le presentara mis ingresos quincenales, dejaría de hacer esos comentarios, ¿no?

—Bueno, Esteban, si lo dices así suena muy grosero —se defendió, aparentemente ofendida. Yo enarqué una ceja—. Tan sólo…

—Creo que ya nos quedó claro lo que opinas, Amanda —intervino mi padre, sonriendo—. Dejemos que Esteban haga lo que ama, ya está grande para saber el camino que tomó, ¿no es así?

Asentí, ya incapaz de decir algo más. Mi madre suspiró, altanera.

Sin agregar nada más de ese tema, Chinami empezó a hablar de la comida.

En varias ocasiones nuestra anfitriona parecía querer sacar a relucir la ausencia de mi novia, pero mi acompañante se las ingenió para desviar la conversación hacia otros temas, hasta que su teléfono sonó y tuvo que disculparse.

Me apresuré a levantar los platos vacíos.

—Deja ahí, Esteban. Mathilda se encargará de limpiar —me ordenó mi madre, sin levantarse.

—No me molesta —repliqué sin apartar la vista de mi labor.

—¿Cómo es posible que Chinami esté aquí y Allison no haya hecho acto de presencia? —Me cuestionó entonces. Cansado, me recargué en el lavabo, y respiré hondo.

—Tenía mucho trabajo que cubrir en la oficina —inventé, ya que ni yo mismo sabía dónde

estaba ahora-. Será en otra ocasión —me di la vuelta en el mismo instante en que mi compañera entraba a la cocina.

—Muchísimas gracias por la cena, estuvo sensacional -esas palabras fueron para mí un salvavidas, por lo que me acerqué a la puerta.

—¿Se van ya? —Mi padre se levantó, dispuesto a despedirnos.

—Es tarde, Chinami tiene que manejar todavía —alegué, apartándome el cabello del rostro.

—Morris puede llevarlos…

—No se moleste; la verdad no me gustaría dejar mi auto, ya que suelo moverme temprano.

—No es molestia —se apresuró a rechazar mi madre—. Si es necesario, Morris te lo lleva por la mañana.

—Muchas gracias, pero aún puedo manejar. Y gracias también por haberme recibido —se despidió. Mis padres nos dejaron en la entrada hasta que subimos al auto y pudimos partir.

Me sentía cansado. Soltando un suspiro, me recargué en el asiento.

—¿Estás bien? —Me preguntó mi agente, deteniéndose en un semáforo. El tráfico en la noche no aminoraba.

—Sí, sólo… necesito dormir.

—¿Allison no ha llamado? —Me preguntó con cierto titubeo. Miré por la ventanilla.

—No, pero imagino que la veré en la casa.

—Bien. Quería decirte… —agregó, avanzando cuando el semáforo cambió a verde—, que requieren un trabajo en la editorial. La llamada que recibí era para eso —me informó, viéndome de reojo.

—Estupendo —susurré, concentrado más en otras cosas. Miré a Chinami—. ¿Te importa si me das la información mañana? Justo ahora no tengo cabeza para pensar en ello.

—Por supuesto —aceptó con una sonrisa.

Después de una hora llegamos a mi apartamento, pero mi compañera no bajó del auto, por lo que se esfumó pronto en la noche.

Al fijarme pude distinguir un auto estacionado al otro lado de la calle. No tenía nada de especial, ya que no sería el único coche estacionado ahí, pero lo que llamó mi atención fue lo familiar que se me hizo. Sacudí la cabeza, admitiendo que el cansancio me estaba haciendo malas jugadas. Al ver cómo un hombre con lentes se acercaba al vehículo, entré en el edificio, deseoso de poder dormir.

Las luces apagadas fueron un recordatorio de lo solitaria que estaba la casa. Preocupado, llamé a Allison una vez más pero no hubo respuesta. No existían señales de que hubiera venido, y una chispa de incertidumbre comenzó a nacer en mi pecho. ¿Acaso algo pasaba? ¿En qué momento se suponía que tenía que comenzar a preocuparme?

Agotado, viendo mi alrededor vacío, me dejé caer sobre el sofá.

El sonido del celular me sobresaltó, lo que me hizo despertar de golpe. Me sentí desorientado sin saber bien dónde me encontraba, hasta que logré sentarme. Podía ver la claridad de la cocina, el silencio del departamento. Parpadeando, atendí la llamada.

—¿Hola? —Respondí, somnoliento. Nadie contestó, por lo que vi la pantalla pensando en que había colgado accidentalmente, pero la llamada seguía contando segundos. Fruncí el ceño al ver el número desconocido—. ¿Diga? —Volví a intentar, pero luego colgaron.

Extrañado, dejé caer el teléfono sobre el sofá y me puse de pie, mirando las paredes.

Me encontraba solo, y lo que parecía peor: Allison no había regresado.

5

Me sentí asustado sin comprender qué sucedía. Allison no había regresado y podía asegurarlo porque no había señales de ello. Ninguna nota, ningún mensaje.

Nada.

¿Era este el momento en que tenía que preocuparme?

Sentándome en uno de los bancos, la llamé al teléfono, pero me marcó fuera de servicio. Esto en definitiva no era normal. Tamborileé mis dedos sobre la barra, mientras le llamaba a Lázaro, pero tampoco pude localizarlo.

¿Acaso se hallaban trabajando fuera en algo respecto al informante que habían mencionado? ¿La empresa los había mandado a algún lado donde no había cobertura?

Con varias ideas en la cabeza, me di un baño luego de haber citado a Chinami en el departamento. Llegó veinte minutos después de que yo saliera de bañarme.

—¿Y bien? ¿Por qué nos vemos aquí y no en la editorial? —Arrugué el rostro, apremiado—. Lo olvidaste.

—Lo lamento, es sólo que…, Allison no llegó anoche, ¿sabes? No he hablado con ella desde el miércoles. Lo mismo con Lázaro —guardé silencio para después decir—: estoy preocupado. Esto no es normal, yo…

—Tranquilo, Esteban. ¿Hablaste a su trabajo? ¿Qué tal si los mandaron a investigar algo fuera?

—Sí, lo pensé pero no he preguntado —admití, picando la fruta de mi plato. Sentí la mano de Chinami sobre la mía, lo que me hizo alzar la vista.

—Haremos esto: esperaremos hoy, quizá fueron enviados a algún lado y ella no tuvo tiempo de avisarte. Si no sabes nada, puedes ir mañana y preguntar —me aconsejó, aunque pude ver cierta preocupación en su semblante. Mi corazón bombeaba peligroso y los nervios florecían en el interior.

—Tengo entendido que trabajan medio día, así que intentaría ir muy temprano.

—De acuerdo. Ahora vamos, la editorial espera que te presentes. Después podemos pasar por la galería y a comprar tus materiales que quedaron pendientes el otro día -me animó. Sin probar bocado, tomé las llaves, la cartera y mi celular. Salimos del departamento.

Ni siquiera logré mirar atrás.

Estar en la editorial nos llevó aproximadamente tres horas, quedando de entregar el trabajo en dos semanas. Después de ello nos detuvimos a comprar café y donas. A pesar de hablar con normalidad y aparentar estar tranquilo, la verdad era que no me sentía así.

No podía dejar de pensar que algo pasaba, pero no lograba imaginar qué.

Mientras caminábamos por la acera con dirección a la tienda de mi proveedor, miré a las personas que caminaban presurosas: una señora con su hijo, un grupo de jóvenes que reían cerca del parque, un hombre con traje y lentes oscuros que caminaba a la par de nosotros con suma tranquilidad.

Sentí que nuestras miradas se cruzaban, y fruncí el ceño hasta que él se detuvo a comprar una nieve.

Aparté la vista y seguí caminando con Chinami hasta llegar a la tienda.

—Buenos días —saludé, viendo a Oscar detrás del mostrador. Su tienda tenía un aroma muy

singular.

—Esteban, qué gusto. Hacía ya bastante que no te veía por aquí —dijo, viendo a Chinami—. Hola, querida.

—Oscar —saludó ella con una inclinación de cabeza, para después pasearse por los estantes de cristal mientras bebía café.

—¿En qué puedo ayudarte hoy? —Preguntó el dueño, dirigiéndose a mí. Le tendí la lista por encima del mostrador.

—Son materiales que me hacen falta.

—Claro, permíteme -se adentró a la bodega, por lo que tuvimos que esperar.

—¿Sigues preocupado? —Inquirió Chinami, volviéndose para verme.

—No es algo que pueda evitar —admití, mientras le daba vueltas a mi vaso desechable.

—Comprendo. ¿Qué te parece si terminando aquí pasamos a su trabajo a ver si nos dan información? —Se ofreció. Lo pensé por un momento, deseoso de obtener respuestas.

—No. Honestamente la preocupación me está matando pero no quiero que Allison se sienta asfixiada… —sacudí la cabeza—. Tiene que ser algo como lo que comentamos… la habrán enviado a algún lado. Quizá los padres de Lázaro sepan algo, podríamos preguntar a ellos antes de ir a su oficina —opté, viendo cómo Oscar aparecía con una gran caja.

—Bien, amigo, tienes suerte, me acaban de surtir materiales. Observa estos nuevos colores que manejaré, que te aseguro que serán de la mejor calidad.

—Bueno, echémosle un vistazo.

Cargamos las cosas al auto de Chinami y nos dirigimos a la galería. En esa ocasión Edith no estaba, por lo que nos recibió Alberto, quién hacía de su segundo al mando. Había más personas esa tarde, así que me quedé más tiempo platicando con algunos visitantes.

Cuando salimos estaba comenzando a oscurecer; Chinami se ofreció a llevarme a casa de los padres de Lázaro, en donde él pasaba dos días a la semana.

Quería decirle a mi agente que no hacía falta, que podría moverme solo, pero la realidad era que necesitaba su apoyo; siendo así llegamos juntos a la vivienda.

—Esteban, ¿cómo estás? —Nos saludó la señora Pimentel. Nos dejó pasar, y logramos sentarnos en sus sofás muy cómodos. Se disculpó un momento para luego aparecer con una bandeja de café que Chinami y yo ayudamos a llegar a la mesita de centro.

Una alfombra circular adornaba el suelo. Un mueble ocupaba casi toda la pared del costado donde se apreciaban el televisor, algunos libros, decoraciones o premios que Lázaro había ganado en concursos de oratoria cuando estaba en la escuela.

—Disculpe que nos presentemos sin avisar —me apresuré a decir, pero la señora negó una vez.

—No, la visita es muy bien recibida. Pero dime, ¿qué te trae por aquí? —Intercambié una mirada con Chinami, ya que necesitaba armarme de valor.

—Quería saber si de casualidad Lázaro le habrá comentado si tenía que salir por trabajo _dije al fin—. Allison no regresó ayer a la casa y yo… estoy preocupado. Su hijo y ella, como usted sabrá, suelen trabajar juntos, por lo que… me preguntaba… —pero la señora ya negaba con la cabeza, antes incluso de que yo terminara de hablar.

—Lo lamento, pero no sé nada. Si te soy honesta estoy preocupada. Antier Lázaro vino muy alterado pero no quiso decirnos qué ocurría; no durmió en casi toda la noche, pegado a su computadora —suspiró—. Supuse que anoche había llegado a su departamento, ya que aquí no regresó, pero me quedé preocupada.

Se nos quedó viendo, alarmada de pronto.

—¿Dices que estaba con Allison?

—Bueno, él pasó por ella en la mañana del miércoles pero después de eso… no supe nada de ambos —me aclaré la garganta, bebiendo un poco de café para ocultar mi temblor.

—Ya veo. Pues por favor si sabes algo, infórmanos. Mi marido intentó comunicarse ayer con él para ver cómo estaba, pero no pudo.

—Comprendo —la desesperación me estaba ganando—. Lamento haberla molestado. Creímos que, si acaso los habían mandado a algún sitio, quizá se lo habría comentado.

—No, mi hijo no mencionó nada de eso —repitió. Sonreí, ya que no quería alarmarla.

—Gracias, señora —agregó Chinami, bebiendo café—. Esteban pedirá informes mañana en la oficina, ya que es extraño que los manden a cubrir algo y que no avisen sobre ello.

La alarma en los ojos de la señora Pimentel me hizo levantarme del sofá, dejando la taza sobre la mesa. Ambas mujeres me miraron.

—Tenemos que irnos, acabo de recordar que tenía que pasar por un paquete con mi proveedor —mentí, esperando que Chinami me siguiera, lo cual hizo.

—Oh, claro. Pero por favor si sabes algo de Lázaro, infórmame, ¿sí? Estaremos pendientes, porque siento la situación un poco extraña —pidió. Asentí mientras jalaba a mi agente de la mano.

—No dude de eso. Gracias por el café —la mujer asintió y salimos con rapidez hasta llegar al auto de mi acompañante, que me miró alarmada.

—¿Qué fue eso?

—Lo siento, yo… —sacudí la cabeza—. Ellos tampoco saben nada y con tu comentario sentí que la alarmamos más de lo debido —admití, afligido. Sentí un nudo en la garganta—. Vámonos.

—¿Y? ¿Qué piensas hacer ahora? —Cuestionó, subiendo al coche. Me mordí el labio a la par que movía la pierna, nervioso.

—Bueno, supongo que la segunda opción: investigar en su trabajo. Normalmente no haría algo así, pero me estoy preocupando. Todo esto no es normal, siento que algo pasa… y tengo que averiguar qué es.

6

Estuve despierto casi toda la noche distrayendo a mi mente con el trabajo. Quería creer que Allison entraría por la puerta en cualquier momento, pero cuando dieron las dos de la mañana, tuve que admitir que no sería así.

Me dedicaba a avanzar con las ilustraciones que me habían pedido en la editorial; sin embargo, mientras mis manos danzaban por la tableta gráfica, mi mente se perdía en todas las ideas sobre lo que podría estar sucediendo.

Bebía café para mantenerme despierto, pero en algún momento del transcurso de las horas me venció el sueño.

Ruidos en el pasillo me sobresaltaron, ya que al estar tan cerca de la puerta principal podían escucharse muchas cosas. Me incorporé con dolor de espalda, al darme cuenta de que me había dormido sobre la barra, con la mejilla apoyada en mi equipo de trabajo y con dos tazas vacías a un lado.

Parpadeé, percibiendo la luz del pasillo encendida que se filtraba sobre el resquicio inferior de la puerta. Se escuchaban pasos.

Unas sombras de pisadas se lograron distinguir, como una señal de que había alguien al otro lado de la puerta. Tragué con dificultad, sintiendo cómo mi corazón latía con mucha fuerza, pero aun así me puse de pie para acercarme con lentitud, evitando hacer ruido. Percibí cómo el individuo al otro lado se detenía a unos centímetros, para después alejarse.

Abrí con rapidez en un intento de atrapar al asechador. ¿Podría ser Allison? ¿Lázaro?

Pero no. Al asomarme distinguí la silueta dar la vuelta para bajar por las escaleras. Fruncí el ceño y sin pensar mucho en lo que hacía, lo seguí. Cuando llegué al inicio de los peldaños me encontré con el vacío. Mi cuerpo quedó petrificado, desconfiado ante lo que acababa de presenciar.

Mi corazón martilleaba; fue cuando percibí en mi mano el lápiz negro que estaba usando para trabajar. ¿Acaso en un reflejo lo había tomado como arma? ¿Qué podía hacer ese objeto contra alguien? Pero más allá de eso, ¿tenía la necesidad de defenderme?

Regresando a mi departamento, miré la otra esquina donde más escaleras dirigían al último piso que estaba oculto en las sombras.

Cansado, preocupado y sin saber qué pensar, me encerré.

No soportaba estar sin saber nada, pero tendría que ser paciente. A primera hora iría a las oficinas donde Allison trabajaba, para pedir información sobre la investigación que ella llevaba a cabo. Ellos tendrían que responderme, y cuando supiera qué asunto la mantenía fuera de casa, quedaría más tranquilo.

—El licenciado está listo para recibirlo —alcé la vista, levantándome del sofá en la sala de espera.

—Gracias —la secretaria sonrió y se dispuso a acompañarme.

La agencia era muy grande, estaba dividida por secciones: radio, periódico y televisión, así como marketing.

Allison y Lázaro trabajaban en su mayor parte en la segunda sección, pero en ocasiones algunas de sus noticias las volvían reportajes, dándoles relevancia al aire.

Subimos al elevador y después de dos minutos las puertas se abrieron a un pasillo que se extendía más allá de donde podía ver. El suelo de mármol parecía tan mortal, por lo que tuve que apoyarme en la pared para poder avanzar sin problemas.

Me sentía fuera de lugar. Yo, con un pantalón de mezclilla, tenis y playera, andando en un edificio tan formal como ese. Ni siquiera el saco que me había puesto podía hacerme pasar como alguien que trabajaba allí.

La secretaria se detuvo en una puerta de cristal. Las paredes estaban adornadas con viniles que dejaban más claro el giro de la empresa.

—Licenciado, el señor Gordillo —me anunció la mujer. Alguien al otro lado contestó y me hicieron pasar, así que di las gracias y entré a la oficina del jefe de Allison.

Me maravillé por cómo se veía el espacio: tenía un aspecto muy sobrio, con un escritorio de cristal y una silla de cuero claramente cómoda.

Había una computadora de escritorio y una carpeta con papeles. La pared del fondo era de un rojo bastante oscuro que contrastaba con lo blanco de las tres restantes; la que estaba frente al escritorio era adornada con un cuadro de gran tamaño que reconocí al instante: era una réplica de *El Parlamento de Londres* de Claude Monet, uno de los diecinueve.

Me quedé absorto unos segundos en esa pintura, que olvidé por un momento dónde me encontraba.

Escuché una risa no ofensiva a mi espalda, sino más bien comprensiva, que me hizo volverme.

—Ha reconocido el cuadro. Tengo todo un artista delante de mí.

—Es una réplica —señalé, viendo al hombre que me recibía. Este sonrió más, levantándose.

—Claramente; el real está en la Galería Nacional de Arte en Washington —suspiró, ofreciéndome asiento. Estudié a mi anfitrión por unos segundos muy rápidos. Era bastante alto; una barba incipiente adornaba su mentón. Su traje oscuro, mezclado con un firme cabello azabache, no dejaba espacio a más gamas de color en su persona, lo que lo hacía verse muy mayor.

Tenía ojos cafés muy oscuros que daban la sensación de penetrar los míos. Me tendió la mano en el momento de sentarme; dos anillos adornaban sus dedos largos.

—Licenciado Marcelo Villatoro —se presentó con una sonrisa amigable.

—Esteban Gordillo —estreché su mano. Sentía los nervios danzar en mi pecho; me obligué a controlarme, ya que no quería dejar ver la preocupación que me comía vivo.

—Es usted el artista de la Galería Altiplano, ¿no es así? Uno de mis reporteros cubrió su exposición —sonreí, aliviado de que me reconociera.

—Sí. Muchas gracias por eso.

—Al contrario, agradézcaselo a Allison, quien tuvo la osadía de hablarnos del proyecto para poder cubrirlo —se recargó en el respaldo de su asiento; lo imité, agradecido de que él la mencionara primero.

—Hablando de Allison… —comencé, mirándolo de frente. El hombre asintió en señal de que me escuchaba, atento. Suspiré—. Lamento haberme presentado así, es sólo que quería saber si ella y Lázaro fueron enviados a cubrir alguna nota o información en algún lugar de fuera.

La sorpresa en sus ojos fue notable, enarcó una ceja mientras tamborileaba sus dedos entre sí.

—¿Y qué le hace pensar eso, señor Gordillo? —Torcí una sonrisa, nervioso.

—Bueno, esa no es una respuesta, pero mi pregunta se debe a que ni ella ni Lázaro se han presentado en mi casa desde… —bajé la voz, evitando que el miedo se colara en mis palabras—, el miércoles en la tarde. Imaginé que tendría que ver con el trabajo.

Marcelo asintió mientras me estudiaba con detenimiento.

—Ya veo. Sin embargo, lamento informarle que no es así. De hecho, si estoy en lo correcto, ambos no se han presentado a trabajar desde ese día; imaginé que estaban enfermos o algo de suma importancia los tendría fuera de la oficina.

Sentí el peso de esas palabras en todo mi ser, como un témpano de hielo que me hizo estremecer por dentro.

Un nudo en la garganta me impidió responder anticipando la marea de preocupación y desesperación que envolvieron mi corazón y mente.

Fruncí el ceño.

—Eso no es posible. Mi novia y Lázaro salieron de la casa ese día, por lo que sin duda tuvieron que haberse presentado —mascullé, impotente. El licenciado me vio con compasión, lo cual odié al instante. Apreté los puños—. Tiene que haber una confusión o… algo.

—No. Estuve esperando que se presentaran, pero no sucedió. Yo también tengo negocios que tratar personalmente, aun así, me es informado todo lo que ocurre en estas oficinas y puedo asegurar que ni la señorita Montiel ni el señor Pimentel se han presentado estos días. Pensé que sus respectivas familias sabían de eso, pero su presencia en mi oficina me dice lo contrario _su semblante era serio. Aparté la vista con deseos de gritar.

Si lo que este hombre decía era verdad, entonces ¿dónde estaba Allison? ¿Y Lázaro?

—Lamento informarle esto. Es importante para nosotros el bienestar de nuestros trabajadores, por lo que si en algún momento necesita algo…

—¿Algo como qué? —Pregunté sin poder contenerme. Marcelo sonrió con calma.

—Es obvio que usted no sabe dónde se encuentra Allison, ya que de conocer su paradero no habría venido a interrogarme, señor Gordillo. Si necesita ayuda con eso puedo disponer de mi personal para…

—No —me puse de pie, con el corazón palpitando con rapidez—, no es necesario.

—Señor Gordillo —el jefe de Allison se puso de pie. La preocupación se presentó en sus facciones—, si algo pasó con ellos dos es imperioso saberlo. La vida de reporteros y periodistas siempre está expuesta. Podemos brindarle apoyo, si así lo desea —guardó silencio en el cual yo no pude hablar, así que mi interlocutor prosiguió—. A menos, claro, que usted crea o sepa algo que nosotros no. Una idea o una razón que los haya hecho irse —lo miré a los ojos, frunciendo el ceño.

¿Acaso ese hombre quería decirme algo que yo estuviera pasando por alto? ¿Podría insinuarme lo mismo que mi madre siempre me decía?

—Gracias por su tiempo, licenciado Marcelo. Me retiro —me dirigí a la puerta, pero antes de salir, el hombre me detuvo.

—Señor Gordillo, si sabe algo de ellos por favor pídales que se presenten. Son mis mejores periodistas y su seguridad es importante para mí; saber que están bien o conocer su paradero quitará la preocupación de mis hombros. Aunque no lo autorice, dispondré de mi gente para buscarlos, si es necesario.

—Gracias. Si sé algo les diré que se presenten. Con permiso —salí con rapidez, ya no queriendo estar allí. Me recargué en la pared intentando respirar.

No podía ser verdad… la única esperanza que tenía se había ido.

Había intentado calmarme creyendo en la idea de que Allison y Lázaro estaban fuera por trabajo, pero su mismo jefe me había dejado en claro que no era así.

Siendo de esa manera, ¿entonces qué pasaba?

La idea de que se hubieran ido juntos se metía en mi cabeza, pero no podía ser verdad. Se

suponía que Allison me amaba y Lázaro se había convertido en mi amigo.

Si de verdad tenían algo, ¿por qué no decírmelo y ya? ¿O por qué esperar todo este tiempo para iniciar una relación?

Me adentré en el elevador en cuanto se abrió para expulsar a las personas que venían subiendo. Me miraron extrañadas, pero no me importó; quería salir corriendo. Sentía el miedo en mi cuerpo.

Algo no estaba bien, podía sentirlo, sobre todo porque los padres de Lázaro tampoco sabían nada. ¿Qué habían dicho ellos? Que su hijo había llegado alterado. No había dormido, trabajando hasta altas horas de la noche. ¿Acaso se habían encontrado con algo cuando se vieron con el informante? Pero de ser así, ¿por qué irse? ¿O acaso era algo completamente distinto?

Pedí un taxi tan pronto como salí de las oficinas. Me sentía desorientado, distraído en todas las ideas que significaban que Allison y Lázaro no estuvieran.

Tenía que llamar a Chinami, contarle lo que me habían informado. A mis padres, para que intentaran ayudarme a descifrar todo esto. A los padres de mi amigo… ¿debería?

—Gracias —pagué y bajé del automóvil al llegar a mi departamento. Había un auto estacionado enfrente y muchas personas que caminaban por allí, aunque no podía prestarles atención. Caminé el pasillo hacia el inicio de las escaleras.

El guardia no estaba; no sabía por qué seguía trabajando allí cuando eran raras ocasiones las que se le veía.

Subí hasta llegar al segundo piso y avancé por el pasillo estrecho, con mi mente vagando en la preocupación y el miedo. Estaba por meter la llave en el picaporte cuando me percaté de algo inusual.

Ni siquiera toqué la puerta. Estaba entreabierta, aunque podía asegurar que no la dejé así cuando salí de la casa. Tragando con dificultad, guardé las llaves y me atreví a abrir con sigilo.

Por suerte la puerta no hacía ruido, por lo que pude asomarme sin alertar a quien podría estar dentro. Apreté mi celular en la mano, dispuesto a usarlo si era necesario.

Y me quedé pasmado.

Los cuadros que habían adornado las paredes se encontraban en el suelo. La alfombra había sido levantada y los sofás movidos. Caminé con lentitud, sintiendo como si fuera a encontrar a alguien, y eché un vistazo a la cocina que estaría intacta si no fuera por los cuadros en el piso y las puertas de las alacenas abiertas.

El desastre mayor se veía en la habitación donde la cama había sido desarreglada, los cuadros tirados, el armario de ropa había sido casi vaciado con todas las prendas esparcidas en el suelo.

Los bolsillos de los pantalones, de los sacos y pants, estaban sacados como si alguien hubiera buscado algo en ellos. Los cajones estaban fuera del mueble, incluso los forros que estaban colocados hasta abajo se encontraban rotos y fuera de su sitio.

La ropa de Allison, que quizá una parte de mi mente había creído desaparecida, se encontraba echa una bola. Sus bolsos habían sido vaciados.

Ahogando un grito me dirigí a mi estudio donde la caja de mis materiales estaba volcada. Los cuadros pintados y en blanco, tirados. Incluso mi galería personal había pasado por una revisión que describiría como exhaustiva. Sin embargo, si en algún momento había creído en la posibilidad de que querían robar, la deseché de inmediato. Todos mis cuadros estaban aquí, aunque maltratados.

Me apresuré al cuarto, en busca de la caja donde guardaba el dinero; había sido volcada, pero no faltaba nada.

Me dejé caer de rodillas viendo el desastre a mi alrededor. No había sido un robo; quien sea

que se hubiera metido buscaba algo, pero ¿qué?

—Se preguntó a todos los del edificio, pero no vieron nada. ¿Algún conocido que usted crea que pudo haber hecho esto? —Miré al policía, incrédulo.

—Si supiera quién lo hizo no lo hubiera llamado, oficial. Como le dije: regresé de una reunión y así estaba. ¿Cómo es posible que nadie haya visto nada? —Rugí, molesto. Era la primera vez que me sucedía esto. Que sucedían cosas como estas.

—Bueno, a palabras del portero es la primera vez que alguien se mete a robar…

—No robaron nada —repetí, frustrado. Apreté los dientes—. No hacía falta nada, sólo… buscaban algo —bajé la voz, viendo mi departamento como lo había encontrado. El hombre de uniforme me miró con una ceja enarcada.

—Claro… —Rodé los ojos—. Algo debe de haber pasado por alto, señor. Alguien no entra sin llevarse nada.

—Ah, ¿sí? Entonces dígame por qué el ladrón vino directamente a mi departamento habiendo un piso de diferencia sin contar los demás departamentos —rugí, impaciente.

Como no podía ser de otra manera, mis vecinos estaban en el pasillo en un intento de enterarse de lo que pasaba. Más policías iban y venían, tomando fotos y entrevistando a posibles testigos.

—Bueno, usted es artista, ¿no? ¿Algún estafador o alguien con la intención de vender sus cuadros?

—¿Y por qué no se llevó ninguno? —Inquirí, enojado. El policía asintió, sin un interés real.

—Bueno, ya levantamos su declaración, señor Gordillo, si sabemos algo le informaremos. Estaremos patrullando por aquí, atentos a cualquier robo que se pueda producir de nuevo.

Quise arrancarme los cabellos ante la insistencia mal llevada de este sujeto.

—Bueno, muchachos, vámonos —anunció a sus compañeros para después volverse a mí—, nos llevaremos algunas cosas para examinarlas en caso de huellas digitales, y si descubrimos algo, le haremos saber.

Asentí ya sin darle importancia y señalé la puerta para indicarle la salida. El hombre me palmeó el hombro en señal de consideración, para después dirigirse a la puerta en el mismo momento en que mis padres y Chinami aparecían.

Suspiré, molesto porque mi agente hubiera traído a esas dos personas con ella.

Vi cómo el policía despedía a los curiosos y una vez dispersados, Chinami cerró la puerta.

—Dios mío, ¿qué pasó aquí, Esteban? —Me cuestionó mi madre, alarmada al ver el desastre. Mi padre me dio un abrazo fugaz. Miré a mi alrededor, cansado.

—Alguien entró mientras no estaba —simplifiqué.

—¿Se llevaron algo? —Preguntó Chinami, acercándose a mí. Negué cuando nuestras miradas se encontraron.

—Nada. Si buscaban algo en concreto no puedo imaginar qué, pero no se llevaron nada.

—¿Estás seguro de eso? —La pregunta de mi madre sonó incrédula. Suspiré, derrotado.

—Sí.

—¿Allison dónde está? ¿No debería haber venido a ayudarte con esto? —Añadió en un tono altivo. Eso era lo que temía: que me cuestionaran sobre ella cuando yo no sabía dónde podía estar.

Al no responder, los tres me miraron. Compuse una mueca y me obligué a decir:

—No lo sé. Ella… no ha aparecido por aquí desde el miércoles.

—¡¿Qué?! —Rugió mi padre, extrañado—. ¡¿Cómo que no ha aparecido?!

—No lo sé, papá. Al principio creí que eran cuestiones de trabajo, pero esta mañana fui a pedir información y ellos no saben nada.

—¿Y Lázaro? —Preguntó mi madre, viéndome con las cejas enarcadas. La miré a los ojos antes de admitir la respuesta, para lo cual desvié el rostro.

—Tampoco está.

—¡Ja! —Rio, triunfante—. Te dije que algo se traían entre ellos. Una cercanía así no es normal; de seguro te han estado viendo la cara durante mucho tiempo.

Le di la espalda, recargándome en la barra. Desesperado, enterré mis dedos en el cabello, evitando gritar. Sentí una mano en mi espalda y tuve que obligarme a respirar.

Encaré a mi madre.

—Eso no lo sabes.

—Entonces, ¿por qué otra razón desaparecerían juntos?

—Amanda—intervino mi padre, mirándola con dureza—, este no es momento para ese tipo de comentarios. Tu hijo sufrió una invasión a su propiedad, deberías de preocuparte por eso. La desaparición de Allison también es importante.

—¿Crees que no me preocupa? Mi hijo está sufriendo por esa mujer, que de seguro se escapó con Lázaro. Y encima vienen a robar —sacudió la cabeza, alterada—. Tienes que regresar a la casa, deja que Allison venga por sus cosas, que ella se encargue del robo —zanjó, molesta.

Cerré los ojos, apretándome el puente de la nariz.

—Gracias por haber venido, pero necesito estar solo —murmuré sin verlos.

—¿Nos estás corriendo? ¿Después de que vinimos a apoyarte? —Se indignó mi madre, viéndome con reproche.

—¿Lo haces? Porque lo único que escuché de ti fueron comentarios molestos —ella abrió los ojos, ofendida.

—Esteban, cualquier cosa llámanos, ¿de acuerdo? Si necesitas algo, no dudes en acudir a mí —agregó mi padre, atendiendo a mi petición. Asentí y él arrastró a su esposa a la salida.

Me quedé viendo al vacío. Fue después de unos minutos que reparé en la presencia de Chinami. Sin decirle nada comencé a levantar los cuadros tirados y en silencio me ayudó, aun cuando no se lo pedí. Respetaba mi estado de ánimo, por lo que no dijo ni una sola palabra.

Acomodamos las cosas de la sala, para después pasar a la habitación.

Reuní mi ropa y la de Allison con la cual me demoré al sentir cómo temblaban mis manos al aferrarse a las prendas. Me apoyé en el suelo, sintiendo impotencia, miedo y desesperación.

—No está… quise creer en la idea de que a lo mejor estaba fuera por trabajo, pero allí no saben nada —susurré de pronto, llamando la atención de Chinami, quien se arrodilló a mi lado. La miré a los ojos—. No pudo irse así nada más. Sus cosas están aquí y ella… —me atraganté con las palabras—, y Lázaro…

—Oye… —susurró, acariciándome la espalda. Deformé la tela en mis dedos y apreté los dientes.

—No sé dónde está, Chinami. Allison desapareció de un momento a otro y yo… tengo que encontrarla.

—Y lo haremos, te lo prometo —me atrajo hacia ella en un abrazo de apoyo. Sin saber qué más hacer, me aferré a su cuerpo mientras yo temblaba por dentro.

7

Chinami se quedó conmigo el resto del día. En vista de mi nula capacidad de concentrarme en otra cosa en esos momentos, se encargó de pedir pizza una vez que terminamos de arreglar el desastre, pero la realidad era que yo no tenía ganas de nada.

Una vez habiendo comprobado que Allison y Lázaro no estaban fuera por cuestiones de trabajo, no sabía qué razones los habían llevado a irse, o qué había sucedido para que desaparecieran.

¿Y si habían sido secuestrados? ¿Y si había sucedido algo fuera de su poder? Pero si era de esa forma, ¿qué podría ser?

—Tienes que comer algo —me urgió mi agente, señalando el plato frente a mí.

—¿Hablaste con los padres de Lázaro? —Inquirí en cambio, nervioso. Chinami suspiró, asintiendo mientras partía un trozo de su rebanada de pizza. Ni siquiera ella estaba comiendo de la forma habitual.

—Están preocupados después de que les informara lo que te dijeron —guardé silencio sin saber qué decir.

—Temo que haya pasado algo. Que desaparezcan así… sin decir nada; ni siquiera se llevó sus cosas para poder decir que tomó la decisión de hacerlo —sacudí la cabeza y apoyé la frente en mi brazo—. O quizá están bien y yo sólo estoy siendo paranoico.

—Te daría la razón si al menos uno de los dos hubiera llamado, pero dadas las circunstancias no creo que tu preocupación sea infundada —la miré por encima de mi brazo.

—¿Deberíamos darlos por desaparecidos?

—Tendrían que haber pasado cuarenta y ocho horas por lo menos.

—¡Desaparecieron desde el miércoles en la mañana! _Exclamé, furioso sin poder evitarlo—. Después de haberse despedido no supe de ellos, y luego… —Recordé la noche de ese día. Apreté los puños—. Allison regresó en la noche. Fue el jueves cuando no supe nada de ella —admití. Quizá después de todo, el del problema era yo.

Ante esa nueva información, Chinami enarcó una ceja.

—¿La viste en la noche después de que te dejó plantado?

—Sí, pero no mencionó nada, sólo…

—Pero la viste —recalcó, atenta. La miré a los ojos.

—Sí —hubo silencio mientras Chinami analizaba el asunto. Respiró hondo y al verme con fijeza, dijo:

—Bueno, eso cambia un poco las cosas. Mira, sé que estás preocupado, pero quizá ellos hayan salido a buscar información sobre algo por su cuenta. Dices que estaban entrevistando a un informante, ¿no? Quizá sea eso los que los mantiene ocupados.

—¿Dos días? ¿Tres? Quiero decir… está bien si es eso, pero agradecería que por lo menos llamaran.

—¿La has llamado tú?

—Desde el jueves en la mañana y sólo me marca fuera de servicio —comuniqué, recargando los brazos sobre la barra para usarlos de almohada.

—De acuerdo, mira, esperemos a mañana, ¿sí? La viste el miércoles en la noche, por lo que su ausencia se limita al jueves…

—Viernes y lo que va del día de hoy —susurré, mientras le daba vueltas a la taza de café—. Lamento si soy pesado, pero estoy preocupado de que les haya pasado algo.

—¿Es lo único que te preocupa? —Inquirió mi interlocutora, ladeando la cabeza. Compuse una mueca.

—Si te refieres a las palabras de mi madre, ya tengo suficiente con que ella las diga.

—Pero sí que hacen mella en ti.

—No lo hacían —admití—. Siempre me han molestado, pero nunca me hicieron dudar de nada…

—Hasta ahora —comprendió Chinami. Compuse una mueca.

—Con todo lo que está pasando, aquello que no logro entender… me hace pensar cosas que antes no —dije, molesto conmigo mismo por eso.

—Esteban, si algo he notado es que Allison te ama mucho, y Lázaro también es tu amigo. Dudo que las ideas que tu señora madre te mete sean verdad.

—Bueno —suspiré al incorporarme, decidido a picar mi rebanada de pizza—, siendo así espero que cuando decidan regresar puedan explicarme la razón de su ausencia —repliqué sin ver a mi agente.

Le di una mordida a mi comida; aun cuando masticaba, la preocupación me embargaba al igual que el miedo… con eso en la boca del estómago y en mi corazón, no pude disfrutar ningún bocado.

Me pasé la noche trabajando, atento a cualquier anormalidad que pudiera presentarse en el silencio, la soledad y la oscuridad de las horas nocturnas. Después de que alguien entrara al departamento en mi ausencia, no me sentía seguro, pero estaba reacio a permanecer fuera por si sucedía algo, por lo que mi resolución fue mantenerme despierto.

Fue demasiado difícil aun con tantas tazas de café, pero sabía que, si me dormía, los sueños serían difíciles de sobrellevar.

Le puse mucha dedicación a las ilustraciones que trabajaba, pretendiendo que estas fueran mi mayor distracción ahora que lo necesitaba. Sabía que muchos no podrían entregarse a esta actividad cuando la preocupación y el miedo eran constantes y muy presentes, pero en mi caso era distinto. Mi trabajo me ayudaba a sobrellevar mis malestares, así que me entregaba por completo a él.

Cuando sonó el teléfono me sobresalté, percatándome que había terminado por dormirme de nuevo sobre la barra.

Me apresuré a contestar sin siquiera ver el número.

—¿Diga? —Sabía que mi voz se escuchaba anhelante, desesperada en mi deseo de que Allison estuviera al otro lado de la línea, pero quien respondió fue Chinami.

—Desayuno en media hora. Te espero en las instalaciones de la biblioteca —suspiré, incorporándome con un horrible dolor de espalda.

—¿Qué no es domingo?

—No hay excusas, así que levántate, báñate y ven en media hora —colgó sin darme tiempo de rechazar la propuesta. Suspiré y miré a mi alrededor sabiéndome solo. La situación me superaba por momentos, porque no sabía qué esperar ni qué pensar.

Aun así evité concentrarme en mis preocupaciones, y me levanté dispuesto a tomar un baño. Tendría que comprar unas cámaras o alarmas; después de lo vivido el día anterior, no me sentía seguro dejando el departamento solo.

Una vez listo, tomé las llaves y después de cerrar muy bien, salí del edificio. Llegué a la biblioteca con una hora y media de retraso, pero Chinami no me reprochó eso, aun cuando me

esperaba afuera mientras platicaba con una de sus compañeras. Parecía decidida a mantenerme distraído, debido a que en cuanto me vio llegar se levantó, despidiéndose de la otra chica.

Me encontró a mitad del camino y jalándome del brazo, me dio la vuelta para obligarme a seguirla.

—Tus ojeras son alarmantes, ¿sabes? ¿Acaso no has dormido bien?

—Buenos días a ti también —mascullé, molesto. Chinami me soltó y torció una sonrisa amistosa.

—Me preocupo por ti.

—Sí, bueno, yo estoy preocupado —le hice saber mientras bajaba las escaleras. Había intentado ocultar mi insomnio, pero por lo visto había fracasado.

Chinami compuso una mueca y ya sin decir nada, caminamos a una de las cafeterías cercanas donde pedí una taza de café y donas.

—¿Has sabido algo? —Me preguntó después de un rato. Habíamos elegido la terraza para ver todo desde las alturas. Por suerte el sol no pegaba en ese sitio, aunque el ruido y el aire contaminado no eran buenos compañeros. Empezaba a sentir dolor de cabeza.

Partí una dona a la mitad para después responder:

—No. He evitado pensar tanto porque lo único que consigo es ser consciente de mi preocupación e incertidumbre —dije, con la vista perdida en las demás personas. Había tráfico, pero eso no impedía los vehículos estacionados cerca del establecimiento. Fue cuando vi un auto y un hombre apoyado en él, con lentes oscuros adornando su cara. Fruncí el ceño y me volví a Chinami—. Sé discreta con lo que te diré a continuación, ¿de acuerdo? —Le pedí, aparentando una plática normal. La sorpresa fue genuina en su rostro, pero asintió—, ¿ves a ese hombre de allí? El que está recargado en el auto —especifiqué, antes de beber café.

Chinami alzó la vista haciendo lo que le pedí, mientras tomaba un trozo de dona.

—Ya lo vi. ¿Qué tiene? ¿Lo conoces?

—No, pero podría jurar que lo he visto últimamente en los lugares que he frecuentado. Ahora que lo veo y pienso en eso, estoy seguro.

—¿Crees que te está siguiendo? —Inquirió mi compañera, viéndolo de reojo. Bajé la taza de café casi llena.

—No lo sé. No quiero ser paranoico, pero tengo esa ligera sospecha. No es la única vez que lo he visto y si estoy en lo correcto, se encontraba fuera del edificio la noche anterior —mi corazón palpitaba con fuerza, teniendo una idea repentina—. ¿Y si fue él quien entró al departamento?

—Aguarda, vas muy rápido —Chinami se inclinó hacia mí, susurrando—. ¿Estás seguro de que te sigue?

—Bueno, debe de haber una razón por la cual lo he visto en todos los lugares a los que he ido. También noté que estaba cerca cuando fuimos a la tienda de Oscar, y no creo que sea coincidencia.

Guardamos silencio, pensando en el hecho.

—¿Lo habías visto antes?

—No, y ahora parece que no hay sitio donde no lo vea —fruncimos el ceño; bajando su vaso con jugo, Chinami sacudió la cabeza.

—Pero no entiendo, ¿por qué querría seguirte alguien a quien no conoces? —Ambos miramos en la dirección donde estaba ese hombre, ahora fumando. No veía en nuestra dirección, pero sin duda existía una razón por la que estaba aquí.

—No sabría decirte. No lo he visto seguirme pero casualmente aparece en los sitios adonde

llego, y eso no puede ser coincidencia —resumí.

—Bueno, hay una sola forma de averiguarlo —Chinami se puso de pie, lo que me hizo levantar la vista. Sonrió como si nada pasara, e hizo un gesto con la cabeza—. Andando, compañero, es hora de irnos.

Perplejo la imité mientras llamaba al mesero que llegó con rapidez, por lo que pagamos la cuenta y salimos del establecimiento.

Evité ver al sujeto con detenimiento mientras nos dirigíamos a la biblioteca; como no estaba lejos habíamos salido caminando. Viendo por el rabillo del ojo, pude percibir que el hombre se movía, yendo a la parte delantera del vehículo donde aventó su cigarro para apagarlo con la suela del zapato.

—Te lo dije —farfullé, caminando más rápido. Chinami me tomó de la mano.

—Tranquilo, no des muestra alguna de que te fijaste en él. Llegaremos a la biblioteca y saldremos rápidamente en mi auto.

Dicho eso nos movimos con normalidad. Al adentrarnos al vehículo de mi agente, vi el auto ya familiar que aparecía a una cierta distancia.

—Nos está siguiendo —advertí, viendo por el retrovisor. Chinami sonrió y por un instante percibí cierta diversión en su expresión.

—Pues hay que perderlo —y dicho eso viró a la izquierda con violencia, recibiendo groserías y pitazos por parte de otros conductores. Sentí el vértigo en mi estómago mientras mi compañera reía—. Esto es divertido —afirmó mientras aceleraba. No supe cuántas vueltas dimos ni por cuál calle salimos de tan desorientado que me sentía. Miraba a mi alrededor, pero no vi señal alguna de un auto en particular—. ¿Y bien? —Preguntó la conductora, después de un rato. Me recargué en el respaldo del asiento.

—Una de dos: o lo perdimos, o no nos seguía y me estoy volviendo loco —respondí, masajeándome los párpados.

—Necesitas dormir —señaló mi compañera, con la vista en el espejo retrovisor. Cuando presté atención vi que nos estacionábamos en su casa—. Y comer algo.

Una parte de mí quería ir a casa, aunque estar distraído servía por el momento. Después de haber comido y del fracasado intento de descansar, Chinami me llevó al departamento. Mi semblante se ensombreció al verlo vacío, sin la presencia de Allison por ningún lado.

Intenté marcarle una vez más sin obtener respuesta. Sentía que flotaba ante la falta de noticias o verdades que tuvieran que ver con su desaparición. Saber algo me ayudaría a establecerme en piso firme o a hundirme.

Fue cuando alguien tocó a la puerta que nos volvimos. No tenía ni cinco minutos que habíamos entrado y ya llamaban.

Intercambiando una mirada con Chinami, abrí con precaución.

—Eh… ¿buenas tardes? —Inquirí, debido a mi sorpresa. El jefe de Allison, con su elegante traje y sus anillos brillantes, se encontraba en mi puerta. Así como yo me vi fuera de lugar en su empresa, él desentonaba en el pasillo donde a las paredes les faltaba pintura.

—Señor Gordillo, lamento presentarme sin aviso alguno y en domingo —asentí, viendo más allá de él. Para nada esperaba su presencia en mi casa—, ¿puedo pasar? —Preguntó al ver mi mutismo.

—Ah, sí, claro. Disculpe —me hice a un lado para dejarlo entrar y después cerrar. Pude ver la extrañeza de Chinami. Ellos no se conocían.

Al ser el anfitrión me vi en la obligación de presentarlos, aun cuando lo inusual de la situación me mantenía perplejo.

—Chinami, él es el licenciado Marcelo, jefe de Allison y Lázaro —ella asintió, con una sonrisa reservada—. Ella es Chinami, mi agente —agregué, dirigiéndome al hombre.

—Un gusto —le tendió la mano para estrechársela. Por un momento pensé que ella no la aceptaría por cómo se la quedaba viendo, pero después de unos segundos muy largos, aceptó el saludo.

—Disculpe, licenciado, pero ¿a qué se debe su visita? Honestamente me tomó por sorpresa —interrumpí, sintiendo una presión en el pecho. Fruncí el ceño al percatarme de algo más—. ¿Sabía usted dónde vivía?

—Lamento si soy inoportuno —sonrió—. Y no desconfíe, señor Gordillo. Como sabrá, Allison aportó datos personales cuando recién comenzó a trabajar en la empresa.

—Sí, pero dio los datos de su antiguo departamento _señalé, confundido—. Vivía sola cuando comenzó a trabajar para usted _el hombre enarcó una ceja, divertido al parecer o sorprendido por el hecho de las cosas que yo sabía o notaba.

—Lo sé, pero nuestros empleados tienen que actualizar sus datos cada cierto tiempo —me miró a los ojos—. Cosas de contratos.

—Ya veo.

—Vine porque me quedé preocupado por su visita. Tanto Allison como Lázaro siguen sin presentarse, por lo que me vi en la necesidad de venir a preguntar si saben algo de ellos —me alejé un momento, ofreciéndole asiento en uno de los altos bancos de la barra, pero lo rechazó, y se mantuvo de pie.

Chinami se puso a mi lado.

—No. En realidad, nosotros seguimos sin tener noticias. A este punto yo ya estoy preocupado y los padres de Lázaro no saben nada de él —añadí, de pronto con la idea de que si acaso en su departamento también habían asaltado. ¿A sus padres no los habían seguido como a mí? Pero si era así, ¿significaba algo?

—Comprendo —Marcelo suspiró, mientras rebotaba sus dedos en la barra—. Lamento informarle que esta situación no puede durar mucho tiempo. Sin duda es imperioso que tanto Lázaro como Allison se encuentren bien, pero como empresa también requiero de mis periodistas.

—¿Me está insinuando que ambos se quedarán sin trabajo?—Quise saber, entrecerrando los ojos. Marcelo sonrió en un intento de relajar su expresión, mas eso no borraba sus gestos condescendientes.

—Es usted muy perceptivo —suspiró, apartando un mechón de cabello de su frente—. En efecto, si ambos no se presentan pasado el fin de semana, me veré en la penosa necesidad de buscar quiénes los reemplacen. Sus puestos están vacantes y requiero que sean ocupados por alguien —explicó. Enarqué una ceja. ¿Podía alguien quedarse sin trabajo por haber desaparecido?

—La verdad no sé qué decirle —admití. El hombre sonrió.

—Es comprensible. Si usted es amable de comunicarle esto a ellos dos, estaré agradecido. Aunque por supuesto, espero que se presenten.

—Bueno, ya somos dos —susurré, de nuevo con la preocupación. Que el hombre viniera a decirme eso sólo aumentaba mi intranquilidad.

—No lo dudo, señor Gordillo —fue en ese momento que mi teléfono sonó, por lo que me disculpé para poder contestar. Por el rabillo del ojo vi cómo Marcelo se acercaba a Chinami para preguntar algo que no alcancé a distinguir.

—¿Diga? —Si mis esperanzas se debían a que Allison respondiera, se esfumaron en un

segundo.

—Señor Gordillo, soy el oficial Castellanos. Le hablo para informarle sobre el robo que se efectuó en su domicilio el día anterior —rodé los ojos ante esas palabras. Intentar sacarlo de su error ya me fastidiaba, así que contesté con un simple «ajá»—. Siento decirle que no se encontraron huellas que pudieran identificar al ladrón que hurtó sus cosas.

—Ya veo.

—De todas maneras, quedaremos a sus órdenes y…

—Enciende la tele, enciende la tele —interrumpió Chinami; al verla me di cuenta que hablaba por teléfono. Su aflicción me hizo obedecerla. Entramos a la habitación e hice lo que ordenaba.

Impaciente, ella tomó el control remoto y buscó algo con urgencia. El licenciado Marcelo se había acercado, intrigado con lo que pasaba.

—*Esta mañana se produjo un accidente catastrófico en la salida de Ciudad de México* —decía la reportera. Las imágenes estaban en vivo, donde mucho humo y varios autos estaban amontonados. Me sobresalté al ver tal desastre—. *Como puede verse, una pipa de gas chocó con las barandillas que dividen ambos carriles, lo que provocó un incendio de gran magnitud. Muchos autos quedaron atrapados*.

»*Hubo heridos y varios muertos, entre los que destacan dos periodistas. Parece ser que salían de la ciudad, pero no llegaron a su destino. Al encontrar unas cuantas pertenencias se pudieron reconocer a dos de los muertos: Allison Montiel y Lázaro Pimentel* —la periodista guardó silencio, al parecer afectada por lo que informaba—, *lo que ocasiona una gran pérdida para el mundo periodístico. También se han logrado identificar a otras personas.*…

Dejé de escuchar. Todo mi cuerpo entró en un entumecimiento que incluso no fui consciente del suelo en mis rodillas.

No.

No podía ser verdad. Tenía que ser un engaño, una farsa dada por las noticias.

Allison no podía estar muerta.

¿Cómo podían afirmar que eran ellos si se había producido un incendio? ¿Cómo podían siquiera decir el nombre de las demás personas sin estar seguros?

¿Cómo…?

Mis manos temblaban.

«Parece ser que salían de la ciudad».

No pude controlar la risa histérica que me provocaron esas palabras. ¿Acaso habían estado aquí todo este tiempo, sin molestarse en decir nada? ¿Escapaban juntos?

¿Allison estaba muerta? No, no…

Yo la amaba, se suponía que estaríamos juntos. ¿Cómo… cómo…?

—Esteban —oí que me llamaba alguien, incluso sentí unos dedos alzar mi rostro inexpresivo. Mi cuerpo no reaccionaba, estaba vacío.

Sentí cómo me desvanecía poco a poco en la inconsciencia, en la nada.

Esto no podía estar pasando. No podía ser cierto.

Allison estaba muerta.

Y yo…

Me hundí en la oscuridad.

8

Escuché cómo alguien tocaba la puerta, pero no respondí, sumido en la actividad por la que vivía. La insistencia fue tal hasta que cesó, y yo seguí en mi lugar.

Después de varios minutos escuché pasos. Nadie hablaba, las pisadas fueron las protagonistas de la invasión a mi propiedad. Suspiré cuando una silueta apareció en la puerta, pero no fue suficiente para hacerme bajar el pincel.

—Esteban —la voz de Chinami sonaba impaciente. Apreté el pincel entre mis dedos adoloridos debido a estar usándolo por horas. Mi agente se acercó al no obtener respuesta de mi parte, y en un segundo la tuve a mi lado.

Bajé la mano y me volví hacia la recién llegada.

—¿Tiraste la puerta?

—No, tuve que pedirle al portero que me ayudara con la cerradura.

—Oh —regresé la vista al lienzo—, ¿ahora hace su trabajo? —Inquirí sin un interés real.

—Esteban —comenzó de nuevo Chinami, obligándome a mirarla. Alcé la vista, bajando por completo mis manos—, no puedes seguir así. Han pasado tres semanas desde las cuales no hemos sabido de ti. Te has encerrado en este lugar y en ti mismo. ¿Cómo esperas salir adelante si no pones de tu parte? —Exigió saber, con los brazos en jarras.

Compuse una mueca, viendo a mi alrededor. Chinami analizó el lugar viendo lo mismo que yo: lienzos en blanco tirados en una esquina, la mesa donde colocaba mis materiales estaba repleta de vasos vacíos que habían contenido café en algún momento, eran más de cinco y a esos se le sumaban los que estaban regados por el suelo.

Una colchoneta estaba arrinconada a la pared junto con la almohada que me había hecho compañía esos últimos días. Sin duda, mi estudio había visto días mejores.

Sentí la boca seca. Chinami suspiró y bajó los brazos sin dejar de verme.

—Desapareciste. Supusimos que después de haber comprobado que eran sus cosas, aun cuando sus cuerpos quedaron irreconocibles, necesitarías tiempo para procesarlo. Tus padres están preocupados por ti, incluso los padres de Lázaro y eso es decir bastante teniendo en cuenta que perdieron a su hijo. Y tú… simplemente decidiste encerrarte. ¿Cómo crees que eso sirva? —Señaló la habitación donde había pasado esas tres semanas solo—, ¿has dormido siquiera? ¿Comido algo además de ahogarte en cafeína?

Miré el suelo sucio para después ver los colores en el pincel y en la piel de mis manos. Sabía sin verme en un espejo el aspecto que tenía: ojeras, cabello desaliñado y una ligera barba que no me había molestado en rasurar.

—No puedo dormir —dije en un susurro—. Trato de evitarlo lo más que puedo, porque sé que si lo hago las pesadillas serán incontrolables —señalé la colchoneta en el piso_ cuando el cansancio es demasiado me permito recostarme, pero eso es todo.

—¿Y tu cama? —La miré a los ojos. La tristeza y la preocupación eran notorias.

—No puedo dormir en una cama vacía, Chinami. Yo… —sacudí la cabeza, apretando mis ojos con las palmas de las manos—. No soporto esto —admití.

—Esteban —el tono lastimero de su voz me molestó, lo que me hizo levantarme—, sé que es difícil para ti pero dudo que Allison quisiera esto. Verte así… no le gustaría.

—Bueno, en realidad ella no está aquí para verlo, así que… —me encogí de hombros. Sentía

mis dedos con ampollas debido al uso constante del pincel. Miré el lienzo en el caballete, así como los demás cuadros pintados, nuevos, recargados sobre la pared. Los que tenían más tiempo los había pasado a la otra habitación.

Podía rememorar los detalles después de la noticia. Había sido un requerimiento el reconocer si eran ellos dos.

Sus cuerpos, al igual que otros, habían sido irreconocibles al punto de que ni siquiera pudieron sacar sus placas. Sólo unas mochilas donde venían ropas e identificaciones tuvieron que bastar, y eso era decir mucho ya que habían sufrido un gran daño.

Ellos ni siquiera habían estado en el coche, sino más allá en su inútil intento de escapar de la explosión.

Los padres de Lázaro quedaron devastados. Habían realizado misas una vez que el asunto se calmó; por mi parte yo recibí palabras de pésame, pero después del primer rezo no pude aguantar más, así que regresé a mi departamento.

El dolor había sido tan fuerte, tan ahogante, que lo único que pude hacer fue destrozar cosas para poder sacar lo que sentía.

Y después…

—Me dediqué a pintar —confesé en un susurro apenas audible—, sentimientos… todo lo que no podía decir con palabras. Sentimientos y sueños. Deseos… —señalé los cuadros, eran más de tres. Chinami se volvió para ver lo que yo.

Guardó silencio mientras se paseaba por los lienzos terminados y el que estaba en proceso.

—La extraño, Chinami —agaché la cabeza, dándole vueltas al pincel entre mis dedos_. No sé en qué momento las cosas cambiaron así. La extraño y lo único que puedo hacer con eso es pintar. A ella. A lo que siento.

—Son hermosos —musitó mientras acariciaba la tela—. Nunca habías pintado así.

Torcí una sonrisa sin vida.

—Es curioso. Ahora que estoy destrozado por dentro mi trabajo es excelente —apreté los puños—. Mi alma rota está en esos cuadros, así como mi amor hacia Allison.

Chinami se acercó a mí y sin que lo esperara me abrazó con fuerza. Me permití envolverla en mis brazos; ni siquiera pareció importarle mi mal aspecto.

—No sabes cuánto lo siento, Esteban. Sé cómo la amaste y cómo sufres ahora, pero encerrarte así… —guardó silencio. Lo único que pude hacer fue aferrarme a ella, ocultando mi rostro en su cuello—. No puedo permitir que te hundas de esta manera. Tienes tanto por delante…

—Quizá, pero ahora mismo no quiero nada más —me separé de mi agente, para acercarme a la mesa donde coloqué el pincel húmedo. Un destello de pintura coloreó la superficie—. No podría…

—Tienes que poder. Perder a alguien siempre es difícil, pero es debido a ellos que sales adelante. Y por ti.

Alcé la vista.

—En este momento no me veo capaz de eso. Sólo mírame —me señalé y señalé mis cuadros —, es todo lo que tengo.

—Eso no es verdad. Tus padres quieren verte bien, al igual que yo.

—Chinami… —mi voz perdió fuerza; la recién llegada se acercó a mí y acunó mi mejilla. Al verla a los ojos la tomé de la mano y la llevé a la otra habitación donde tenía el primer cuadro hecho en esos días.

Era tan oscuro pero muy transparente en aquello que quería transmitir, y debido a eso lo

había alejado.

—Plasmé todo el dolor y el amor que sentía, y es por eso que no soporto verlo.

—Es… —guardó silencio— Yo… ni siquiera puedo describirlo. Impresionante sería quedarme corta. Es como una danza… una batalla entre dos sentimientos igual de fuertes.

—Ahora sabes cómo me siento —me recargué en la pared—. Esta galería la uso para colocar las pinturas que más aprecio. Esa… —señalé una al fondo—, me recuerda a los cuadros de Rembrandt; he admirado su trabajo y la utilización de sus claroscuros. Creí que usar esa técnica sería perfecta para dos sentimientos opuestos y que están tan unidos —señalé el propio—. Cómo… dime ¿cómo podré salir de esto? —Pedí con la voz rota—. Dímelo, porque no lo sé.

Chinami se acercó a mí con firmeza en su mirada.

—Estoy aquí. Somos amigos, ¿no? —Suspiré, asintiendo—. No te soltaré, Esteban; estoy aquí para ti, siempre —apoyé la frente en su hombro, sintiendo que mi corazón se estremecía. El dolor que golpeaba mi alma llegó hasta la punta de mis dedos al momento en que el nudo de la garganta provocaba las lágrimas. Solté un jadeo y apreté los ojos. Chinami me aferró con fuerza —. Siempre.

Chinami me obligó a darme un baño que tomé sin entusiasmo. Me sentía vacío.

Cuando salí vi lo que ella había hecho: ordenar mi tiradero. Las tazas vacías de café estaban lavadas, escurriendo sobre el lavabo. Incluso la colchoneta estaba en la lavadora junto con la ropa que me había quitado.

Había arreglado la cama, levantado los cojines y desechado los objetos rotos que dañé en mi arrebato de dolor.

Me sonrió con tristeza al verme acercarme.

—Traje comida —me informó, señalando la barra donde había dejado un *obento.* Torcí una sonrisa al ver su dedicación, y me acerqué a observar, maravillándome con lo que encontré dentro: arroz blanco decorado con ajonjolí, salmón asado y un juego de verduras que distinguí como zanahorias, brócoli y lechuga.

Miré a Chinami.

—Debes de comer de todo —explicó, encogiéndose de hombros. Tragué con dificultad, ya que esos días no me había molestado en comer nada. Cabizbajo me dirigí a la cocina para preparar café, pero mi visitante negó una vez.

—Jugo de naranja. Has bebido demasiado café —me riñó. Asentí sin ganas de rebatir, por lo que la siguiente hora me dediqué a comer en silencio. A pesar de sus intentos, Chinami desistió al ver que no me presté para conversar, ni terminé mis alimentos.

—Debería intentar dormir —musité.

—Esteban… —Alcé la vista ante su tono—, la galería dio por terminada la exposición, también se entregaron los cuadros vendidos. Al ver que no apareciste tuve que encargarme de todo —suspiró—. Edith lamenta lo que sucedió. También me dijo que, si en algún momento decides exponer otra parte de tu arte, serás bienvenido.

—¿Les pagaste? —Quise saber, jugando con el arroz.

—Sí. Los cuadros restantes los llevé a mi casa y el resto del dinero cayó a tu cuenta.

—Bien, te daré tu parte.

—No es necesario, sólo… sólo quería que supieras la situación.

—Bien. Puedes subir los lienzos restantes a la página web.

—Y la editorial quiere saber si entregarás las ilustraciones —añadió, preocupada por mi estado. Asentí en silencio al percatarme de todo lo que había hecho a un lado. Sufría, Dios, cómo sufría, pero si algo sabía de mí era que el trabajo me abstraía del dolor, de la soledad. Mis

pinturas eran una gran parte de mi vida, de mi alma, y ellas serían mi salvavidas. Pero sabía que las otras responsabilidades no podían ser dejadas de lado.

Suspiré para después responder:

—Las tendrán esta misma semana —aseguré, levantándome—. Ahora si no es mucho pedir, quiero dormir un poco… por favor.

Chinami se me quedó viendo, ansiosa y preocupada.

—Puedes sacar una copia de la llave, así podrás entrar cuando quieras —le aseguré, tendiéndole el manojo.

—Esteban… —comenzó a decir, pero la realidad era que quería estar solo.

—Gracias por venir, Chinami. ¿Nos vemos mañana? —Al ver que no sería flexible, suspiró con derrota y asintiendo, tomó las llaves para después ponerse de pie.

—Hasta mañana —asentí, viéndola salir. Una vez solo, sabiendo que así sería a partir de ahora, me dejé caer en el sofá y cerré los ojos.

Lo único que tenía ahora era mi arte. Y el recuerdo de Allison, el momento en que ella y yo nos encontramos en una cafetería dos días después de la reunión de amigos donde ambos habíamos coincidido. Su expresión, su sonrisa, o cómo había visto brillar sus ojos al verme; ese instante que parecía congelado en el tiempo, donde dos desconocidos habían optado por entablar una conversación, que habían elegido intercambiar números llevados por algo más a lo que no le pusieron nombre. Recordaba sus ademanes ante la llamada que había recibido y la cual interrumpió nuestra charla, esa misma llamada que reventó la burbuja, la que nos hizo reaccionar. Ahora, en el presente, no había sido una llamada la que había roto ese sueño de cristal, sino la muerte. Esa que se había llevado a la misma chica con la que yo había entablado una conversación mientras sostenía dos cafés, esa misma chica que años después, se había vuelto en parte imprescindible de mi vida.

—Gracias al Cielo que te presentaste. Llegaste mucho antes, de hecho —me saludó mi madre, provocando que alzara la vista de mi trabajo. Dejé a un lado la Tablet cuando la mujer se acercó para darme un abrazo que duró más de lo normal—. He estado preocupada por ti.

—Bueno, ya salí y me presenté. En realidad, tengo mucho trabajo —dije, con la vista en los alrededores. La chispa que había caracterizado el mundo hacia mis ojos estaba dormida. Miré a mi madre— ¿Y papá?

—Tenía una junta en la oficina, pero me dijo que pasará a verte por la tarde —asentí. Ella miró el aparato que había dejado en la mesa y curiosa, entrelazó los dedos— ¿En qué trabajas?

—Ilustraciones para un libro de cuentos —mis dedos repiqueteaban en la mesa. Por alguna razón evitaba mirar a mi madre a la cara. Al ver que no agregué nada más, suspiró, recargándose en el respaldo del asiento para después llamar al mesero.

—Es bueno para ti que salgas. Olvídate de todas esas preocupaciones y dolores que en nada te benefician —enarqué una ceja y miré a la mujer que me había dado la vida.

—¿Pretendes hacer tus comentarios justo ahora? Porque no estoy de humor para soportarlos —le advertí, bebiendo agua. Había optado por primera vez en no pedir café, ya que mis nervios estaban muy encendidos para tener que avivarlos más.

—Bueno, Esteban, me preocupas. Quiero decir —sacudió la cabeza, pero antes de que continuara se acercó el mesero con una cesta de pan. Ordenamos y una vez que se retiró, la mujer prosiguió—, pasaste, ¿cuántos años con esa mujer? ¿Uno, dos? Eso no es nada comparado con todo el tiempo que he pasado con tu padre, así que no logro entender por qué no simplemente aceptas que murió y sigues adelante. Eso es lo que deberías hacer.

Cada una de sus palabras golpeaba mi corazón sin consideración alguna. ¿Qué provocaba que ella fuera tan cruel?

—Deberías sentirte agradecido con la vida porque te alejó de ella. Engañándote en tu propia cara, en tu propia casa, eso no es tolerable —apreté los dientes y cerré los ojos, tragando el nudo de mi garganta.

Me aguanté las ganas de gritar, por lo que tomé mis cosas y me puse de pie.

—Gracias por la preocupación, mamá, pero no estoy en condiciones de seguir con esta conversación. Nos vemos luego.

—Esteban… ¡Esteban! —Alzó la voz en su intento de hacerme regresar; ignorándola salí del establecimiento.

Logré llegar a la biblioteca donde busqué una mesa muy apartada en la sección donde por lo general trabajaba Chinami, aun cuando en ese momento no la vi por ningún lado. El silencio y a su vez el constante movimiento, me hacían relajarme. No soportaría estar más en el departamento sabiendo que no llegaría la persona que más esperaba.

Pensar en que no me había despedido de ella lo hacía más difícil. Pero ¿cómo? Si ni siquiera había aparecido después de esa noche.

Dejé a un lado mi lápiz y oculté el rostro entre las manos. Estuve así alrededor de diez minutos cuando un susurro llamó mi atención, haciéndome alzar la vista.

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías desayuno con tu madre?

—Preferiría que no —admití, dejándome caer con pesadez en el asiento. Chinami asintió para después sentarse.

—Los padres de Lázaro preguntaron por ti, esperan verte mañana en la noche.

—Yo… no lo sé —vi la larga mesa que se extendía frente a mí—. No estoy listo para verlos.

—Pero ellos esperan hacerlo —suspiró mientras cruzaba los brazos sobre la mesa—. También sufren, Esteban.

Guardé silencio, viendo los colores de la ilustración digital que reinaba la tableta.

—Lo consideraré —mi agente asintió y me regaló una caricia en la mano para después levantarse y seguir trabajando mientras yo continuaba con mi labor.

Estaba de más decir que no me presenté ante los padres de Lázaro, ya que prefería mantenerme alejado, aunque sabía que en alguno de estos días tendría que verlos. Chinami no insistió, por lo que los siguientes dos días los pasé recluido en mi estudio, dedicándome por completo a las ilustraciones; la portada que era lo último que hacía falta estuvo lista en las horas finales del día.

A la mañana siguiente me presenté a la editorial y después de haber dado una disculpa formal por el atraso, entregué el trabajo terminado que autorizaron casi al instante. Cuando revisé mi cuenta comprobé que tanto el pago por las ilustraciones como por los cuadros vendidos estaba reflejado, y eso me permitió hacer un retiro decente.

Me sentí un poco perdido al salir del banco, ya que mi mente parecía esperar que viera a Allison con quien pasaba la mayoría de mis tardes. Sin embargo, era distinto ahora, así que tendría que buscar una distracción que me apartara de esa nueva realidad.

Chinami me rescató de ello cuando me marcó incluso antes de que cruzara la calle para tomar un taxi. Con su vaga explicación sobre noticias importantes, me dirigí a la cafetería de la última vez, pero antes de llegar entró otra llamada de un número desconocido.

—Buenos días, señor Gordillo —titubeé al reconocer la voz del licenciado Marcelo. Por un instante no supe qué responder, rememorando esa tarde donde todo mi mundo se había desmoronado. Ese hombre se había quedado serio, viendo con detenimiento el televisor como si

de alguna manera lo hubiera ofendido—. ¿Señor Gordillo?

—Sí, lo siento, ¿diga? —Me tembló la voz, mientras veía por la ventanilla. El tráfico era una locura.

—Disculpe si lo molesto, he intentado comunicarme con usted desde hacía días sin obtener respuesta. Había mandado a un trabajador a localizarlo a su domicilio, pero nunca lo recibieron.

—Sí, yo… estaba fuera —mentí. Aunque si lo pensaba bien, mi consciencia, mi alma y mi corazón no habían regresado.

—Es entendible, después de lo que pasó… —dejó las palabras al aire; por mi parte no me molesté en responder—. Le hablo para citarlo en mi oficina. Son asuntos legales del contrato y las prestaciones que tenía Allison con nosotros.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —Quería rehuir lo más que podía de ese lugar. Sentí cómo el licenciado sonreía al otro lado de la línea.

—Lo espero en mi oficina en una hora, si no es mucha molestia. Una vez aquí podré ponerlo al tanto de todo —quería negarme, pero sabía que no podía. Después de todo se trataba de Allison, lo que lo convertía importante para mí.

—De acuerdo.

—Nos vemos, señor Gordillo —colgó sin esperar respuesta. Suspirando, le di la nueva dirección al taxista para dirigirme a la otra cita, no sin antes hablarle a Chinami para decirle que la veía en mi departamento.

—El licenciado Marcelo lo espera —me levanté para seguir a la secretaria que me había recibido la última ocasión. Miré a todas partes cuando reconocí al reportero que cubrió mi exposición; se me quedó viendo, pero decidido a ignorarlo, seguí caminando hasta entrar al elevador—. Lamento la pérdida de su novia, señor Gordillo. Nosotros como empresa y como individuos en el medio, sentimos la pérdida de dos de los mejores periodistas que existían hasta ahora.

Tragué con dificultad mientras veía mis pies.

—Gracias —. Advertida de mi poca disposición a hacer conversación, la mujer asintió y salimos una vez que el elevador se detuvo. Me dejaron pasar, siendo esa oficina con sus colores oscuros y el cuadro de Londres los que me dieron la bienvenida.

—Señor Gordillo, gracias por venir —me recibió el licenciado Marcelo; nos estrechamos la mano—. Tome asiento, por favor.

—¿Requería para algo mi presencia? —Fui al grano. El hombre parecía notar mi poca cooperación o mis deseos de salir de allí, ya que se apresuró a sacar una carpeta de un cajón.

—Así es. Como sabrá, nuestros empleados cuentan con prestaciones y un seguro, eso incluye una indemnización por los hechos sucedidos hacía unas semanas. Al estudiar bien los datos de Allison vimos que usted es el único al que señala como contacto, así que en este caso lo llamé.

—Sí, ella… —el nudo en mi garganta volvía a hacer presencia—. Sus padres murieron hace un par de años en un accidente. Era hija única, por lo que no tenía nadie más a quien poner… en ese espacio —admití, viendo por el ventanal hacia el exterior.

—Comprendo. En ese caso necesitaré que firme estos papeles para proceder con el papeleo —me tendió una pluma, pero antes de firmar le eché un vistazo a las hojas para asegurarme de que no hubiera nada comprometedor.

En silencio firmé.

—Los padres de Lázaro… ¿vinieron para hacer esto? —Quise saber mientras le tendía la carpeta.

—Así es. La pérdida de estas dos personas es un gran golpe para todos nosotros, así como para el medio. Sabemos que el dinero no compensará esas pérdidas, pero… —guardó silencio como si no supiera qué más agregar—, no logro explicarme qué hacían saliendo de la Ciudad de México…

—Bueno, ya somos dos —respondí con rabia. El hombre enarcó una ceja.

—¿Quiere decir que Allison no se comunicó con usted antes de salir de la ciudad?

—No. En realidad no supe de ella desde tres días antes —. Asintió, con el ceño fruncido.

—Extraño, sin duda.

—¿Usted no sabía si tenían citas con el informante sobre el caso de la empresa de cosméticos? —Quise saber, pensando en lo último que Allison y Lázaro habían trabajado. Marcelo se puso serio; se incorporó en su asiento y recargó los brazos en el escritorio.

—Disculpe, ¿sabe usted algo de eso? —Me tensé al ver su expresión repentina.

—Sólo me lo mencionaron. ¿No fue usted quien los envió?

Marcelo intentó sonreír, fracasando.

—No. Lo único que sé es que pretendían dar una noticia importante por el periódico y la televisión; querían sorprendernos a todos —le temblaron los labios. Alerta, me puse de pie.

—Ya veo. Bueno, obviamente no podré darle respuestas sobre eso; Allison me hizo comentarios fugaces, pero parece ser que no llegaron a nada —miré a la puerta y al volver la vista, un destello llamó mi atención a los pies del escritorio. Me sujeté con brusquedad a la superficie del cristal al advertir lo que era.

—Señor Gordillo, ¿se encuentra bien? —De un momento a otro el licenciado Marcelo estuvo a mi lado. Me aparté, desconfiado.

—¿Podría regalarme un poco de agua? Creo que se me bajó la presión —mentí. Extrañado, el hombre asintió dirigiéndose a la puerta para llamar a su secretaria.

Al verlo desaparecer por unos instantes me apresuré a levantar el pequeño objeto brillante. Todo mi cuerpo temblaba al confirmar lo que era: un dije, uno que le había pertenecido a Allison. Se lo había regalado en nuestro último aniversario; no me explicaba el por qué estaba ahí.

Me levanté en el mismo instante que el licenciado Marcelo regresaba con un vaso de agua.

—Lo lamento, Margarita no estaba.

—No importa —recibí el vaso—. Disculpe, ¿cuándo fue el último día que Allison se presentó al trabajo?

—El martes. Como le comenté antes, tanto ella como el señor Pimentel empezaron a faltar desde el miércoles.

—¿No se presentaron para nada? —Inquirí para después beber agua, sintiendo cómo se me iba el aire.

—No, ¿por qué? —Me estudiaba con fijeza, lo que me obligó a calmar mis nervios. Sonreí, negando una vez.

—Sólo… quería ordenar mis ideas. Todo fue tan rápido que quizá olvidé cómo se dieron las cosas. Yo… aún estoy de luto —admití, sintiendo cómo se me rompía la voz.

—Es entendible, estas cosas no sanan rápido —asentí mientras dejaba el vaso sobre el escritorio. Fue cuando fijé mi vista en una libreta y una pequeña grabadora que reconocí al instante: eran de Lázaro.

Sintiendo que mi corazón quería salir del pecho, me volví con una calma falsa.

—Gracias por todo.

—Por supuesto. Espero que sigamos en contacto, señor Gordillo —miré esos ojos, los cuales

me provocaron escalofríos, pero aun así me obligué a sonreír. Me retiré para subirme al elevador lo más rápido que pude.

El perfil del licenciado Marcelo se perdió entre las paredes, y una vez cerradas las puertas me sentí a salvo. Miré el pequeño dije tan conocido para mí, ese que mi mente y mis recuerdos sabían que Allison lo traía puesto el miércoles temprano, colgando de su brazalete, ese mismo que yo le había regalado un año atrás y al que posteriormente le había integrado las figuritas.

Tragué con dificultad al comprender qué pasaba: Marcelo había mentido sobre la presencia de mi novia en este lugar. La pregunta era ¿por qué?

9

La puerta del departamento se abrió en silencio, pero no me preocupé por ello; conocía bien a la persona del otro lado. Todas las luces estaban apagadas, el haz de claridad fue lo que iluminó el suelo de la entrada.

—¿Eres un vampiro? —Me preguntó Chinami al cerrar la puerta. Encendió el interruptor, provocándome dolor en los ojos ante la repentina iluminación.

—Lo siento.

—¿Te disculpas por tener la luz apagada? —Suspiró al dejar una bolsa en la barra ante la cual yo estaba sentado, jugando con el dije entre mis dedos—. Bueno, quizá tengas razón para disculparte: bien podría haberme tropezado con algo y abrirme la cabeza —intentó bromear, pero era obvio que yo no estaba de humor para ello. Al ver mi expresión seria, borró su sonrisa.

Se sentó en otro de los bancos frente a mí.

—¿Sucede algo? —Miré el pequeño objeto entre mis dedos, y lo alcé para que ella pudiera observarlo.

—Encontré esto en la oficina del licenciado Marcelo _resumí, sintiendo mi corazón dolorido. Extrañada, Chinami asintió para luego decir:

—No entiendo.

—Le pertenecía a Allison, venía en un brazalete que contenía tres dijes distintos y este es uno de ellos.

—De acuerdo, pero sigo sin entender —admitió mi compañera, confundida. Tomé aire mientras dejaba el objeto sobre la barra.

—Marcelo me dijo que tanto ella como Lázaro no se presentaron a partir del miércoles, por lo que no me explico cómo llegó hasta allí —mascullé, ansioso. Comprendiendo lo que quería decir, Chinami guardó silencio hasta después de unos minutos que dijo:

—Se le pudo haber caído desde antes… —Negué con la cabeza, suspirando. Recargué los brazos en la superficie de la barra, sin apartar la vista de mi interlocutora.

—Allison traía el brazalete esa mañana y sé que sus dijes estaban completos. Marcelo mintió respecto a eso y no logro entender por qué.

—¿Cómo puedes estar seguro?

—Sólo lo sé —nervioso, golpeé la barra con mis dedos_. Imagino que no han de barrer muy bien ese edificio tan grande, porque algo tan pequeño como esto se mantuvo ahí todos estos días.

—Esteban, creo que es un tema preocupante. ¿Qué razón existiría para que el jefe de Allison mintiera sobre su presencia en el trabajo? ¿Y Lázaro?

—Había una grabadora y una libreta que le pertenecían a él, en la oficina de Marcelo —agregué, pensativo.

—Se supone que es periodista y Marcelo su jefe; tener materiales de sus trabajadores no sería extraño.

—Quizá, pero hay cosas que no cuadran —dije mientras me levantaba. Inseguro, comencé a vagar por la estancia. Ambos guardamos silencio y pude percatarme que mi compañera intentaba sacar conclusiones.

—¿Qué se supone que investigaban ellos dos?

—Algo sobre una empresa de cosméticos. Tenían esta idea de que manejaban un negocio de

lavado de dinero, pretendían revelarlo al público.

—Eso es delicado. ¿Te dijeron algo más?

—No, lo único que supe fue que tenían un informante. Querían llegar al centro de todo para poder dar la noticia completa _fruncí el ceño—. ¿Crees que tenga algo que ver?

—Bueno, no sería la primera vez que intentan callar a un periodista —me miró a los ojos—. ¿Y si alguien descubrió lo que tramaban? Bien podrían haberse estado escondiendo de ellos.

—No, eso… —suspiré, masajeándome las sienes—. Allison tendría que haberme dicho algo.

—No si era peligroso. ¿Cuántos reporteros, periodistas y similares han sido atacados en todos estos años? Asesinados por las cosas que sacan a la luz.

—¿Crees que alguien provocó sus muertes? —Mi corazón se agitaba, exaltado con la conversación.

—No, vimos que fue un accidente, pero el que intentaran irse podría significar algo como eso.

—¿Y qué tendría que ver Marcelo?

—¿Y si está detrás? A lo mejor se encuentra involucrado con lo del lavado de dinero.

—¿Una empresa que se dedica a la comunicación? Creo que sería algo muy arriesgado. Ese sitio es casa de periodistas, reporteros… los más éticos querrían desenmascarar algo así. Sería irónico si me lo preguntas.

—Pero no imposible —Chinami se puso de pie para acercarse a mí—. Si esa fuera la razón de su desaparición, explicaría el asalto a tu departamento. Dices que no se llevaron nada, ¿no? —Pensé detenidamente en esa idea, sabiendo que mi agente podría estar en lo correcto.

—El departamento de Lázaro… ¿sabes si lo registraron? —No obtuve respuesta, lo que me hizo estudiar la expresión de Chinami—. ¿Y bien?

—Estaba vacío —admitió al fin en un susurro.

—¿Vacío?

—Después de la noticia de sus muertes, sus padres tuvieron que ir al departamento por las cosas de Lázaro, pero estaba vacío. No había nada, Esteban. Ni muebles, ni electrodomésticos. No computadoras, no cámaras… absolutamente nada, como si nadie hubiera vivido allí.

—¿Y por qué nadie me dijo eso? —Su expresión era de reproche, como si yo debiera entenderlo.

—Te encerraste durante tres semanas, ni siquiera contestabas el teléfono, ¿cómo se supone que te diríamos algo? —Apreté los dientes y solté un bufido.

—¿Significa que lo hurtaron todo?

—No lo sabemos. El dueño del lugar no supo explicar nada, sólo le llegó el pago de liquidación, pero no se enteró de nada. Entenderás que los padres de Lázaro estaban histéricos.

—Chinami, esto es muy extraño. Siento que hay tantas cosas que no comprendo —quería gritar, no muy seguro de que todo esto fuera verdad.

—Esteban…

—De nada sirve saber esto, después de todo ellos dos están… —tragué con dificultad—, muertos.

—Sirve mucho, significa que podría haber una razón por la que ocurrió. Deberíamos…

—Tal vez, pero quizá sólo estoy intentando encontrar una razón para algo que es muy simple de explicar —me acerqué a la barra, donde recargué mis manos. Miré al piso, en un intento de respirar mientras sentía la piedra clavarse en mis palmas—. A lo mejor ellos me engañaban y sólo querían irse juntos.

—No puedes creerlo en serio —la mano de mi agente acarició mi espalda. Vi sus pies cerca

de los míos—. Eran amigos desde hace tiempo; soy de la idea de que si tuvieran algo, hubiera sido desde antes.

La rabia y el dolor me ahogaban. Alcé la vista, derrotado ante lo que Chinami me decía, sin embargo…

—Ya no sé qué creer —concluí. Me volví, viendo a mi agente. Podía notar la preocupación en sus ojos, y entonces recordé que tenía noticias—. ¿Querías decirme algo? Llamaste… _Sonrió, agradecida por el cambio de tema.

—Tengo excelentes noticias, de hecho _asentí, dando a entender que escuchaba—. ¿Recuerdas a Ricardo Villanueva, el comprador de tres de tus cuadros?

—Sí, claro.

—Se comunicó conmigo esta mañana —tomó aire, entusiasmada_. Estás oficialmente invitado a una exposición en la galería MoMA de Nueva York, como parte de la reapertura.

Quedé mudo, mientras intentaba digerir esas palabras. A pesar de mover los labios no pude decir nada, sintiendo cómo la alegría, la incredulidad y la emoción se albergaban en el fondo preparándose para explotar.

—Eso… eso es… —sonreí, sofocando una risa. Entonces todo mi sufrimiento apareció de pronto—. Es fabuloso —terminé por decir, sin ánimos. Chinami comprendió lo que sucedía, pero no se limitó a ocultar lo que pensaba.

—¿No te emociona? Has estado esperando esto, soñando con llegar ahí desde que entraste a la universidad. No hacías más que divagar con la idea de llegar a Nueva York cuando hacías tus trabajos —señaló, incrédula.

—Por supuesto que me emociona, es sólo que… —suspiré al recargarme en la barra—, ahora no sé si es buena idea.

—Vamos, Esteban, esta es una gran oportunidad, muchas de ellas no se presentan dos veces, y has trabajado tanto para esto —. Compuse una mueca. Exasperada, agregó_: escucha, sé por lo que estás pasando, pero mira esto como una razón para seguir adelante.

—Lo sé, es sólo que… desearía que Allison estuviera aquí para ver esto —miré el piso—. Su apoyo era incondicional, y vivir esto sin ella después de todo lo que le compartí…

—Lo sé, pero si hay algo de lo que estoy completamente segura es que ella te amaba, Esteban, y quisiera que tomaras esta oportunidad, que la abrazaras y te aferraras con fuerza. Sólo imagínalo —alzó los brazos en el aire como si me mostrara algo en la pared. Como un niño seguí sus movimientos—, tus obras siendo exhibidas en el mismo museo que…

Guardó silencio, con una mirada interrogativa aun cuando ella sabía bien la respuesta. Torcí una sonrisa, siguiéndole el juego.

—Picasso, Van Gogh, Salvador Dalí —suspiré, sintiendo la emoción abrirse paso—, Frida Kahlo, Claude Monet…

—¿No lo deseas?

—Claro que sí —admití, sintiendo muchas emociones en ese instante.

—Ricardo resultó ser curador del MoMA y le gustó mucho tu arte, así que te recomendó como parte de su iniciativa de fomentar artistas poco conocidos pero que tienen un gran potencial. La invitación está abierta, sólo necesitamos confirmar.

—Aun cuando quisiera, no tengo nada nuevo que presentar —informé, conteniendo mi desilusión. Chinami guardó silencio, viéndome con cierta pena.

—Sabemos que no es verdad —musitó. Sentí cómo se cerraba mi garganta.

—Chinami, hay tanto de mí en esos cuadros. Mi alma… todo mi amor y mi dolor están impregnados en esos lienzos —bajé la voz sin dejar de ver a mi agente—. No sé si pueda

exponerme de esa forma.

—¿No se supone que debe ser así? El arte, Esteban, es para poder transmitir algo, y poniendo algo real es como haces que las personas se conecten con ellos —señaló, aunque era algo que yo ya sabía—. Esas pinturas siempre serán parte de ti, dejas todo en ellas que es justo que las muestres, porque siendo honesto es como llegas a los sentimientos de otros. Eres un artista, no puedes ocultar tus emociones de esta manera.

—No lo sé.

—De acuerdo, mira, la exposición será en octubre, no serás el único, pero si aceptas te apartarán un espacio. Tienes estos meses para trabajar en algo si así lo deseas, pero debo confirmar esta misma noche.

Miré a Chinami, inseguro.

Sin embargo, era algo que había esperado mucho tiempo, era uno de mis sueños, y si lo cumplía existía la posibilidad de llegar más lejos.

Mi corazón tintineaba, mi garganta se iba relajando aun cuando mis manos temblaban. Pensé en Allison, en cómo sería si siguiera viva. Chinami estaba en lo cierto y yo lo sabía de antemano: si mi novia estuviera aquí, casi me hubiera arrastrado al museo. Recordaba la ocasión en que le había confiado ese sueño, esa meta a alcanzar, su sonrisa y la seguridad con la que me decía que lo lograría, aun cuando para eso faltaría tiempo.

Suspirando, comprendí que tenía que seguir adelante por mí, por ella… porque, aunque no estuviera a mi lado podría hacer que se sintiera orgullosa.

—¿Nueva York? —Susurré, viendo a Chinami. Con una sonrisa, ella asintió.

—Nueva York —afirmó con un brillo en los ojos.

Mi corazón dolía al saber que las cosas ya no serían iguales, pero tenía que seguir este camino nuevo, no tan solitario, pero sí sin ella.

«Allison, ¿podrías perdonarme?»

—Nueva York —confirmé.

10

Cuando llegué a la casa de los padres de Lázaro, me petrifiqué sólo con estar en la entrada. Observé la puerta sin poder moverme, que por unos instantes no creí ser capaz de llamar, pero lo hice, y fue la madre de mi amigo quien me recibió.

Parecía haber alivio en su expresión. Cuando fui del todo consciente, me encontré entre sus brazos.

—Me alegra que vinieras —me susurró al soltarme y permitirme pasar. Sentía nervios y nuevamente el dolor me provocó un nudo en la garganta más allá del estremecimiento en el corazón.

—Lamento no haberlo hecho antes —me obligué a decir, mientras tomaba asiento. La señora me sonrió, comprensiva. Podía ver la tristeza y el dolor en sus ojos cafés. Ese cabello grisáceo parecido a un algodón, me retornaba a la mente el cabello esponjado de Lázaro. Era notorio el físico que compartió con su madre: piel delicada y un cabello que apostaba habían sido del mismo color.

Pero él había tenido más de su papá: barbilla puntiaguda con pómulos muy marcados, dándole paso a una barba que siempre llevaba al ras.

Al observar el mueble que decoraba la sala, distinguí una foto donde aparecía él junto a Allison. La conocía bien: era el día de su graduación.

Sentí una punzada en el pecho, por lo que aparté la vista.

—¿Cómo lo llevas? —Inquirió mi anfitriona, percatándose al instante de mi distracción. Me aclaré la garganta y decidí ser franco.

—No muy bien, han sido días muy difíciles… —miré mis manos donde callos reclamaban la piel de mis dedos de tanto pintar—. El trabajo es mi medicina —admití en voz muy baja.

—Lo entiendo.

—Quería ofrecerle una disculpa por no haberme presentado antes. Sé que le habían dado la petición a Chinami para que me la hiciera llegar…

—No te preocupes por eso —me aseguró, recargándose en el sofá—. Lo único que espero es que sepas que no estás solo. Han sido días muy difíciles para nosotros también; como comprenderás, Lázaro era nuestro único hijo y todo pasó tan rápido… —Hubo un silencio pesado que ninguno de los dos lo rompimos al instante, hasta que me aclaré la garganta para intervenir.

—El jefe de Allison me comentó que llegaron por lo de la indemnización y todo eso.

—Sí, aunque no queríamos aceptar el dinero; es algo que no nos regresará a Lázaro.

—Entiendo.

—¿Así que te llamaron a ti? —Alcé la vista y me encontré con esos ojos sumidos en la soledad. Estar frente a la madre de Lázaro, provocaba que mis sentimientos afloraran hasta obstruirme la garganta.

—Sí. Allison no tenía nadie más a quien poner en sus datos.

—Ah, es verdad —la mujer asintió, con la vista en la entrada. Tenía la mirada perdida y yo no era capaz de sacarla de allí—. La muerte de sus padres fue trágica, se quedó sola tan joven…

—Chinami me informó lo que pasó con el departamento de Lázaro —me apresuré a decir, ya que no quería entrar en ese terreno de sufrimiento. Como si la madre de mi amigo lo intuyera,

asintió, seria.

—No sé qué decirte; la realidad es que no sabemos qué sucedió. Un día mi hijo regresó muy alterado del trabajo para encerrarse en su antigua habitación, luego de eso lo último que supimos fue que se dirigió a la oficina y después… —me miró con sus ojos vidriosos—, el accidente que le cobró la vida.

Soltó un sollozo, aunque parecía dispuesta a mantener la compostura frente a mí.

—¿Sabe si se presentó al trabajo ese miércoles? —Quise saber, ya que no lograba borrar el dije de mi mente, así como las palabras seguras de Marcelo.

Recordaba cómo Lázaro había pasado por Allison. Después, nada.

Esa noche había sido la última vez que la había visto. Sintiendo el dolor regresar, apreté los puños.

—Hasta donde sabemos, sí. Mi marido está intentando investigar lo que sucedió con el departamento; sin embargo, hasta ahora no ha obtenido nada que nos ayude.

—Ya veo —no sabía qué más decir, razón por la cual tampoco me había presentado antes. ¿Qué podía mencionar para mitigar el dolor de esas dos personas? ¿Que lo sentía?

Algo que había aprendido era que el pésame de otras personas no lo volvía más fácil. Me pasé la lengua por los labios en un intento de remojarlos, y alcé la vista.

—Otra de las razones para venir es porque estaré fuera un tiempo —informé, sintiendo ese pequeño haz de luz entre tanto dolor. Sorprendida, la mujer me miró con curiosidad.

—¿Te vas? ¿A dónde? —Percibí cierta aflicción en el tono de su voz. Podía entenderlo: el deseo de escapar del sufrimiento podía ser muy grande. Torcí una sonrisa, porque a pesar de todo era algo que me causaba emoción.

—A Nueva York. Me invitaron a participar en una exposición, y no quiero desaprovechar las pocas oportunidades que salen, así que me iré a inicios de octubre —expliqué, manteniendo la calma. La mamá de Lázaro soltó una exclamación en silencio, con cierta alegría en sus ojos.

—Eso es genial, me alegra saberlo —se le quebró la voz. Era de tristeza, lo sabía, porque su hijo no estaba ahí, las oportunidades no eran para él. Pero no la culpaba.

—Sí, eso… eso creo —suspiré, viendo de nuevo la fotografía.

—Tus padres deben de estar fascinados con la noticia.

—En realidad, aún no lo saben. No he ido a verlos, así que usted es la primera en saberlo —sonreí.

Esas palabras parecían haberle provocado una sonrisa genuina, quizá sintiendo felicidad por mí.

—Me haces sentir especial. Pero dime, ¿te vas solo? Si tus padres no lo saben…

—No, Chinami viene conmigo —dije, sabiendo que en el fondo de mi corazón deseaba que Allison estuviera allí. Compartir la noticia con Lázaro también habría sido muy bueno—. Ella se encarga de las citas, invitaciones y el patrocinio de mi carrera, por lo que sería extraño ir solo —me mordí el labio—. Sólo será cuestión de que pida permiso en la biblioteca.

—Chinami es una dulzura. Todavía lamento que mi hijo no la haya visto como una buena pretendiente —rio bajo. Sonreí al recordar su primer encuentro, pero el eco de las palabras de mi madre opacó todo lo demás.

Compuse una mueca al responder:

—Sí, a veces las cosas no salen como uno lo espera —no dijimos nada más, sintiendo cómo caía sobre nosotros la verdad de esas palabras. Aclarándome la garganta, miré a mi anfitriona—. Gracias por recibirme, me retiro.

Nos pusimos de pie, por mi parte no tenía más energía para continuar en ese sitio, y por el de

ella sabía que no podía seguir viéndome, no cuando le recordaba a otro muchacho por el simple hecho de ser su amigo.

Nos despedimos y sin mirar atrás, salí al crepúsculo.

Visité a mis padres esa misma noche, deseoso muy en el interior de regresar a mi departamento. Quería estar solo porque no me sentía con la misma capacidad de antes de estar en convivencia con más personas tan fijas en mí. No por el momento.

Esperaba que eso cambiara de aquí a octubre, ya que a una exposición tan importante como a la que asistiría, se presentaba demasiada gente.

Al llegar a ese hogar que una vez fue mío, entré al ser recibido por Morris.

—Esteban, qué gusto —me dio un abrazo fugaz, algo que nunca hacía cuando nos veíamos. Ahora el gesto parecía ser requerido, sin necesidad de solicitarlo.

—¿Están los señores de la casa? —Pregunté, viendo la puerta del fondo. El hombre sonrió, divertido con mis palabras.

—Pasa, están en la cocina —agradeciendo, me adentré a la calidez de la sala. Caminé con paso firme hacia el otro lado de la puerta, recorriendo el pasillo hasta la cocina. Los grillos se escuchaban en el jardín, así como una que otra luciérnaga iluminaba el suelo.

Al verme en el umbral de la puerta, mi padre se levantó a recibirme con un abrazo fuerte. Me aferré un momento a él, sintiendo un poco de paz.

—¿Cómo estás, hijo?

—Más o menos —me sinceré, con deseos de echarme a llorar.

—Es todo un privilegio contar con tu presencia en la casa, después de la manera en la que me dejaste plantada —me saludó mi madre, todavía ofendida. Cansado, me acerqué a la mesa seguido de papá.

—Lo siento, pero me harté de tus comentarios insensibles y molestos. ¿Puedes culparme por irme? —Chasqueó la lengua, irritada.

—Amanda, ¿puedes comportarte al menos esta noche? Nuestro hijo está pasando por un duelo, deberías respetar eso —la riñó mi padre, ofreciéndome su apoyo. Mi madre compuso una mueca y después de rodar los ojos, se volvió hacia nosotros.

—De acuerdo, pero eso no minimiza tu falta de respeto hacia mí.

—¿Y tu respeto hacia tu hijo? —Inquirí, frustrado.

—Bueno, ya, por favor —pidió mi padre, impaciente. Volviéndose a verme, señaló la silla a mi lado—. Siéntate, enseguida te sirvo la cena.

No tenía hambre, el apetito parecía haberse esfumado junto con muchas cosas, pero aun así no repliqué.

—¿Y bien? ¿Qué te trae por aquí? No creo que sea la buena disposición a visitar a tus padres —siguió Amanda, decidida al parecer, a hacer de aquella noche una pesadilla. Pero tenía cosas que informarles, y me obligué a mantenerme firme.

—Tienes razón, madre, mi visita no se debe a ello —mi padre me puso un plato con dos sincronizadas, acompañadas con una taza de café.

Sentí su mano sobre mi hombro para después sentarse a mi lado.

Mi madre enarcó una ceja como señal de protesta, pero agradecí que se guardara sus comentarios al respecto, así que me limité a explicarme:

—Estoy aquí porque tengo que informales algo importante.

—¿Y qué es eso importante? —Preguntó el hombre a mi lado.

—Tengo una invitación para hacer una exposición en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, la cual acepté —me callé en espera de que las palabras llegaran con el mensaje correcto a

los oídos de mis padres, quienes guardaron silencio.

Fue mi padre quien reaccionó primero.

—¡¿De verdad?! ¡Excelente, hijo! —Rio mientras me abrazaba con torpeza ante su emoción.

—Gracias, papá.

—¿Eso significa que podrás ganar dinero? —Inquirió mi madre, viéndome con atención. Suspiré, en señal de derrota.

—Es una exposición, madre. Cuando expuse en la Galería Altiplano tuve un comprador que resultó ser curador y fue quien me abrió las puertas al museo. Supongo que vio algo en mi trabajo para darme esta oportunidad —sonreí de forma apenas perceptible—. Dudé en tomarla, pero Chinami me encaminó a una decisión más sabia. Si todo sale bien, que espero que así sea, pueden abrirse otras puertas.

—Me alegro que hayas considerado mejor la propuesta, hijo.

—¿Y cuándo es esta supuesta exposición?

—En octubre. Quise darles la noticia porque es muy posible que esté trabajando lo que me queda de tiempo —anticipé—. Tengo que ordenar muchas cosas antes de irme.

—¿Chinami va contigo? —Continúo interrogándome mi madre, más incrédula con la conversación. La miré a los ojos.

—Sí, esa es la idea.

—Me parece bien. Siempre creí que deberían pasar más tiempo juntos —opinó, sonriente. Aparté la vista, perdiendo la poca alegría que podía tener en esas circunstancias. Parecía que mi madre había olvidado los comentarios pasados que me había hecho respeto a Lázaro y mi agente, como si muerto él, perdieran importancia.

—Somos amigos, siempre hemos pasado tiempo juntos, mamá, pero no de la forma en que lo insinúas, así que te agradecería que respetaras la memoria de Allison.

—¿Por qué tendría que respetarla cuando ella no lo hizo contigo? Donde sea que se encuentre ahora, es mejor a que esté a tu lado.

Me puse de pie, enojado y herido. Ya no podía seguir aguantando eso.

—¿Puedes dejar de decir esas cosas? Por si no lo has notado, Allison ya no está, murió en un accidente hace cuatro semanas… ¡y estoy muriendo por eso! Intento mantenerme a flote, madre, como para que vengas a terminar con la poca cordura que me queda.

Salí de la cocina, alterado y con un nudo en mi garganta.

—Esteban, espera —mi padre fue detrás de mí. Me detuve al llegar a la puerta que dirigía a la sala—. Espera…

—Lo siento, papá, pero no puedo seguir aquí. Mi madre se empeña en hacer esto muy difícil, y yo… —me ahogué con mis palabras sin poder continuar.

—Ven aquí, ven —me abrazó y lo único que pude hacer fue tragarme el llanto.

—Estoy sufriendo, papá, mucho más de lo que puedo soportar. Allison… está muerta. Me siento tan solo —enmudecí, sintiendo la derrota apoderarse de mí.

—Lo sé, pero no estás solo, hijo. Estoy aquí, estoy aquí… —me aseguró, mientras me palmeaba la espalda.

—Y luego mamá…

—Hablaré con ella, te lo prometo —me aparté, sacudiendo la cabeza.

—Eso no cambiará nada.

—Tendrá que hacerlo, pero aunque no sea de esa forma, aquí estoy yo para lo que necesites —. Tragué con dificultad, asintiendo.

—Tengo que irme. Estoy cansado, quiero dormir un poco —me tragué el dolor, limpiándome

los ojos—. Hablamos luego.

—¿Te llevo a casa?

—No, está bien, tomaré un taxi.

—Hijo…

—Está bien, de verdad —accedió a regañadientes y asintió, para después dejarme marchar.

Al abrir la puerta del departamento me recibieron las sombras. Por largos segundos me quedé de pie viendo el interior que ahora era por completo mío. Solté un suspiro lastimoso al entrar, cerrando a mi espalda.

A pesar del allanamiento de morada, seguía sin poner cámaras en el pasillo o en mi casa. El edificio en sí no tenía seguridad más allá del guardia que no hacía bien su trabajo, pero estaba cansado de repetirlo para que pudieran hacer algo.

Entré a la cocina y me preparé un poco de café para después sentarme al pequeño comedor y ver mi alrededor vacío. Mi única compañera, la de siempre, la inmortal, era mi taza con café.

En silencio terminé, sintiendo ese agujero en el pecho, esa desesperación provocada de saber que ese alguien a quien yo esperaba, con quien yo deseaba hablar o sólo ver, tocar… ya no estaba. Y siempre me quedaría esperando, porque Allison no regresaría. Recordaba la primera vez que la había invitado a salir, el mismo día que por azares del destino, nos habíamos encontrado en la biblioteca después de intercambiar pequeñas conversaciones por teléfono. Podía rememorar risas, palabras, gestos y roces. Podía hacer un collage de todos esos momentos que habían labrado el inicio de nuestra relación. Ese mismo día yo había conocido a Lázaro, incluso había visto algo en el semblante de Chinami, como si ella hubiera anticipado hechos antes que yo.

Cuando me levanté sólo hubo un sitio al que pude moverme: mi cama.

Sin ser muy consciente de lo que hacía, me dejé caer de rodillas a la orilla del colchón, y oculté mi rostro entre los brazos.

El silencio acompañó mi noche.

Acaricié el perfil de su rostro sintiendo esa suavidad que siempre la había caracterizado. Delineé sus ojos, su cabello oscuro, le di forma a su nariz con mis dedos ásperos, rocé sus labios carnosos hasta llegar a la comisura y pude definir su sonrisa. Veía el brillo de sus ojos reflejando el amor que los míos transmitían con sólo verla, ese amor que me hacía preguntarme cómo había sido capaz de permitir los comentarios de mi madre.

Me mordí el labio al sentir ese cosquilleo en la nuca al mirarla como siempre me había gustado hacerlo. Como siempre me abstraía en su imagen.

«¿Siempre se emboba de esa forma?»

«No lo molestes, a mí me encanta que haga eso». Me reí sin poder evitarlo ante las palabras de Lázaro y la riña de Allison. Me reí durante varios segundos hasta que me percaté del silencio más allá del ruido que yo producía.

Alcé la vista, descubriéndome solo. Mi risa se borró para darle lugar a una torpe sonrisa en mis labios, para después morir por completo.

Recordaba esas palabras y era curioso cómo las evocaba mi mente, ante un simple retrato con carboncillo. Miré la hoja frente a mí, descubriendo lo que mis dedos habían hecho: era ella, su rostro, sus rasgos, sus ojos los que me regresaban la mirada.

Pero sólo era papel.

¡Cuánto deseaba poder introducir mi mano como si fuera un espejo y poder tocar lo que existía del otro lado!

A pesar de las fotografías que seguían en mi teléfono o que podrían encontrarse en el departamento, dibujar a Allison la volvía más real para mí, más duradera.

Temía que, si no trazaba su persona, su recuerdo, este se borraría para siempre de mi memoria.

Al tomar un lápiz, un carboncillo o el pincel y crear su forma en papel o lienzo, podía transmitir todo lo que sentía por ella con cada trazo. Pero allí, en mi estudio y frente a ese pequeño retrato en negros, sentía la soledad muy presente.

—Te extraño, y daría todo de mí para poder verte una vez más, aun si esa única ocasión significara despedirme de ti, pero daría más, incluso, si pudiera estar a tu lado toda una vida —musité al ver ese grabado en el papel. Estaba más grabado incluso en mi corazón.

Los dos meses que faltaban para la exposición me dediqué a promocionarla con ayuda de Chinami. No olvidaba mi sufrimiento, me preguntaba si acaso este se iría en algún momento, algo que no parecía posible.

Cuando más sufría, más empeño ponía en mi trabajo. Pinté tres cuadros más, abstrayéndome por completo en ellos. Mis sueños y lo que quedaba de mis sentimientos más profundos eran plasmados con dedicación en mis lienzos, pero aun con ellos había días en los que la agonía era tal, que no lograba subir a flote.

Necesitaba hablar con Allison, platicar con Lázaro. Eran tantas las cosas que me gustaría poder decirles, pero lo único que me quedaba era gritar de frustración y dolor.

Chinami fue un gran apoyo, pero eso no compensaba la ausencia de las otras dos personas que también eran importantes para mí.

Recordaba la plática que habíamos mantenido sobre la muerte de ellos, y seguía sin lograr encontrarle sentido, por lo que las dudas me carcomían en ocasiones.

Sin embargo, ¿qué podía hacer yo? Porque de ser cierto, no significaba nada ahora. Ambos estaban muertos y era una realidad que superaba todo.

Chinami me obligaba a salir, decidida a distraerme. Salíamos a comer juntos o quizá era más correcto decir que me llevaba, me citaba en la biblioteca con cualquier excusa cuando descubría mis deseos de encerrarme de nuevo.

Poco a poco, lentamente, fui levantándome.

No era fácil. Perder a alguien a quien amas es una de las peores cosas que podrías experimentar, porque aun cuando ellos fueran a un lugar mejor, tú te quedabas aquí viviendo con su ausencia.

Por otro lado, las discusiones con mi madre habían llegado a un punto en el que ninguno de los dos daba su brazo a torcer, dando pie a que nuestros desayunos juntos se terminaran. Mi padre, por supuesto, no me dejó solo. Llegaba al departamento dos veces a la semana en un intento de animarme. Lo lograba, sobre todo por sus felicitaciones, sus buenos deseos y su amor paterno incondicional. Esperaba que le avisara antes de marcharme para poder despedirse, y así lo prometí.

—¿Sabes? Estoy pensando en que deberías hacer una exposición independiente antes de irnos. Ayudaría quizá a que más gente sepa.

—Hemos hecho mucha publicidad. Incluso en la página oficial del MoMA he visto las exposiciones que están destinadas en esas fechas, y la mía ya está allí —respondí mientras removía mi cereal. Chinami estaba frente a mí con la laptop abierta. Hacía media hora que mi padre se había marchado.

—Nunca es suficiente, Esteban —dijo ella al tiempo que tecleaba velozmente sobre la computadora. Fruncí el ceño—. Puedes dar este empujón; podríamos hacerlo aquí en tu

departamento. Tienes tu estudio, ¿no?

—Sí, pero muy escondido —suspiré, mirando de nuevo las hojuelas de maíz. Trozos de fresa nadaban entre ellas—. No me apetece que mucha gente se interne a mi departamento sólo para ver mi estudio —admití. Mi agente compuso una mueca, asintiendo.

Exhaló con cansancio, para después agregar:

—Podríamos hacerlo en mi casa —detuve mis movimientos de la cuchara, extrañado con su propuesta.

—No me imagino a un gran número de personas en tu casa.

—Bueno, no, pero podría hacer una excepción —me sonrió—, por ti.

—¿Estás dispuesta a aceptar un montón de pies sucios en tu casa? ¿Varios pares de zapatos? —Intenté bromear. Mis palabras provocaron lo que pretendían: hacerle crear una mueca.

—Tendré que pensarlo bien —sin poder evitarlo me reí, la primera risa real después de semanas. Chinami se contagió de ella y durante varios segundos nos ahogamos en las risas—. Me agrada verte así —dijo una vez más calmados.

Suspiré, tomando aire.

—Así que… ¿una exposición en tu casa? —Le seguí la corriente mientras hacía un remolino con la leche.

—Sólo si lo deseas. Podrían ser muestras de dibujo a carboncillo, tinta o gises… Dejar tus verdaderos cuadros para la exposición del MoMA —sugirió. Asentí, pensando en todos esos dibujos que nunca habían visto la luz, sobre todo los que había realizado por diversión o distracción.

—Me agrada la idea. Podría incluso venderlos, que tengan una mejor vida que guardados en mi portafolio —Chinami asintió, regalándome una sonrisa comprensiva que me hizo apartar la mirada.

—Bien, entonces a planear el día y la hora —asentí y probé el cereal después de lo que parecieron horas. Estuvimos acordando la fecha y hora más convenientes; una vez establecidos, Chinami me pasó la laptop para que pudiera comenzar a trabajar en la publicidad.

No quisimos tardar en realizarlo, por lo que quedó para el siguiente viernes, con tiempo suficiente para hacer correr la noticia por Facebook, Instagram y la página web. Tendríamos que preparar la casa de mi agente y sobre todo: tener listo lo que mostraría.

Me dediqué un día entero a buscar esos dibujos, varios de ellos enmarcados. Eran en su mayoría paisajes, pero también algunos retratos o dibujos diversos.

Para agilizar el proceso, teniendo en cuenta que sería una exposición muy pequeña, puse un precio a todos los que estaba dispuesto a vender.

Cuando vi el dibujo recién hecho de Allison dudé mucho en incluirlo, pero al final me decidí, ya que formaba parte de todo lo que había creado, de todo lo importante para mí, pero ese, a diferencia de muchos otros, no estaría en venta.

Y así llegó el viernes, agradeciendo no ser del todo consciente del paso del tiempo.

—No había visto la mayor parte de este trabajo tuyo —me informó Chinami, abstraída en el marco más grande. Sonreí al ver lo mismo que ella.

—Me dediqué mucho a ello cuando estaba en la escuela —admití, observando los demás dibujos. En su mayoría había cuadros a color, hechos con gis pastel, otros con tinta y agua y otros tantos sólo con carboncillo—. Antes de dedicarme por completo al óleo, dibujé mucho.

—Pues eres muy bueno —me elogió. Sonreí, agradecido.

Poco a poco las personas fueron llegando. Miré el espacio, el cual se veía muy distinto a como lo recordaba. Entre mi agente y yo habíamos movido los muebles de la sala que era la

primera habitación, modificándola para realizar la exposición.

Sus puertas corredizas estaban por completo cerradas y habíamos colocado una cortina para ocultar la cocina. Incluso habíamos movido el comedor y dispuesto también un *coffee break* para los asistentes.

Contra lo que creíamos, el lugar se llenó. Algunos mencionaron que habían logrado ver la publicidad del MoMA, felicitándome por ello, aunque en muchos casos no podrían asistir.

—Acompañé a mi novia a la ocasión que expusiste en Altiplano —me comentaba un muchacho que seguía con la vista los movimientos de la chica. Me sentí incómodo—. Tu arte es bastante directo en muchas cosas, ¿sabes? Aunque no logro ver qué te diferencia de los demás. Para mí todos los artistas dicen lo mismo —enarqué las cejas, evitando tomarme personal el comentario—. Quiero decir… ¿por qué hablar de las mismas cosas? Un paisaje no dice mucho en realidad, ¿o sí?

—Dependerá de a quién le preguntes —alcé el rostro, viendo a mi interlocutor—. Muchas de las artes se mueven con los mismos sentimientos, pero lo que los hace únicos es la manera de transmitirlos. Una pintura puede hablar del mismo tema; sin embargo, la mano del artista, la forma de crearlo, de transmitirlo, eso lo hace distinto. Un paisaje, como tú dices, puede decir muchas cosas. Puede ser una recreación de un sentimiento específico para alguien, significar alegría, nostalgia, pasión o un gran recuerdo para una persona. Pueden ser también un reflejo de lo que se oculta más allá de la simple vista.

»Así que, si me preguntas a mí, te diría que un paisaje puede transmitir mucho más de lo que ves, aunque por supuesto, hay quienes simplemente quieren mostrar la belleza de este mundo.

El chico soltó un silbido poco profundo, como si se sintiera sorprendido. Sonreí para después hacer una leve reverencia.

—Gracias por venir, espero disfrutes de la exposición —dicho eso me alejé en busca de Chinami. Fue cuando distinguí una silueta que reconocí, contemplando el dibujo de Allison. Sentí un golpe en el corazón, pero aun así me acerqué, temeroso—. Hola.

—Ah, señor Gordillo —comenzó Enrique no sé qué, tendiéndome la mano para saludar. Al estrechársela, dije:

—Llámame Esteban.

—Seguro —nos quedamos callados sin saber qué decir, hasta que él señaló el dibujo—. Es precioso.

Enarqué las cejas, asintiendo. Como si le preocupara mi expresión, agregó:

—Quiero decir, Allison era hermosa, pero no me refería a que ella… —Ladeé la cabeza, escuchando—. Yo hablaba del cuadro, que es hermoso. Ah… —se cubrió los ojos, avergonzado —, me refería…

—Sí, ya entendí —lo absolví, viendo el marco. Enrique suspiró, con una sonrisa torpe.

—Yo… lamento lo que sucedió —dijo de pronto, haciéndome que lo viera a los ojos—. Ninguno esperaba algo así.

—Yo tampoco —se mordió el labio mientras yo temblaba por dentro.

—Tanto ella como Lázaro eran excelentes periodistas, de los mejores. Si hubieran desmantelado lo de *Gabrielle Cosmetic´s*…

—¿Tú sabías sobre eso? —Musité, alterado de pronto. El hombre me vio, sorprendido.

—Bueno… sí, Lázaro me comentó que se verían con un informante, pero nada más —miré al vacío—. ¿Cómo sabías sobre eso?

—Allison me hizo comentarios, pero creí que era el único.

—Oh, comprendo. Pues Lázaro me contó muy poco y tengo entendido que lo hablaron con el

licenciado Marcelo antes de que lo hicieran público —me explicó, alertándome más.

—Espera —lo tomé del brazo sin darme cuenta, asustándolo. Lo solté, para después bajar el volumen de mi voz—, ¿hablaron con su jefe?

—Sé que lo harían. Sin embargo, antes de enterarme de algo más, se fueron y después… todo lo demás —terminó por decir, ansioso por mi reacción.

—¿Se presentaron el miércoles? —Inquirí, viendo más allá de él. Percibí cómo Chinami me veía, pero no supe lo que encontró en mi rostro, porque comenzó a acercarse disculpándose con uno de los visitantes.

—Bueno, sí, los vi sólo un momento, pero luego tuve que regresar a mi estación —extrañado, se rascó la cabeza—. Recuerdo que hubo un alboroto y después de eso no los vi por ningún lado —. Regresé mi vista hacia él.

—¿Por qué viniste? —Terminé preguntando. Dentro de mi pecho, mi corazón se sentía afligido. Contrariado, Enrique balbuceó.

—Ah, bueno… me gustó mucho tu exposición la ocasión pasada, y vi la publicidad de esta por redes sociales —vi tristeza en sus ojos, como si no fuera la primera vez que era rechazado. Me vi en el reflejo de sus anteojos—. ¿Te molesta?

—No, no… sólo… —me aparté en el mismo instante en que Chinami llegaba—. Lo siento, necesito tomar aire.

—Esteban —me llamó ella, pero tuve que salir.

Sobra decir que me siguió mientras yo intentaba mantenerme de pie.

—Oye, oye… —me giró para que la pudiera encarar.

—Algo está mal, Chinami.

—¿Qué sucedió? —Me llevé las manos a la cabeza, en un intento de despejar mi mente.

—¿Recuerdas lo que te dije acerca del licenciado Marcelo?

—Sí, pero no comprendo, ¿qué tiene que ver eso ahora?

—Enrique, el que cubrió mi exposición la otra vez, vino esta noche…

—Sí, lo acabo de ver —me aclaró, señalando el interior. Vi la calle, las lámparas que iluminaban la soledad de las horas nocturnas. ¿Acaso algo acechaba entre la oscuridad?

—Me dijo que tanto Allison como Lázaro se presentaron el miércoles. Él los vio, y Marcelo mintió sobre ello. Mi idea del dije no estaba tan alejada de la verdad —musité, con el temor de que los árboles escucharan.

—Pero de ser así… significaría que está escondiendo algo.

Solté una blasfemia, sintiéndome tonto.

—Quizá después de todo, la muerte de Allison y Lázaro no fue algo al azar. A lo mejor estaban allí intentando salir para encontrar algo, lo que sea.

—¿Una oportunidad? —Aportó mi agente, viéndome con fijeza—. Si alguien buscaba encubrir algo, al callarlos lo lograrían, y a lo mejor ellos buscaban la oportunidad de desenmascarar a esas personas.

—Marcelo sabe algo, quizá tenías razón y él estaba detrás de todo esto.

—Esteban… —el susurro me hizo mantener la calma, viendo a mi agente. Los grillos y el sonido de los autos más allá rompían el silencio—, si fuera así, ¿qué es lo que pretendes hacer?

Sólo había una respuesta para eso, pero algo me decía que ella lo sabía.

—Descubrir la verdad. Si Allison y Lázaro murieron debido a algo turbio, la prensa merece saberlo. Pagarán los que provocaron eso, porque más allá de que el mundo del medio haya perdido a dos grandes periodistas, yo perdí a un amigo y al amor de mi vida, y eso no puede quedarse así.

11

Estaba haciendo anotaciones sobre los cuadros vendidos, siendo más de la mitad. Habíamos destinado una caja de cobro donde ahora figuraban paquetitos con los diferentes billetes y monedas. Suspiré al terminar de contar; había sido una gran venta y exposición.

—Toma —me interrumpió Chinami, poniendo una taza de café a mi lado sobre la mesa.

—Gracias.

—Esteban… —Alcé la vista, viendo la preocupación en su rostro—, ¿cómo vamos a proceder?

«Vamos». Eso me dejaba claro que sin necesidad de preguntarle o pedírselo, ella estaba conmigo.

—¿Debería interrogar directamente a Marcelo? ¿Encararlo sabiendo que miente? —Me recargué en la silla. Una vez concluido el evento, habíamos regresado los muebles a su lugar.

—No sé si sea seguro. Con todo lo que pasan en las noticias…

—Podemos deducir que ellos mismos controlan todo lo que pasa —suspiré—, pero debe de haber alguien dispuesto a publicar la verdad.

—Quizá, pero ¿qué podemos hacer nosotros? —Se sentó, viendo uno de los dibujos que quedaban: era un colibrí casi desfigurado por la velocidad de su vuelo. Lo había hecho para mi madre, quien lo desechó alegando que pintar bonito no me daría una vida.

—No sé, pero algo debemos hacer.

—Sí, pero antes que nada tenemos que obtener pruebas. No puedes delatar a alguien sin saber lo que hizo o sin estar seguro que participa en todo ello —me advirtió, dejando el marco sobre la mesa—. Temo que enfrentes a ese hombre y le digas cosas que sólo podrían dejarte en mal… o algo peor.

Cansado, dejé caer mis brazos sobre la mesa para después apoyar mi rostro.

—Quizá debido a todo el asunto, ese tipo de los lentes me seguía, esperando a que Allison apareciera donde yo estaba, por eso lo veía en todas partes.

—¿Y los padres de Lázaro?

—No sé si los vigilaban, aunque sin duda el saqueo del departamento no fue al azar. ¿Dos lugares diferentes que estaban relacionados con los periodistas que desaparecieron? —Golpeé la mesa sin contemplación, sobresaltando a mi anfitriona—. Debí prestar más atención en lugar de darle crédito a las locuras de mi madre.

—No puedes culparte por ello, no sabías siquiera qué estaba pasando… creo que incluso ahora es complicado de entender.

No respondí, sintiendo todo ese peso sobre el cuerpo. El vacío en el pecho no desaparecía.

—Vamos, fue un día muy activo, después de dormir veremos qué hacer —me dijo, por lo que asentí y me puse de pie.

—Debería pedir un taxi, no quiero que manejes tan tarde —pero Chinami ya negaba con la cabeza.

—¿Qué dices?, puedes dormir aquí hoy. Es demasiado tarde para que viajes a esta hora —miré la vivienda de mi amiga, sabiendo que nunca me había quedado aquí, no cuando había alguien que me esperaba, o porque nunca me había visto con esa necesidad. Sin embargo, estaba muy cansado.

—¿Segura que no hay problema?

—Claro que no. Puedes dormir en el sofá, te traeré sábanas y una almohada —. Volví a aplastarme sobre la silla.

—Te lo agradezco.

—Para eso estamos los amigos —me guiñó un ojo, para después desaparecer en el interior de su habitación.

Perdí mi vista en los cuadros restantes, mientras recordaba la llamada que me había hecho mi padre a mitad del evento, para disculparse por no haber podido asistir debido a algo en su trabajo. No lo culpé, ya que él siempre se tomaba el tiempo para llegar cuando lo invitaba, por lo que una excepción no significaba nada.

Por otro lado, recordaba a Enrique, quien se había exaltado con mi reacción; parecía haberlo tomado a mal y no lo culpaba. Sabía que una de las opciones que yo tenía era que él pudiera investigar algo al trabajar en ese lugar, o que incluso supiera algo que no mencionó al vernos. Tendría que buscar la oportunidad para verlo y hablar con él.

Sintiendo dolor de cabeza, me levanté en el mismo instante en que mi anfitriona aparecía llevando consigo toda una muda: almohada, cobija y lo que parecían un pants y playera.

—Toma, son de mi padre, supuse que querrías dormir más cómodo —me sonrió. Asentí mientras tomaba lo que me tendía, y estudié las dos prendas de ropa—. Creo que te quedarán bien.

—Gracias.

—Ya sabes dónde está el baño. Si necesitas algo más…

—No, creo que estaré bien —mis ojos se cerraban. Tenía la espalda tensa.

—Perfecto. Puedes dejar eso en la mesa, ya temprano lo levantamos —suspiré, dejándome caer en el sofá. Chinami me sonrió sin muchas ganas—. Descansa.

—Chinami… —la llamé antes de que pudiera desaparecer. Ella se volvió, paciente—, muchas gracias.

—No hay de qué —y dicho eso, se retiró a su habitación.

No pude dormir. Imágenes e inquietudes nadaban en mi subconsciente, siendo ellos los culpables de despertarme en la madrugada, y de quedarme sentado sobre el sofá hasta que opté por encender la laptop y poder distraerme.

Tomándome la libertad de preparar café, me serví una taza llena para después vagar por la página de un artista que admiraba.

El surrealismo siempre había sido una parte importante, sino la más amplia, dentro de mi arte; por consiguiente, eran los artistas que más seguía, aunque no los únicos.

Chinami me encontró así, sentando frente a la computadora con una tercera taza de café a mi lado.

—¿No puedes dormir? —Me cuestionó, cruzando los brazos sobre el pecho. Me extrañó verla levantada.

—Lo siento, ¿te despertó la luz?

—No. Venía por un vaso de agua y vi que estabas aquí, a las cuatro de la mañana, frente a la computadora… —Suspiré, subiendo los pies a la silla mientras apartaba un poco la máquina para poner la bebida frente a mí.

—Disculpa. Creo que tantas ideas y sentimientos se han aglomerado en mi mente que no me permiten descansar —admití, abrazando mi taza con las manos. Chinami se acercó para ver la pantalla.

—Es bueno, pero no recuerdo su nombre —dijo, refiriéndose al artista mientras bajaba más

la página.

—Es Pawel Kuczynski; su arte suele tener críticas sociales —me concentré en las imágenes —. Son bastante acertadas, si me preguntas. Creo que criticar de esta forma es algo interesante, pero hay que tener valor para ello —miré el suelo, pensando en mis propios cuadros—. No sé si yo pudiera hacer algo así y es una de las razones por las cuales admiro su trabajo.

—Bueno, creo que eres más soñador que crítico, pero no veo que sea malo si lo plasmas en tu arte. De alguna forma le estás dando a la audiencia diferentes maneras de ver el mundo, u otros lugares en los que se puede vivir —opinó, alborotando mi cabello.

—Siempre has sido muy condescendiente conmigo, Chinami.

—No es verdad.

—Sí, lo es, pero supongo que alimentas la parte vanidosa y orgullosa de mi trabajo —cansado, cerré las ventanas para apagar la computadora—. Deberíamos dormir.

—Bueno, yo ya lo hacía, ¿recuerdas? Sólo vine por agua —no pude evitar reír al levantarme.

—Cierto —terminé de un golpe el café para poder lavar la taza, después de eso ambos nos fuimos a acostar.

En este segundo intento pude dormir.

Al despertar era lo suficientemente tarde para alarmarme por ello. Chinami ya estaba en la cocina y el olor de lo que preparaba era uno de los elementos que me habían hecho abrir los ojos. Alertado por ello, me levanté con rapidez doblando la sábana en el momento.

—Pudiste despertarme —alegué, al acercarme a la mesa. Mi agente me miró por encima de su hombro, sin dejar de cocinar.

—Lo sé, pero pude ver lo poco que dormiste que no me atreví —. Me masajeé los ojos, todavía cansado—. Puedes sentarte, yo me encargo.

—Déjame por lo menos hacer el café —discrepé, sintiéndome inútil. Mi amiga sonrió por lo que yo pude acercarme y poner un poco en la cafetera. El aroma impregnó el lugar con rapidez —. ¿Qué es eso? —Pregunté, viendo una caja donde figuraba una máquina para preparar algo.

—Una arrocera. Mis abuelos mandaron dos: una para mi madre y otra para mí. Es bastante útil.

—Olvidaba que comen mucho arroz —intenté bromear, sintiendo un ligero pinchazo en el pecho. Saberme aquí con Chinami en una convivencia pacífica y muy hogareña, me hacía recordar a Allison. Demasiado.

Dios… ¿en qué momento las cosas habían cambiado tanto?

—¿Esteban? —Abrí los ojos al percatarme de que me había girado, apretándome los parpados para evitar derramar lágrimas y que mi anfitriona me viera—, ¿estás bien?

—Sí, yo… necesito ir al baño —me alejé antes de quebrarme frente a ella. Al llegar me recargué sobre el lavabo y me aferré a él.

¿Por qué? ¿Por qué las cosas tenían que ser así? De un instante a otro Allison se había ido, estaba muerta y yo estaba sin ella. Era algo que no soportaba, así que ¿cómo continuar cuando no podía verla, tocarla o besarla?

La extrañaba, y no creía que fuera algo que disminuiría con el tiempo. La realidad era que ni siquiera sabía si podría recuperarme de ese dolor.

—Tengo que ir a casa de mis padres, ¿te molesta si regresas solo? —Chinami me observaba una vez sentados a la mesa. Yo me entretenía con las cuentas en la libreta a mi lado, sin olvidar ni un solo segundo la presencia de Enrique la noche de ayer.

—Sí, no te apures. Tengo pensado hacer unas cosas y quizá trabajar más tarde —mentí. No

tenía energías para hacer nada, no de verdad.

—Podríamos salir más tarde, en la noche, ¿quizá? Hay una película…

—Chinami —la interrumpí, viéndola a los ojos. Se calló al instante—, te lo agradezco pero esta noche no me apetece salir. ¿Te parece si lo dejamos para otro día? Necesito… pensar, o lo que sea.

Sabiendo que no cambiaría de opinión, se limitó a asentir.

Me despedí de ella, deseoso de llegar a mi departamento para asearme como era debido, ya que tenía algo importante que hacer. Una vez listo tomé un taxi y me dirigí al antiguo trabajo de Allison, esperando poder encontrar a Enrique.

Vi el enorme edificio, así como el nombre de la empresa imponente en lo alto; tomando aire me adentré, hasta llegar a la recepción.

—¿Diga? —Miré a mi alrededor, observando la cantidad de personas que trabajaban ahí.

—Con Enrique, por favor —la recepcionista se me quedó viendo algo confundida. Sabía que me recordaba, pero quizá lo que no se explicaba era mi visita—. Es reportero —agregué, queriendo ayudarla a recordar.

—Am…

—Usa lentes, tiene ojos cafés, cabello rizado y castaño; es más bajo que yo…

—Sí, sí, enseguida —me interrumpió, tomando el teléfono que quizá la comunicara con el área. Sin embargo, antes de que pudiera entrar en una conversación, alguien me llamó.

—¿Señor Gordillo? —Me volví, encontrándome precisamente al hombre que quería ver. Interrumpí a la recepcionista.

—Ya no, gracias —y sin dejarla responder, me alejé para llegar adonde estaba Enrique—. Hola.

—¿Qué hace aquí? —Estaba extrañado y no lo culpaba. Después de todo sólo nos habíamos encontrado dos veces.

—Disculpa que me haya presentado sin avisar, es sólo que necesitaba hablar contigo.

—Eh… seguro —miró a todos lados, para después invitarme a salir del edificio. Lo seguí hasta sentarnos en las jardineras altas donde muchos empleados parecían detenerse a tomar un tentempié—. Tengo que admitir que me sorprende…

—Llámame Esteban —le recordé, al ver que de nuevo me llamaba de «usted».

—Está bien, Esteban.

—Sé que ayer quizá mi comportamiento no fue muy adecuado, es sólo que…

—No, creo que lo entiendo, pero admito que me sorprende verte aquí sólo para eso.

—Es más que eso, en realidad —. El aludido entrecerró los ojos, confundido. Suspiré al saber que podría meterme en un problema, así que decidí bajar la voz—. Mencionaste que tanto Allison como Lázaro estuvieron aquí el miércoles.

Fue casi instantáneo, pude ver la tensión de sus hombros y cómo veía al interior del edificio.

—Sí, pero eso no dice nada.

—¿Sabes si hablaron con el licenciado Marcelo? —Me miró a los ojos.

—Sé que lo iban hacer, pero no fue así.

—¿No fue así, no lo sabes o no quieres confirmar que sí lo hicieron? —Compuso una mueca viendo hacia arriba; seguí su vista: cámaras. Por supuesto que un sitio así tendría vigilancia. Lo miré de nuevo

—Te dije lo que sabía, eso es todo.

—¿De verdad? —Me levanté, ansioso—. Escucha, intento encontrar algo que estoy pasando por alto. Sé que Allison vino ese día, tú me lo acabas de confirmar y yo tengo una prueba de ello,

pero no logro entender por qué el licenciado Marcelo diría lo contrario.

Enrique se levantó, aferrando su botella de agua.

—Mira, Esteban —susurró, inclinándose hacia mí—, sigue mi consejo y evita acercarte mucho al licenciado Marcelo, ¿sí? —Enarqué una ceja.

—¿Y eso por qué?

—Sólo… hazlo —¿de verdad pensaba convencerme así?

—No puedes sólo decírmelo sin explicarme, ¿sabes? Quiero saber por qué —el muchacho suspiró, dándose por vencido.

—Mira, todos aquí se extrañan de la manera de desaparecer de Allison y Lázaro. De un momento a otro dejaron de venir, y luego el accidente. El licenciado Marcelo también se preguntaba por ellos, pero escuché algo un día después de que los vi —miró a todas partes—. Hubo un alboroto, varios aseguran que ambos salieron corriendo; por alguna razón los guardias de seguridad los persiguieron, pero es algo que no presencié.

Mi piel se erizó, intentando imaginarme eso.

—¿Por qué harían algo así?

—No lo sé —lo estudié un momento. Mi mente trabajaba con velocidad en un intento de ver las cosas que Enrique evitaba decirme. Miré las cámaras, preguntándome si era debido a ellas que no hablaba. Fue cuando vi ante mí una oportunidad.

—¿Tienes acceso a las cámaras?

—¿Qué? —Lo miré de frente, pero antes de poder decir algo más, Enrique se tensó viendo al exterior. Al volverme me encontré con el jefe de Allison en persona.

—Señor Gordillo, qué sorpresa —me observó con detenimiento para después fijarse en Enrique.

—Buenos días, licenciado.

—Buenos días —suspiró, viéndonos a ambos—. Lamento preguntar, pero ¿acaso usted no debería estar trabajando ahora? —Inquirió, dirigiéndose a su empleado. Enrique me miró fugazmente para después despedirse y desaparecer en el interior del recinto—. Me sorprende verlo aquí —dijo el recién llegado, dirigiéndose a mí.

Vi a ese hombre, y sentí la tensión recorrer mi cuerpo, mi corazón palpitante.

—Sólo pretendía darme una vuelta, pero ya que lo veo me gustaría hablar con usted —no respondió enseguida. Vi su estático cabello peinado y cómo sus anillos seguían en sus dedos; la elegancia no parecía abandonarlo en ningún momento.

—En ese caso por favor pase, mi oficina será más cómoda —asintiendo, lo seguí, sin evitar preguntarme si no estaba tomando malas decisiones. Recordaba lo que Chinami me había sugerido, pero no podía esperar, no con esto.

Los empleados me observaban quizá extrañados de que alguien a quien no conocían estuviera caminando al lado del dueño de la empresa. ¿Qué pensarían al respecto?

—Tome asiento —me indicó Marcelo, llamando a su secretaria para pedir dos vasos con agua. Miré el suelo, allí donde había encontrado el dije de Allison que ahora se encontraba en mi bolsillo—. ¿Y bien? ¿Qué es eso tan importante de lo que quería hablar para que haya venido hasta aquí?

—Se trata de Allison y Lázaro—respondí, mirándolo de frente, en espera de ver algo en su rostro, pero el único gesto existente fue su ceja enarcada.

—No veo qué más asuntos podamos tratar—. Guardé silencio al momento en que la secretaria entró con el pedido. Dejó los dos vasos sobre la mesa para después marcharse.

—Sé que ellos estuvieron aquí ese miércoles —ataqué, ya sin soportarlo más. Algo había

pasado, una razón de peso para que ahora ambos no estuvieran...

—Disculpe, señor Gordillo, ¿trabaja usted aquí? —Me preguntó con amabilidad.

—No.

—Entonces no hay forma de que sepa eso —se apresuró a decir, interrumpiéndome—. Soy yo, más que nadie, quien esperaba una respuesta del por qué dos de mis mejores periodistas decidieron irse así de la nada.

—No es así, quien más desea tener respuestas soy yo, porque tanto los padres de Lázaro como yo fuimos los que perdimos a alguien. Usted sólo perdió a dos empleados —zanjé, alterado. El licenciado me miró con seriedad para después sonreír con frialdad.

—Lamento eso, de verdad, pero no explica por qué viene a asecharme a mi oficina.

—Usted mintió sobre la presencia de ambos aquí ese día —el hombre enarcó las cejas, recargándose en el respaldo de su asiento mientras apoyaba una pierna sobre la otra. Soltó una risa burlesca.

—¡¿Cómo se atreve a venir aquí y decirme eso?! Lamento si su novia y Lázaro lo estuvieron engañando todo este tiempo, y después escaparse juntos para morir —me tensé, con un nudo en la garganta—. Que lo hayan engañado no le da derecho a atacarme de esta forma.

—Ellos no me engañaban —musité, más para convencerme a mí mismo que a él.

—¿En verdad lo piensa? —Se removió en su asiento para después apoyar sus brazos sobre el escritorio—, porque lamento desmentirlo, señor Gordillo. Los veía todos los días y no me explico por qué de pronto desaparecieron de su radar… *juntos* —enfatizó. Apreté los dientes, sintiendo cómo ideas erróneas querían penetrar mi mente. Las palabras de mi madre volvieron a mis recuerdos y me perforaron el corazón en su paso.

—Yo tampoco, pero créame que lo voy a averiguar —me obligué a contestar, escuchando cómo se rompía mi voz.

—La respuesta es muy sencilla, se la acabo de decir —suspiró, divertido—. Creo que usted también lo sabe, pero intenta encontrar otra razón, una que no existe.

—Existe, y es esa razón por la cual usted miente —se puso de pie, enojado. Pude ver la furia tras sus ojos, su expresión serena se arrugó de tal forma que transformó su rostro.

—Fui comprensivo con usted debido a lo que estaba pasando, pero no crea que puede hablarme así. ¿Viene a mi oficina llorando por su novia muerta? Lástima, ya que no puedo hacer nada por ello, pero venir a insultarme…

—Sabe que estoy en lo correcto —me puse de pie—, Enrique me lo confirmó.

Marcelo torció una sonrisa, aunque sus ojos eran fríos, calculadores.

—Ah, ¿sí? ¿Y cómo probará eso? Si Enrique los vio sin duda tendrá que informarme, porque ambos no se presentaron ante mí.

—Sí, lo hicieron y esto lo prueba —enseñé el dije, pero el sujeto al otro lado del escritorio no lo vio relevante, por lo que me vi en la necesidad de explicarme—, le pertenecía a Allison, y lo traía el miércoles cuando salió del departamento. Lo encontré aquí, señor Marcelo, en su oficina, justo después de que usted aseguró no haberlos visto —susurré, dejando que el peso de mis palabras cayera sobre él.

Sin embargo, lo que hizo fue reírse. Bajé la mano, desesperado.

—Ay, señor Gordillo —tomó aire, viéndome con escrutinio. Se inclinó sobre la superficie de cristal sin apartar la vista—, ¿de verdad cree que un detalle así probará algo? Lo único que demuestra es lo obsesionado que estaba usted con su novia, cuando ella le ponía el cuerno con su amigo.

—No es cierto.

—Le diré una cosa —sus ojos se tornaron más oscuros, más amenazantes—, olvidaré que usted vino aquí a ofenderme; de hecho, olvidaré haberlo visto hoy. Sin embargo, si vuelve a hacerlo, habrá consecuencias. ¿Le gustaría que su trabajo se fuera a la basura? Imagínese —su voz parecía arrullarme como una serpiente a su presa. No podía dejar de verlo—, todos esos años de arduo trabajo, su exposición en el MoMA, su arte… todo lo poco que ha logrado tener… no quiere perderlo ¿verdad?, no, ambos sabemos que no —terminó por decir al no tener respuesta de mi parte—, así que le recomiendo que no me busque, señor Gordillo. No me provoque porque puede perder mucho más que sólo su reputación.

—¿Es una amenaza? —El hombre sonrió sin alegría. Podía imaginarme a la serpiente: su cuerpo erguido, ojos hipnotizantes, colmillos listos.

—Es usted un hombre muy perceptivo —señaló la puerta—. Fue un placer verlo. Ahora, por favor —miré a la salida, con un sentimiento de derrota.

¿Había dado un mal paso? ¿Debería haber seguido el consejo de Chinami antes de cometer un gran error como parecía haber hecho?

Aborreciendo a mi interlocutor, me incliné sobre la mesa.

—Si usted tuvo algo que ver con la desaparición y muerte de Allison y Lázaro, créame que le haré pagar por eso _lo amenacé sin dejarme intimidar, aunque las dudas me carcomían por dentro. Vi cómo perdía su sonrisa y disfrutando de eso, salí por la puerta.

12

—¡¿Que hiciste qué?! —Compuse una mueca ante la pregunta de Chinami. Estábamos en la sala de mi departamento. Después de haber regresado y sabiendo que ella estaba libre, le marqué para que nos viéramos, a pesar de que no era mi plan principal en un inicio—, Esteban, ¿sabes lo que provocaste?

—¡Ya sé! Pero no podía soportarlo más, Chinami. La desesperación me está matando —me levanté, sintiéndome roto. Quería tomar algo con las manos, llegar al final del túnel donde todo acabaría y podría despertar de esta pesadilla, de este mundo sin la persona que amaba_. No puedo más.

Apoyé mis brazos sobre la barra.

—Intento encontrar una verdad, una razón real para que tanto Allison y Lázaro no estén aquí.

—Están muertos, Esteban, ¿esa no es una razón real para ti? —Sólo con escuchar esas palabras sentí cómo se terminaba de partir mi alma, mi corazón. Solté un jadeo.

Después de segundos sentí la mano de mi agente sobre la espalda.

—Mira, lo siento, es sólo que… —Me limpié los ojos de un manotazo, y me aclaré la garganta para poder enfrentar a Chinami. Al verla, sentí su compasión—, debiste haber esperado a tener pruebas. No puedes llegar así a un lugar y acusar a una persona sólo porque sí.

—Tengo pruebas —. Frunció los labios con desaprobación.

—Un dije y el testimonio de una sola persona de haberlos visto no son pruebas suficientes, Esteban —exhaló, impaciente—. Agradece que no te hayan sacado a la fuerza.

—Me amenazó, prácticamente me dijo que no me metiera en sus asuntos si no quería ver mi vida destruida —le hice saber. Chinami me estudió, preocupada—. No puedo dejar esto así. Tengo que investigar, por Allison, por Lázaro… y por mí.

—De acuerdo, mira, espera unos días, ¿sí? A que estés más tranquilo y a que incluso él se olvide del incidente.

—No lo olvidará.

—Pues entonces no le des motivos para acecharte. Dentro de una semana y media es la exposición en el MoMA, no puedes tirarlo por la borda.

—¿Y qué se supone que debo hacer? ¿Seguir mi vida como si nada hubiera pasado? ¡¿Opinas lo mismo que mi madre al decirme que Allison está mejor muerta?!

—Dios, no, yo sólo… —guardó silencio, cerrando los ojos. Intenté calmarme sabiendo que lo único que Chinami había hecho era apoyarme, aunque a veces sentía que le importaban más mis cuadros que yo mismo—. No tienes idea de cómo lo siento, pero me conoces, sabes que no pienso de esa manera.

—La extraño, Chinami, y en lugar de que este agujero en mi pecho disminuya siento que se hace más grande. No sé si pueda seguir así.

Me dejé caer en el piso, recargando mi espalda en la barra.

—Veo este sitio con cada una de las cosas recordándome a ella y lo único que puedo pensar es en que debería estar aquí… pero no es así. Sé que algo pasó, algo que está fuera de mi comprensión y es lo que intento averiguar. Allison no desaparecería así, Lázaro tampoco podría dañar a sus padres de esa forma. Y está lo de mi departamento y luego el saqueo en el suyo… —Me llevé las manos a la cabeza, con la impresión de que me volvería loco—. Tengo que

encontrar esa pieza que falta para poder entender por qué estaban saliendo de México, por qué de pronto desaparecieron, por qué…

No pude continuar. Cuando me di cuenta, Chinami me había rodeado con sus brazos y no logré hacer algo más que aferrarme a ellos.

—Lo sé, lo lamento. Lo siento —susurró. Percibí el temblor en su voz. Respiré hondo, obligándome a tranquilizarme.

—Sé que intentas ayudarme, pero a veces las cosas sólo me superan. Y lo del MoMA… Dios, cómo esperé esto, por lo que sé que tienes razón, aunque esperaba que si llegaba, ellos dos estarían presentes.

—Estarían entusiasmados por ti, incluso tomarían días de vacaciones para ir contigo.

—Lo sé —dije, viendo el sofá entre los brazos de mi agente—. Tienes razón, no fue la forma correcta de abordar a Marcelo, pero ya no sabía qué más hacer. Y luego Enrique…

—Temo decirte que es muy probable que lo hayas metido en un problema —dijo, mientras se sentaba a mi lado.

—Tengo que disculparme por eso, no quiero que lo despidan por mi culpa.

—Me parece bien —. Tomé aire, sintiendo cómo se llenaban mis pulmones.

—Y después de eso: Nueva York y la exposición en el MoMA.

—Esteban… —comenzó. Yo sabía que intentaba disculparse, así que la interrumpí.

—No, tienes razón, es algo que no puedo simplemente desechar. He trabajado muy duro para esto que lo que me queda por hacer es tomar la oportunidad por completo. Soy consciente de que Allison también lo querría así.

No hubo respuesta, mas no la necesité. La cercanía de Chinami era suficiente contestación.

Y así, cuando pude percatarme de ello, era una noche antes de nuestra partida. Mi padre había comido conmigo y contra todo pronóstico mi madre vino con él. Nos habíamos quedado en la puerta sin decir nada, como si fuéramos desconocidos.

—No quería que viajaras sin despedirme de ti, no cuando estarás mucho tiempo fuera — explicó, viéndome a los ojos.

Torcí una sonrisa como agradecimiento por esas palabras. No eran una disculpa, quizá esta nunca llegaría, pero después de todo era mi madre y verla un día antes de partir me hacía sentir más tranquilo.

Comimos en armonía sólo nosotros tres.

No supe si mi padre había advertido a su esposa sobre hacer comentarios problemáticos acerca de mi vida o si fue decisión propia, ya que estos no llegaron, lo cual agradecí.

Tener que defenderme contra esa mujer era agotador, triste, porque sabía que nada de lo que había elegido le parecía bien; sin embargo, quien viviría con mis decisiones era yo. Había elegido mi camino, mi pasión y al amor real que hasta entonces había tenido, aun cuando ahora ya no estaba, y mi madre no podría cambiar eso.

Mientras ella bebía una taza de café viendo el televisor, mi padre me ayudó a empacar lo que llevaría, ya que la exposición duraría alrededor de dos meses. Alisté todo, pero al encontrarme frente al armario me di cuenta de algo: la ropa de Allison seguía ahí como si ella todavía fuera a regresar. No era así.

Intercambié una mirada con el señor a mi lado, e intenté sonreír. Fue notoria su tristeza y preocupación por mí al encontrarnos con esas prendas que ya nunca serían usadas por mi novia, pero no me atrevía a deshacerme de ellas.

Con un enorme nudo en la garganta, guardé las cosas de uso higiénico en una mochila más pequeña: desodorantes, cepillo de dientes, rastrillo, pasta dental, etc.

—Escríbenos antes de subir al avión —mi padre me estrechó con fuerza.

—Por supuesto.

—Tráenos recuerditos, ¿de acuerdo? —Me pidió mi madre en cambio, apretándome la mejilla como si fuera un niño.

—Veré qué cosas encuentro en el MoMA —sonreí, consciente de que le molestaría. Ella rodó los ojos para después darme un abrazo. Se marcharon.

Y ahora me encontraba allí, con la ropa de Allison sobre la cama sin saber qué hacer con ella. No quería desprenderme de todo eso porque junto con el dije era lo único físico que me quedaba de quien había sido mi novia, pero tenía que ser honesto conmigo: tenerla ahí era un sufrimiento constante. Me mataba, porque la persona a la que les pertenecía no estaba más.

Apreté los puños, y me obligué a actuar, así que fui metiendo las prendas en una caja, todavía sin saber cómo proceder después. Quizá podría donarlas o venderlas, que alguien aprovechara esas cosas.

Sin embargo, al darme cuenta de que me estaba aferrando a uno de sus vestidos, sintiendo el dolor ardiente en mi garganta y cómo mi vista se nublaba, no pude moverme, lo único que logré fue tumbarme sobre la cama, abrazado a esa prenda.

No estaba listo, quizá nunca lo estaría porque de ser así significaba despedirme de la persona que amaba. Y nunca estaría listo para eso.

—¿Todo listo? —Chinami estaba radiante en la puerta, con una vestimenta muy cómoda para viajar: un pantalón blanco holgado combinado con una blusa roja sin mangas que tenía un volante de encaje que adornaba el cuello en pico, era un escote bastante discreto.

Su cabello iba adornado en una trenza. Nunca antes se habían notado tanto sus rasgos orientales como en ese momento.

—Listo —asentí. Tenía mis maletas preparadas. No llevaba mucha ropa, pero sí materiales para dibujar. No podía viajar sin ellos, ya que no tendría lienzos ni óleo, podría contentarme con gises o carboncillo y un bloc.

—Bien —Chinami llamó a alguien en el pasillo y cuando vi eran su padre y otro muchacho. Saludé al primero con más efusión, ya que tenía tiempo sin verlo. Entre los tres bajamos el equipaje mientras mi agente esperaba en mi departamento. Al volver a su lado me percaté de cómo lo observaba.

Quedaría vacío, solitario, el silencio se guardaría en cada esquina, los objetos no serían utilizados en varias semanas y quizá cuando regresara yo lo viera diferente.

Cerré la puerta.

—El señor Villanueva nos esperará en persona —comenzó a decir mi amiga, con una sonrisa radiante.

—Eso es… inusual.

—Creo que estaba tan entusiasmado con su descubrimiento que más allá de su labor como curador, quiere relacionarse contigo.

—¿No será contigo? —Inquirí, sintiéndome raro con esa afirmación. Chinami me miró, confundida, por lo que me encogí de hombros—. No puedes descartarlo, sólo mírate.

—Es mayor —objetó, con un ademán de la mano. Sonreí.

—Pero en ningún momento dijiste feo.

—Bueno… no, pero sigue siendo mayor.

—Si tú lo dices…

—Señor Gordillo, ¿ya se va? —Interrumpió el portero. Supe que mi rostro se tornó serio sólo con ver a ese hombre.

—Un par de días. Mi padre vendrá de vez en cuando, así que no llame a la policía si lo ve —le anticipé.

—¿Por qué llamaría a la policía si es su padre?

—Tiene razón, por un momento creí que quisiera hacer bien su trabajo —dije sonriéndole con falsedad, y salimos del edificio hasta el coche de Chinami; su padre y el otro chico se regresarían en él.

—Puedes llegar a ser muy antipático, ¿sabes? —Desaprobó mi acompañante, con una ceja enarcada.

—Lo siento, pero nunca me ha gustado su poco compromiso con su trabajo —dije. Chinami se rio y negando con la cabeza abrió la puerta. Una vez todos arriba (ella al volante con su padre como copiloto, y el otro chico y yo en los asientos traseros) encendió el auto.

—Bueno, aquí vamos —me regaló una sonrisa por el retrovisor, que le regresé con el mismo entusiasmo. Asentimos a la vez mientras ella ponía música.

Y una vez listos nos dirigimos al aeropuerto.

Bajamos las maletas al llegar. La multitud de personas era sorprendente, los nervios me estaban carcomiendo por dentro ya que hacía demasiado tiempo que no abordaba un avión.

—¿Tienen todo listo?

—Sí, compré los boletos hace semanas.

—No los guardaste, ¿verdad? —Inquirí, tragando con dificultad. Chinami me miró con desagrado. Su padre, interrumpiéndonos, comenzó a despedirse.

—Cuídense mucho. Y espero de verdad, Esteban, que disfrutes de esta experiencia —me sonrió. Nos dimos un abrazo rápido, pero no menos emotivo. El otro chico, compañero de mi amiga de la biblioteca, se despidió igual, concentrándose más en ella.

Se subieron al auto, ya que el señor no quería despedirse dentro del aeropuerto, por lo que nosotros mismos arrastramos nuestro equipaje.

Había taxis que transportaban personas, ya fuese hacia el aeropuerto o lejos de él. Este era inmenso, casi lo había olvidado.

—Hagamos el *check-in* —propuso Chinami ni bien entramos. Asentí, ya que quería aprovechar el tiempo anticipado que teníamos. Prefería no correr.

Nos dirigimos a la terminal 2 hasta dar con la aerolínea donde se habían comprado los boletos. Cuando Chinami me dio a conocer que Ricardo Villanueva fue prácticamente nuestro patrocinador en este viaje, no lo podía creer. Se me hacía excesivo, pero una parte de mí lo agradecía, ya que un viaje como este generaba mucho gasto.

Documentamos las maletas. Los cuadros que había preparado para la exposición se habían enviado días antes en un transporte especial para evitar maltratos.

Nuestra conexión con el MoMA, que venía siendo el mismo señor Villanueva, los había recibido llevándolos al hotel donde nos quedaríamos. Tenía entendido que ya estaban estableciendo los espacios para los lienzos y así no sufrir imprevistos a la mera hora.

En realidad, todo estaba listo, lo único que nosotros teníamos que hacer era viajar. Quería evitar pensar que esta salida del país tendría que hacerla con alguien más, no sólo mi agente, y eso ensombrecía mi experiencia.

Por supuesto no era lo mismo, tener a Allison aquí cambiaría muchísimo las cosas, significaría que ella estaría viva y seguiríamos juntos. Su pérdida no sólo era física.

—Tenemos que ir a migración —me despertó mi agente, volviéndome a la realidad. No pude hablar debido al nudo en la garganta. Parecía percatarse de lo que me asechaba; la comprensión y el pesar se reflejaban en sus ojos al verme así, pero no decía nada.

Chinami no era muy afectiva, sin embargo, sus ojos eran transparentes para mí en la mayoría de las ocasiones. En un gesto que me salió del alma, le acaricié la mejilla en señal de agradecimiento y comencé a caminar hacia donde me dijo.

Después de realizar todos los procesos necesarios y esperar el tiempo suficiente, pudimos abordar.

—Oye, ¿la primera clase se debe a algo?

—Quizá quiere impresionarte —me sonrió. Lo miré confundido.

—¿Segura que no hablamos de ti? —Ella rio bajo mientras los demás pasajeros se acomodaban en sus respectivos asientos.

—¿Por qué sería eso? —Rodeé los ojos, viendo por la ventanilla. Aun no despegábamos. Ver todo el exterior me hacía desear algo que ya no podía volver a tener.

—No lo sé, pero imagino que ya lo veremos.

El viaje duró aproximadamente cinco horas. Al llegar al aeropuerto y después de haber pasado aduana y recibir el equipaje, nos encontramos con el señor Villanueva, quien nos esperaba con un cartel muy sobrio. El simple papel me puso los pelos de punta, pero el recibimiento fue cordial. Nos estrechamos la mano. La sonrisa en el rostro del hombre era radiante, y como yo bien había supuesto, era dirigida a Chinami.

El bigote que vislumbré en su día había desaparecido, a su vez que el cabello rubio antes firmemente peinado, ahora se movía de una forma más rebelde.

Pude prestarle más atención que aquella última vez debido a que en ese momento estaba más preocupado por mi arte y la tardanza de Allison.

El hombre tenía una presencia imponente, algo que me recordaba al jefe de mi novia, pero se diferenciaban en su manera de desenvolverse. Por primera vez lograba notar que el licenciado Marcelo, recatado, tenía un porte reservado que guardaba las apariencias. Las primeras veces que traté con él para nada había imaginado que sería alguien calculador o capaz de amenazarme, pero lo había hecho y con ello borró toda la buena impresión que yo llegué a tener.

Ricardo Villanueva, por otro lado, era un sujeto amable. Reía sin esa tensión y parecía tener más tacto a la hora de relacionarse con las personas. Por supuesto, no había dos hombres iguales, teniendo un contraste no sólo en la personalidad, sino también en lo físico: claroscuro, como si fuera un cuadro de Rembrandt.

Sentí un pisotón sutil en el pie que me regresó a la realidad.

—¿Señor Gordillo? —Inquirió nuestro anfitrión. Chinami me miraba con alarma.

—Lo siento, creo que el vuelo me afectó un poco —bromeé. El hombre asintió, comprensivo.

—Bueno, pues no tardemos más, el auto nos espera.

—Señor Villanueva, déjeme agradecerle por la oportunidad que me ha brindado, sé que Chinami se hizo cargo de todo, pero no me sentiría bien si de mi parte no le agradezco.

—Claro. Mi trabajo como curador es sutil, me gusta infiltrarme en exposiciones y poder juzgar el desenvolvimiento de los artistas —me comentó mientras llamaba al chofer de un auto particular. El muchacho saludó y se llevó nuestras maletas; ni siquiera tuve tiempo de ayudar, porque Ricardo se detuvo para continuar la charla—. Es una parte importante de este trabajo: desenvolverse a la perfección, saber sin necesidad de pensarlo qué queremos hacer con nuestros lienzos —abrí la boca pero me interrumpió—, no explicar los sentimientos de éstos, porque eso es trabajo del espectador. Cada quien puede sentir cosas diferentes.

—¿No posee ese museo personal, señor Villanueva? —Intervino mi agente, viendo con detenimiento al hombre. Este sonrió.

—Sí, lo hago, pero el MoMA no tiene comparación alguna. Abrir esa puerta para jóvenes

promesas es sin duda un trabajo importante, pero no todos los artistas cuentan con la misma oportunidad que usted, señor Gordillo, y créame cuando le digo que debe de aprovecharlo bien, porque no suelo equivocarme. Si deja pasar esto, no es seguro que vuelva a levantarse como puede lograrlo ahora.

Guardé silencio durante unos instantes, meditando sus palabras. Suspiré profundamente al ver el cielo a lo lejos y el reflejo del agua a metros y metros de distancia.

«Oh, Allison, cómo deseo que estés aquí ahora».

—Créame, señor Villanueva, comienzo a entenderlo.

13

—He dispuesto uno de los mejores hoteles cerca de *Times Square*. Espero que la cantidad de personas o incluso la vida nocturna no los afecte, señor Gordillo —decía Ricardo cuando comenzamos el viaje en auto.

—No, sería grosero de nuestra parte quejarnos por eso —dije, mientras veía por la ventanilla.

—¿Es la primera vez que salen del país? —Siguió preguntando, muy afable.

—No realmente, pero la ocasión es distinta —me volví a verlo. Chinami y yo veníamos en el asiento trasero mientras él en el copiloto.

—Ya veo —nos sonrió; noté su manera de fijarse en mi agente: había un brillo en su mirada. Podía comprender a qué se debía tanta atención: sin duda quería impresionar a la chica, y no podía culparlo. Bajé la vista para esconder una sonrisa—. Encontrarán interesante La Gran Manzana, hay tanto que ver que puedo prometerles que no se aburrirán.

—Así lo creemos, señor Villanueva —aseguró Chinami, uniéndose a la conversación. El hombre se volvió a ella.

—Llámeme Ricardo, por favor, señorita Kimura —me sorprendió que el señor Villanueva conociera el apellido oriental de mi amiga. Al estar en México, sus padres habían decidido darle un doble apellido, pero ella había tomado ese como el principal.

¿Qué tantas cosas habían tratado ellos dos al hablar sin mi intervención?

—En ese caso háblame de tú, Ricardo, creo que es lo justo —el hombre asintió. Aparté la vista, evitando reírme.

Sabía que para los japoneses llamar a alguien por su nombre de pila era una señal de mucha confianza y quizá años y años de tratar a la persona, aunque al estar en este lado del mundo suponía que Chinami había optado por ser más práctica. Nunca la había llamado con ningún honorífico y no me imaginaba empezar ahora.

Mientras recorríamos el puente con la presencia del East River a ambos lados, pudiendo observar todo lo que mis ojos veían, escuchaba las preguntas y respuestas de Ricardo Villanueva, a la par que yo respondía y Chinami se unía a la conversación.

Fue un viaje ameno en el cual conocimos un poco más de nuestro anfitrión, así como de los planes que teníamos que llevar a cabo.

Nos había reservado una habitación doble de hotel para varios días, pero dado el tiempo que estaría la exposición, nos aconsejaba rentar un departamento para el resto de ellos, ya que sin duda saldría más económico y quizá más cómodo.

El viaje había sido largo y lo que yo necesitaba era estirar las piernas.

—Les recomiendo descansar una vez llegado al hotel. Tendremos una conferencia el día de mañana a primera hora y el martes la exposición dará comienzo oficialmente, así que requerirán de todas sus energías porque el museo estará movilizado.

—Así será —afirmó Chinami, palmeándome la pierna. Ignoré su gesto para ver los rascacielos que habían reemplazado al agua. Se sentía un ligero aire frío hasta ese momento soportable.

Después de un par de horas entramos al centro de la ciudad. Había demasiada gente y pudimos ver la tan famosa *Times Square*, aunque suponía que su esplendor sería en la noche.

Al llegar al hotel bajamos las maletas mientras Ricardo nos daba unas rápidas indicaciones,

asegurando que nos veríamos al día siguiente; se marchó y nosotros nos acercarnos a la recepción.

—Temo que mi inglés esté oxidado —susurré, viendo el gran vestíbulo. Las paredes de cristal se veían tan elegantes, así como su entrada.

—Yo me arreglo si quieres. Pero… —me advirtió mi agente, observándome con seriedad—, no será así en todo.

—Lo sé, no te preocupes por ello.

—Bien —dicho eso pudimos hacer el *check-in* y subir a la habitación. No era muy lujosa: había dos camas, un mueble con televisor de pantalla plana frente a ellas y lo que venía siendo un escritorio al lado. Pero me sentía agradecido porque después de todo era demasiado lo que estaba obteniendo.

La alfombra tapizaba todo el suelo, lo que amortiguaba el ruido de nuestras pisadas; descorrí la cortina para ver hacia fuera. La vista era espectacular: los edificios reinaban por todas partes y el ambiente era tan distinto de la Ciudad de México que no pude hacer otra cosa más que sorprenderme con lo que veía.

—Al fin una cama, creo que mi espalda estaba por partirse a la mitad —interrumpió Chinami mi distracción. Me volví, acercándome al otro colchón. Ella se había apoderado del primero, cerca de la entrada.

—Si lo dices así, temeré que me pase lo mismo —se comenzó a reír para después quitarse los zapatos. Observé su cabello claro y sus ojos tan característicos de ella, que sentí un nudo en la garganta. Chinami se acercó a mí hasta quedar frente a frente.

—Sé lo que significa para ti que sea yo quien ocupe contigo este cuarto y no Allison. Créeme que puedo entender que deseas sobre todo que ella esté aquí, por lo que no pienses ni por un segundo que no me siento mal por ello —me aclaró.

Apreté los dientes evitando soltar algún sonido lastimero. Me senté sobre el colchón y vi el atardecer por la ventana.

—Hay tantas cosas que me quedaban por compartir con ella… esto era lo más grande —cerré los ojos y me dejé caer sobre la cama mientras recordaba el momento en que yo le compartí este deseo.

Habíamos salido a cenar sólo nosotros dos y las palabras salieron de mis labios sin que yo pensara mucho en ellas. «Lo harás, y cuando llegue ese día, yo estaré en primera fila», me había dicho. «¿Por qué estás tan segura de que pasará?», pregunté, y Allison me había quedado viendo, incrédula. «Sencillo: porque he visto de lo que eres capaz, y un talento como ese no debe quedar oculto en las sombras».

Sólo pude mirarla para después apartar la vista y sonreír. Al caminar hacia su casa, con nuestras manos entrelazadas y la sonrisa genuina de ella, supe que no me había equivocado al pedirle salir.

—Dios… cómo desearía que estuviera aquí. Y no dejo de pensar que… —guardé silencio.

No quería pensar en Marcelo, ni en su amenaza, ni en todo lo que conllevaba. No lo había olvidado, y estaba dispuesto a hacer algo al respecto, investigar hasta el fin de la tierra si era necesario para saber qué era lo que había llevado a Allison y Lázaro a su muerte repentina… lo haría, sí, pero lo de ahora también era importante para mí, y servía como distracción. Tanto para mi alma y corazón rotos, como para aparentar ante Marcelo que había dejado el asunto por la paz.

Sentí la mano de Chinami sobre mi estómago, dándome palmaditas suaves.

—¿Quieres comer algo? —Me preguntó, viendo hacia el mismo vacío que yo. Suspiré,

asintiendo.

—Sí, quizá sea lo mejor por ahora.

Nos decidimos por el restaurante del hotel. Debido al día tan movido que tendríamos mañana, queríamos descansar lo necesario. La atención fue buena, por lo que le pedí a Chinami que me recordara agradecerle nuevamente a Ricardo Villanueva; asintiendo, se dedicó a comer, pero pude percibir cierto nerviosismo en su expresión. Al regresar a la habitación me atreví a molestarla un poco.

—Y dígame, Chinami-san —sonreí, tirándome en la cama de costado, mientras la veía poner cara de confusión—, ¿me deja llamarla por su nombre de pila?

Me arrojó una almohada, haciéndome reír.

—No te atrevas a usarlo como burla, ¿entendiste? —Me jaló un mechón de cabello. Compuse una mueca ante su brusquedad.

—Ahora entiendo bien por qué es tan amable, quiere impresionarte —le hice saber, sentándome y abrazando la almohada. Chinami negó una vez, con la vista en el techo.

—Eso no es verdad.

—¿Quieres apostar? —La desafié al inclinarme hacia ella. Vi sus ojos caoba y cómo me observaban con detenimiento.

—¿Y qué quieres apostar? —Lo medité durante unos segundos hasta que di con la respuesta correcta.

—Si yo gano, deberemos dar un paseo en ferri, y… —agregué, antes de que pudiera interrumpirme—, al regresar a México me ayudarás a mudarme —guardé silencio ya sin sonreír. Chinami no dijo nada, procesando lo que había dicho. Se incorporó sin dejar de mirarme.

—Esteban…

—Lo he estado pensando —susurré, viendo mis dedos nerviosos—, quizá sea lo mejor para mí.

—Pero ese ha sido tu departamento desde hace tiempo, antes incluso de que conocieras a Allison, ¿por qué querrías dejarlo ahora?

—Porque necesito alejarme —suspiré, sintiendo de nuevo ese nudo que me impedía hablar. Me aclaré la garganta—. Sé que he estado allí mucho más tiempo, pero después de haber vivido con ella y que ahora no esté… no sé si pueda soportarlo, porque está vacío.

»Cada rincón me recuerda a la persona que amo y que no está, y esa ausencia me está desgarrando el alma —, me mordí el labio. Mi vista comenzaba a nublarse, una razón más por la que no pude ver a mi compañera de frente—. No sé si pueda seguir soportándolo.

Colocó su delicada mano sobre la mía, sentí a Chinami más cerca de lo que había estado antes y cuando me di cuenta me aferré a ella en un abrazo casi asfixiante; percibí el olor de su piel, de su perfume. Saboreé la delicadeza de su cuerpo, pero sobre todo sentí el poder de su cariño, de sus sentimientos ante mi dolor.

Chinami era la mejor amiga que tenía y todo lo que había hecho por mí me hacía comprobarlo. La envolví en mis brazos, evitando llorar. La firmeza de su gesto hizo que por primera vez no me desmoronara por completo.

Observé los cuadros destinados a la exposición, el más grande así como el más doloroso para mí, estaba en el centro. Eran alrededor de diez lienzos, todos ellos muy oscuros en cuanto a sentimientos se referían. Una parte de mí todavía dudaba de si debía dejarlos a la vista del público, pero era un artista, pintaba sentimientos, deseos. Tenía cosas que decir con ellos, así como también quería llegar a conectar con mis espectadores. Chinami estaba en lo cierto: la

mejor forma de hacerlo era poniendo algo real, algo mío, aunque estos tenían más de mí mismo que otros que había hecho.

—Vinieron por los cuadros, Esteban —me informó Chinami, llamando mi atención. Asentí.

Los encargados de llevarlos al museo entraron a la habitación y con su ayuda los pudimos envolver y bajarlos.

—*El señor Villanueva pasará por ustedes en veinte minutos, joven.*

—*Enterado, muchas gracias* —el cargador asintió y después de que firmé un papel, pudieron irse—. Bueno, creo que será imperativo comenzar a movernos.

—Ah, ya estoy ansiosa.

—Sí, bueno, yo siento que nado en sudor debido a los nervios, lo cual es malo porque ya me bañé —Chinami se rio. Subimos de nuevo a la habitación por nuestras cosas.

Ricardo llegó puntual. Para la conferencia habían rentado un sitio específico debido a que llegaría la prensa y no querían enturbiar el ambiente del MoMA aun cuando era la reapertura. Me intrigaba mucho poder verlo después de eso, lo que provocaba que me retorciera los dedos.

Cuando llegamos a la sala cerca de la Avenida Madison, ya había muchas personas, cámaras y reporteros. Sólo con ver cómo se desenvolvían, mi mente retornaba al trabajo antiguo que mi novia y su amigo habían tenido. Parecía imposible separarme por completo de eso; los detalles estaban allí, listos para ser evocados y hacerme sufrir.

Chinami hizo un gesto con la cabeza en señal de apoyo, por lo que cuando fue mi turno de hablar me concentré en lo que tenía que decir, aunque quizá fue más de lo que pude controlar porque en cierto punto de la entrevista, sentí cómo se quebraba mi voz.

Tuve que obligarme a reponerme y mi agente no me dejó solo; al percatarse de cómo tropezaba con las palabras, ella sonrió y completó mi frase hasta que pude retomarla, admitiendo mis nervios, lo que generó una empatía natural con la audiencia.

Una parte de mi visión detectó a Ricardo quien estaba en el otro extremo junto con el directivo del museo; ambos hablaban de lo que significaba esta nueva etapa y lo que era poder ampliar las exposiciones a diversas etnias artísticas.

Al finalizar la conferencia, Chinami y yo estábamos por irnos cuando mi patrocinador nos interrumpió para intentarnos convencer de una convivencia después de la presentación, la cual mi agente y yo rechazamos, alegando que necesitábamos descansar un poco más debido al viaje. Queríamos estar 100% listos para mañana y el curador entendió, por lo que nos dejó marchar, asegurando que pasaría por nosotros a una hora temprana.

No pude comer. Estaba demasiado nervioso imaginándome las diferentes situaciones que podrían llevarse a cabo en la exposición, al punto de que me abotonaba mal el saco que pretendía ponerme.

—Temo que empieces a balbucear en tu presentación _me reprochó Chinami al darse cuenta de mi aflicción; apartó mis manos con brusquedad y ella terminó la tarea por mí—, o peor incluso: que le vomites encima a alguien.

—Oh, por Dios, no digas esas cosas, ya estoy bastante nervioso para que me hagas pensar en eso.

—Bueno —me palmeó la mejilla—, pues entonces contrólate. Vámonos ya.

Ricardo nos encontró fuera del hotel. En esta ocasión yo no pude hablar. Saber que mi arte se expondría justo después de la remodelación del museo me hacía saber que era posible que llegara más gente, quizá tuvieran más expectativas.

—Lamento presentarme sin auto, pero supuse que debido a la corta distancia preferían caminar —nos informó. Fue cuando reparé de que en efecto llevábamos una cuadra recorrida a

pie. El aire frío despejó mi sudor y el nerviosismo.

—Sin duda ayuda mucho —admití, tomando la mano de Chinami. Ella me miró extrañada, pero al verme al punto del colapso, me dio un apretón. Una parte de mi mente se percató de cómo nos miró Ricardo, y la decepción cruzó su rostro, mas eso no menguó su cordialidad.

Y entonces lo vi: el Museo de Arte Moderno de Nueva York, la razón por la cual había venido, aquello con lo que había soñado muchísimo tiempo, ahí estaba, a pocos metros.

Los nervios se fueron. No podría haber sido mejor, porque estaba cumpliendo algo que había deseado y ahora me encontraba a unos pasos. No podía esperar más tiempo, así que sin dudar un segundo más, me adentré.

14

Era impresionante: desde su altura, sus puertas de cristal, el suelo de madera o incluso el de baldosas. El espacio tan inmenso no tenía comparación. Sus techos altos, las paredes blancas, las escaleras… todo se veía sorprendente. Pero la realidad era que su estructura arquitectónica, por más espectacular que fuera, quizá no tendría el mismo valor si no albergara en su interior arte sin igual, aun cuando el simple edificio era arte.

Yo deseaba explorar ese lugar, cada una de sus plantas y estaría dispuesto a pagar la entrada todos los días que estaría allí sólo por dedicarle horas a cada sección. Mi cuerpo ansiaba escabullirse al jardín de las esculturas, a la exposición de Fotografía, aunque deseaba más ver esas pinturas tan famosas que tanto me habían guiado hacia esta vida.

¡Por Dios! ¡Incluso visitar la tienda sería toda una aventura bien recibida! Estaba viviendo lo que había esperado tanto tiempo.

Una vez listos pudimos subir a la sexta planta donde otros de mis compañeros habían tomado posición.

Los pasillos eran amplios, así como las paredes de cristal. Mis ojos querían ver todo, pero tenía que concentrarme en una cosa: mi exposición.

Al ser el primer día tuve que estar presente. La cantidad de personas era impresionante; en varias ocasiones entablé conversación con varios individuos, ya que sabía la importancia de la relación entre obra-artista. ¡Cuánto hubiera deseado poder hablar con esos a quienes yo admiraba!

Si había dudado en algún momento sobre exponer mis sentimientos más profundos, todo mi dolor y el amor, la soledad y el abandono, mis gritos de agonía hechos pinceladas… ahora lo agradecía.

Seguía siendo irónico cómo un suceso tan doloroso para mí hacía que las personas se sintieran conmovidos por mis cuadros, que sintieran una identificación real con ellos.

Mi corazón palpitaba, mi alma lloraba debido a la razón por la cual esos lienzos existían, y sabía sin tener que pensarlo, que eran los más cercanos a mí. Todo mi ser estaba envuelto en cada trazo. Trabajos que yo hiciera después no se compararían.

Durante unos segundos en soledad observé ese lienzo grande donde dos sentimientos hacían colisión. Extraordinaria la manera en que podía sentir tantas cosas a la vez, y más extraordinario aun poder plasmarlo de esa forma.

Oh, Allison, cuánto te amaba. Te veía en esos cuadros, en esos sitios en los cuales no habías estado. En casa, donde lo único que quedaba de ti eran prendas de ropa y recuerdos. Ahora, sin embargo, vivías en mi alma, en mi arte.

—¿Todo bien? —Me aclaré la garganta, viendo a Chinami.

—Sí. Esto es mucho mejor de lo que puedes llegar a imaginar.

—Créeme, Esteban, todo tu rostro brilla como el de un niño —me sonrió, ofreciéndome una copa—. El señor Villanueva te la envía, supone que tienes sed después de tanto hablar.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Darán las cuatro. De hecho, falta una hora y media para cerrar. ¿Estás bien aquí o quieres dar una vuelta? —Me ofreció, recibiendo la copa vacía.

—Por hoy me quedaré aquí. Pero mañana… ah, ya sé qué haremos mañana —le anticipé.

Chinami suspiró, viendo alrededor.

—Sí, eso pensé —me palmeó la espalda y a diferencia de mí, salió de la estancia. La gente seguía viniendo, la última hora la dividí entre charlar y admirar el arte de los otros expositores.

El tiempo pasó tan rápido que al darme cuenta la multitud había desaparecido, siendo reemplazada por el silencio. Me quedé apoyado en un pilar, absorto en lo que veía.

—¿Listo para irse, señor Gordillo? —Miré a Villanueva.

—Llámeme Esteban, por favor.

—Con gusto, pero ya sabe la regla —me advirtió, riendo animado. Podía asegurar que identificaba el gozo en mi rostro. Asentí en señal de aceptación—. Disculpe que me entrometa en donde no me llaman, pero quería preguntarle algo.

—Sí, dígame —me enderecé al momento en que se acercó. Parecía buscar las palabras correctas mientras perdía su visión en las pinturas.

—Usted y la señorita Kimura son muy cercanos, ¿verdad?

—Pues… somos amigos —el hombre asintió, aun incómodo. Me vio de frente.

—Entonces ustedes… ¿no son pareja? —Me sorprendió su pregunta, aunque por una parte no debería. Podía percatarme de su interés hacia mi amiga.

—No, claro que no. Ella es mi agente y es por eso que cuando se trata de trabajo siempre estamos juntos, pero más allá de eso somos muy buenos amigos desde hace tiempo.

—Ya veo. Disculpe la imprudencia, es sólo que tenía pensando invitarla a cenar, pero temía causar problemas entre ustedes.

—No se preocupe, Ricardo, en ese aspecto puede estar tranquilo, aunque sin duda deberá dirigirse a ella para tener una respuesta clara respecto a esos planes —expliqué, sabiendo que en ese aspecto Chinami tenía la libertad de elegir. El individuo asintió con una sonrisa.

—Claro, no podría ser de otra forma. Pero dígame, por favor, si no es Chinami, entonces ¿quién lo inspiró para pintar tan cautivadores cuadros? —Preguntó de pronto, mientras se acercaba a ellos. Me tensé al sentir de nuevo el dolor recorrer mis venas.

Había respondido preguntas similares en la exposición, pero ninguna tan acertada y directa como esta. Tragando con dificultad, me sinceré.

—Allison —susurré, como si le estuviera hablando a ella—. Era mi novia, pero… falleció hace poco en un accidente —se me fue la voz, lo que hizo necesario alejarme un poco—. Tenía tantos sentimientos en esos instantes, que sólo pude pintar.

—Lo siento mucho.

—Gracias —asentí, estremeciéndome por dentro.

—El amor puede provocar un dolor así de grande, y sólo aquellos que lo han sentido y sufrido quizá sean quienes entienden bien esa forma de expresarlo —confesó, viendo el lienzo. Guardé silencio, con los puños apretados—. Pero aun con todo ese dolor… algo tan grande no se olvida fácilmente, tal vez nunca, y por eso vivimos siempre con su compañía; aun cuando sea muy en el fondo, se queda marcándonos para siempre.

Sus palabras me arrullaban, no podía dejar de ver lo que había hecho con mis manos, con mi pincel. Suspiré, derrotado.

—Créame, señor Villanueva, que conozco el sentimiento muy bien y en ese aspecto no puedo contradecirlo, porque temo que mi corazón y mi alma han sido marcados… no es algo que vaya a cambiar.

«Pero está bien. Si es la manera en la que estarás por siempre a mi lado, lo acepto».

Los días siguientes, a partir del segundo después de la exposición, no nos permitimos estar encerrados. Dividimos el tiempo entre mi exposición y el que tenía libre, de forma que arrastré a

Chinami por todo el MoMA yendo de una planta a otra. Nos dedicamos a pasear por el jardín de las esculturas; sentados en las bancas, contemplamos todo lo que el museo tenía para ofrecer. Por largos minutos me detenía frente a ellas, perdiéndome más allá de la simple estatua. ¿Cómo sería estar frente al *David* de Miguel Ángel? Visitar los museos de Italia o Francia, ¿sería similar al venir a Nueva York?

Apreciamos los espacios con las pequeñas lagunas cuadradas, disfrutando del aire frío y el mecer de las hojas. Nos permitimos comer en el restaurante para después dirigirnos a la segunda planta o a la sección de Fotografía.

Contemplamos las exhibiciones de diseño y arquitectura, pero donde me abstraje por completo fueron en la planta cuatro y sobre todo la cinco, donde al fin pude ver en directo pinturas como *La Noche Estrellada* de Van Gogh, o *Las Señoritas de Avignon* de Picasso.

Me quedé sin palabras al contemplar *La Persistencia de la Memoria* de Dalí. Con sólo ver el lienzo me llenaba de inspiración y deseos muy profundos de querer derretir el tiempo, detenerlo, regresarlo, cualquier cosa en lugar de estar embobado. ¿Eran la memoria y los recuerdos tan frágiles? ¿Podían rescatarse aquellos que más amábamos, o sería nuestra voluntad tan débil que incluso en su intento de evocarlos se desvanecían en la oscuridad de la nada?

Observé también *Reflexiones de Nubes en el Estanque de los Nenúfares* de Monet. Podía ver tantas cosas allí más allá del paisaje. Cada pincelada era hermosa, y podía imaginarme hundiéndome en esos colores, en el remolino que me jalaba al fondo de los azules, ahogándome… arrastrándome hacia el fondo sin poder respirar, salir…

Al sentir que me ahogaba, decidí alejarme y contemplar a Frida Kahlo, admirar cómo el arte de esa mujer había logrado estar en el museo. Quería lograr tanto como ella, como cada uno de los artistas consagrados en este lugar.

¿Qué hubieran pensado ellos si vieran su arte ahí, como pinturas sumamente importantes en este tiempo? ¿Habrían soñado siquiera esto?

Chinami me pedía descansar después de horas y horas caminando de aquí para allá, pero yo no quería detenerme.

En tres días me dediqué por completo al MoMA, regresando a esas pinturas, pues no podía hacer otra cosa al saber que me quedaría la experiencia como recuerdo. Deseaba que mi arte formara parte de todo eso; contemplar a los artistas que habían marcado la historia era un privilegio. Quería grabar esos momentos en mi memoria, oh, esa frágil memoria.

Pero no podía ser egoísta, así que más allá del museo nos dedicamos a conocer Manhattan. Caminamos por *Times Square*, parpadeando ante la interminable vida de la publicidad, las pantallas y las luces que cobraban vida en la noche. Al estar en la calle Broadway era imposible no entrar a las obras de teatro, así que decidimos por dos noches seguidas ser espectadores de *El Fantasma de la Ópera*, invitación de cortesía por Ricardo Villanueva y *Harry Potter and the Cursed Child* por petición de Chinami.

Paseamos por *Central Park*, recorriendo toda su dimensión; tanta vegetación y las lagunas que lo caracterizaban era una exquisitez para la vista, y nos deteníamos a contemplar todo.

Sin embargo, mientras yo me dividía entre mi exposición y mi distracción, no podía olvidarme de Allison. Cada nueva experiencia que compartíamos mi agente y yo era un recordatorio de lo que no podía hacer con mi novia, y una sombra opacaba mi felicidad. Evitaba demostrarlo, pero sabía que mi compañera se percataba de ello y era cuando más se empeñaba en distraerme.

Por supuesto no podía ignorar la diversión de Chinami. Como habíamos apostado en cuanto al tema de Ricardo Villanueva, y en alusión a lo que el hombre me había comentado en la

exposición, me sorprendió que su propuesta demorara en llegar. Comprendí que tanteaba el terreno; el primer paso era hacer que Chinami sintiera confianza, disfrutara del viaje y eso nos incluía a ambos antes de ofrecerle una cita a ella únicamente. Esta llegó al terminar la semana, después de que nosotros hubiéramos hecho de todo en esos cinco días. No habíamos descansado para nada, deseosos de querer comer todo con los ojos. Habíamos estado dispuestos a aprovechar cada día, las horas que se pudieran, y no fue de otra forma.

—¿Estás seguro que no quieres ir? —Me preguntó mi agente por tercera vez. Bufé, subiendo las piernas a la silla frente al escritorio.

—Qué dices, claro que no. Es una *cita*, Chinami, mi presencia no tiene cabida allí. Además —me puse de pie, estirando los brazos para después acercarme a la ventana—, quiero descansar. Incluso esta mañana fue movida; he olvidado dormir —bromeé, viendo la vida nocturna. Me volví a mi interlocutora—. Y tengo que buscar un departamento para que nos mudemos, quedarnos en el hotel costará una fortuna que no podemos permitirnos. O al menos yo.

—Bueno, no lo estamos pagando nosotros precisamente…

—Así es, por lo que no podemos permitirnos esto _suspiré al tirarme en la cama—. Después de tu cita de hoy, mañana daremos el paseo en ferri —la miré, con una sonrisa—. En eso quedamos.

—¿Qué seguirá después de eso? —Quiso saber mientras tomaba su cartera, aunque si había juzgado bien a nuestro anfitrión, no dejaría que mi amiga pagara un solo dólar.

—Quiero visitar el MoMA PS1, también el MET. Y… —me adelanté antes de que ella pudiera hablar—. Apuesto a que querrás conocer la biblioteca pública —le guiñé un ojo. Chinami sopesó la propuesta, pero distinguí su sonrisa traviesa.

—Sí, me convenciste.

—Perfecto —nos vimos interrumpidos por el sonido de su teléfono. Vi cómo se mordía el labio y sin verme al rostro se dirigió a la salida.

—Regreso más tarde, si necesitas algo sólo llama.

—Descuida, estaré bien —me hizo un gesto de despedida con la mano—. Hasta luego, Chinami-san.

Me giré en el mismo momento que una almohada volaba hacia mi dirección, y después se cerró la puerta, quedándome solo. Suspiré viendo la habitación totalmente para mí, casi por primera vez. Me estremecí al ver los objetos inanimados como mis compañeros actuales. Dejé caer mi cabeza sobre la almohada y cerré los ojos.

En todos estos días había hablado con mi padre, con mi madre poco presente en las video llamadas, y eso me mantenía al tanto de lo que sucedía en México. Los padres de Lázaro seguían en contacto con el mío, y gracias a él pude saber que esa pareja estaba sobrellevando el asunto de la muerte de su hijo quizá mejor que yo. Sí, había venido a Nueva York, estaba logrando uno de mis más grandes sueños, pero aun con toda la distracción con la que me alimentaba, mi alma sufría.

No se sabía nada del departamento que Lázaro había dejado, además de que lo habían reemplazado tanto a él como a Allison en el trabajo como si nada. Eso me hacía saber que en ese edificio habían avanzado. ¿Qué pensaría el licenciado Marcelo de sus nuevos empleados? ¿Recordaba el último encuentro que habíamos tenido él y yo?

En un impulso encendí la computadora para entrar a Facebook y obtener información acerca de ese hombre, pero me encontré con la sorpresa de que no aparecía. Su empresa como tal se había adaptado a las redes sociales, pero en ningún lado daban alusión al dueño. Eran cuidadosos en lo que dejaban filtrarse, dando como resultado que no obtendría nada por ese medio. Sabía

que sólo tenía una opción, una que ya había comenzado a pensar y que destrocé al presentarme a su trabajo, pero dado el tiempo que dejé pasar quizá fuera el momento de retomarlo. Necesitaba alguien que pudiera ayudarme. Al haberme quedado vetado por mis acciones, no podía acercarme a ese sitio, pero *esa* persona sí. Dudé un momento, rechinando mis dientes ante los nervios, y tomé el teléfono para hacer una llamada.

15

Resultó que Ricardo Villanueva y Chinami tenían planes. El regreso de mi amiga en la noche y la vaga visión que obtuve de su rostro fue suficiente para advertir que le había ido muy bien. Y no me equivoqué.

Si en un principio habíamos quedado de ir juntos a la biblioteca pública, fui avisado (si no tenía problema con el cambio de planes) que nuestro patrocinador sería encargado de llevarla, por lo que los siguientes paseos que di los realicé solo.

Visité el MET, el cual, debía ser honesto, no tenía nada que envidiarle al MoMA. Era inmenso, y con todas las obras que poseía en su interior se defendía bastante bien. Me perdí por las exposiciones del arte egipcio, el asiático; me quedé embriagado al observar cada pieza, cada montura, armadura. ¿Cómo habría sido vivir en esas épocas ya tan lejanas?

Disfruté de las pinturas de Rembrandt, otras obras de Van Gogh, esculturas de Rodin que me hacían pensar en la exposición del Soumaya donde residía una de mis favoritas: *El Beso*, la cual era una escultura que me hacía sentir la pasión entre ambos personajes, había tanto en ella, tan palpable que sólo con observarla se me estremecía el corazón, sobre todo por la historia que existía detrás.

Muchas veces no había podido evitar pensar en Allison y en mí, aunque no tuviéramos datos en común con esos que habían sido tallados, sin embargo, me angustiaba pensar que ahora dadas las circunstancias y los hechos, se hicieran más similares. ¿Representaría acaso ahora a ella y Lázaro? ¿Sería yo Gian Ciotto Malatesta, aquél que se atrevió a asesinarlos? Pero no, pensar siquiera en esa posibilidad me hacía enfermar, ya que aun si las palabras de mi madre hubieran sido ciertas, yo no sería capaz de cometer tal atrocidad, porque amaba a Allison, eso no cambiaría incluso si hubiera decidido dejarme.

Evité pensar en ello mientras contemplaba cada una de las visiones del Templo Dendor. Me moví por las tres sedes del MET como quise, pero eso equivalió a dos días solitarios, puesto que mientras yo vivía para ver y disfrutar del arte, Chinami y Ricardo se entretenían en otras actividades. El hombre, por supuesto, no dejaba a un lado todo el trabajo que hacía como curador, y yo mismo me entregué a mi exposición, dividiendo y administrando mi tiempo.

Me dispuse también a visitar el Guggenheim. Con sólo verlo por fuera la estructura era impresionante, muy inusual, sólo comparado con el museo mexicano antes mencionado debido al peculiar estilo arquitectónico. Al entrar y observar el interior, contemplar la claraboya abovedada y todos esos niveles, supe que Frank Lloyd, el arquitecto encargado del museo, sin duda sabía lo que hacía. Había sido atrevido quizá, o fiel a sus ideas, pero con ello había logrado un museo muy singular. Tomé el elevador para hacer el recorrido y detenerme en esas pinturas y esculturas que antes sólo soñaba con ver en directo.

Sin embargo, fue ese día en el que sucedieron cosas inusuales. Percibí cómo una persona rondaba cerca de mí a varios metros de distancia, noté su renuencia, la duda. Fruncí el ceño al sentir que la complexión de ese individuo con gorro y lentes oscuros, muy abrigada debido al frío, se me hacía familiar.

Sentí un estremecimiento por todo el cuerpo y entonces el cuadro frente a mí perdió importancia. Tragando con dificultad, al temer que estuviera perdiendo la cabeza, di un paso hacia ella pero como si hubiera notado mi movimiento, se dio la vuelta y comenzó a caminar.

Dispuesto estaba a seguirla, cuando una voz me interrumpió en el acto.

—*Tengo que admitir que el arte abstracto no es mi favorito, aun cuando los colores del otro, «Kashinski», me agraden más. No logro entenderlo a decir verdad* —me volví hacia el sujeto a mi lado, quien contemplaba el lienzo que tan sólo unos segundos antes yo mismo veía. Confundido, miré hacia donde estaba la persona muy bien abrigada, pero ya había desaparecido.

Suspirando regresé mi atención al otro sujeto para observarlo con detenimiento. Era más alto que yo, con su cabello ondulado de un negro incluso más intenso que el mío; esos ojos pequeños de color gris junto con unas cejas muy pobladas, o incluso el color tostado de su piel me hicieron saber que no era estadounidense, era un turista. Su complexión era delgada, aunque por la forma de doblar sus brazos y el cómo se marcaban sus músculos, supe que era fan del ejercicio, su espalda ancha y el grosor de sus piernas lo dejaban claro.

El hombre parpadeó, enarcando las cejas ante mi estudio hacia su persona, por lo que me aclaré la garganta y aparté la vista para regresarla al cuadro.

—*Bueno, en realidad Joan Miró a diferencia de* Kandinsky, *no era artista abstracto, sino surrealista* —expliqué en voz baja enfatizando la corrección en el segundo nombre. Mi interlocutor hizo una «o» casi perfecta con la boca debido a mi respuesta—, *y me atrevo a decir que el arte no es para entenderlo, sino para sentirlo. Puedes llegar a comprenderlo en ciertos casos, pero siendo así se explican por sí solos.*

El tipo asintió, regresando sus ojos a la pintura. Nos quedamos en silencio durante unos instantes hasta que él replicó:

—*Ahora me siento tonto* —nos reímos en voz baja. Siendo así no me explicaba por qué había venido, aunque no era algo que preguntaría. Pareció que el chico adivinaba mi pensamiento porque se atrevió a decir—: *no sé mucho de arte si soy honesto, sólo vine con alguien. Querían ir al ¿MoMA? A una exposición temporal, aunque después de tres veces llegando allí, decidieron explorar este también* —suspiró, viendo alrededor. Asentí mientras miraba a la cantidad de personas que bajaban. Curioso me asomé al borde, observando hacia abajo y lo lejos que se veía el suelo.

—Imagino que estarán buscándote —dije, optando por el español. El aludido sonrió, con un asentimiento.

—Tú eres… Esteban Gordillo, ¿no es así? —Fruncí el ceño al verme reconocido por un individuo que particularmente no se sentía atraído por el arte—. Me pareció ver tu cara antes y ahora viéndote en persona puedo afirmarlo.

—Creí que no te gustaba el arte —quedó sin habla durante unos instantes, atrapado sin duda. Torció los labios en una sonrisa tímida.

—Mis amigos llegaron el primer día de tu exposición, además de que vieron la conferencia que dieron antes; debido a eso pude saber quién eres.

—¿Ellos me conocen? —Me atreví a preguntar. De pronto parecía que el chico no sabía qué decir.

—Eso creo —se descruzó de brazos, sonriéndome más abiertamente—. Lamento si te interrumpí, debo irme —asentí al ver cómo se marchaba. Regresé mi vista al cuadro, con una sensación de extrañeza. ¿Cómo podría explicar lo que acababa de pasar? Raro, sin duda, porque de no ser así no tendría explicación alguna.

Cuando salí de bañarme me encontré con Chinami en el cuarto. Parecía que tenía varios minutos de haber regresado de su paseo, ya que sus zapatos estaban en el piso y ella recostada sobre las almohadas, atenta a su celular.

Al verla supe que me había hecho falta su compañía, y el simple pensamiento era egoísta de

mi parte.

—¿Cómo te fue? —Pregunté, secándome el cabello para después peinarlo, estaba más largo de lo normal, sentía los mechones bajo la barbilla, aunque solía crecer muy lento.

—Bien, aunque Ricardo tiene trabajo que hacer. Me dijo que mañana habrá un desfile de Halloween.

—He visto la decoración por las calles, sin duda es una gran festividad para todos aquí —ella asintió, suspirando. Dubitativo me acerqué, preguntándome si acaso me rechazaría.

Me había sentido algo abandonado, y en ese momento entendía que necesitaba la presencia de alguien que pudiera distraerme de mi dolor.

Chinami había estado allí para mí desde un inicio y sólo ahora me percataba que su apoyo, su cercanía, su amistad, me habían hecho falta en estos pocos días. Sabía que algún día quizá nuestros caminos se separarían por completo, ella haría su vida con alguien y yo seguiría con mi arte. Allison no volvería, y yo tendría que vivir con todo eso.

Tenía que aprenderlo, sí, acostumbrarme a ese cambio, pero ahora teniendo a mi agente aquí quería aprovecharlo bien. Lo quería todo.

Al sentir mi cercanía ella me miró extrañada, lo que hizo que me moviera despacio. Pude ver cierta tensión pero me atreví a continuar, por lo que me acosté a su lado y recargué mi cabeza en su hombro como si fuera un niño necesitado de afecto.

—Si quieres ver el desfile podríamos ir —al no obtener respuesta rápida, opté por retirarme, pero antes de hacerlo, Chinami reaccionó, pasando un brazo por mis hombros en un abrazo muy superficial.

—Sí, me interesa la idea.

—De acuerdo. ¿Dónde veríamos al señor Villanueva? —Mi agente suspiró, mientras jugaba con los mechones de mi cabello. Se acomodó de forma que quedamos al mismo nivel; tuve visión directa a sus ojos y ella me regaló una sonrisa.

—No creo que vaya, pero puedo preguntar.

—Lo dejo a tu criterio —le concedí. Asintió para después tomar el control de la tele y poner una película que nos dispusimos a ver. Apoyé mi cabeza en su brazo para después jugar con sus dedos—. Y quiero todos los detalles de tus citas, no creas que he pasado por alto que no me dices nada. Quiero el chisme completo —le advertí, aparentemente serio. Chinami lograba ser tan reservada con su vida personal, o amorosa en este caso, que tenía que sacarle las cosas a base de preguntas y más preguntas.

Se rio tan fuerte que me contagió, hasta que le dije que hablaba en serio.

—Está bien, te concederé los detalles.

—Te escucho.

—Pero no ahorita, veamos primero la película y después de eso ya hablaremos —bufé, negando con la cabeza.

—Es trampa.

—Trampa o no, mi tarea es que tú estés bien… Eso no cambiará, Esteban —suspiró, bajando la voz—, eres mi mejor amigo, así que estoy aquí para ti.

—Siempre —musité, recordando sus antiguas palabras.

—Siempre —confirmó al jalar mi oreja con suavidad. Sonreí, agradecido y triste. Por supuesto no podía regresar menos.

Al despertar me encontré con la visión de Chinami a mi lado. En algún momento de la noche la televisión se había apagado e ignorando ese hecho, seguimos durmiendo. Nos habíamos movido, sin duda, ya que ahora mi agente me daba la espalda y recargaba su codo en mi pecho;

mi brazo descansaba en su cintura.

Me di la vuelta para tomar el teléfono y ver la hora, sorprendiéndome por lo tarde que era.

—Quiero *hot cakes* para desayunar —susurró Chinami, moviéndose a mi lado. Me incorporé mientras ella se restregaba los ojos, somnolienta todavía—. Extraño mi departamento, ¿sabes? —Se volvió, intentando sonreír. Su cabello era una maraña.

—Si te hace sentir mejor creo que encontré uno bueno para los próximos días. El patrocinio de Ricardo está por terminarse y no podemos seguir abusando de él —mi agente asintió mientras se sentaba y estiraba los brazos. Me puse de pie para buscar ropa y darme un baño.

—¿Vamos a desayunar? Tengo mucha hambre.

—Me parece bien, ya necesito cafeína —sonreí al tiempo que ella rodaba los ojos.

Bajamos a desayunar. En esta ocasión llevé la computadora para echarle un vistazo a mis páginas donde vendía mis cuadros restantes. Parecía ser que el hecho de venir al MoMA había ampliado mis ventas, debido a que tres de ellos tenían comprador. Por norma general haría la entrega en persona, pero al estar fuera del país tuve que pedirle a mi padre que preparara las cosas para su envío por paquetería, eligiendo la más eficaz debido a la fragilidad del producto; sin embargo mi padre se ofreció a llevarlos, siendo su ayuda muy útil.

—Tengo dos correos de la editorial —me informó Chinami, viéndome después de dejar su celular—. Hay trabajo para los dos.

—Eso es genial —asentí, regresando a la página; estaba pensando en darle otro aspecto, darle una renovación. ¿Sería mala idea hacer una subasta con los cuadros más viejos al regresar a casa?—, no he revisado el mío, ¿de qué se trata?

—Es una portada para un libro ilustrado de edición especial.

—¿Y quieren las ilustraciones interiores? —Quise saber, haciendo a un lado la laptop. Chinami me tendió su teléfono para poder leer el correo yo mismo—. Es un libro recopilatorio de personas importantes, ¿eh? Será interesante trabajarlo.

—Sin duda. Tu trabajo ilustrativo es diferente a tus cuadros —señaló, tomando el celular—. Me agrada cómo le das su propio estilo.

—Bueno, cada cosa es distinta —tomé café mientras me recargaba en el respaldo del asiento —. Tendré que organizarme bien porque lo quieren para inicios de enero.

—Ponte a trabajar, camarada —me apremió, dándome un golpe con la punta de su pie, que aun siendo suave me hizo sobresaltarme.

—Buenos días —nos saludó una voz, haciéndonos alzar la vista: el señor Villanueva nos veía sonriente desde arriba—. Vengo con noticias, ¿puedo? —Señaló la silla sobrante.

—Por favor —indiqué con un gesto de la mano, que se sentara. Agradecido prosiguió a hacerlo, viendo sonriente a Chinami. Aparté la vista, ahogando mi sonrisa con el vaso de café.

—Primero lo más importante. Su exposición está siendo un éxito, Esteban, es una de las que más atrae al público —me estremecí de emoción, quedándome sin palabras hasta que pude balbucear algo coherente.

—Eso es fantástico.

—Así es. Dependiendo cómo termine todo, existe la posibilidad de futuras exposiciones para usted en este museo.

—Es de las mejores noticias que he recibido hasta ahora —admití, evitando gritar de la alegría—. Con gusto regresaría.

—Excelente. Ahora, en cuanto al desfile de hoy, comenzará a las 6:30 pm, pero les recomiendo llegar antes. Las multitudes suelen ser enormes.

—¿No estará presente? —Preguntó Chinami, inclinándose sobre la mesa.

—Me disculparán pero estaré ocupado, aunque puedo ver que se desenvuelven muy bien sin mi presencia —añadió. Sólo pude sonreír ya que estaba en lo cierto—. Espero no se sientan privados de salir a conocer o incluso ir al MoMA PSI.

—Claro que no, tenía pensado ir. Chinami y yo quedamos en pasear en ferri, entonces creo que será buena ocasión para dirigirnos a Queens e ir al museo —expliqué, viendo a la aludida. Ella se limitó a asentir mientras masticaba un trozo de *hot cakes*. Ricardo sonrió, animado.

—Bueno, en ese caso no me preocupo más. ¿Nos estamos viendo? —Se levantó.

—Por supuesto —respondimos a la vez, y después de intercambiar gestos de despedida el hombre se alejó. Una vez que lo perdimos de vista me volví a mi agente—. Espero los detalleees —le recordé. Refunfuñando, ella se explayó en el chisme.

Resultó que Ricardo Villanueva era hombre de muchas actividades. Sabía de arte (por supuesto, dado su trabajo como curador), así como de libros, historia y música. Poseía casa en Cuernavaca y otro de sus trabajos era la hotelería, como bien nos hizo saber en Altiplano. Era todo un hombre de negocios. Nunca se había casado debido a que se entregó al trabajo. Había viajado y dominaba tres idiomas, tanto el inglés y el francés a parte del español que era una de sus dos lenguas natales, ya que su madre era estadounidense y su padre mexicano, aunque actualmente estaban separados. A pesar de todo su conocimiento y en apariencia alguien muy mayor, sólo tenía treinta años, cuatro años mayor que mi compañera, pero eso sólo me hacía pensar que Chinami merecía a alguien como él y no menos. El sujeto parecía estar a la altura de sus expectativas, y mi amiga por cómo era, no la imaginaba con alguien menos instruido.

Claro que esta era sólo mi opinión, ya que quien debía tomar decisiones al respecto era ella. Sin embargo, a como percibía el asunto lo notaba en buen camino.

Ricardo era un caballero. Las citas de Chinami habían resultado muy placenteras, ya fuera en Chinatown (adonde la llevó la primera vez), o en la biblioteca pública, o incluso en el edificio Woolworth. Escuchar todo eso me hacía desear tener a Allison a mi lado y hacer cada una de esas cosas. Pocas veces pudimos dedicarnos a pasear, ya fuera al Palacio de Bellas Artes, El Castillo de Chapultepec o la Casa Museo de Frida Kahlo. Había ansiado tanto llevarla al Museo Soumaya, porque nunca había tenido la oportunidad, y existía tanto arte, cuadros, lienzos, murales, esculturas… Llegué a creer que tendríamos tiempo, pero aprendí que no era así. Era lo que menos teníamos; para un humano este era corto, limitado, y sufrí aprenderlo ahora que la chica a la que amaba ya no estaba.

Mi expresión se fue ensombreciendo forme escuchaba lo que mi agente tenía para compartir, y pareció darse cuenta porque calló de pronto y se puso de pie.

—Pediré otro café, ¿quieres?

—Está bien.

Por esta ocasión decidimos quedarnos en el hotel y comer en la terraza, ya que pensábamos salir por la noche. Estuvimos listos a las cinco de la tarde, abrigándonos bien debido al frío. El color ocre, rojizo y amarillo reinaban los árboles, aquellas hojas que coronaban *Central Park*, y junto con los adornos festivos por Halloween, Manhattan parecía una tierra de fuego.

Chinami y yo salimos dispuestos a ver el desfile, pero como bien nos había anticipado Ricardo Villanueva, había demasiada gente. Nos encontramos a varios individuos con disfraces muy bien elaborados; era notorio que no escatimaban en gastos. El desfile comenzó, así que intentamos ubicarnos en un sitio, con intenciones de disfrutarlo y poder contemplar todos los disfraces posibles o las caravanas. El aire corría helado, pero eso no impedía disfrutar de la festividad.

Había mucho bullicio tanto de los espectadores como de los que desfilaban.

Una parte de mi mente no dejaba de pensar en El Día de Muertos de mi país, ese primero que llegaría después de que mi novia y mi amigo habían muerto. ¿Debería hacer algo aun estando lejos, o tendría que esperar a mi regreso? ¿Qué harían los padres de Lázaro?

Sentí cómo Chinami jalaba la manga de mi abrigo para llamar mi atención.

—¡Caminemos un poco más allá, a ver si hay más espacio! —Me gritó, señalando al lado opuesto de donde venía la corriente de personas. Asentí, con los ojos entrecerrados debido a la cantidad de luces y aire.

Mi compañera comenzó a caminar, me demoré unos segundos para beber lo que quedaba de mi café y desechar el vaso al bote de basura. Estaba dispuesto a seguir a Chinami cuando choqué con alguien al dar el primer paso.

El accidente pareció producirse en cámara lenta. Sentí el golpe en el hombro, lo que me hizo alzar la vista y toparme con unos ojos avellana con unas pestañas muy espesas y oscuras. La mitad del rostro iba cubierta con una bufanda de colores naranjas acorde a la festividad. Un mechón de cabello rubio se deslizó fuera de su gorro de lana, pero al instante me percaté de que era teñido.

Sentí una vibración potente en el pecho, el estremecimiento en el cuerpo, y no pude dejar de contemplar esos ojos que se me hicieron familiares. La chica apartó la vista y el ritmo del tiempo, de los movimientos, del espacio, regresó a la normalidad. Incluso fui consciente del ruido, pero sobre todo de su voz que decía:

—*Lo siento* —se alejó de mí hacia el lado contrario de donde había ido Chinami. Fruncí el ceño al verla irse, quedándome ido por un momento. Esos ojos… esa voz…

Pero no, era imposible. Sin embargo, hubo algo en mí, algo que no pude contener ni advertir a tiempo, cuando ya daba un paso hacia ella.

—*Disculpa* —la llamé, alzando la voz mientras apresuraba el paso. Mi corazón martilleaba loco en mi pecho—. Oye…

Me miró por encima de su hombro al percatarse de que la seguía. Esperaba que se detuviera, pero en lugar de eso comenzó a caminar más rápido. ¿La había asustado acaso? Avancé veloz y cuando me di cuenta, la chica salió corriendo.

¿Debería haberla dejado ir? Sí, pero no lo hice, el sentimiento fue más fuerte que yo.

—¡OYE! —Grité, desesperado. La chica huyó de mí hasta doblar una calle, aunque fui más rápido debido a la longitud de mis piernas. Con lo que no contaba era tropezar con un adoquín salido y trastabillar, pero *ella* estaba a sólo unos centímetros, logré sujetarla de la muñeca y sin poder detener mi caída, la derribé en mi torpeza. Soltó un gemido de dolor cuando caí sobre sus piernas.

Se removió en el suelo en su intento por huir, mas no se lo permití. Tomándola de las manos desenfundé su gorro para dejar al descubierto sus raíces oscuras y el demás cabello rubio. Aparté la bufanda para contemplar su rostro, y me quedé pasmado, asustado, mudo.

La chica dejó de luchar, mirándome a la cara. Sentí cómo mi corazón dejó de latir por unos segundos, para después retomar su ritmo. Intenté hablar, pero las palabras no me salían. La sangre bombeaba en mis oídos acumulándose ahí al evaporarse del resto de mi sistema, dejándome helado.

No pude reaccionar sufriendo de la impresión.

Parecía que habían pasado horas, pero no era así. Eran minutos.

Minutos en los que morí y renací. Minutos en los que perdí el habla y esta regresó, lo que me permitió al fin articular sílabas, decir aquello que se atascó en mi garganta.

La impresión e incredulidad fueron de tal magnitud que la palabra salió como un chillido,

uno lleno de sufrimiento e incapacidad de formular ideas coherentes.

—¿Allison?

16

Me incorporé con rapidez quedándome sentado sobre la calle, mientras apartaba la vista de la mujer frente a mí.

No, esto no era verdad.

Me llevé las manos a la cabeza y enterré mis dedos en el cabello en un intento de penetrarme el cráneo.

—No, no… Dios, me estoy volviendo loco —musité, aterrorizado. Pero así era: mi mente se había descompuesto, no había otra explicación.

Había deseado tanto que Allison estuviera aquí, que no hubiera muerto, que ahora la imaginaba tan real, tan viva. ¡Con razón la chica salió corriendo! ¿Quién no escaparía de un demente?

Sentí unos dedos en mi brazo, y fue ese frío penetrando a través de mi abrigo, lo que me hizo ponerme de pie dispuesto a pedir disculpas y salir huyendo.

¡Había enloquecido! Apreté las palmas de mis manos sobre los ojos para poder controlar mi mente.

—Esteban… —escuché mi nombre en sus labios. Se me escapó el aire, consciente de que una desconocida no podría saberlo—. Esteban, soy yo. Soy *yo*.

Me volví hacia mi víctima descubriendo todas esas facciones tan conocidas para mí aun cuando hubiera cambios. Allison, era ella, la chica a la que amaba.

Mi cuerpo flaqueó y de un momento a otro me encontré abrazándola, sintiéndola. Mis manos temblaban al estrecharla contra mí. Dios, era tan real, tan palpable.

¿Acaso había muerto? ¿Había sufrido un fallecimiento instantáneo al tropezar?

Pero no. Era real, estaba vivo y ella también.

Me aparté sin soltarla de los brazos.

—Pero… ¿cómo? Vi las noticias, tú estabas… y yo… —me aparté, llevándome las manos a la cabeza por segunda vez, sintiendo que podría explotar si no la sujetaba. Hablaba exaltado; mi respiración era entrecortada junto con mi corazón imparable—. El accidente, tú moriste hace casi tres meses y… —guardé silencio al percatarme de algo en todo lo que decía. Bajé los brazos para llevármelos al pecho e intentar mantenerme íntegro. El órgano que bombeaba sangre a mi cuerpo se calmó. Al hablar lo hice en un susurro, viendo a Allison quien tenía una expresión triste, comprensiva—. Me dejaste… —comprendí—, tú me dejaste.

Me desinflé al entender la verdad.

—Esteban, hay tantas cosas que quiero explicarte, hay mucho que no entiendes —habló con dolor en la voz. Aparté la vista para observar las calles casi vacías debido a que la mayoría de la gente contemplaba el desfile.

Asentí, anestesiado.

—Quisiera poder…

—Tienes razón, no entiendo muchas cosas —furioso de pronto, me volví hacia ella—. ¡Claro que quiero una explicación! Creí que estabas muerta, han pasado meses, ¿y has estado en Nueva York todo este tiempo? Sí, Allison, debes explicarme todo esto porque yo… —guardé silencio. Estaba a punto del colapso.

—Lo sé, lo sé, sólo… —suspiró, llevándose los dedos a las sienes. Tragué con dificultad

pensando tantas cosas a la vez. Allison estaba frente a mí después de que yo había creído una verdad que resultó no ser cierta.

Ella estaba allí, sabiendo dónde podía encontrarme, consciente de lo que había hecho. ¿Cómo debería tomarlo? ¡Había salido huyendo de mí! ¡De mí! ¿Qué significaba?

Suspirando, me miró al rostro. Su cabello aun largo, ahora rubio, revoloteaba con la ráfaga de aire. Fue cuando sentí ardor en las manos y en una rodilla, al verlas vi raspones y un poco de sangre, la caída había sido brusca sin duda, pero eso carecía de importancia. Necesitaba la verdad, comprender qué estaba pasando, qué había sucedido.

Allison levantó su gorro para después hablar:

—Mira, ¿por qué no vas a ver el desfile? Mañana… —pero la interrumpí sólo al escucharla. ¿Hablaba en serio?

—No, nada de mañana, quiero respuestas *ahora* —demandé, enojado. La furia parecía ser incontrolable. ¿Acaso pretendía desaparecer otra vez?— Las quiero en este mismo momento, Allison. Tú no sabes… Dios, tú… —ni siquiera podía formular frases coherentes. Apreté los dientes y rugí de frustración. Sentía que podía caer sobre la acera, incapacitado. Me concentré para respirar—. No desaparecerás otra vez, no sin que yo sepa por qué.

Hubo silencio. Una que otra persona pasaba por esa calle, viéndonos con cierta curiosidad, pero no les di importancia. Percibí la resignación de Allison, y ese simple gesto lo sentí como un golpe en todo mi ser.

Sólo con eso comprendí que quizá ella no tenía intención de verme, por lo que nuestro encuentro podía describirlo como coincidencia. Inoportuno. Me partía el alma, porque yo sufría por ella.

La extrañaba, la había creído muerta y estaba ahí, frente a mí.

—Está bien, pero vamos, será mejor hablar en un lugar seguro —asentí sin decir nada. La seguí a pie calle arriba, alejándonos del desfile. Avanzamos tres cuadras hasta doblar a la izquierda y llegar a un edificio alto hecho de ladrillos. Una puerta en forma de reja era la entrada. Allison simplemente sacó una llave y abrió.

Enarqué una ceja al comprender lo cerca que habíamos estado y yo sin saberlo.

—¿Vives aquí? —Susurré sin energía. Me vio de reojo para responder en un susurro.

—Algo así —asentí, estupefacto. Quería evitar darle rienda suelta a mis pensamientos, pero no podía evitar suponer cosas. Tuve que pellizcarme en la mano para estar seguro que era verdad, que esto estaba pasando, aunque el simple ardor de las palmas era suficiente.

Entramos y Allison cerró detrás de nosotros. Unas escaleras nos daban la bienvenida. Parecía un edificio algo viejo, ya que ni siquiera contaba con elevador, lo que se me hacía agotador sólo de pensar en vivir en el último piso.

Antes de poder continuar nuestro camino, una puerta se abrió a nuestro costado derecho dejando ver a una mujer mayor, alta y de piel muy blanca, con un inmenso cabello rubio entre canoso. Sus ojos claros eran sorprendentes, así como grandes, en contraste con sus labios delgados. Tenía una nariz prominente, su cuerpo aparentaba ser esquelético aun cuando los músculos se le marcaron cuando flexionó un brazo al recargarlo sobre la puerta.

—*Oh, Anastasia, eres tú* —la saludó. Miré a Allison al escuchar ese nombre, pero sólo me miró de reojo en señal de advertencia.

—*Sí, lamento si la asusté, estaba por subir* —sonrió. La mujer reparó en mí, estudiándome con interés. Debido a mi silencio, me sentí descortés, por lo que le tendí la mano.

—*Buenas noches, soy…*

—*Es David* —se apresuró a decir Allison al señalarme. La miré incrédulo ante la mentir—.

Es un amigo… nos encontramos de casualidad y queríamos ponernos al día. Hace mucho que no nos veíamos —inventó. Guardé silencio, sintiendo un nudo en la garganta. Ni siquiera pude desmentir lo que dijo, así que me limité a sonreír con falsedad mientras estrechaba la mano de la mujer.

—*Ya veo, en ese caso no los entretengo más* —me sonrió de forma casi descarada, lo que me hizo apartar la vista—. *Si necesitas algo…*

—*Estamos bien, sólo vamos a subir* —aseguró Allison, e intercambiando gestos amables la mujer se dirigió a la salida mientras nosotros continuamos nuestro camino.

Por suerte para mí sólo subimos a la tercera planta. Allison abrió la puerta dejando ver un espacio amplio, el suelo era de madera pero las paredes seguían siendo de ladrillos rojos, lo que le daba al departamento un aire hogareño.

Unos ventanales curvos estaban en el extremo que hacía de sala, con dos sofás sencillos y una mesa de madera en el centro. Una enorme barra que nacía de la pared de la entrada dividía la sala de la cocina. Un pasillo al fondo dejaba ver la habitación y quizá lo que era un baño antes de entrar.

No había nada más que eso. Los muebles eran escasos y las luces amarillas daban un aire lúgubre.

Miré a Allison cuando se recargó en la barra, donde dejó las llaves después de cerrar.

—Así que Anastasia —señalé, quedándome donde estaba. Ella suspiró, apartándose para quitarse el abrigo. Dejó caer su gorro sucio sobre el sofá.

—Sí, eso… fue necesario cambiar mi nombre.

—No sólo eso es diferente —dije, viendo su cabello rubio; nunca se había teñido. Al percatarse de lo que decía, tocó sus mechones con dedos temblorosos.

—También fue necesario.

—¿Por qué? —Inquirí, temeroso de caer. Quería acercarme, besarla, tocarla, sentirla, entregarme a ella; en cambio me obligué a quedarme donde estaba.

Había tanto que no comprendía, mucho que necesitaba saber, sobre todo porque los hechos pasados regresaban a mi mente en un intento de comprender. Pero más allá de eso también estaba la posible verdad de que Allison ya no me quisiera, que hubiera dejado de amarme. Sabiendo que era una posibilidad, no podía arrojarme al vacío donde únicamente encontraría una muerte segura. No habría algo suave en lo que caer.

Una parte de mi mente pensaba en Lázaro. Si Allison estaba viva…

—Antes de explicarte tengo que hacer una llamada, será necesario para que puedas entender todo —me anticipó. Fruncí los labios.

—Una llamada, ¿a Lázaro? —Conjeturé, recargando mi brazo en la barra. Temblaba por dentro, pero tenía que controlar mi voz. Los ojos de Allison eran brillantes y pude detectar un leve temblor en sus manos.

—Sí, es imprescindible que esté aquí para esto.

—Así que estuvieron juntos todo este tiempo —entendí, mientras golpeaba mi dedo sobre la superficie fría—. No puedo creerlo —murmuré para mí mismo.

—Tú nunca has sido celoso, Esteban, ¿por qué ahora? —Pero guardó silencio al comprender —. Has estado escuchando a tu madre, ¿no?

—Sólo intentaba advertirme, pero yo no quise escuchar.

—¿En serio?

—¿Qué quieres que piense? Todo empezó a ponerse tan raro. Tú, comportándote diferente, y luego él… Después desaparecen y aparentemente mueren en un accidente. ¡Estuvieron juntos

todo este tiempo, incluso entonces! ¿O me equivoco? —Rugí, sintiéndome traicionado. Sangraba por dentro, quería llorar de frustración.

Allison cerró los ojos, respirando hondo. Al hablar lo hizo con calma, pero pude ver la furia contenida cuando fijó su vista en mí.

—Lázaro… sólo es mi amigo, ¿de acuerdo? Podrás entenderlo mejor cuando llegue —se apartó con el teléfono en la mano.

Rechiné los dientes, dejándome caer sobre la barra mientras observaba cómo Allison caminaba hacia el pasillo.

Fue cuando sentí mi propio teléfono sonar. Me apresuré a sacarlo, viendo la llamada entrante. Estaba por responder cuando dejó de vibrar; tenía varias llamadas perdidas de Chinami. ¡La había dejado sola en mitad de la calle! Yo había desaparecido de pronto, por lo que supuse que estaría preocupada. Pretendía marcarle cuando Allison regresó. Nos quedamos viendo.

La tensión e incomodidad entre los dos era notoria, algo que nunca había sucedido antes.

—¿Quieres algo de tomar? —Me ofreció, señalando la pequeña cocina. Le eché un vistazo sólo para apartar la vista.

—No, gracias —asintió, mordiéndose el labio, lo que me provocó un estremecimiento interno.

—Tu exposición en el MoMA… no sabes cuánto me alegró saber de ella. La vi, es… excepcional —me elogió, en un intento de animar el ambiente. Asentí, pero no estaba de humor para ello.

—No quiero hablar de mi exposición ahora —zanjé, molesto—. Quiero saber qué es lo que pasó —Allison apartó la vista, asintiendo.

—Lázaro ya viene, sólo espera unos minutos.

—Bien —repliqué mientras me apartaba de la barra y tomaba el teléfono.

—Viniste con Chinami, ¿no? ¿Es a quien llamarás?

—Sí, ha de estar preocupada por la manera en que desaparecí —le hice saber en voz baja.

—Así que viniste con ella a Nueva York —reafirmó. Fruncí el ceño, torciendo una sonrisa irónica. ¿De verdad?

—Es mi agente, por lo que es natural que hayamos venido juntos. El tema de mi arte lo vemos los dos; además no es como que pudiera traerte, ¿sabes? Se supone que estabas muerta, no estábamos juntos —hablé con reproche. Estaba dolido, enojado, incrédulo. Sentía mi corazón partirse a la mitad: una por el deseo, las ansias de acercarme, de besarla, de estar cerca. La otra pulverizada por la traición, el dolor.

—¿Y por eso están juntos? —Inquirió, molesta. Bufé al encararla.

—Chinami es mi amiga, ella ha estado ahí para mí siempre que la necesité —dije, siendo claro y firme. Allison no se movió, sino que fijó sus ojos en los míos, aunque pude ver cierta irritación en su rostro—. Ha estado a mi lado más que nunca, y gracias a ella no me hundí por completo. Hemos sido amigos desde niños, muchísimo antes de conocerte, pero sólo eso —recalqué, impaciente—. Así que, si me permites, haré una llamada.

Me alejé, saliendo al pasillo. Marqué el número de mi agente quien respondió con rapidez.

—Esteban, gracias al Cielo. ¿Dónde estás? Mientras caminaba me di cuenta que desapareciste; me encontré hablando sola y al ver bien no estabas por ningún lado —se escuchaba exaltada. Había silencio al otro lado de la línea con excepción de su voz, lo que me hizo preguntarme dónde estaba.

—Lo siento, yo… me encontré con alguien.

—¿Qué? ¿Cómo…?

—Escucha, Chinami, regresaré más tarde, ¿sí? Y podré explicarte las cosas, es sólo… El asunto es complicado, difícil de procesar tal vez.

—¿Estás bien? —Era rápida sin duda. Torcí una sonrisa que ella no podía ver.

—Sí, sólo tengo un asunto que atender. ¿Te veo en el hotel?

—¿Estás seguro? Ya estoy aquí, tuve que regresar después de que desapareciste.

—Sí estoy seguro. Y no es necesario que te muevas, a menos claro que desees salir, pero por mi parte yo llegaré, sólo hay algo que tengo que arreglar primero —parecía entender mi inflexibilidad, porque hubo segundos de silencio. Antes de poder decirle las cosas tenía que comprenderlas primero yo.

—Está bien.

—Siéntete con la libertad de hacer lo que quieras. No estoy seguro de la hora a la que regresaré, pero no te preocupes.

—Si tú lo dices —. Había indecisión e inseguridad en el tono de su voz, pero sabía que ella estaba bien y eso era lo que importaba.

—Sí. Nos vemos más tarde, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó. Dicho eso colgué el teléfono y volví a entrar.

Allison estaba recargada en la barra por el lado de la sala. Cerré la puerta para quedarme pegado en la pared, temeroso de acercarme. Temía un rechazo, uno definitivo. Después de todo ella se había ido, habían pasado meses y parecía querer seguir huyendo de mí. A lo mejor había dejado de quererme. Quizá…

—¿Le dijiste? —Quiso saber sin verme a la cara.

—No, pero lo haré.

—Esteban…

—No estás en condiciones de pedirme lo contrario. Ni siquiera entiendo lo que ocurre o por qué tú…

—Sí, tienes razón —se incorporó, soltando un suspiro cansado—. Lázaro ya está aquí, por lo que es momento de que sepas lo que está pasado.

17

No se equivocó. Al otro lado de la puerta se empezaron a escuchar pasos y dos voces de hombre. Abrieron como si entraran a su propia casa, lo que me hizo preguntarme si acaso vivían juntos. Me tensé, ya que no sabía cómo reaccionar.

¿Qué tendría que decirme él?

Entraron dos individuos, uno de ellos Lázaro, seguía siendo el mismo hombre, pero su cabello castaño había pasado a ser negro, demasiado corto al estilo militar. Su barba había desaparecido, pero su expresión seguía siendo la misma, al igual que sus ojos.

Al verme se detuvo, estudiándome al mismo tiempo que yo. Había una diferencia, sí: una quemadura en su brazo izquierdo. Lo miré a la cara.

Parecía indeciso sobre acercarse o no, pero mi postura y mi expresión rota lo detuvieron.

—Hola, Esteban —se limitó a decir. Me temblaban las piernas; sentía que en cualquier momento vomitaría. Hice un gesto con la cabeza en señal de saludo. Fue cuando me concentré en el otro recién llegado. Me quedé sin palabras al reconocerlo, era el tipo del museo Guggenheim.

—Tú… —balbuceé. Este apretó los labios mientras me veía con cautela. Al rememorar el encuentro me di cuenta de lo que había sucedido, Allison estuvo ese día, y al intentar acercarme él me lo impidió.

Vaya par de traidores.

—Hola —saludó cortante. Allison se acercó a nosotros y viéndome a los ojos hizo las respectivas presentaciones.

—Alfredo, creo que ya conoces a Esteban —el aludido asintió, haciendo un gesto torpe con la mano. La chica suspiró, mirándome ahora con fijeza—. Esteban, él es Alfredo, es novio de Lázaro —enfatizó.

Mi rostro se desfiguró al procesar la información. Parpadeé al sentirme torpe, por lo que me aclaré la garganta, en un intento de defenderme.

—Yo… no sabía —admití al fin.

—Es algo que muy pocas personas saben —dijo mi antiguo amigo. No había furia en sus palabras, sólo cansancio—. No es como que tenga que dar explicaciones de nada.

Me giré para apoyar los codos en la barra y enterrar mi rostro en las manos. Qué estúpido había sido, nunca había prestado suficiente atención. Nunca había tenido celos de Lázaro, y mi madre había estado tan equivocada respecto a ellos dos, y yo como idiota había caído en el filo de mi inseguridad.

Ahora entendía por qué había rechazado a Chinami.

—Lamento si no saber esa información te causó problemas —se disculpó Lázaro, aunque no debería.

—No importa —aclaré, con un nudo que rompió mi voz. Tomando aire y haciendo acoplo de mis fuerzas, me giré para encararlos—. Sólo quiero saber qué está pasando. He estado en la oscuridad intentando comprenderlo, cometiendo errores debido a ello. Yo sólo…

Miré a Alfredo quien se había apartado para sentarse en una de las sillas del pequeño comedor. Parecía estar al tanto de todo a diferencia de mí, que se habían limitado a dejarme atrás.

—Esteban —intervino Allison, con un tono más suave—, la razón por la que desaparecimos

en primer lugar se debe a lo que descubrimos sobre la empresa de *Gabrielle Cosmetic´s*, y cómo se relaciona con la empresa donde trabajábamos.

Asentí, recordando al licenciado Marcelo.

—¿Eso qué? —Lázaro dio un paso al frente, tomando la palabra.

—*Gabrielle Cosmetic´s* es una empresa fantasma. Tanto Allison como yo teníamos un informante por el cual nos involucramos en el asunto. Resulta ser que el licenciado Marcelo es *socio* de quien maneja esta empresa, pero en realidad su tirada es el lavado de dinero. Estuvimos investigando y el asunto es muy complicado. La empresa donde trabajábamos es corrupta, siendo Marcelo la principal cabeza. Han hecho tratos con narcotraficantes, ventas de productos ilegales y el manejo de dinero robado —compuso una mueca.

—¿Cómo saben eso? —Pregunté, agitado. Parecía que después de todo Chinami y yo no estábamos tan lejos de la verdad.

—Somos periodistas —indicó Allison como si fuese obvio—. Lázaro y yo hicimos un voto con la ética; nuestro trabajo es desenmascarar este tipo de cosas, mostrarle la verdad a la gente.

—A costa de sus vidas —comprendí.

—No podíamos descubrir algo así y sólo dejarlo pasar. Son delitos, Esteban, y hacer como si no existieran significaría ser cómplices. No… —Lázaro sacudió la cabeza, y se recargó en la puerta—, al descubrir todo eso, investigamos más a fondo. Hay muchos archivos en la empresa y después de ver al informante decidimos echarles un vistazo. No fue fácil, pero pudimos hacernos con ellos. Hay facturas, cuentas, cantidades que no cuadran. Muchos papeles firmados por el mismo Marcelo, como autorización para productos inexistentes.

—Y si era así, si descubrieron la verdad, ¿por qué no denunciarlo? ¡¿Por qué no simplemente sacar la nota en lugar de desaparecer?!

—No podíamos —Allison fue la que prosiguió. Su voz se escuchaba alterada—, no sin estar seguros. Sacar una nota sin ser verídica significaba hacer las cosas sin una base, y existía la posibilidad de que fuera mentira. Queríamos creer que así era…

—Y enfrentaron a Marcelo —entendí. Ambos fruncieron el ceño sin comprender, por lo que decidí explicarme—. Estuve allí intentando encontrar una razón de su ausencia —suspiré al masajearme las sienes—. Aparentemente él no sabía por qué y dijo que ni siquiera se habían presentado.

—Mintió —aseguró Lázaro, alarmado—. Sabía que nos presentamos porque hablamos con él, lo encaramos esperando que nos negara lo que habíamos descubierto, pero no fue así. Su reacción fue descarada, estaba sorprendido que nosotros descubriéramos sus negocios turbios. Nos amenazó. Nos dio la oportunidad de dejar pasar todo el asunto siempre y cuando enterráramos y olvidáramos lo que habíamos descubierto. Habíamos tomamos fotos de las evidencias, incluso grabamos el audio de la declaración del informante… teníamos las pruebas y las quería Marcelo. Por prevención hice dos copias de todo antes de enfrentarlo, Allison tendría una y yo otra. Ese día fue muy claro cuando nos hizo saber que si no aceptábamos la salida que nos ofrecía, acabaría con nosotros. Nuestros trabajos, nuestra vida… *todo*.

Me tensé, con el estómago revuelto. Yo había hablado con ese hombre, lo había recibido en mi casa… me había amenazado incluso a mí, pero para nada sabía lo de ahora.

—¿Y cómo lograron escapar? —Inquirí en un susurro. Ambos individuos se miraron a los ojos y fue Allison quien respondió:

—Dijimos que teníamos que pensarlo. El problema fue que además de amenazarnos a nosotros, nos hizo saber que ustedes pagarían el precio también. Salimos de su despacho, pero tuvimos que quedarnos en el edificio.

—Y hubo un alboroto.

—Algo no nos estás diciendo, Esteban —alegó Lázaro, fulminándome con los ojos; suspiré al asentir.

—Tenía tantas dudas que lo único que opté por hacer fue interrogarlo. Me encontré con Enrique y él me comentó ciertas cosas, aunque me aseguró que no sabía mucho —. Intercambiaron una mirada que me hizo sospechar— ¿Mintió?

—No, dijo la verdad. El problema fue que quizá se acercó mucho a ella por lo que fue despedido —cerré los ojos, sintiéndome culpable. Fue cuando caí en la cuenta de algo.

—¿Cómo saben eso?

—Porque seguimos investigando. Hace poco entraron nuestros reemplazos y los conocemos bien. Ellos son nuestros oídos y ojos en ese lugar, están recolectando información. Marcelo no lo sabe, por supuesto.

—Es arriesgado.

—Bueno, no tenemos opción —dijo Lázaro, mientras se sentaba al lado de Alfredo quien había permanecido en silencio, observando—. Pretendemos hacer que pague; hicimos un gran sacrificio, Esteban, no podemos dejar las cosas así —lo miré fijamente, al comprender.

—Tus padres, ellos creen…

—Sí, y no tienes idea de lo difícil que fue para mí. Incluso ahora —el tono de su voz se rompió—, pero era necesario para protegerlos.

—¿Protegerlos? —Susurré, viendo a Allison. Como si comprendiera lo que insinuaba, habló:

—Cuando aparentamos considerar la propuesta de Marcelo, Lázaro y yo hablamos en privado. Era claro que ninguno de los dos aceptaría su chantaje. Pretendía comprarnos manteniendo nuestros puestos con un aumento de sueldo, pero nuestra ética laboral es importante. Causamos un alboroto para poder escapar; debido a eso no llegué a nuestra cita y no aparecí en todo el día. Teníamos que pensar en lo que haríamos y eso significaba no poner en riesgo a las personas que amábamos. Si no sabían nada era mejor para ustedes.

Comenzaba a entender. La presencia de Marcelo en mi casa, el departamento saqueado, el hombre que me seguía.

—Tu departamento… —comencé, dirigiéndome a Lázaro. Este asistió, dispuesto a explicar.

—La misma noche que hice un respaldo, contraté a un auto de mudanzas. Moví todas mis cosas horas más tarde, antes de dirigirme al trabajo. Nadie supo nada, así que pude guardarlas bien. Sin una pista que seguir sería más sencillo, sin embargo…

—Allison no podía hacer eso.

—No —afirmó su amigo, apesadumbrado.

—Por eso asaltaron mi departamento.

—Buscaban las evidencias que Lázaro y yo poseíamos, creyendo que podrían encontrarlas en nuestras respectivas casas. Claro que no dejaría nada, tú al ignorar lo que había sucedido no serías un blanco para Marcelo.

—Pero me estuvieron siguiendo, Allison. Un hombre… —ella jadeó, sujetándose a la barra.

—Lo sé y lo siento, yo sólo… intentaba protegerte, Esteban. Te seguían para poder hallar algo, un desliz de mi parte, una reunión. Esperaban que apareciera donde tú estabas o que fueras a mi encuentro en algún momento y así saber mi paradero —explicó. Vi el dolor en sus ojos, casi comparado con el mío.

—¿Por qué no me dijiste? Podría haber ayudado, en cambio…

—Lamentamos eso, pero créeme que llegamos a la conclusión de que era lo mejor para ustedes —interrumpió Lázaro, poniéndose de pie—. Este es un asunto peligroso, incluso ahora

tenemos que actuar desde las sombras porque puedo apostar a que el licenciado Marcelo está al acecho.

—Él cree que están muertos —repliqué, molesto—. Todos, en realidad.

—No podemos confiarnos —dijo Allison, viéndome a los ojos—. Pensamos mucho sobre eso, y llegamos a la conclusión de que la única manera de tener una oportunidad de vivir y revelar la verdad, era desaparecer. Lázaro tiene un amigo que nos ayudó a crear nuevas identificaciones. Estuvimos los primeros días en México y cuando optamos por dirigirnos al sur, donde la familia de Lázaro tiene un rancho…

—Entonces ese accidente fue real —me asusté. Recordaba ver las noticias, ese día que todo dentro de mí se había quebrado.

—Muy real hasta donde yo sé —aclaró Lázaro al señalar su brazo. Me estremecí.

—Pero no entiendo. Hubo un incendio, las noticias afirmaron que ustedes estaban muertos, hubo cuerpos que aseguraron ser suyos. ¿Cómo…?

—Íbamos saliendo de la ciudad. Todo pasó tan rápido… manejaba y de pronto hubo tanto ruido y un tumulto. Sólo vimos la pipa arrasando con todos los autos y actuamos lo más rápido que pudimos… —Lázaro tragó con dificultad, con la mirada en el vacío, en el recuerdo—. Salimos disparados intentando sacar lo más importante que terminó quedando a mitad de camino. Otras personas hicieron lo mismo, aunque muchísimas de ellas no pudieron escapar; imagino que fueron algunos de esos cuerpos los que confundieron con los nuestros —apretó los puños. Percibí el terror en sus ojos.

»No salimos ilesos, pero encontramos la oportunidad que esperábamos, así que nos arrojamos a los árboles. Perdimos nuestras pertenencias, identificaciones, todo salvo aquello que traíamos encima. Entonces lo supimos. Huimos, salimos de la ciudad.

—¿Así que falsificas identificaciones, pero pretendes someter ante la justicia a un hombre que hace lavado de dinero? ¿Dónde está tu lógica? —Gruñí, desesperado. Lázaro suspiró, derrotado. Podría jurar que quería golpearme.

—Fue un asunto de vida o muerte, Esteban. No es correcto, pero fue útil. Gracias a eso y a todo lo que pasó pudimos sobrevivir. Nos fuimos pensando en la mejor manera de hacer las cosas.

—Dejándonos atrás —puntualicé. Allison se giró, con los brazos cruzados.

—No fue sencillo, pero era lo mejor para ustedes. Teníamos que mantenerlos a salvo, ¿entiendes?

—Ajá, ¿y después? —Vi la tensión en sus hombros, estaba seguro que mascullaba cosas para sí—. No tienen idea de cómo fue para nosotros. Para ustedes significó irse, comenzar de cero, pero tanto los padres de Lázaro como yo perdimos a dos personas importantes. ¿Qué dicen al respecto?

—Esteban… —comenzó el susodicho, pero Allison lo interrumpió con dureza y firmeza en su voz.

—Chicos, ¿podrían dejarnos solos? Hay cosas de las que tenemos que hablar —determinó sin verme. Lázaro y Alfredo intercambiaron una mirada entendiéndose mutuamente. Se pusieron de pie.

—Nos vemos mañana. Sé que aún tienes dudas y quizá estés furioso, pero debes de entender por qué hicimos esto —dijo mi amigo, a lo que sólo asentí.

Lanzándome una mirada comprensiva, Alfredo siguió a Lázaro a la salida; escuché perderse sus pisadas por las infinitas escaleras y luego: silencio. Este se fue haciendo más denso que me obligué a hablar primero.

—¿No viven aquí? —La pregunta era tonta, pero no podía dejar de formularla. Allison se volvió para encararme al fin, y se descruzó de brazos.

—No, nos mantuvimos cerca pero no vivimos juntos.

—¿Y cómo es que están en Nueva York? —Inquirí, agotado. Había tanto que procesar, que aceptar o rechazar, que lo único que podía hacer era completar las partes que me faltaban. Allison suspiró, decidida a responder, aunque no se acercó a mí.

—Me enteré de tu exposición en el MoMA. Sé lo importante que es para ti, así que quise estar presente, aunque no lo supieras. No tienes idea de lo mucho que me alegró saber de esta oportunidad, y hubiera lamentado que la rechazaras.

Me mordí el labio, limitándome a asentir, porque eso no cambiaba nada.

—Cuando Lázaro dijo que no salieron ilesos… ¿se refería a ambos? —La interpelada se me quedó observando hasta que se dio la vuelta para dejar al descubierto la parte derecha de su espalda.

Quedé sin habla, tenso, sintiendo impotencia al ver la piel herida como si una pared hubiera sido irritada con fuego; no eran quemaduras graves, pero la diferencia era notoria, se veía rojiza.

—Salir corriendo no impidió que el fuego se propagara como lo hizo, apenas tuvimos tiempo de escapar —. Tragué con dificultad, doblándome. Allison se acomodó la prenda para darse la vuelta.

—¿Por qué, Allison? ¿Por qué optaste por irte de esa manera? Si me hubieras dicho…

—Era peligroso —exhaló, alterada—. Tienes que entenderlo, Esteban, esto es demasiado complicado, no podía ponerte en peligro también —se acercó y mi cuerpo reaccionó a ella. Tragué con dificultad, pretendiendo mantenerme alejado, pero Allison no me lo permitió—. Dejarte así fue la decisión más difícil que he tomado en todo este tiempo, pero era lo mejor. Saber que estabas vivo, aunque no conmigo, era mejor que la idea de perderte por completo.

Sacudí la cabeza, viendo el suelo.

—Pero yo sí te perdí. Y viendo a Alfredo me hace preguntarme, ¿por qué él sí sabe y yo no? —Sentí sus dedos en mi mano. El sencillo contacto me hizo levantar la vista, y sentir mi corazón palpitar como loco. Apreté los dientes.

—Ellos se conocieron después de que nos fuimos. En realidad, Lázaro quería alejarse, pero no fue sencillo. Cuando los ves juntos… no puedes pensar en uno sin el otro, por lo que Lázaro terminó por decirle todo, aunque tengo que decir que Alfredo lo obligó.

—Y aun así fui yo quien quedó atrás, ¿no? —Entendí. Allison quería protegerme, pero se le había sido tan fácil desaparecer—. Tengo que saberlo, por favor.

—¿Qué? —La miré a los ojos. Tenerla cerca y no besarla me estaba consumiendo. Ella estaba allí y no lograba comprender por qué no la abrazaba o le abría mi corazón. Pero no podía engañarme, ya que sí lo comprendía: Allison se había ido para protegerme, sin embargo, eso no significaba que siguiera amándome o que pretendiera regresar.

—¿Me lo hubieras dicho? Si no nos hubiéramos encontrado, ¿habría llegado el momento en que me hubieras buscado y me lo hubieras dicho todo? —No dudó en su respuesta. De hecho, pareció indignada con la simple pregunta.

—Claro que sí, Esteban. Haber desaparecido así… me partió el corazón. Sabía que tenía que verte, aunque fuera una última vez, por eso regresé esa noche, incluso te llamé de otro número sabiendo que no podía despedirme de ti, pero necesitaba escuchar tu voz. Tuve que asegurarme que dejarte era lo que te mantendría fuera de todo esto —no sé qué vio en mi rostro, porque agregó—: entendería que no me quisieras. Sé que después de meses de no estar, eres libre de salir adelante. Comprendería incluso que encontraras a alguien más.

Se apartó. Vi sus ojos brillantes; sus palabras me dejaban confundido.

—¿Por qué querría a alguien más? Estos meses he sufrido por perderte sin entender las cosas que habían pasado —vi sus manos, el brazalete que le había obsequiado seguía en su muñeca, con excepción del dije que yo poseía—, estaba seguro que había algo que no cuadraba y pude comprobarlo al enfrentar a Marcelo. Me amenazó con destruir lo poco que me quedaba.

—No debiste de haber hecho eso.

—Pero lo hice por ti —di un paso. Allison me observó, consternada—, no podía estar tranquilo.

—¿Tienes idea de lo que pudiste desencadenar?

—Pero puedo ayudar… déjame ayudarte…

—No es buena idea —rechazó, tajante. Sentí el nudo en la garganta.

—Entiendo. Verte salir corriendo como lo hiciste, huyendo de mí… —sacudí la cabeza, evitando verla—. Puedo comprender que hayas cambiado, que incluso hayas dejado de quererme, pero rechazar mi ayuda para que recuperes tu vida…

—En ningún momento dije que te dejé de querer —. No reaccioné, por lo que Allison se acercó a mí, viéndome a los ojos—. Esteban, yo te amo, eso no ha cambiado. Te amo.

Nos buscamos al mismo tiempo. Cuando reaccioné la estaba besando, percatándome en ese instante en lo mucho que me había hecho falta. Sentí la suavidad de sus labios, enterré mis dedos en su cabello en mi necesidad de atraerla hacia mí. Allison respondió, lo que me hizo estar seguro de que lo quería tanto como yo.

¿Cómo había cometido el crimen de comenzar a olvidar cómo era besarla? La forma de sus labios, de su lengua contra la mía. Me entregué por completo a esa acción sin importarme que mañana me reclamara el mismo infierno.

Estaba con Allison allí, en ese momento, y besarla como lo hacía sólo me daba la tranquilidad de que era real. Estaba viva, Dios, estaba viva y eso era lo único que importaba.

Quería sentir cada parte de su cuerpo, de su cabello, de sus labios. Por un instante nos separamos y ella aprovechó para deshacerse de mi abrigo. Olvidé las heridas en las manos.

Reaccionando igual que Allison, le arrebaté la blusa para dejarla caer sobre el suelo. Su cabello, rubio ahora, me hizo cosquillas en las manos cuando acaricié su espalda. Fui cuidadoso con la cicatriz que ahora reclamaba parte de su cuerpo, pero no por eso era menos hermosa. Como pude la senté sobre la superficie de la mesa y comencé a besarla otra vez.

Allison respondía con ferocidad, con anhelo, haciéndome borrar toda duda de que ella no me quería más, puesto que su forma de besarme, de tocarme, dejaba claro lo contrario.

Recorrí su cuello hasta delinear su hombro con mis labios, embriagado con su esencia. Quería todo de ella, volver a descubrirla como la primera vez.

Saboreé su boca mientras me dejaba llevar con sus caricias.

Me aferré a su persona, temeroso de que desapareciera, porque no creía que pudiera soportarlo una segunda vez. Con ese pensamiento en mente me entregué como nunca lo había hecho.

Nuestros alientos se mezclaron. Sus dedos provocaban estremecimientos en mi piel, en lo más hondo de mi alma.

No quería nada más; en esos instantes lo único que necesitaba, lo único que me hacía vivir, era Allison. Sus caricias me mantenían cuerdo, en la superficie.

Y por un instante fue todo lo que necesité.

18

El crepitar de las llamas era un sonido de fondo agradable. Eso, junto con el aire corriendo por fuera y las luces apagadas a excepción de una lámpara de escritorio, hacían todo el ambiente más íntimo, más secreto.

Jugueteé los dedos de Allison para después llevármelos a los labios, torciendo una sonrisa.

—¿Qué? —Quiso saber, mientras se giraba para verme de frente. Sonreí más, al verla a los ojos.

—No creí estar así contigo otra vez. Parece…

—¿Irreal?

—Mágico —murmuré, apartando un mechón de su frente. El rubio hacía que su piel se viera más pálida_. No quiero que termine —no obtuve respuesta y eso me hizo dudar unos momentos. Me acerqué para poder besarla hasta que me recargué en un brazo y verla desde arriba—. ¿Por qué no me dijiste lo de Lázaro?

—No me corresponde a mí decirlo —suspiró, viéndome a los ojos. Ahuecó mi mejilla en un gesto suave—. Lázaro ha sido mi amigo desde la escuela, y tuve que descubrirlo por mi cuenta. Eres perceptivo, así que creí que lo notarías.

—Pues parece que no fue así —me dejé caer sobre el colchón, viendo el techo. La habitación del fondo parecía una réplica de la principal con la diferencia que hacía de recámara y había una chimenea, lo que me hacía suponer que el edificio tenía años.

Las ventanas estaban a nuestra espalda, siendo un apoyo para la cabecera de la cama donde nos encontrábamos, pero debido a lo alto y las horas nocturnas podía estar seguro que nadie nos veía. Allison había rentado el departamento amueblado cuando llegaron a Nueva York, anticipándose a quedarse una larga temporada.

Si lo hubiera sabido… pero no quería pensar más en su ausencia. Ahora estaba aquí, a mi lado, estábamos juntos y quería creer que sería así.

—Me siento un tonto. Lázaro tiene todo el derecho de juzgarme.

—No lo hace, suele ser muy comprensivo.

—Pues no lo detendría si quisiera golpearme —Allison rio y el sonido fue tan mágico, tan vibrante, que me hizo cerrar los ojos para grabarlo en mi memoria—. Y Alfredo…

—Es un buen chico —dijo, mientras recargaba su espalda contra mi pecho bajo las sábanas. Mi cuerpo reaccionó, sabiendo que había estado tan lejos de ella durante meses que lo único que quería era seguir acercándome. Deslicé un dedo por su cintura para delinear su forma. Acerqué mi boca a su cuello, susurrando las palabras.

—¿Y por eso me distrajo en el Guggenheim?

—No fue planeado —se tensó ante la pregunta—. Sentí que la única forma de estar cerca de ti era viendo todo aquello que amabas. Vi tu arte, Esteban, y no encontré comparación igual —musitó, alzando el rostro para verme. Sus ojos brillaban—. Intenté conocer más, visitar los museos que sabía ansiabas ver… —apartó la vista, tragando con dificultad. La sonrisa se borró de mi rostro—, entonces te vi. Dudé mucho si acercarme o no, y fue tan difícil. Estábamos tan cerca y a la vez tan lejos, sabía que podía solucionarlo si sólo me acercaba, pero al recordar las razones por las cuales me alejé…

—Así que te fuiste cuando notaste mis intenciones de acercarme —comprendí, con la vista

en la pared.

—Alfredo fue una distracción. Lázaro nos esperaba afuera, ya que estaba comiendo.

—Pues su novio es sutil, aunque pude notar las contradicciones en sus palabras.

—Suele ser muy listo y despierto en todos los asuntos que trata, por lo que creo que estaba nervioso en ese momento —me contradijo. Compuse una mueca, asintiendo.

—Hablando de museos… —titubeé, ella me miró, curiosa—, aún no visito el PS1, así que me preguntaba si quieres ir conmigo —. Sonreí de forma inocente, tanteando el terreno.

—Me encantaría, pero… —Ahí estaba, esa palabra que podría destrozarlo todo—. Esteban, lo más seguro para ti es que no estés a mi lado.

Apreté los dientes, incorporándome. ¿De verdad lo decía?

—Tiene que ser una broma —. Se sentó, cubriéndose el pecho con la sábana. Había pena en su expresión.

—No. Hay una razón por la cual me alejé y es tu seguridad. Además —agregó al ver que intentaba interrumpirla—, ¿qué le dirás a los demás? Chinami podrá saber la verdad, pero no es tan simple. Tus padres, los padres de Lázaro...

—¿Así que tenían pensado desaparecer para siempre? —Exhaló, frotándose la frente—. ¿Es eso?

—No, Esteban, no. Pretendíamos volver una vez que todo esto terminara, confiábamos en que lo entenderían.

—Y lo entiendo, pero no esperes que simplemente me aleje de ti como si no hubiera pasado nada. No podría soportarlo una segunda vez —zanjé.

—¿Y qué pretendes? ¿Quedarte en Nueva York más tiempo del que estableciste?

—Si es necesario —enarcó las cejas. Ambos sabíamos que no era del todo posible. Sacudí la cabeza, alterado—, o donde sea que tú estés. Quiero estar contigo, ayudarte a resolver esto. Podemos encargarnos del licenciado Marcelo.

—No es sencillo, estamos trabajando desde las sombras. Recolectamos información en espera del momento en que él cometa un error, un desliz para poder tener esas acciones que lo incriminen.

—Pero ya tienen pruebas, fotos, grabaciones… ¡Por Dios, si incluso los amenazó! ¿Qué más esperan obtener?

—Que baje la guardia. ¿De verdad crees que después de haberlo encarado no hará nada al respecto? Sus movimientos son sigilosos, él mismo dispuso a alguien que te siguiera sólo para descubrir mi paradero. Si nos encuentra ten por seguro que nos matará.

—Con todo lo que yo he hecho, ¿no crees que ya esté convencido de que no sé nada? Dejaron de seguirme, de hecho, me aseguró que si dejaba de hostigarlo haría como que no sucedió ningún incidente.

—¿Lo culpaste de algo? —Se le quebró la voz con su pregunta. Fruncí el ceño.

—¿Qué querías que hiciera? Al principio fue amable, sobre todo con el tema de tu indemnización. Aparentó estar preocupado con la ausencia de ambos, pero ahora comprendo que sólo quería pistas —sacudí la cabeza—. Cuando me di cuenta de ciertos detalles comencé a tener dudas.

—¿Qué detalles? —La miré por un instante, hasta que me incliné por el borde de la cama para sacar algo de mi abrigo. Le enseñé el dije que faltaba en su brazalete. Se sorprendió al verlo, tomándolo con suavidad.

—¿Dónde lo encontraste?

—En su oficina justo después de que me aseguró que no habías estado ahí. Después de eso

no pude controlarme, tenía que saber qué los había llevado a irse.

—Así que lo incriminaste sin estar seguro —apretó la mandíbula—. Tienes suerte de que te haya perdonado tal insolencia.

—Lo dejé pasar, porque estaba lo del MoMA y…

—Aun tienes cosas que perder —suspiró, dejando caer sus manos, viendo a la chimenea—, y por eso es mejor que no te involucre. Estamos cerca de conseguir algo que lo incrimine. Hemos contactado a alguien que podrá sacar la nota, ya que en la empresa no lo harán.

—¿Esa es tu solución? ¿Dejarme otra vez? —Me miró a los ojos, desesperada.

—No quiero, es lo que menos quiero, pero es lo más seguro para ti.

—Alfredo lo sabe y con todo el peligro sigue con Lázaro, ¿por qué estás tan empeñada en mantenerme alejado? —Solté con un chillido. El dolor y la impotencia me hacían perder el control de mi voz. Allison miró sus manos; al responder lo hizo en un susurro.

—Porque eres todo lo que tengo —su voz estaba ronca, sus ojos brillantes viéndome con una profundidad que me hizo guardar silencio—, eres la única familia que me queda y si tú no estás entonces no me quedaría nada. Lázaro tiene a Alfredo y aun si él faltara, tiene a sus padres. Yo no.

Exhalé, ya que no tenía con qué rebatir eso. Pero había algo que ella pasaba por alto.

—Si tú desapareces, ¿en serio crees que estaré bien con eso? Bastó una vez y aun siendo mentira me destrozó por dentro.

—Tienes a tus padres y a Chinami, no estarías solo —me hizo saber. Tenía razón, claro, sin embargo…

—Pero ellos no son tú, y yo te quiero a ti.

Me miró como si nunca lo hubiera hecho, como si apenas comprendiera todo lo que yo sentía por ella. Terminó la distancia entre los dos, sellando mis labios con los suyos. Regresé el beso con determinación, con fuerza, sentí sus dedos jugar con los mechones largos de mi cabello.

Me incliné hacia ella y acaricié su espalda desnuda hasta deslizar mi mano derecha por su cintura, su cadera, su pierna. Con agilidad la atraje hacia mí, sintiendo su cuerpo bajo el mío. No dejé de besarla, con el deseo de llenarme de ella. Apartó su rostro para rozar mi cuello. Quise devorar cada centímetro de su piel, sentirla hasta la punta de mis dedos, y por segunda vez en la misma noche, nos entregamos por completo.

—Café para empezar la mañana —saludó Lázaro entrando sin avisar; había traspasado el pasillo hasta la habitación donde yo me encontraba poniéndome los zapatos. Allison tomaba un baño. Observé a mi amigo de pies a cabeza y las cuatro tazas con café.

O bien Allison le había comunicado que me había quedado o lo había supuesto solo. Incorporándome, me puse rápidamente la playera para poder acercarme al recién llegado.

Pareció entender mi postura, porque sonriendo hizo a un lado los cafés y aceptó mi abrazo.

—Lamento si fui un idiota —susurré—. Eres mi amigo y me dejé llenar la cabeza con tonterías. No tienes idea de lo feliz que me hace saber la verdad por fin.

—También te extrañé —nos apartamos y él me tendió el café—, pero dadas las circunstancias tenemos que hacer planes.

—¿También quieres alejarme?

—Sería lo mejor, pero te conozco y sé lo que el amor puede significar para las personas, así que imagino que tendremos que pensar en lo que haremos.

—Imagino que sí —sonriendo, me hizo un gesto con la cabeza invitándome a seguirlo a la cocina donde Alfredo esperaba sentado mientras comía una dona. Torcí una pequeña sonrisa al

recordar esa mañana que al parecer lo había cambiado todo—. Buenos días.

—Hola —saludó, viéndonos a ambos sin levantarse. La sonrisa se borró de mi rostro en el mismo instante en que Allison aparecía, secándose el cabello. Inseguro me acerqué a la barra, con la sensación de que salía sobrando en ese grupo de tres personas.

Contemplé a mi anfitriona, temiendo que de un segundo a otro desapareciera en el aire. Alfredo se aclaró la garganta, llamando mi atención. Los tres me veían y sentí más en ese instante que era un forastero.

—Esteban… —comenzó ella, pero negué, interrumpiéndola.

—No me pidas que me aleje porque no puedo hacerlo. He sufrido todos estos meses que no lo soportaría, ¿pueden entender eso?

—Sería lo mejor para ti —alegó Lázaro. Lo fulminé con la mirada.

—Pensé que estabas de mi lado, creí que lo entendías —sacudí la cabeza. Parecía que sólo me habían calmado, pero al final habían jugado con mi seguridad.

—Y lo entiendo. Eres importante para nosotros…

—Entonces no me alejen.

—¿Qué es lo que harás? —Intervino Alfredo, acercándose con sigilo. Me veía fijamente, estudiándome con interés—. ¿Pretendes abandonar tu vida sólo para unirte a ellos?

—¿Y tú? —Repliqué, molesto de pronto.

—Creo que puedo serles más útil en este caso.

—No veo cómo —miré a Allison, reprochándole que se hubiera aliado con ellos quizá mientras yo dormía—. Pedí ayuda, ¿de acuerdo? He estado pensando tantas cosas que lo único que se me ocurrió fue acudir a alguien.

—¿A qué te refieres? —Inquirió Lázaro, extrañado. Suspiré, ya que sabía que no podía guardar ese secreto más tiempo. Chinami ni siquiera estaba al tanto.

—Hablé con un amigo de la universidad, es fotógrafo y aceptó seguir al licenciado Marcelo mientras yo no estaba. Lo ha fotografiado en busca de actividades extrañas —de un momento a otro Lázaro estuvo frente a mí, y me tomó de la playera, exaltado. Vi el terror en sus ojos.

—¡¿Que hiciste qué?! ¿Sabes siquiera en lo que te estás metiendo? —Me zafé de su agarre, impasible.

—Ahora lo sé, pero no me arrepiento —miré a los otros, defendiéndome—. Ni siquiera sabía que estaban vivos, ¿qué querían que hiciera?

—¡Dejarlo pasar! —Rugió Lázaro, moviendo mucho los brazos debido a la frustración. Intenté mantener la calma.

—¿Eso habrías hecho tú? —Bufé, exasperado. Allison miró el suelo, al parecer dividida entre defender mi postura y apoyar a Lázaro. Quien se acercó fue Alfredo, tomando a su novio de un brazo para apartarlo con calma, aun cuando él se enfrentó a mí.

—Escucha, Esteban, sé que no nos conocemos, pero este asunto es complicado. Si Marcelo se da cuenta debido a ti que tanto Lázaro como Allison están vivos, no los dejará tranquilos. Temo decirte que incluso tu cuello está en juego, ¿puedes aceptar eso?

—Alfredo… —intentó persuadirlo Lázaro, pero el otro lo calló con un gesto de la mano.

—Puedo desaparecer también si es necesario; ellos lo hicieron, ¿no? Y si estar con Allison significa que debo huir, con gusto lo haré.

—Pero no debes —dijo ella, hablando por fin mientras se acercaba a nosotros. La miré con dolor—. No puedes simplemente desaparecer de la nada, eso en sí es sospechoso. Además —susurró, al quedar frente a mí. Alfredo y Lázaro se hicieron a un lado para dejarnos espacio—, tienes tu arte, Esteban. Acabas de empezar este camino lleno de posibilidades que sería egoísta

pedirte que lo tires a la basura. Están tus padres también… y Chinami —admitió, desviando la vista un instante como si eso le molestara—. No puedes hacerles eso.

—¿Sólo ustedes pueden?

—Nosotros nos vimos obligados —objetó Lázaro, apesadumbrado—, pedirte a ti que lo hagas es injusto.

—Encontraré la manera de hacerlo natural, puedo hacer saber por mis redes que necesito un tiempo para mí, para sanar. Después de lo que pasó…

—¿Y luego qué? ¿Desaparecer solo así? —Apreté los dientes al ver la libertad con la que Alfredo se metía, desbaratando mis planes como cualquier cosa—. Lo mejor que puedes hacer es seguir como si nada, quizá sea la única manera en la que puedan sobrevivir, al menos hasta que Marcelo vaya a la cárcel.

Me recargué en la barra, derrotado. Era obvio que estaban destinados a mantenerme fuera. Lázaro colocó una mano en mi hombro, la cual aparté de un manotazo debido a mi frustración.

—¿Allison? —La llamó, como si ella tuviera la última palabra. Tragué con dificultad; vaya si me la habían jugado bien, sólo me habían entretenido un rato como cuando el gato jugaba con su comida. La miré de reojo, percatándome de su forma de estudiarme y de cómo controlaba el llanto.

—Lo siento, pero no puedo alejarme más —musitó al fin, viéndome a los ojos—. Esteban no es el único que sufre con esta separación —sacudió la cabeza. Mi pecho se aligeró al creer comprender las palabras—. No sé qué hacer.

Alfredo sacudió la cabeza para después ponerse entre nosotros.

—Entonces que así sea.

—Alfredo… —habló de nuevo Lázaro. Al verse a los ojos hubo entendimiento mutuo por segunda vez.

—También lo entiendes.

—Sí, estar contigo me hace entenderlo —admitió, abrazándose a sí mismo. Lázaro y Allison intercambiaron una mirada para después asentir. Fue cuando ella me tomó de la mano y recargó su rostro en mi pecho. No pude evitar rodearla con mis brazos, con el terror dentro de mí al pensar que se iría de nuevo.

¿Cuántas veces tendría que sufrir su pérdida sobre todo porque ahora sabía la verdad y era consciente que se iba por decisión propia?

Sin embargo, las palabras que escuché de Lázaro fueron diferentes.

—No hay vuelta atrás, Esteban, como te dije hace un momento, te conozco y sé las cosas que podemos llegar a hacer por amor —tomó aire para después sacarlo con lentitud—. Así que estás dentro, con todo el peligro que eso significa; tomaremos precauciones y tendrás que atenerte a ellas, quizá sea la única forma en la que salgamos todos vivos de esto. ¿Estás de acuerdo? —Me miró, ocultando una sonrisa.

Sabía lo que significaba, aun cuando trataron de hacerme entrar en razón, no cambiaría de opinión. Su expresión era de alivio porque no querían dejarme atrás.

¿Querían doblegarme? Tal vez, pero su amistad y el amor que Allison sentía por mí y viceversa, fue lo que provocó el cambio de planes.

¿Si estaba de acuerdo?

—Sí, lo estoy.

19

Los planes quedaron así: podrían verme con Allison o Lázaro aquí en Nueva York. Queríamos creer que la gente de Marcelo no llegaría tan lejos, pero no debíamos confiarnos. Esperábamos que después de mi último encuentro con él, el hombre estuviera convencido de mi ignorancia respecto al asunto de *Gabriel Cosmetic´s* y todo lo referente a ello, por lo que no trataría de seguirme o vigilarme otra vez. Como precaución, nuestras reuniones deberían ser en lugares cerrados, aunque ellos habían salido cada cierto tiempo; ejemplo era la visita a los museos.

Así se haría, con el añadido de que, si nos detenía alguien, Allison tenía que seguir manteniendo el otro nombre, al igual que Lázaro. Quedarse con las nuevas identidades sería necesario.

Por consiguiente, ningún conocido a excepción de Chinami sabría lo que yo había descubierto. Me pesaba, porque los padres de Lázaro tendrían que saberlo en lugar de sufrir por una muerte que nunca ocurrió; aun así, me atuve a lo acordado. Sería difícil mantener la farsa, pero sabía el riesgo que podían correr puesto que yo mismo lo había experimentado.

Allison y Lázaro se quedarían en Nueva York unas semanas más después de que yo me hubiera marchado; sufrí un terror inmenso al pensar en lo que podría significar, aun cuando aseguraron que no volverían a desaparecer. Además, ambos tendrían que dejar terminada la recopilación de toda la información que trabajaban, antes de pisar su país. Saber que Alfredo regresaba a México sin su novio me hizo sentir más tranquilo.

No pude evitar sorprenderme de todo lo que tenían. En algún punto de la conversación me percaté de un detalle: si habían perdido todo en el accidente, ¿cómo es que poseían los datos que recabaron?

Las pocas pertenencias que habían sobrevivido las tenía yo, y en esos no había laptops ni USB´S que pudieran advertirme de algo.

La respuesta fue clara y obvia: Lázaro había hecho un respaldo y todo estaba en la nube. Había creado un nuevo correo electrónico adonde mandarse las cosas, y así mismo él y mi novia tenían en su poder una copia de los archivos en caso de que a alguno de los dos le pasara algo. Tuvieron que entregarle todas las pruebas a Marcelo, razón por la cual él tenía la grabadora de mi amigo.

Por supuesto, Lázaro se había adelantado.

Sus contactos, los nuevos empleados de su antiguo jefe, habían obtenido pruebas más recientes, fechas actuales en los documentos donde el empresario firmaba movimientos que nunca se habían llevado a cabo.

Se movía en las sombras, y la empresa donde Lázaro y Allison habían trabajado, mantenía bajo la fachada un negocio de crimen y lavado de dinero muy profundo. Entre ellos dos escribían un artículo bastante detallado hasta el momento, con fotos de los documentos y todo aquello que el informante les había dicho, pero estaban preparándose para una posible represalia.

Marcelo era listo y yo mismo lo había comprobado; con su carisma estudiado y fingido podía engañar al público, por lo que no les sorprendía que después del enfrentamiento con Lázaro y Allison, y después de mi amenaza fortuita, se cubriera las espaldas, debido a todo eso esperaban poder tomarlo en el acto. Fotos, grabaciones, audios… cualquier cosa contra la cual ya no

pudiera defenderse.

Tenían un aliado en una de las empresas que eran competencia de la suya. Según mi amigo era alguien de confianza y sería quien sacaría a la luz todo lo que Allison y Lázaro estaban trabajando. Esperaba acreditación para ello, así que guardaba el asunto por el momento, ya que al ser periodista conocía muy bien los riesgos.

Así que allí me encontraba, con dos personas que no creía ver nuevamente en mi vida. Parecía irreal, que a veces me preguntaba si de verdad no había muerto en mi tropiezo en la calle. Escuchaba todo lo que tenían que decir, sus planes y lo que habían tenido que pasar después de desaparecer.

Escuché con detenimiento e hice las paces con la ausencia de Allison.

La amaba, no tenía duda de ello, y si para poder estar a su lado tendría que acatarme a la actual situación, que así fuera.

Pasado el mediodía después de asegurarme que no irían a ningún lado, regresé al hotel, pues no podía dejar a Chinami a la deriva. Aún había cosas con las que yo mismo tenía que cumplir.

Cuando entré a la habitación encontré a mi agente acostada sobre la cama, con el control remoto en una mano. Sus pies estaban entrelazados, moviéndose continuamente. Me miró y en el acto su expresión de relajó, incorporándose.

—Al fin apareces. ¿Tienes idea de lo preocupada que estaba? —Chilló al golpearme el pecho cuando me senté a su lado.

—Disculpa.

—Tendrás que hacer algo más que sólo pedirme disculpas —amenazó, cruzándose de brazos. Torcí una sonrisa ¿Podría creer lo que le diría?

—Sólo dime lo que pagaré por preocuparte —le concedí, viéndola a los ojos. Frunció el ceño al percatarse de mi estado.

—Hay algo que tienes que decirme, ¿no es así? —Bajé la mirada hacia el colchón. Las manos de Chinami buscaron las mías cuando asentí una vez, la fuerza de sus dedos me hizo alzar la vista.

—Deja me aseo un poco y te diré todo —. Exhaló para después soltarme.

—No quería decírtelo, pero de verdad lo necesitas —me reí sin poder evitarlo. Mi corazón estaba hinchado de felicidad, tan gordo que creí sentir que perforaba mi pecho. Chinami me observó con interés y cuando me levanté, me imitó para darme un abrazo que regresé con gusto.

Estrecharla en mis brazos me hizo saber que nada era un sueño. Si estuviera muerto no podría hacer esto. Me soltó, con unas palmaditas en los hombros.

—Anda, y espero una muy buena explicación cuando salgas del baño, ¿entendido?

—Así será.

Después de tomar un baño y cepillarme los dientes, Chinami y yo nos dispusimos a platicar en la terraza con la compañía de un café. Le conté todo: desde el choque en el desfile hasta lo que Allison y Lázaro llevaban a cabo. Tuve que asegurarme que nadie nos oyera, y no fue difícil puesto que una pareja a parte de nosotros eran los que estaban presentes, tan enfrascados en sus propios asuntos que ni siquiera tuve que susurrar.

Chinami escuchó, vi las emociones diversas pasar por su rostro, incluso la sospecha ante mi cordura pero una vez que terminé de explicarle, asintió, entendiendo las cosas que habían pasado.

Guardó silencio, con la mirada seria al exterior mientras se mordía el labio inferior. Tragué con dificultad, retorciendo mis dedos. No sabía qué esperaba de ella y eso era un martirio. Después de segundos en silencio me miró, y habló por fin.

—No sé qué decir —admitió, mientras limpiaba basuritas inexistentes de su ropa.

—Que me crees. Chinami, esto para mí… lo cambia todo. ¿Puedes entenderlo? —Musité, inclinándome hacia ella. Me vio a los ojos, por lo general no guardaba sus pensamientos, por lo que en esta ocasión me mortificaba no saber.

—Te creo —dijo por fin. Suspiró, acomodándose en su asiento—, es sólo que pensar que desaparecieron así, tan fácil —negó con la cabeza, viendo el cielo—. Me enoja saber en lo que has tenido que pasar para tener que sobrevivir a un hombre corrupto —admitió.

—¿Te das cuenta de lo que significa? Tú y yo no estábamos tan alejados de nuestras teorías.

—Sí, es verdad. Por ese lado tengo que concederles la razón, pero no creo que haya sido lo mejor.

—Chinami… —mi voz se llenó de pesadumbre; pareció notar mi tristeza ante su postura, porque me regaló una sonrisa.

—No importa lo que yo crea, Esteban. Amas a Allison y sé lo mucho que sufriste por ella, así que saber que está viva… sé lo que significa para ti —me dio un apretón en la mano. La alegría en su rostro era genuina, lo que me hizo sonreír.

—Quedamos de vernos en *Central Park*, y… —titubeé un poco sin estar seguro del por qué —, quedé en llevarte. Es importante, Chinami, a pesar de todo. Más ahora que tenemos que detener a Marcelo.

—No creo que sea necesario que vaya. Además ellos no me toleran del todo —masculló, cruzándose de brazos.

—Eso no es verdad, se llevan bien contigo.

—Porque no tienen otra opción: Allison es tu novia, y Lázaro… bueno, supongo que no ha olvidado la desastrosa idea que tuviste con ella de presentarnos —se rio, contagiándome—. Está bien, cuenta conmigo —terminó por decir, lo que aligeró mi pecho.

—Será en una hora. Tengo que ir al MoMA, pero después de eso nos veremos en el parque.

—Bien, yo me quedaré aquí, quiero descansar un rato —se levantó sin mirarme, su vista se perdía en todo lo que podíamos ver desde allí. Asintiendo, la imité para después rozar su brazo con mis dedos en un gesto de despedida.

Llegué al museo en hora temprana, dispuesto a dedicarle un poco más de tiempo a mi exposición. Al haber varias personas, me quedé en una esquina viendo cómo se paseaban de aquí para allá. Notaba el interés por mis pinturas, unos cuantos individuos les tomaron fotografías, lo que me provocó dicha. Cuánto ansiaba poder llegar tan lejos como los antiguos maestros a los cuales admiraba, pero admitía que una parte de mi mente se regresaba a los acontecimientos de ayer.

Era verdad, tenía que recordármelo. Hablarlo con Chinami me hacía estar más seguro de eso, sobre todo porque Alfredo era una señal existente de que tanto Allison como Lázaro vivían. Mi mente no podría imaginar todo eso sólo para apaciguar mi dolor.

Comencé a caminar por los diferentes pisos hasta llegar al cuadro de Monet, que me había hipnotizado. Me perdí en la visión del lienzo cuando unas manos me regresaron al plano terrenal.

Al volverme me encontré con Allison sonriéndome de forma tan abierta, tan esperanzadora que no pude hacer otra cosa más que regresarle la sonrisa, para después atraerla a mí en un abrazo.

Me soltó después de segundos, viendo alrededor. Su comportamiento se me hizo extraño, hasta que explicó lo siguiente:

—No querrás que aquellos que saben que perdiste a tu novia te vean ahora flirtear con otra mujer —me susurró, con acusación en sus ojos. Torcí una sonrisa.

—Nadie me conoce tanto por estos lugares.

—Yo no diría eso —me contradijo, señalando con la cabeza a un grupo de personas que me observaban. Alcancé a escuchar palabras como «pintor», «colección *Amor y Muerte*», o incluso: «deberíamos pedirle una *selfie*».

—No sé qué decir —sonreí, volviéndome hacia mi novia. Mi novia… esas palabras volvían a tener sentido.

—Sólo entrégate a tu arte, Esteban, eso es lo que tienes que hacer —la vi a los ojos, tragando con dificultad. Durante todo el tiempo de nuestra relación, ella siempre me había exhortado a seguir adelante; no era diferente ahora.

Sin pensar mucho en lo que hacía le robé un beso que ella aceptó para después alejarse. Me mordí el labio queriendo más que una simple caricia, pero era consciente que en ese instante era imposible.

—Esteban —me llamó alguien a mi espalda. Al volverme me encontré con Ricardo. Allison se quedó a mi lado sin saber qué hacer, la sonrisa desapareció de su rostro, reemplazada por la seriedad—, no esperaba verte tan temprano —saludó, estrechándome la mano.

—Bueno, ya son más de las doce a decir verdad —señalé, rascándome la cabeza, nervioso.

—Es cierto —su mirada se detuvo en mi compañera—. Creo que no nos han presentado.

—Ah, sí, lo siento —me apresuré, y señalé a mi pareja— Es… Anastasia… eh…

—Anastasia Dávalos —se presentó ella, tendiéndole una mano que Ricardo aceptó.

—Un placer.

—Es una amiga —titubeé, odiando esa definición para nosotros dos—. Casualmente nos encontramos ayer y decidimos reunirnos para platicar —sonreí, aunque el gesto tembló en la comisura de mis labios. Miré a Allison, su rostro, sus ojos, sus labios; quería todo eso y aborrecía no poder acercarme. Ricardo se aclaró la garganta, asintiendo.

—No creo en los encuentros casuales, sino en aquellos que ya están destinados. A veces nos encontramos con amigos que tenemos mucho tiempo sin ver, pero sin duda no son coincidencias —añadió el hombre, llamando nuestra atención. Me miró, sonriente—. Disculpen la interrupción, es sólo que querría hablar con el artista, si me es posible.

Allison me miró, comprendiendo.

—Sí, por supuesto —me sonrió—. Veré a *Martín* en *Central Park*, ¿nos vemos allí? —Martín era Lázaro, pero como habíamos acordado, sólo entre nosotros se llamarían por sus nombres reales. Torcí una sonrisa, sin dejar de verla a los ojos.

—Está bien —me besó en la mejilla. Mis dedos se aferraron más de lo necesario a su cintura y me quedé embobado al verla marchar. Ricardo se acercó más a mí, y con un gesto de la mano me indicó que lo siguiera mientras caminaba.

—A mediados del próximo mes la exposición temporal terminará. ¿Ha pensado qué hará después? —Preguntó, con las manos a la espalda mientras avanzábamos, esquivando a las demás personas con agilidad.

—Bueno, estaba pensando en subastar unos cuadros que me han quedado de colecciones anteriores —comencé, alternando mi vista entre el museo y mi interlocutor—, los cuales vendo a través de la página, así como también realizar exposiciones en más galerías, lo que me ayudaría para poder dar a conocer más mi arte, debido a que es un camino de constante trabajo —admití. Las ideas se habían ido abriendo paso en el transcurso de estos días.

—Son buenas ideas. Encuentro su arte muy interesante, Esteban, transmite tantas cosas —suspiró, deteniéndose, por lo que me detuve también—. Si me permite quisiera proponerle hacer una exposición en mi museo, es pequeño, claro, pero creo que lo encontrará grato.

También me gustaría invitarlo a donar o vender ciertas piezas para el lugar.

—Eso sería… —pero antes de poder continuar, me calló con un gesto de la mano.

—Debe tener en cuenta lo siguiente: mi trabajo como curador hace que mi prioridad sea el MoMA. El museo que poseo a mi nombre es muy pequeño, lo tengo para promocionar y enseñar. No hay comparación alguna con los grandes museos. De igual manera uno que otro lienzo lo establezco para mis propiedades personales y bienes raíces. Quizá no pueda llegar más allá de lo que haga con los museos o galerías de prestigio, pero sin duda es una buena opción para abrirse paso y claro, obtener ingresos.

—Comprendo —asentí, considerando la idea. Me sonrió con amabilidad y después de palmearme el hombro, agregó:

—Es libre de decidir lo que guste. Por parte del museo me alegra informarle que está interesado en adquirir una de sus piezas… si está dispuesto.

Intenté hablar, pero no pude. Las simples palabras me provocaron un estremecimiento de incredulidad y placer en todo el cuerpo. Ni siquiera había imaginado algo así, y ahora era una realidad que el MoMA estaba interesado en una de mis piezas.

—Eso es… yo…

—Sí, eso pensé. Permítame acordar la reunión con el director del museo, y una vez establecido el acuerdo se procederá antes de que usted deje Nueva York —me sonrió, satisfecho con la impresión que había causado. Sólo pude asentir. ¡Esto era más de lo que esperaba!— Nos estamos viendo. Y por favor dígale a sus amigos que son bienvenidos siempre que quieran. Hablaré en la taquilla para que no tengan que pagar la entrada _aseguró. Sonreí bobamente.

—Muchas gracias, Ricardo —asintiendo, se fue, dejándome sin palabras.

20

—¡Pero si es la mismísima Chinami Kimura! Un placer verla —Lázaro hizo una reverencia cómica, exagerando su saludo. Sonreí con torpeza, nervioso por dentro. Tanto él como Alfredo y Allison estaban en el parque, esperándonos. Yo había pasado por Chinami al hotel y ahora nos encontrábamos allí en un reencuentro casi imposible.

Siguiéndole el juego, mi amiga se inclinó en una reverencia menos pronunciada.

—Señor Martín.

—Eres rápida —dijo este, divertido. La aludida hizo un gesto que no supe identificar.

—Bueno, Esteban fue muy claro en su explicación, así que me atengo a ella —fijó su vista en los demás presentes sin acercarse a abrazar a ninguno de ellos. No esperaba otra cosa de ella, claro.

—Un gusto —se presentó el novio de Lázaro—, soy Alfredo.

—Chinami —aceptó la mano que le tendían para soltarla con rapidez. Luego de eso se volvió a mi novia; por alguna razón sentí que mi corazón se estremecía—. Allison _la saludó con una inclinación de cabeza—, es agradable saber que están bien.

—Te lo agradezco —dijo la otra, sonriendo sin muchos ánimos. Sabía que ambas no habían logrado volverse cercanas, y Chinami me había explicado bien la razón, aunque esperaba que ahora cambiara eso—. Y debo darte las gracias por estar con Esteban en todo momento —susurró. Tragué con dificultad, viendo a mi amiga.

—Sí, bueno, somos amigos, no podría haber sido de otra manera, pero soy honesta al decir que tú estando aquí cambia todo para él —me miró con una sonrisa—. Te ama y que estés viva lo llena de felicidad. Después de todo lo que sufrió por ello… —suspiró, con la vista en el cielo —. No creí sacarlo de allí.

—Créeme, Chinami, para nosotros también fue difícil _intervino Lázaro, de pronto serio. Presentí que la tensión haría presencia, y por la manera en la que Alfredo veía de uno a otra, parecía anticipar lo mismo—. No sólo dejamos a Esteban o a ti, en mi caso también fueron mis padres, y no dejo de pensar en eso.

—¿De verdad? —Inquirió mi agente, entrelazando sus manos por delante, con el ceño fruncido—. Porque parece que desaparecieron tan fácil. Quiero decir, puedo entenderlo, en serio, pero no es algo que yo hubiera hecho —replicó sin molestarse en cómo tomaban sus palabras. Lázaro la estudió un momento sin ser capaz de contradecirla. Quien habló fue Allison con cierto filo en su voz.

—¿Así que hubieras puesto en peligro a Esteban si estuvieras en mi lugar? —Chinami sonrió con frialdad, encarando a mi novia.

—Le hubiera dicho la verdad. Mejor saber qué ocurría a sufrir como lo hizo. Causarle un gran dolor como ese —sacudió la cabeza en desaprobación—, eso sí no podría haberlo hecho.

—¿Y luego qué? ¿Lo hubieras arrastrado al peligro?

—¿Acaso no es lo que hacen ahora? —No pude hablar, viendo a las dos mujeres. Observé a Chinami con detenimiento, siendo la primera vez que le prestaba atención de esta manera. Sabía lo franca que podía llegar a ser, pero que me defendiera como lo hacía… me hizo sentir extraño —. Es mejor que supiera desde un inicio la razón por la que me voy en lugar de que lo ignore. Eso no le hace bien a nadie.

No me gustaba cómo le hablaba a Allison, sin embargo, una parte de mí me impidió meterme en la conversación, ya que estaba absorto en lo que escuchaba.

—No sé si piensas que fue sencillo dejarlo, pero no es así. Me fui porque quería protegerlo, pero habernos encontrado me hizo saber que no podía dejarlo por segunda vez —objetó la aludida, con furia en su mirada. Chinami era más baja que ella por diferencia de cinco centímetros, aun así imponía mucho—. Tal vez entiendes eso.

—Sí, eso lo entiendo, y de verdad espero que sea así. Quizá hayas sufrido, Allison, pero no estuviste allí, ni Lázaro tampoco, para observar en toda su extensión lo que dejaron atrás.

—Tienes razón —dijo él, dando un paso, colocándose al lado de su amiga—, y tenemos claro que no lo dejaremos así. Nos enfrentamos a un hombre peligroso dispuesto a matarnos, por eso tomamos la decisión de desaparecer, para poder mantenerlos a ustedes a salvo.

La aludida inspiró profundamente para después asentir.

—Comprendo. No me deslindo de ayudarlos, sólo…

—Estás en contra de la manera en que llevamos a cabo las cosas —completó Lázaro—. Siempre has sido fuerte de opiniones, lo admito; dices las cosas a la cara de una manera que… —negó una vez para después sonreír—. Tal vez por eso no funcionó su intento de juntarnos —bromeó, señalándonos a Allison y a mí. Si pretendía aligerar el ambiente lo logró, ya que nos hizo reír con excepción de Allison, que sólo sonrió.

—Me dijeron que eres mitad japonesa —comentó Alfredo, uniéndose a la conversación. Sus rizos volaban con el aire, hacía frío y debido a la cantidad de árboles se percibía más, por lo que todos estábamos abrigados.

—*Hai* —respondió la interpelada en japonés, afirmando así lo dicho por el novio de Lázaro.

—Interesante. Estudié japonés cuando estaba en la preparatoria, ya que siempre fui un *friki* del anime, pero al final abandoné las clases.

Chinami sonrió, siguiéndole la conversación al muchacho. Lázaro los veía hablar y de pronto se volvieron ellos tres, dejándonos fuera a Allison y a mí. Me acerqué a ella, al percatarme que su alegría había sido opacada por las palabras de mi amiga. Me vio a los ojos.

Recorrí su rostro con las yemas de mis dedos. Me incliné para besarla sin importarme quién nos viera, y agradecí que no me apartara; fue un beso más profundo de lo que ambos pretendíamos, porque al apartarnos jadeábamos un poco.

—Te amo, no importa qué haya pasado antes, eso no cambiará —le aseguré, mientras acariciaba su cabello.

—También te amo —me abrazó, y nos quedamos así un momento muy largo mientras nuestros amigos reían y conversaban a unos cuantos metros.

Quedamos de reunirnos por la noche en el departamento de Allison. Teniendo en cuenta que tanto Chinami como yo buscábamos dónde alojarnos por el resto de la temporada, era natural pensar que quería estar cerca de mi novia. Mi agente lo entendía, aunque teníamos claro que no era seguro que yo me quedara en el departamento que ocupaba Allison. Sería extraño para la mujer que nos recibió la ocasión pasada.

Eso, sumado a la precaución que me recordaban mantener, se resumía en que podríamos movernos al mismo edificio, aunque no al mismo departamento. Por supuesto estaba a favor de hacer trampa.

Allison y Lázaro tenían un seguimiento que hacer, por lo que mi agente y yo regresamos al hotel para revisar nuestro equipaje y el *check-out* para establecer el día en que podríamos retirarnos.

Estábamos en la habitación cuando alguien tocó la puerta. Ambos periodistas sabían nuestra

ubicación, pero hasta el momento no se habían presentado; sabiendo eso, abrí para ver quién era.

—*Buenas tardes. Lamento la interrupción, me presento para entregarle una invitación de parte del señor Villanueva* —dijo el muchacho fuera de mi habitación. Lo recordaba: era quien había ayudado a cargar los cuadros. Me tendió un sobre blanco, cuadrado. Lo tomé, extrañado por tal inusual acción—. *Me pidió que le avisara que pasará por ustedes alrededor de las 7:30 pm. Con permiso* —haciendo una reverencia se retiró sin dejarme responder.

Cerré y me dispuse a ver el sobre. La letra era cursiva, bastante elegante y trabajada con sus trazos largos y delgados. Sin duda este hombre tenía aptitudes muy singulares. Leí todo lo que decía sin necesidad de esforzarme en adivinar sus palabras de tan bien escritas y limpias que estaban.

—¿Malas noticias? —Inquirió Chinami, recargándose en el alfeizar de la ventana, mientras me veía con interés.

—No en realidad —le tendí la tarjeta—. Ricardo nos invita a cenar esta noche.

—¿*Nos*? —Recalcó, al tomar la nota.

—Expresa que Allison está invitada —señalé, anticipándole la noticia. Chinami enarcó una ceja al leer el nombre falso que la otra usaba.

—¿La conoce? —Quiso saber, al regresarme la tarjeta.

—Los presenté esta mañana. Allison me encontró en el MoMA y justo después llegó Ricardo —expliqué, viendo la letra otra vez—. No sé cómo tomar esta invitación —admití, preocupado.

—Pues como lo que es, una invitación. Creo que es raro pero interesante a la vez —sonrió, cómplice—. Imagino que no quiere dejar a un lado a su patrocinado —me golpeó en el brazo con los dedos.

—Bueno, después de que saliera contigo no creí que esto se presentara.

—Son negocios, Esteban, tu camino y el de él se unen por el arte.

—¿También ves tus citas como un negocio? —Le pregunté, temiendo la respuesta. Chinami enarcó una ceja, estupefacta.

—Claro que no. Villanueva es un hombre muy interesante, su persona me cautiva.

—¿Eso significa que te gusta? —Quise saber, golpeando la tarjeta con mis dedos. Miré fijamente a mi amiga, en espera de la confirmación, en cambio sólo sonrió y me señaló con el dedo.

—Limítate a llamar a tu novia, yo buscaré qué ponerme —y arrojándome una almohada, buscó en su mochila.

Allison se presentó en la recepción del hotel justo en el momento en que Chinami y yo bajábamos las escaleras. La primera llevaba un vestido negro suelto de la cintura para abajo. Sus piernas iban cubiertas de medias negras debido al frío, y unos botines blancos hacían juego con el cinturón del vestido. Llevaba un abrigo también blanco entre las manos. La vi de espaldas, su cabello rubio contrastaba con su ropa.

Contemplaba el exterior nocturno donde *Times Square* cobraba vida. Sentí seca la boca al observar a Allison, sin ella saber que lo hacía. Fue cuando Chinami me susurró al oído:

—Limpia tu baba —me hizo despertar de mi aturdimiento.

—Tú también luces bonita —le hice saber. Y no mentía. Mi agente había optado por un vestido en color vino de cuello redondo que ocultaba sus clavículas. Las mangas, en cambio, eran un poco abombadas, de encaje; tenían un elástico en el pliegue del codo. Todo lo demás, desde el pecho hasta donde terminaba la falda, era liso, con un cinturón delgado y negro como único adorno.

—Gracias —me pellizcó la mejilla, dejándome adolorido. Llegamos hasta donde estaba

Allison quien se dio la vuelta al percibirnos, sonrió al vernos, olvidándose al menos un instante de sus fricciones con mi agente.

—Estás hermosa —la elogié, al verla de pies a cabeza.

—Y tú muy atractivo —me guiñó el ojo. Mi vestimenta era muy sencilla: una simple camisa blanca a juego con un saco sin botones, había preferido un pantalón de mezclilla oscuro a uno de vestir. Desviando su mirada de mí unos instantes, Allison se volvió a Chinami—. Tienes un gusto excelente, te ves magnifica.

—Tú también tienes un gusto impecable —intercambiaron una sonrisa. Salimos a la calle, pero no esperamos mucho, ya que un auto, para ser exactos un *Bentley Continental GT* se estacionó frente a nosotros. Solté un silbido, asombrado por el coche.

Ricardo bajó unos instantes después, acercándose a donde estábamos.

—Buenas noches —saludó primero a las damas—. Se ven encantadoras.

—Ricardo —Chinami inclinó la cabeza en señal de agradecimiento—. Tu invitación fue inesperada pero bien recibida.

—Me alegra saberlo. Señorita Dávalos, espero no incomodarla en esta cena.

—No, al contrario, admito que me sorprendió la invitación cuando Esteban me la hizo saber, pero le agradezco tomarme en cuenta.

—Es un placer. Ahora, si me permiten —se acercó a su auto para abrir la puerta y darle paso a Allison. Los convertibles eran impresionantes, pero muy estrechos para mi gusto. Mi novia y yo nos acomodamos en la parte trasera, siendo Chinami la copiloto.

—Elegí un restaurante que espero sea de su agrado —comentó, mientras encendía el auto.

—No dudamos que sea así —musité, viendo el techo sobre nosotros. Suponía que la capota estaba cerrada debido al frío.

—Excelente.

El lugar seleccionado fue *The River Café*, que se encontraba debajo del puente Brooklyn. Que estuviera tan cerca del agua se me hacía increíble, podíamos ver la lenta marea si nos inclinábamos en el barandal antes de entrar al restaurante.

Cuando lo hicimos me quedé maravillado, la cantidad de mesas, así como las luces y sobre todo las ventanas que daban al East River proveían al espacio de un aire muy propio. Podía verse el puente desde ahí, así como los altos rascacielos al otro lado del río.

Las personas eran pocas esa noche, aunque Ricardo se había adelantado en hacer reservación en una de las mesas pegadas a las ventanas.

La música de piano nos dio la bienvenida en cuanto entramos.

Una vez que tomamos asiento observamos nuestro alrededor. El lugar era sencillo, sin duda; en el fondo agradecía que no fuera un sitio extravagante ni demasiado elegante, pues habría sido demasiado pretencioso por parte de Ricardo y esta opción había eliminado esa idea de mi mente.

Suspiré, viendo el puente. Hubiese sido increíble contemplar las Cataratas de Eliasson estando tan cerca. Mis acompañantes entablaron una conversación acerca del lugar sin incluirme en ella, pero no me molestó, deseoso de perderme en la visión a través del cristal. Era casi como flotar a la deriva; si me concentraba lo suficiente podía imaginar estar en un yate.

—Esteban, ¿vas a ordenar? —Me habló Allison, haciéndome volverme. ¿Cuánto tiempo había pasado?

—Eh, sí… —miré la carta que en ningún momento sentí llegar. Tomé aire, y más concentrado pedí rápidamente. Al parecer era el último, ya que el mesero se fue después de anotar mi orden.

Nos trajeron un vino que Ricardo abrió con agilidad, y después de servirnos una copa pareció

aligerarse el ambiente. Mi patrocinador comenzó una conversación muy amena donde nos integramos los cuatro; numeró los lugares emblemáticos de Nueva York, instándonos a visitarlos antes de irnos, aun cuando Chinami y yo estuvimos vagando por la ciudad.

Compartió sus inicios como curador y cómo se había unido al MoMA después de mucho estudio y años de relacionarse con los diversos tipos de arte. Nos hizo saber también que el negocio de hotelería venía de parte de su familia. Para poder calmar las palabrerías de su padre sobre el camino distinto que había elegido su hijo mayor, lo contentó con levantar un hotel que era el único que manejaba.

Hubiera parecido un hombre narcisista, muy egocéntrico al concentrar la plática en él, pero la realidad es que no fue así. Podía comprender por qué Chinami había disfrutado tanto sus pláticas, y es que Ricardo preguntaba de sus interlocutores, los hacía partícipes de cada tema que tocaba, mostraba interés en la vida laboral y personal de quienes compartían su mesa, y nosotros no fuimos la excepción.

Me sentí nervioso cuando nos preguntó a Allison y a mi cuánto tiempo llevábamos de conocernos. Como era de esperarse quiso saber de la relación que también llevaba con Chinami. Nos atuvimos a la realidad, pues en ese aspecto no había razón alguna para mentir, salvo que tuvimos que omitir el hecho de que Allison y yo estábamos juntos desde hacía tiempo, porque para Ricardo Villanueva, mi novia había perdido la vida en un accidente. Teniendo en cuenta eso, ¿cómo explicar que ahora estuviera allí sentada?

Cuando le había hecho el comentario yo mismo lo creía así. Fue un martirio no poder tomar a Allison de la mano o robarle uno que otro beso durante la cena. Me tenía que limitar a verla, observar sus labios mientras sentía que no me prestaban mucha atención, o incluso, si me sentía más atrevido, rozar su rodilla con mis dedos. No podía evitar sonreírle embobado o contemplarla más de lo que quizá tenía permitido.

—Y dígame, señorita Dávalos, ¿a qué se dedica? —Quiso saber el curador, dirigiéndose a ella de forma directa. Nuestros platos estaban ya vacíos, pero no me sentía muy satisfecho. Quería postre.

—En estos momentos escribo para una revista virtual de sociales —respondió sin soltar el cubierto aun cuando no había nada que probar—. No son temas muy relevantes, a decir verdad, es más entretenimiento donde se toman en cuenta festividades del año o incluso eventos políticos que no generan mucha profundidad, sino más bien dar a conocer los planes de recaudación o estructuras y arquitectura. La mayor parte se concentra en los eventos de moda y aquellos tops de música o ropa.

—Pero tú odias todo eso —objeté sin darme cuenta. El tono que salió de mis labios fue tan incrédulo y repulsivo que los tres presentes me voltearon a ver, sorprendidos. Allison enarcó las cejas, ofendida.

—Sí, es verdad —admitió—, pero por el momento tengo que acatarme a ello —zanjó, sin apartar sus ojos de los míos. Guardé silencio por prudencia, entendiendo la indirecta. Ignorándome por un momento, Allison se dirigió a Ricardo—. Prefiero temas más actuales, escribir notas que sean relevantes para mi audiencia. Qué cambios son necesarios para dar más libertad de expresión o incluso la libertad de ser ellos mismos a personas que tienen otra inclinación sexual, sean de otra raza o no posean los estándares aceptados por la sociedad. La inclusión o incluso el feminismo son parte importante de este cambio que, a pesar de producirse, todavía queda un camino que recorrer. Como periodista creo en la ética que nos liga a nuestro trabajo, lo que significa no dejar nada bajo el agua sólo porque sea incorrecto hablar de ello o porque se pretenda censurar debido a que personas de alto nivel o con un renombre crean que

podamos perjudicarlos. La justicia debería ser igual para todos. Al ser honestos en nuestro trabajo, si se hace bien y somos firmes a nuestros principios, podemos desenterrar muchas cosas.

»La libertad de expresión aun en el mundo moderno, sigue siendo limitada; son muchos periodistas los que sufren represalias por intentar sacar la verdad y es algo que no debería seguir sucediendo. Esto pasa con cualquier persona, a decir verdad, que sólo por no compartir las mismas opiniones de un grupo, es excluida o criticada como si pensar diferente o tener otras creencias fuera erróneo.

—Es muy interesante su punto de vista y puedo compartirlo —respondió Villanueva, recargándose en el respaldo de su asiento—. La inclusión, como usted dice, es algo que da mucho de qué hablar, ya que no sólo se presenta en la sociedad como tal, sino en muchos temas, como son la literatura, las ciencias o incluso el arte. Como se viene arrastrando desde tiempos remotos, las mujeres, gente de color o los homosexuales han sido censurados de mil maneras. El hombre blanco estaba posicionado en el más alto rango, o incluso aquellos que sólo por ser hombres, siempre estuvieron delante de sus mujeres.

»Poco a poco, aunque con renuencia, los panoramas se han ido ampliando, aunque admito que no como debería. Sin embargo, creo que muchos olvidan algo: la mujer, centrándonos en ellas, han sido piezas claves de la historia, aquellas que se han mantenido firmes dispuestas a creer que son tan capaces como los hombres, y sólo los listos y dispuestos a cambiar de forma radical el mundo, son los que apoyan e inducen la igualdad.

—Estoy muy de acuerdo con todo lo que acaban de decir —intervino Chinami, levantando su copa en dirección a Allison, quien sonrió agradecida.

—Me agrada saberlo —dijo Ricardo, tomando a Chinami de la mano, fue un gesto que aparentaba espontaneidad y fue tan natural que mi amiga no se incomodó—. Mientras más personas opten por una mente abierta y respeto, se pueden lograr buenos cambios.

—*¿Más vino, señor?* —Interrumpió un mesero, haciéndonos levantar la vista. Ricardo nos señaló a nosotros para que nos sirvieran, pero él rechazó la propuesta.

—Iré a la barra, ¿gustas acompañarme? —Invitó a Chinami, tendiéndole una mano. Dejando su copa en la mesa, la chica se apresuró a levantarse con una disculpa para después seguir a su interlocutor. Me quedé observándolos un rato mientras Ricardo hablaba con el mesero y mi amiga tomaba asiento, concentrada en la plática con él.

Con un suspiro, me volví a Allison.

—Lamento el comentario de hace rato, yo sólo... no fue acertado —terminé por decir. Allison asintió, mientras tomaba su copa.

—Esteban —dijo ella, viéndome—, tengo que hacer algo por el momento. No puedo adentrarme en los temas que de verdad me importan debido a que estoy siendo precavida —suspiró, dejando la copa sin haber bebido ni un sorbo—. Tengo que mantenerme de algo.

—Lo sé, fue imprudente de mi parte. Supongo que no había pensado en ello —admití, viendo a mi agente sonreír ante lo que Ricardo decía. Los ignoré para mirar a mi novia—. Allison, lo de tu indemnización está ahí, puedes hacer uso de él. Después de todo el dinero es tuyo.

—¿Por qué no lo usaste? —Quiso saber, inclinándose hacia mí de forma que recargó sus brazos en el borde de la mesa—. Ese dinero se les da a las familias como compensación por las pérdidas, así que pasó a ser tuyo —. Lo sabía, claro, pero la simple idea me hacía sentir incómodo.

—Yo no trabajé ese dinero, es tuyo y puedes hacer uso de él —tomé sus dedos, ya sin soportar no tocarla—. Puedo hacerte un depósito. Lo necesitas, ¿no? Y a pesar de todo es dinero que de alguna manera has trabajado hasta ahora. Además, no me pareció bien mirarlo siquiera.

Allison torció una sonrisa. La comisura de su labio se elevó casi de forma imperceptible y necesité de todo mi esfuerzo para no inclinarme y besarla, en cambio ella me apartó un mechón de la frente. Esperaba que dijera algo referente a un corte de cabello, pero en su lugar susurró:

—Eres muy dulce —me perdí en sus ojos, con el deseo de terminar la distancia entre nosotros. Pareció detectar mi debilidad porque se apartó para recargarse en el asiento. Me aclaré la garganta, decidido a distraerme en mi vaso con vino. Mis ojos vagaban hacia Chinami y Ricardo quienes compartían una bebida; verlos coquetear me hacía sentir algo celoso de la libertad que tenían para hacerlo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Me volví a mi interlocutora, que se había percatado de mi visión.

—Dime.

—Mientras yo no estaba… —pareció dudar un momento, fijándose en mi agente—. ¿Chinami y tú estuvieron juntos? —Musitó al fin. Su pregunta me extrañó, lo que me hizo fruncir el ceño.

—¿Juntos, *cómo*? —Allison me miró con intención, siendo clara. Me sentí atacado—. No, claro que no, ¿por qué sería eso?

—Bueno, he visto lo suficiente como para saber que cuando falta la pareja de alguien… es normal que la otra persona busque consuelo o apoyo en alguien más —me miró a los ojos. La simple insinuación me hacía sentir incómodo y molesto, porque me hacía entender que esa duda siempre había existido en la mente de Allison. Era esa misma razón que a Chinami le impedía sentirse cómoda con mi pareja—. Esteban, no te culparía, en serio, sólo quiero saberlo. Chinami es alguien importante para ti y… es hermosa —señaló.

—Sí, lo es, pero eso no significa que pasara algo entre nosotros —la miré, incrédulo ante lo que escuchaba.

—Se conocen desde niños, sería normal que hubieras buscando su cercanía.

—¿Pretendes decirme que tú estuviste con alguien? —Quise saber. Quería salir de allí, ofendido y dolido como me sentía, pero sería muy indiscreto de mi parte y no podía hacerle eso a Alliso—. ¿Es eso?

—No, claro que no. Lo único que quería… —cerró los ojos, suspirando. Sus dedos se aferraron a los míos al momento de fijar de nuevo su vista en mí—. Sólo quería saberlo. No te culparía, pero sólo necesitaba saberlo.

—Pues creo que ya te lo había dejado claro —zanjé, molesto. Me solté de su agarre, no queriendo tocarla por primera vez en mucho tiempo.

—¿Listos para irnos? —Interrumpió Ricardo, acercándose de improvisto—. Ya cubrí la cuenta.

—No era necesario, Ricardo, con gusto hubiera dado la mitad —le anticipé, sintiéndome mal por tantas cosas. El hombre negó una vez.

—Como buen anfitrión, permítame cubrirlo por esta vez. ¿Vamos?

La noche era fría, el aire penetró la tela de mi saco, pero no me importó. Observé los alrededores, deteniéndome en cada una de las luces que se veían por todas partes. Ricardo se había estacionado en *Central Park* dispuesto a disfrutar un poco más del ambiente nocturno. Nos alejamos de *Times Square*, ya que ninguno estaba de ánimos para una gran multitud.

Las horas se habían ido rápido y el final de la velada se me hizo agridulce. Mientras el señor Villanueva y Chinami conversaban en una banca, Allison y yo nos quedamos recargados en el auto. Observé la luna, sabiendo que en México sería Día de Muertos y yo no estaba allí. ¿Cómo lo pasarían los padres de Lázaro?

—Esteban…

—Quería hacer tantas cosas contigo —musité, sacando vaho por la boca sin dejar de ver el firmamento—. Había creído que teníamos todo el tiempo del mundo, pero después de lo que pasó supe que había sido un ingenuo —suspiré, volviendo mi vista a Allison—. Y ahora estás aquí una vez más y no quiero dejar pasar nada.

—Yo tampoco.

—Chinami es mi amiga desde que éramos niños, como bien dijiste. Nuestros padres coincidieron y debido a eso nosotros también —la tomé de la mano—. Eso no cambiará, Allison. Quizá sea egoísta de mi parte teniendo en cuenta cómo me puse respecto a Lázaro. Estaba en un error porque me dejé llevar, pero más allá de eso nunca tuve problemas en que fuera tu amigo, él o cualquier otro, porque confío en ti —determiné.

—Lo sé, y lamento haber preguntado, es sólo… —miró hacia la otra pareja. El curador señalaba el cielo, a las estrellas quizá—. Lo hubiera entendido; incluso si pasara ahora, lo entendería. Después de todo yo me alejé y ella ha estado ahí para ti.

—Pero estamos juntos ahora, tú y yo —asintió, apretándome la mano. Pero yo no quería sólo eso. Sin importarme que Ricardo pudiera vernos, mi incliné a Allison y la besé, tomándola desprevenida. Agradecí que no se apartara, pero teníamos que hacerlo.

El señor Villanueva nos repartió al terminar la convivencia. Una vez que le indicamos dónde podía dejar a Allison, nos detuvimos frente al edificio donde se quedaba. No me gustaba tener que irme, pero era necesario. Aun así la acompañé hasta su puerta.

La besé una vez dentro y ella se aferró a mí, devolviéndome el gesto con pasión. Sentí sus manos frías en mi cuello, sin poder contenerme la tomé de las piernas para sentarla sobre la mesa. Mis dedos rozaron lo liso de sus medias, permitiéndome acariciar sus muslos, pero antes de poder llegar a más, se apartó jadeando, sin soltarme.

—Deberías irte, te esperan.

Sabía que tenía razón. Apreté los dientes y la besé con ferocidad mordiendo su labio inferior para después tomar aire y apartarme.

—Descansa —dije, mientras trastrabillaba hacia la puerta. Allison me besó rápidamente para después obligarme a salir.

—Hasta mañana —con una sonrisa, me obligué a apagar el fuego que corría por mi cuerpo, y regresé al auto.

21

Bajamos del auto una vez que Ricardo se estacionó. La distancia del departamento de Allison con nuestro hotel era muy corta, lo que hizo que llegáramos en menos de diez minutos.

—Gracias por la cena, Ricardo, fue una reunión amena —sonrió Chinami, viendo a nuestro anfitrión. El hombre asintió, para después besar el dorso de su mano en una despedida muy digna. Aparté la vista para concentrarme en las calles que aún tenían vida.

—Es un placer, espero que se pueda repetir en otro momento.

—Con gusto —Chinami me miró de reojo, y asentí para darle a entender que yo me encargaría de lo demás, por lo que mi agente se apartó, disculpándose para poder adelantarse al interior del hotel.

—Chinami y yo estamos muy agradecidos con usted, señor Villanueva —comencé una vez que quedamos solos. Mi patrocinador se recargó en el coche, viéndome con interés—. El patrocinio ha sido más de lo que llegué a imaginar, y todo lo demás… no acabaría de agradecerle —concluí.

—No hay de qué. Mi trabajo consiste, al menos una parte, en poder abrirle paso al arte. Proveer al museo piezas o colecciones que amplíen una visión. En mi opinión es esencial trabajar con el artista, ya que de esa forma es apoyo mutuo. Siempre estoy en busca de algo nuevo, de piezas significativas que transmitan una idea… hacerle ver al artista los diferentes panoramas de su propia obra y poder exponerla con potencia. Ha sido un acierto haberle llamado _me sonrió.

Asentí, tratando de estar tranquilo.

—Y me siento honrado por ello. Creo que incluso mi camino ha crecido —guardé silencio, con la vista en el auto—. Sin embargo, quería comentarle que Chinami y yo tomamos su consejo y optamos por buscar un departamento para lo que queda de la exposición. No podemos atenernos a lo que usted pague, eso sería… incorrecto.

—Comprendo.

—Espero que no haya inconveniente sobre eso.

—No, para nada, habla muy bien de ustedes. Lo que busco principalmente, Esteban, es abrirle ese camino esperando que esta experiencia y los nuevos conocimientos lo lleven a grandes oportunidades.

—Muchas gracias —asintió, para después concentrar su mirada en el edificio. Estaba por despedirme cuando él habló, tomándome desprevenido con el tema.

—Si me permite decirlo, puedo ver la estrecha relación que tiene con la señorita Kimura.

—Eh… ¿sí? —Mi afirmación no pareció tal debido a la sorpresa; el curador sonrió como si entendiera mi duda pero no por eso dejó de hablar.

—¿Conoce la historia del Juicio del Rey Salomón? —Quedé sin habla, totalmente desubicado respecto a su comentario. Recordaba haber visto dos representaciones en distintos lienzos y sabía de qué iba el asunto, así que me limité a asentir sin saber qué esperar. A pesar de mi afirmación, mi interlocutor prosiguió—: como bien sabe, dos mujeres se presentaron a él discutiendo por un niño; ambas afirmaban que este era su hijo, puesto que el otro infante en cuestión estaba muerto. El rey Salomón, para saber la verdad ordenó partir al niño en dos y así dividirlo entre las dos madres, pero la verdadera rechazó esa idea, ya que prefería que la otra mujer lo tuviera debido a que la segunda opción era la muerte del pequeño.

—No entiendo qué tiene que ver con Chinami y conmigo —alegué, muy confundido.

Ricardo se incorporó un poco, mientras metía sus manos en los bolsillos del pantalón. Había calma en su mirada y mucha confianza en sí mismo y en sus palabras.

—No soy ciego, Esteban, con sólo verlos estos días y haber salido con su agente, pude percatarme de la relación de ambos. Su manera de hablar de usted, la manera de tratarse…

—Siento interrumpirlo pero sigo sin saber qué tiene que ver todo eso con Salomón —repliqué, algo incómodo.

—Esa mujer, la madre del niño y su forma de actuar me hacen pensar en lo que Chinami haría por usted.

—¿Pretende decirme que actúa como si fuera mi madre?

—No, me refiero al acto de amor, Esteban. Por lo que he podido conocer de ella estoy seguro, sin temor a equivocarme, que Chinami sacrificaría sus propios deseos o sentimientos a cambio de que usted esté bien.

Enarqué una ceja, estupefacto, que incluso retrocedí físicamente. Recordaba el encuentro que tuvimos con Lázaro y Allison en *Central Park* y la posición de Chinami. No creía que concordara con las palabras de Ricardo; sin embargo, antes de poder interrumpir, prosiguió:

—La señorita Kimura pelearía por usted, haría lo correcto. Dudo mucho que lo deje en la ignorancia de sus acciones o decisiones, pero si su persona está bien, sería capaz de dejarlo si esa fuera la felicidad que usted busca.

Me quedé sin habla viendo al señor Villanueva. Recordaba las palabras de mi amiga, a diferencia de la forma de actuar de Allison y Lázaro, ella me habría dicho todo. Y sin pensar mucho sabía cómo procedería: me obligaría a dejarla ir, me dejaría por mi bien, pero no ignorante de lo que pasaba.

¿Acaso era eso a lo que se refería mi patrocinador, o sólo hablaba de temas mundanos y generales de una forma figurativa?

—Me atrevo a decir que si usted no estuviera tan enamorado como está de la señorita Anastasia, y Chinami no lo viera como un gran amigo, casi hermano, harían una pareja perfecta.

Intenté hablar, pero sólo balbuceé cosas ininteligibles en mi intento de contradecirlo. En contraste, Ricardo se limitó a sonreír, palmeando mi hombro.

—Como le dije, no soy ciego. Pero hay algo que sí quiero comentarle, porque dado lo importante que es Chinami para usted quiero asegurarle que mi interés por ella es genuino, no pretendo para nada hacerle mal a ella o la relación que mantienen. En su amiga veo cosas que no vi en alguien antes, y es su intelecto, sus deseos de seguir aprendiendo, su mente abierta y el carisma tan propio que posee, lo que me atraen de una forma inusual.

—Me alegra saber que sus intenciones son buenas, y espero que si Chinami lo acepta no se arrepienta de ello, aunque la verdad es que no puedo pensar en alguien mejor para ella que usted —admití con una sonrisa, pero temeroso por sus ágiles suposiciones.

Dos veces, ese había sido el número que Allison y Ricardo se habían visto y él ya conocía mis sentimientos por ella. No pidió explicaciones, no hizo más cometarios y no me juzgó por ello. ¿Acaso podía ver más allá o suponía que mi corazón roto había sido pegado de forma espontánea?

Parecía que mis intentos de actuar eran una mierda.

Ricardo se inclinó hacia mí con una sonrisa traviesa.

—Yo sí —me contradijo, siendo una respuesta clara en sus ojos—, pero me alegra saber que piensa de esa forma —se incorporó, dispuesto a subir al coche—. Que descanse, Esteban, mañana será un nuevo día.

—Vaya que te tomaste tu tiempo —dijo Chinami una vez que entré al cuarto—. ¿Tomó mal el hecho de que nos vayamos del hotel? —Quiso saber, mientras buscaba ropa en su maleta.

Se había quitado los zapatos y el maquillaje; su cabello ahora estaba suelto con pequeñas ondas debido al peinado que antes lo había sujetado.

—No, al contrario, lo tomó bien —musité, cerrando una vez dentro. Me sentía desorientado por la conversación que Ricardo y yo habíamos mantenido. Era curioso si lo pensaba, porque primero fue Allison y después él quienes hicieron alusión a mi relación con Chinami. A pesar de querer evitarlo me encontraba por primera vez en la vida cuestionándome sobre ello.

Nunca lo había hecho porque siempre nos habíamos tratado como amigos sin poner en duda lo que significábamos el uno para el otro. Sin embargo, ahora me preguntaba si acaso Ricardo tenía razón.

Si Allison no se hubiera cruzado en mi vida y el curador tampoco en la de mi agente, ¿nuestros sentimientos se hubieran desarrollado de otra manera? De verdad quería saberlo, porque sólo me habían hecho pensar que la relación de dos personas de distinto sexo no podía estar basada en la pura amistad.

Simple y claro.

—Qué bien. Hazme saber cuándo quieres moverte por lo menos dos días antes.

—La otra semana está bien. El contrato se hizo con la casera así que sólo falta presentarnos de forma oficial —expliqué mientras me quitaba los zapatos. Me sentía extraño; mi corazón palpitaba como loco y era consciente que se debía a las cosas que me asaltaban en ese instante.

—De… acuerdo… —Miré a Chinami al percatarme que batallaba con el cierre del vestido. Parecía que se había atorado justo en el centro de los omoplatos, lo que hacía imposible que lo bajara ella sola—. Si no te importa… me quedaré trabajando mañana con… lo de… la editorial —desistió, tomando aire.

—¿No quieres pasear en ferri? —Cuestioné, parándome detrás de ella para que se quedara quieta. Aparté su cabello hacia un lado con mucha suavidad, descubriendo su cuello donde un pequeño tatuaje adornaba su nuca: era un kanji muy discreto, pero lo conocía debido a que cuando se lo hizo yo estaba con ella.

Nunca me había dicho qué significaba; por mi parte no me había molestado en estudiarlo o buscarlo después, por lo que incluso ahora lo seguía desconociendo. Habíamos compartido tantas cosas durante tanto tiempo que mi mente entendía por qué externos a nosotros hacían suposiciones tontas.

Chinami suspiró de forma exagerada en señal de mucho esfuerzo que me dio risa. Volvió su rostro para contestarme mientras yo me concentré en el cierre.

—Debería avanzar con lo que tengo que hacer, pero invita a Allison. Sé que lo deseas —terminó por decir con una insinuación en doble sentido. Compuse una mueca, al tiempo en que lograba destrabar el cierre hasta bajarlo con lentitud.

Mientras lo deslizaba, las palabras seguían aglomerándose en mi cabeza sin ser del todo consciente de lo que hacía en ese momento. Chinami habló durante unos segundos, pero no me enteré de lo que dijo, descubriendo su blanca espalda al separar el cierre.

¿Debería haber descubierto antes lo que era estar con ella? Me encontré preguntándome incluso cómo sería besarla, y esas ideas me hicieron sentir mal porque no pretendía tomar ese camino, seguro de que ella tampoco. ¿Por qué entonces otras personas pretendían que sintiera cosas que no existían?

Hipnotizado deslicé la tela del vestido dejando al descubierto más parte de su piel y mis

dedos sintieron su suavidad. Sin pensar mucho en lo que hacía recorrí mis manos sobre sus hombros hasta dejarlos al descubierto.

Al sentir mi roce, Chinami se estremeció casi de forma imperceptible para después apartarse con lentitud y darse la vuelta. La miré a los ojos y ella me mantuvo la mirada, ajena a mis dudas.

Evitar acercarme de una forma que hasta el momento no había hecho sería como si nada hubiera pasado, sería mantenerme firme a mis sentimientos e ideas. Sería no conocer la diferencia entre lo que sabía que era y lo que otros pretendían que fuera o lo que podría haber sido.

Pero hacerlo significaba darles la razón y convertir el asunto en algo complicado que me atormentaría aun si Allison me perdonaba.

Como si percibiera que algo me martirizaba por dentro, Chinami apartó el cabello de mi rostro hasta que terminó por acariciarme la mejilla. Cerré los ojos ante el tacto, y al percatarme ella se alzó para darme un abrazo. Su olor junto al calor de su cuerpo me embriagaron, recordándome la cantidad de vino que había ingerido.

Mis manos se deslizaron por su espalda hasta apretar sus hombros, sintiendo una vez más que su presencia me mantenía cuerdo. Sus labios rozaron mi mejilla, tentándome a girarme y besarla, pero no pude. O no lo suficiente, porque decir que no sentí un ligero roce en la comisura de mis labios sería mentir.

Se apartó de mí, viéndome a los ojos, había algo en los suyos que no supe identificar. Sonriéndome, me obsequió un beso en la frente para después retirarse al baño mientras me quedé allí, con el fantasma de su cuerpo entre el mío, con los pensamientos aglomerados en mi cabeza, los cuales se desfiguraron en una fina línea hasta que una respuesta llegó clara a mi mente.

¿Amaba a Allison? Por supuesto, porque si de algo estaba seguro es que nunca había sentido por alguien más lo que sentía por ella. Porque le había entregado mi corazón y mi alma. Porque me encantaba cada parte de ella: su cabello, sus labios, sus ojos. La forma en la que componía una mueca cuando estaba en desacuerdo con algo. Esa forma de sonreír tan abierta o de forma discreta cuando lo hacía sólo para mí. Amaba la pasión que ponía en su trabajo, en sus ideas. Amaba su forma de amarme porque me dejaba claro que sentía lo mismo por mí. Amaba su forma de verme, su forma de besarme, y esa seguridad que había mostrado al acercarse a mí por primera vez hace tiempo.

Amaba cada pequeña parte de todo su ser, porque nos complementábamos bien.

Pero decir que no amaba a Chinami sería mentira. La amaba, por supuesto, pero era distinto. Éramos amigos y en eso no había rastro de sentimientos distintos a ello. Era por eso que podía afirmar con certeza que lo que Allison y Ricardo suponían era incorrecto.

Porque quizá después de mi agente quien mejor me conocía era mi novia, sin contar a mis padres. Y una amiga como Chinami, sabiendo lo que significaba para mí o cómo había estado siempre que la necesitaba, no podría dejarla atrás. Absorbí esas verdades, y respiré hondo al abrir los ojos. Vi las luces fuera de la ventana y al no querer pensar nada más, me dejé caer sobre el colchón.

22

Chinami y yo nos mudamos al edificio donde Allison rentaba su departamento. No fue una gran movilización ya que sólo traíamos nuestras maletas. Por desgracia era en el cuarto piso, y maldije por ello. Las escaleras eran interminables ya que debido a la antigüedad el lugar no contaba con elevador.

Allison no pudo evitar reír ante mi cansancio. Debería haberme preocupado más por mi condición física en algún momento de mi vida, pero siempre me había concentrado en otras cosas que en el ejercicio.

Lázaro y Alfredo nos habían ayudado a subir las maletas. Parecía que el novio de mi amigo contaba con una condición envidiable para mí. Cuando se lo hice saber sonrió satisfecho, e intercambió una mirada con Lázaro. Fue en ese instante que tuve curiosidad sobre a qué se dedicaba, pero no tuve oportunidad de preguntar y ninguno había hecho alusión de eso.

Después de que nos mudamos, el ambiente se trasformó en algo extraño. Tanto Allison como Lázaro habían conseguido un trabajo provisional, algo diferente a lo que normalmente hacían. No eran medios de comunicación en México, sino aquí en Nueva York debido a que en nuestro país eran conocidos, y presentarse a trabajar en otro lado sería dar luz verde sobre sus personas. Parte de su día se dedicaban a escribir entradas en revistas virtuales sobre temas banales.

Era cuando ellos trabajaban que yo me dedicaba a mi exposición y avanzar con las ilustraciones que me habían pedido en la editorial. Por todo eso y a una extraña conducta de mi agente, el paseo en ferri se pospuso, así como otras actividades.

Los días siguientes a nuestra mudanza se fueron en trabajo, exposición y reuniones tardías que muchas terminaban conmigo y Allison hablando de todo, solos en su departamento. Alfredo y Lázaro se hospedaban en otro lado, por lo que tenían que regresar a esa casa todas las noches. Chinami, por su parte, salía más con Ricardo Villanueva, evitando hacer planes conmigo.

Al darme cuenta de ese hecho no supe qué pensar. Nos veíamos en el MoMA, en las reuniones con nuestros amigos y en el departamento que ambos rentábamos, pero la realidad era que yo me quedaba con mi novia siempre que podía.

Mi agente no decía nada al respecto y cuando yo pretendía hablar o comentar algo sobre eso, ella desviaba la conversación de una manera bastante sutil.

¿Acaso lo hacía por darme tiempo con Allison debido a las circunstancias a las que nos ateníamos, o era por otra cosa?

Sintiendo que el tiempo de la exposición se acercaba a su fin, necesitaba encontrar el día para ir al MoMA PSI. Había apostado con Chinami sobre el paseo en ferri, pero debía aceptar que eso no se daría, por lo que Allison fue quien la reemplazó.

No tuve problemas con eso por supuesto, porque pasar más tiempo con ella era muy importante, más ahora que mi amiga y yo tendríamos que regresar a México el próximo mes y mi novia se quedaría por lo menos una semana más.

Era muy posible que por primera vez pasáramos Navidad separados.

Tomamos la ruta del East River, donde pudimos contemplar todo desde una perspectiva muy diferente. Desde la orilla podía ver los edificios alejándose, pasar por debajo de los puentes Brooklyn, Manhattan y Williamsburg. Contemplaba el agua por donde pasábamos.

El aire frío, el sonido del río y el cielo sobre nuestras cabezas era una experiencia única.

Quise absorber todo eso y estando Allison a mi lado me proporcionaba un placer sin límites. Nos tomamos fotografías, todas las que se podían ya que lo único que nos quedaría sería el recuerdo. Reíamos como los tontos enamorados que éramos.

Señalábamos las nubes mientras nos alejábamos de las demás personas para poder besarnos sin espectadores.

Bajamos cerca de Gantry Plaza, queríamos acercarnos a los muelles o explorar el parque, pero teniendo en cuenta que el museo cerraba a las seis lo hicimos nuestra prioridad.

El lugar era increíble. La exposición de arquitectura tenía un espacio propio. Partes del edificio me hacían pensar en otros muy antiguos que, si me las ingeniaba, podía imaginarlas como escenarios de películas de terror.

Allison, más que observar el arte me observaba a mí, prestándome una atención especial cuando le hablaba de lo que me agradaba de ciertas pinturas o trazos, de los colores y de lo que veía en ellas.

Me hizo sentir cohibido hasta el punto que tuve que robarle varios besos para ya no sentirme tan estudiado. Le expuse incluso lo que les había entregado a mis pinturas recientes. Ella las había visto, claro, pero no sabía qué me había llevado a pintarlas. Con mi explicación su semblante se ensombreció, así que se limitó a besarme.

Con ese gesto me dijo tanto que tuve que recordarme dónde estábamos para no cometer indiscreciones. Miré a mi alrededor, esperando que nadie nos prestara más atención de la necesaria.

Recorrimos las calles de Queens hasta lograr llegar al parque. Nos detuvimos cerca del muelle y a la orilla del río, vimos el Queensboro, el cual pretendía cruzar a pie para poder regresar a Manhattan. Aun despertando muy temprano, un día no era suficiente para recorrer todo, pero nos las arreglamos.

Nos tomamos fotos en el cartel de Pepsi. Allison fue el foco de atención de mi cámara con el East River o el *Skyline* detrás de ella como fondo. En un punto el aire fue tan fuerte que su cabello golpeó su rostro, su bufanda salió volando y por un instante la dejé marchar, concentrado tanto como estaba hasta que Allison salió corriendo, en un intento de atraparla.

La seguí, riendo al estrellar con mi novia y caer sobre el pasto, pero la bufanda se escapó de nuestro alcance. La risa nos ganó sin poder contenerla, y algunas personas nos quedaron viendo, pero no me importó.

Regresamos caminando a Manhattan viendo el río desde el puente. Ya era de noche, por lo que apresuramos el paso. En determinado momento tuvimos que tomar un taxi para llegar al edificio donde nos quedábamos.

No me molesté en subir al departamento donde yo me instalaba. Al cerrar la puerta del suyo, me dediqué a besarla no queriendo estar más lejos. Allison me respondió con la misma pasión.

Caminando juntos y sin dejar de besarnos, nos dirigimos a su cuarto. Me despojó de mi abrigo, de sus zapatos, de los míos, todos quedando a mitad del camino. La atraje hacia mí, sin dejar de besarla y la apoyé en la pared de la habitación.

Recorrí su cuello, acaricié sus piernas haciendo que me abrazara las caderas con ellas. Con agilidad me quitó la camisa. Aterrizamos en el colchón sin importarnos cómo, entregándonos al amor. Había pasado mucho tiempo sin ella que ahora lo único que deseaba era meterme en su piel, absorber su aroma y entregarle todo lo que yo tenía.

Quería quedarme, aunque ambos sabíamos que estábamos abusando de nuestra suerte. Hayley, la casera (era increíble cómo le pertenecía todo el edificio), no era ajena a las cosas que pasaban en sus departamentos. Era discreta, sí, pero en su mirada había visto el entendimiento y

no nos convenía a ninguno de los dos teniendo en cuenta las cosas. No me importaba que me vieran con Allison, si por mí fuera gritaría a los cuatro vientos lo mucho que la amaba, pero la discreción era parte del trato.

Estar juntos en Nueva York era fácil, lo que cambiaría una vez que ambos estuviéramos en México. Por otro lado, Ricardo tenía una versión de la historia: mi novia estaba muerta, entonces ¿cómo explicar que *Anastasia* y yo manteníamos una relación forjada aparentemente de la nada?

Subí hasta el cuarto piso, ahogando el cansancio mientras mi mente vagaba en las actividades de hoy. Pretendía hacer que Chinami viajara en ferri conmigo y estaba considerando la mejor manera de convencerla cuando entré al departamento.

Mis ideas quedaron a la mitad y las palabras ni siquiera llegaron a formularse ante la escena que me encontré: Chinami y Ricardo estaban sentados a la mesa, riendo. Tenían copas de champagne y lo que parecía ser una cita que yo acababa de interrumpir.

Ambos me vieron, ahogando su diversión. Sonreí extrañado.

—Esteban, no te esperaba —dijo ella, confundida.

—Am, lamento interrumpir.

—Para nada —aseguró mi patrocinador cordialmente—, ¿gustas acompañarnos?

—No, está bien —miré a Chinami, quien en un gesto en apariencia inocente se rascó el cuello, pero yo lo traduje de la forma correcta, por lo que me acomodé el abrigo ocultando las posibles marcas de lo que había estado haciendo—. Yo… iré a acostarme.

—Seguro —asintió mi agente, viéndome atravesar la sala. El departamento que rentábamos constaba de dos habitaciones, una sala que se dividía con la cocina, y un baño que teníamos que compartir. Las ventanas no faltaban por ningún lado.

Me cambié de ropa una vez en mi habitación, y observé mi cuello en el proceso alarmándome ante lo que encontré, con maquillaje podría pasar desapercibido. Una vez vestido con pants y sudadera, me metí en la cama.

Chinami me ayudó a cubrir las marcas de mi cuello sin hacer comentarios. Era casi una artista en el maquillaje, habiendo dado con el color de mi piel. Me miré en el espejo cuando terminó su trabajo, a través del reflejo vi cómo guardaba las cosas en su bolsa.

—Deberías ser más discreto —dijo al fin sin voltear a verme.

—Lo siento, no sabía que Ricardo estaba aquí.

—Habíamos quedado en cenar juntos y como estarías fuera pensé que no habría problema en invitarlo. Estoy algo cansada de comer en la calle, ¿sabes? Así que pude comprar algo y preparar comida yo misma —me miró con seriedad—. Quedó un poco de *takoyaki* en la nevera.

—¿Cómo hiciste para preparar algo así?

—Me las sé ingeniar bien.

—Sin duda. Cocinas delicioso, así que sé que Ricardo debió de comer muy bien —la elogié, mientras me sentaba en el colchón. Chinami sonrió hacia la pared.

—Gracias. Si hubiera sabido que regresarías habría preparado más, pero supuse que te quedarías con Allison —la estudié unos instantes y por un momento me vino una idea a la mente que antes no había considerado.

—¿Querías… el departamento solo? —Frunció el ceño sin comprender—. Ya sabes, me refería a que quizá tú…

—Dios, no —me interrumpió, horrorizada—, claro que no, sólo me hubiera gustado saberlo para preparar más comida, eso es todo —. Tomó sus cosas, lista para salir. Sentí que de alguna forma la había ofendido, así que me apresuré a detenerla.

—Chinamo, yo… lo siento, no quise…

—Está bien, supongo que mi comentario se dio a esa interpretación. Pero no te apures, la verdad es que no tengo intenciones de algo como eso.

Guardé silencio sin entender del todo a qué se refería. Era curioso, ¿no?, cómo a pesar de nuestra relación y años de conocernos, existieran cosas que yo ignoraba de ella.

—Tú… —suspiré, apartando la mirada. ¿Cómo hablar sobre el tema sin verme mal?

—¿Quieres saber si he estado con alguien? —Me ahorró el trabajo. Cohibido la miré sin saber qué decir. Exhaló, para después responder sin esperar mi afirmación—. Sólo una vez hace tiempo. Con Ricardo las cosas son distintas; me respeta y respeta mi ritmo. Eso me agrada.

—¿Te gusta él?

—Sí, es un hombre muy atractivo, inteligente, un caballero. No hay razón para que no me guste.

—¿Pero? —Chinami sonrió, viéndome con fijeza. Se acercó y en un gesto que no esperaba, me apartó un mechón del rostro. Tragué con dificultad al recordar las palabras de Ricardo y de Allison por segunda vez. ¿Era posible que mi agente hubiera escuchado las mismas insinuaciones? De ser así, ¿qué pensaría al respecto?

—Él vive aquí y yo en México. Tengo que hacerme a la idea de que, si accedo a una relación, la distancia será un factor importante y no sé qué tan dispuesta esté a eso.

—¿No te gustaría vivir aquí?

—No lo sé. Ricardo tiene la ciudadanía debido a su madre, pero aún no sé si quiero quedarme aquí. He estado tanto tiempo en México que no me imagino irme para siempre. Luego está Japón y mis deseos de regresar durante una temporada. Y también… —se interrumpió, dejándome a la deriva. No me había percatado que durante su explicación un nudo en mi garganta había aparecido, provocándome incapacidad de sentir otra cosa.

—¿También qué?

—Estás tú, Esteban, tú y mis padres… —sacudió la cabeza—. No me imagino no verlos tanto. Sé que algún día quizá te vayas con Allison, pero… —bajó la vista. Vi que sus manos temblaban, lo que me hizo acercarme.

—Oye…

—Tengo muchas cosas qué pensar antes de aceptar algo —terminó por decir—. Ricardo lo sabe y no me presiona. Tomaré una decisión una vez que aclare mis ideas.

—De acuerdo.

Asintió y nos quedamos en silencio. La abracé en un intento de evitar que viera el dolor en mis ojos.

Lo sabía: que Chinami algún día tomaría un camino distinto al mío; lo esperaba, claro, pero para lo que no estaba preparado era para el vacío que me hizo sentir saberlo.

Lázaro había conseguido boletos para la Estatua de la Libertad. Nos dio la noticia al día siguiente, ansioso de poder partir: cinco entradas para acceder al pedestal. La corona fue imposible debido a la demanda.

La idea me fascinó, pero Chinami declinó la invitación alegando que tenía trabajo que cubrir. Yo también tenía y me estaba retrasando, a decir verdad, pero un paseo como este no dejaría de hacerlo. Intenté convencer a mi agente pero se mantuvo firme; Lázaro vendió el boleto un poco más barato. Siempre había alguien necesitado de uno.

Salí sin muchos ánimos el día de la visita. La forma de actuar de mi amiga no era del todo normal, solía apartarse un poco, eso era cierto, pero las ocasiones que eran invitaciones abiertas a ciertos sitios terminaba por aceptarlas.

Por mi parte debía dedicarme más a mi trabajo y después de esto me pondría a ello, ya que el

final estaba cerca.

Tomamos el ferri que nos llevaría a la isla. A pesar de la cantidad de personas, accedimos al Museo de la Estatua y el de la Inmigración.

Contemplar la ciudad en la lejanía o el East River desde el pedestal fue extraordinario. ¿Cómo habría sido llegar hasta arriba?

Alfredo y Lázaro se molestaban entre sí; al final nos pidieron fotografiarlos juntos y eso hicimos. Podía ver lo bien que se llevaban.

Viendo el río desde allí, Lázaro abrazó a Alfredo por la espalda, envolviendo sus hombros. Percibí cómo algunas personas los veían: como si fueran bichos raros. Me molestó saber que en el siglo XXI existiera mucha intolerancia. ¿Por qué no vivir y dejar vivir? Todos teníamos derecho a eso.

De regreso a Manhattan ya estaba oscureciendo. El día transcurrió rápido y por primera vez sentí el cansancio. Lázaro y Allison tenían que cubrir unas notas, por lo que decidí retirarme al cuarto piso, y despedirme de mi novia con un largo beso que provocó bromas de parte de nuestro amigo.

Encontré a Chinami frente a mi laptop. Tenía las piernas subidas a la silla, su pants con decoraciones de gatitos me recordó su lado cursi. No notó mi presencia de tan concentrada que estaba; una taza con café le hacía compañía y los audífonos saltaban a la vista.

Reparó en mi persona cuando deposité una bolsa frente a ella.

—Hola.

—¿Llevas rato espiándome? —Me acusó, al quitarse los auriculares. Sonreí.

—Algo así —le tendí la bolsa—. Pasamos a Chinatown y pensé que te gustaría algo de allí.

—Japonesa, amigo, no china —me riñó señalándose a sí misma, negando una vez. Me hizo reír, claro, porque eso era lo que pretendía.

—Aun así, creo que te gustará —afirmé al contemplarla. Había algo que me molestaba sin estar seguro de qué era—. Chinami…

—Hay café recién hecho —me interrumpió sin darse cuenta—, por si gustas.

Asentí, mientras observaba cómo sacaba la comida de la bolsa.

—Oye…

—Gracias por la comida, aunque no era necesario que te molestaras —siguió diciendo. Entonces supe que lo hacía a propósito, lo cual me molestó. Hice intento una vez más cuando sonó su teléfono—. Permíteme.

Respondió la llamada; sólo por el tono sabía que era su padre. Tanto él como Sakura (madre de mi amiga) se habían ido a Japón como su hija me había hecho saber antes de venir a Nueva York. Al parecer aprovecharon el viaje de mi agente para realizar el suyo y así no estar separados mucho tiempo. Vi a Chinami alejarse a su habitación dispuesta a platicar mientras yo me quedé allí, viendo su puerta. No eran imaginaciones mías, la chica rehuía de algo en lo referente a mí, la cuestión era: ¿de qué?

Miré el texto en el cuál ella trabajaba, la taza de café a un lado, así como sus auriculares. Sentí una opresión en mi pecho al recordar la conversación del día anterior. ¿Qué haría yo sin la presencia de esa mujer en mi vida? Observé su puerta una vez más y sin pensar mucho en lo que hacía me senté frente a la computadora. El edificio contaba con internet, así que me apresuré a entrar a Amazon y buscar lo que tenía en mente.

La amistad de Chinami era importante para mí, durante todos estos años de convivencia y cariño no me imaginaba ya no verla. Era mi mejor amiga y había estado allí siempre, en eso Allison tenía razón. Pero tomaría otro camino, yo lo sabía. Debía aceptarlo.

Haciendo las paces con eso estudié el producto que había buscado y lo eché al carrito para finalizar mi compra. Esperaba que llegara antes del veinticinco de diciembre, la dirección era mi casa, claro. Una vez concluido todo, cerré la sesión y la ventana, dejando el archivo abierto que había encontrado, justo en el instante en que Chinami salía de su habitación.

Tenía una leve sonrisa en los labios. Al verme dejó de avanzar, mientras jugaba con el celular en las manos.

—¿Y? ¿Querías decirme algo? —Preguntó al fin, cediéndome las palabras. Sin embargo, mi respuesta fue la siguiente:

—No, nada.

23

Me paseé por el museo durante toda la mañana. No había mucha gente, lo que me permitió observar mi exposición como alguien narcisista. Recordaba los sentimientos que se habían apoderado de mí al momento de pintar, seguían atormentándome aun cuando la verdad había salido a la luz.

No estaría tranquilo hasta ver a Marcelo en la cárcel. Pagaría por lo que hacía, pero sobre todo por haber hecho que Allison y Lázaro tuvieran que marcharse.

Haría cumplir la amenaza que le hice.

En un intento de ignorar de nuevo los hechos, me dediqué a conversar con espectadores. Recordaba la conferencia que se había realizado el primer día, tanto Chinami como el señor Villanueva se habían complementado bien para sacar a relucir mi trabajo. Claro que él como curador tenía que prestar atención a otras obras temporales.

Me lo encontraba en el museo, platicábamos poco tiempo, por suerte no de mi agente, sino de otras cosas y eso lo agradecía.

Poco a poco los días se fueron terminando. Fuimos espectadores del Desfile de Acción de Gracias, de cómo los adornos de Halloween fueron reemplazados por los navideños. El frío se hizo más presente. Sentí un desasosiego al saber que la exposición llegaba a su fin y sumado a eso estaba el hecho de que me despediría de Allison. No sería para siempre, por supuesto, pero pensar en lo que tendríamos que soportar para poder estar juntos me hacía sentir inseguro.

Alfredo se fue tres días antes que nosotros, ya que finalizaba su temporada vacacional. Lo despedimos en el aeropuerto dándoles espacio a él y a Lázaro para que pudieran despedirse. Vi cómo se aferraban el uno al otro; todo mi ser se estremeció al comprender que en pocos días seríamos Allison y yo.

Fiel a su palabra, Ricardo, Chinami, el director del MoMA y yo, acordamos sobre la compra del cuadro más imponente de mi colección, ese al que yo mismo le temía. Era magnifico, podía saberlo sin pensar que me faltaba modestia.

Había puesto todo de mí en él. Sentí escalofríos, un vacío en mi corazón que me hizo apretar los puños mientras firmaba el papel. Era como estar despidiéndome de Allison una vez más, y era una sensación contradictoria saber que ese cuadro hecho con mis manos, mis pinceles, lleno de mí y de mis sentimientos, estaría en la misma casa con pinturas de Dalí o Monet, era cumplir una de las cosas que más deseaba.

Cerrado el museo fuimos descolocando las pinturas. En la página promocionaban las siguientes que tendrían lugar después de las actuales que incluía la mía. Ese día había recorrido el MoMA por última vez.

Un día antes fui con Allison al MET, y me despedí internamente de él también. El paseo en ferri que Chinami me prometió no se hizo, pero no le discutí nada. Después de todo, los primeros días de nuestra llegada habíamos hecho muchas cosas juntos.

Y así llegó el día de nuestro regreso. Allison y Lázaro nos habían acompañado, pero la tristeza y la soledad estaban presentes en sus facciones.

Mi novia y yo nos apartamos un momento. Vi su cabello rubio, teñido nuevamente para ocultar las raíces oscuras. Nos abrazamos con fuerza entregando en un beso todo lo que sentíamos. Aun percibía su aroma y la calidez de su piel que por la noche me había cobijado. Al

ser el último día que estaríamos juntos, me quedé en su departamento. Chinami no dijo nada, ya que entendía la situación.

Había desgastado mis labios de tanto besar a Allison; nos empapamos de nosotros una y otra vez, temiendo separarnos. Pero nos volveríamos a ver, era seguro, me lo había prometido. Esta vez no desaparecerían.

Tanto ella como Lázaro regresarían a México después de Navidad, siendo el primer año que no estaríamos juntos esas fechas. Esperaba con ansias el día en que la mentira de sus muertes llegara a su fin, ya que ocultar eso me mataría, sobre todo por los padres de Lázaro.

¿Cómo explicaríamos las cosas? Aun no teníamos respuesta, pero la encontraríamos. Sabrían la verdad, ya que los dos pretendían volver con las personas que amaban sin tener que ocultarse.

—Se volverán a ver, Esteban, debes confiar en eso —susurró Chinami, apretándome la mano. Tragué con dificultad viendo el agua bajo nosotros y cómo el aeropuerto se hacía cada vez más pequeño. Apreté los dientes.

—Sí, lo sé —suspirando, enterré mi rostro en la base de su hombro, ya que no quería quebrarme una vez más—. Lo sé.

El padre de Chinami, quien había regresado hacía dos días después de un mes en Japón, y el mío, fueron quienes nos recibieron en el aeropuerto con un abrazo que casi me ahogaba. Hacía frío también allí, pero no por eso dejaron de venir por nosotros. Subimos las maletas al coche de mi amiga. Las pinturas habían quedado en el departamento de Allison, ya que sería ella con ayuda de Ricardo los que las enviarían por paquetería especial para evitar maltratos.

Ya en México, muchos negocios y calles estaban revestidos de adornos. Llegábamos exactamente un veintidós de diciembre, con tiempo muy corto para Navidad.

Mi agente hizo el favor de dejarnos en mi departamento para después irse a casa de sus padres y poder saludar a su mamá, ya que tenían muchas cosas que platicar. ¿Debería yo haber hecho lo mismo? Sí, pero quería deshacerme de las maletas, el cansancio y la tristeza.

Mi departamento tenía un aura de abandono que era muy común después de un viaje; estaba frío. Mientras observaba cada rincón no podía creer que había regresado, y estaba de más decir que la mudanza que consideré hacía semanas, ya no estaba en mis planes por razones obvias. Recordé a Allison allí para después ser reemplazada con su ausencia. Ahora sabía la verdad, esperando su regreso, pero el que no estuviera allí conmigo era un peso muy grande.

—Procuré limpiarlo —dijo mi padre, al fijarse en mis pocos movimientos. Me volví a él, con una sonrisa.

—Te lo agradezco.

—¿Cómo te encuentras? Sé que te fuiste con un gran dolor, y quisiera saber…

—Me siento un poco mejor —admití. Allison estaba viva, el alivio y felicidad por eso eran imposibles de ocultar. Ayudaba hacerlo la añoranza—. Los padres de Lázaro ¿cómo están? —Quise saber, mientras dejaba mi mochila de mano sobre la barra.

—Sobrellevándolo. No fue fácil el Día de Muertos, pero… —suspiró, acercándose a mí—, mejorará con el tiempo.

—Algo así no mejora, papá, sólo… se vive con ello —no contestó, viéndome para después asentir.

—Tu madre querrá verte.

—Bien —dejé las maletas sin deshacer. Me limité a darme un baño y vestirme para ir a casa de mis padres. Mientras me arreglaba, mi padre había llamado a Morris por lo que el hombre estaba fuera cuando salimos.

—Señor Gordillo, me alegro de verlo. ¿Qué tal el viaje? —Saludó el portero con una sonrisa

muy fingida. Sin regresársela me limité a responder:

—Muy placentero —lo dejé ahí y entré al auto, percatándome que el señor me veía con una sonrisa autocomplaciente.

Mi madre nos recibió con una sonrisa y en mi caso un abrazo y sonoro beso. Decidido a no discutir con ella en mi regreso, pasamos a comer juntos. Me preguntó cómo había estado el viaje y qué me había parecido Nueva York; le expliqué muchas cosas, obviando las excepciones. Sin embargo, fiel a su costumbre le quitó importancia a mi exposición o a los detalles que di de mi experiencia en el MoMA y los otros museos.

Intercambiando miradas con mi papá, pude distinguir la desilusión en sus ojos al ver cómo su esposa le quitaba valor a lo que su hijo amaba, pero la mujer siempre había sido así.

Recordaba cuando le comuniqué mi decisión de estudiar arte, mi madre había explotado furiosa y argumentando que eso no me daría una vida. Lo que tendría que hacer era estudiar y trabajar algo que me diera dinero en lugar de dedicarme a «batir pinturas».

Me mantuve firme a mi decisión y mis sueños, seguí mi camino, lo que equivalió a que ella me retirara la palabra por lo menos un mes.

Mi padre fue más considerado, por su parte tuve el apoyo tanto emocional como monetario, aunque este último ya no fue tan necesario cuando yo mismo pude cubrir partes de mis gastos, trabajando medio tiempo.

Fue eso último lo que hizo que mi madre comenzara a hablarme otra vez, pero nunca me apoyó. Y eso, sumándole a que Allison no le agradaba… bueno, pues hacía que nuestra relación fuera tirante. Ahora que mi novia no estaba, parecía que mi madre se alegraba más de verme, sobre todo porque desde la supuesta muerte de Allison, yo llegaba solo.

Ninguno de los dos tocamos ese tema, lo que me hizo preguntarme cómo sería cuando al fin le dijera la verdad.

Le entregué su obsequio, viendo cómo su rostro se desilusionaba al contemplar una postal enmarcada de lo que venía siendo *El Paseo*, de Monet. Anticipando su reacción, le entregué otra caja que contenía unas cuantas prendas de ropa y lo que era un monedero, con esas últimas cosas sonrió más abiertamente, abrazándome como si yo fuera un niño mimado. Por el rabillo del ojo vi cómo mi padre tomaba la postal enmarcada para ponerla junto a sus propios obsequios.

Quedamos en vernos para la cena de Noche Buena a la cual Chinami estaba invitada junto con sus padres, como era de esperarse.

Morris me dejó fuera de mi edificio, el camino fue relajado, mientras platicábamos sobre el clima y las distracciones que encontré en Nueva York. Él esperaba que me recuperara de la pérdida que me acechaba desde julio, lo cual agradecí sin contradecirlo.

Una vez solo, me dejé caer en la cama, sintiendo mi lado vacío. Sin esperar más tiempo hablé con Allison. Verla a través de la pantalla del teléfono tranquilizó mi dolor e inseguridad sobre si la vería o no de nuevo. Me lo habían asegurado muchas veces, pero no estaría del todo tranquilo.

—Apenas me fui y ya te extraño.

—También te extraño. ¿Cómo están tus padres? —Quiso saber. Ella se encontraba tomando café, con un pijama en tonos oscuros. ¡Cuánto ansiaba estar a su lado!

—Bien. Me echaban de menos como yo a ellos, pero… —suspiré, sentándome—. Me haces falta, y saber que les tengo que mentir…

El rostro de mi interlocutora se tornó serio.

—Esteban, no estás obligado a eso. Si te soy honesta odio que tengas que verte en esta situación —resopló.

—Si es lo que tengo que hacer para estar contigo, que así sea. No me arrepiento de eso,

Allison. Es difícil, pero es mejor a perderte —aseguré con determinación. Ella me quedó viendo con un brillo en la mirada. Torció una pequeña sonrisa para después asentir.

—¿Qué harán para Navidad? —Me preguntó, cambiando de tema. Me levanté para poner un poco de café. Escuchar su voz en todo ese silencio perteneciente al departamento que compartíamos, aligeraba un poco la soledad.

—Tendremos cena en mi casa, ya sabes, la tradición del lomo relleno. Sidra y quizá postre —me serví una taza llena de café.

—Suena bien —. Reí, sacudiendo la cabeza.

—Es lo mismo, pero no suena bien. Tú no estarás.

—No físicamente, pero estaré pensando en ti. Espero poder llamarte más noche… a menos que te quedes en casa de tus padres.

—Es posible, pero de ser así buscaría la manera de hablarte. ¿Qué harán Lázaro y tú?

—Cocinaremos en mi departamento. Quizá vayamos a *Central Park* a patinar sobre hielo, visitar el árbol de Navidad y vislumbrar los escaparates desde fuera. Son bastante impresionantes, la verdad, pero aparte de eso no haremos mucho —me hizo saber, encogiéndose de hombros—. Aquí entre nos, espero recibir un regalo del cual se supone que no sé nada.

—Sí, Lázaro siempre procura eso.

—Hablando de regalos… —titubeó un poco, lo que me hizo prestar más atención—. Felicítame a Chinami.

Asentí, contemplando a mi novia. Quería traspasar la pantalla y tocar su rostro, pero por el momento tenía que contenerme.

—Lo haré.

—Sé que no le gusta ser felicitada en su cumpleaños o recibir regalos, pero no quiero que piense que se me olvida.

—Es difícil olvidarse de eso dada la fecha. Quizá en Japón no sea tan importante el veinticinco de diciembre pero aquí sí, y sumado a eso su cumpleaños… no puede escapar.

Allison rio bajo.

—Lázaro le compró algo. Lo mandó por correo el mismo día que se fueron, aunque imagino que llegará un poco después.

—Interesante.

—Sí, más cuando vea lo que es —nos reímos—. ¿Y tú? ¿Le compraste algo?

—Sí, lo pedí por internet, sólo espero que llegue en buenas condiciones porque de no ser así tendré que buscar algo que lo reemplace —su forma de verme cambió durante un instante, lo que me hizo sentir inseguro. ¿Le molestaba acaso? ¿Eso se terminaría algún día? En cambio, las palabras que me dijo no tuvieron que ver con esa idea.

—Eres un buen amigo, Esteban. Chinami lo sabe y yo también. Si te soy honesta creo que ella ha formado parte de tu vida de una manera que yo no, pero está bien. No podría verte completo sin ella —admitió con cierto temblor en la voz. No había reproche, sólo una afirmación de los hechos.

Sonreí, ya que lo entendía bien. Después de todo, Lázaro y Allison significaban lo mismo el uno para el otro, y sobre eso no existía poder que lo cambiara.

—Aquí tienes. Al saber que regresarías me dispuse a imprimirlas.

—¿No sería mejor haberlas mandado por correo? —José Luis, el amigo al que había acudido para espiar a Marcelo, estaba sentado a mi barra. Me había encontrado trabajando en la última ilustración de las que tenía que entregar, por lo que ambos nos dispusimos a platicar un rato antes

de pasar a la cuestión del espionaje. Sonrió, estirando sus finos labios.

El bigote que se había dejado no le sentaba mal, pero unido a la crecida barba hacían perder su boca y la barbilla. Tenía un corte que me hacía pensar en un vikingo: al ras de un lado con el resto del cabello echado hacia el otro, llegando hasta la barbilla. Sus ojos brillaban detrás de las gafas, el suéter verde junto a su pantalón de mezclilla era lo único que no lo hacía ver rudo, aunque quizá tuviera que ver también su complexión de espagueti.

—El correo se puede hackear —me advirtió como si yo no lo supiera—. Tengo la memoria por si acaso, pero mejor así —asentí, mientras abría el sobre. Las fotos de José Luis siempre me habían parecido interesantes. Trabajaba en una empresa de publicidad haciendo fotografía de productos, aunque la otra parte la dedicaba a hacer fotos más artísticas, las cuales compartía en su cuenta de Instagram. Había hecho una que otra exposición. Fue, en su momento dado, la razón por la que Allison y yo nos habíamos conocido en primer lugar.

En las fotos que tenía a la mano pude ver a Marcelo. Su vestimenta nunca parecía ser casual, su cabello era el mismo al igual que ese porte recto y serio. En la mayoría de las fotografías no aparecía solo, sino que estaba con otro hombre.

José Luis era muy sutil, ya que lo había tomado incluso en un arrebato de violencia.

—Si puedo saber, ¿por qué querías que lo espiara?

—Necesitaba saber qué hacía —mi respuesta fue torpe y mi amigo lo notó ya que me miró incrédulo.

—¿Y por qué? Cuando me llamaste no me diste explicaciones y aun así accedí a lo que me pediste —. Suspiré. Sí, sería justo explicarle algo aunque sea.

—Era el jefe de Allison y Lázaro. Todo parece indicar que es autor de lavado de dinero y no sé qué otras cosas ilegales —solté las fotos, masajeándome la cabeza—. Intento saber lo suficiente para hacerle pagar por la muerte de ambos.

José Luis guardó silencio, viéndome con pena.

—Fue un accidente, Esteban, lo vi en las noticias.

—Sí, pero este hombre tuvo mucho que ver.

—No puedes asegurarlo —rechazó, alarmado por mi arrebato de desesperación.

—Puedo hacerlo y lo haré, sólo… necesito buscar el momento adecuado.

—Esteban, ten cuidado en dónde te metes —exhaló al inclinarse hacia mí—. Pude ver a ese hombre de cerca y créeme que no quieres problemas.

—¿A qué te refieres? —Inquirí, viendo nuevamente las fotografías. José Luis compuso una mueca y viendo alrededor susurró. No era necesario, claro, porque estábamos solos en mi departamento.

—Carga una pistola y tiene un genio de los mil demonios —acudió la cabeza—. La mayor parte de los días que lo seguí se mantuvo neutro y calmado, pero es una fachada —buscó la fotografía donde se apreciaba el gesto violento, Marcelo tenía agarrado al hombre que aparecía con él en las demás imágenes—. Era una cafetería que suele frecuentar alejada del centro. Siempre se reunía con este sujeto, algo debió de haberlo molestado porque lo amenazó. No sacó la pistola, pero la vi.

Asentí, con la mirada en la puerta. Quizá ese hombre era el socio del trabajo sucio. Sonreí a José Luis en un intento de tranquilizarlo.

—Gracias.

—Esteban…

—No te apures, no haré nada malo —aseguré, siendo selectivo con mis palabras—. Y en cuanto al favor que me hiciste, déjame pagártelo.

El aludido chasqueó la lengua, no muy seguro de mis palabras. Se puso de pie.

—Bastará con que me dejes espacio en una de tus exposiciones, si no es mucho pedir.

—Tendría que hablarlo con la dueña de la galería —le anticipé, ya que no dependía de mí—, pero haré lo posible para que acceda —. Lo seguí a la puerta.

—De acuerdo, gracias. Salúdame a Chinami —añadió—. Y Feliz Navidad.

Nos dimos un abrazo antes de que se fuera. Lo vi avanzar por el pasillo, pero antes de desaparecer, me miró.

—Y Esteban, lamento mucho tu pérdida. Allison era una gran persona y una buena amiga —aseguró, sonriéndome. Tragué con dificultad.

—Sí, lo es —susurré para mí mismo. Con un gesto de la mano, José Luis se fue.

24

El veinticuatro de diciembre, como todos los años, fue un día muy laborioso. Me levanté temprano siendo mi primera tarea encender la cafetera y ponerla a trabajar. El aroma a café recién hecho se filtró por todo el departamento, lo que me despertó al cien para mis demás tareas. Mi padre me había ayudado mucho en estos meses que estuve fuera, pero ahora era yo quien tendría que encargarme de mis cosas. Mi estudio necesitaba limpieza; se sentía el frío penetrar el espacio. Me quedé allí durante demasiados minutos, deseaba tomar un pincel y entregarme a uno de los lienzos, pero precisamente ese día se me haría imposible.

Al terminar mis quehaceres me presenté en casa de mis padres y ayudé en los preparativos para la cena, mi madre designó esas tareas a Morris y Mathilda, pero no me sentía cómodo dejándoles todo el trabajo, por lo que al final, todos cooperamos. Incluso la madre de Chinami se presentó y su presencia hizo a mi madre trabajar.

La comida quedó en proceso de cocción y así tuve tiempo de regresar a mi departamento. Sakura (una mujer baja y demasiado delgada. Sus rasgos japoneses eran incluso más marcados que los de su hija: cabello muy fino, negro. Ojos rasgados, pequeños donde apenas podían apreciarse las pestañas; sus labios delgados lograban formar una sonrisa siempre carismática), había entablado una amable conversación conmigo antes de marcharme. Su español era bueno, aunque su acento no desaparecía. Le había transmitido muchas cosas de su cultura a su hija, las cuales se habían mantenido durante todo este tiempo y que sacaba a relucir sobre todo cuando iban al oriente.

Me había hablado sobre los planes para mañana, fecha del cumpleaños de mi agente. Esperaban que apareciera y así accedí.

Compré tres cajas de *Pockys* como obsequio para Chinami. Le encantaban esos dulces y no podía contradecirla, ella me había inducido al gusto de esos palitos de galleta con chocolate.

—Sólo observa esto —dijo Lázaro desde el otro lado de la línea, ya cuando estuve en mi departamento. Hacía una hora que estábamos platicando mientras ellos cocinaban. Como bien me había anticipado Allison, ambos estaban en su departamento. Agradecía que de alguna manera no se encontraran solos.

—¿Es un *jersey*? —Me incliné hacia la pantalla en mi intento de ver más de cerca. Lázaro retrocedió para que todo su cuerpo entrara en la cámara y así enseñar en su totalidad el suéter navideño.

—¡Sí! —Exclamó, sonriente—. Estando en Nueva York no me pude contener. Venden tantas cosas —aseguró, acercándose de nuevo. Pude escuchar cómo Allison gritaba desde el fondo:

—¡Me regaló uno también, y para ustedes llegarán en los próximos días! —Me reí al imaginarme qué tipos de suéteres nos había mandado Lázaro. Mi novia se acercó, sonriente, sus manos estaban llenas de harina ya que hacían pay de manzana.

—Yo tengo algo para ti, pero te lo daré cuando nos veamos.

—No quiero que me des nada, lo único que necesito es estar a tu lado —le aseguré, perdiéndome en su visión. Lázaro carraspeó y por unos instantes se apartó para dejarme solo con ella.

—También deseo estar a tu lado. Esta Navidad será muy diferente sin ti.

—También la mía —exhalé, viendo la barra. El departamento lograba estar frío siempre en

esta época del año, y sin Allison parecía que se congelaba más—. Daría lo que fuera por estar contigo en este momento.

—Lo sé, pero tenías que volver —argumentó. Sabía que estaba en lo correcto, no había razón aparente para aplazar nuestro regreso.

—Te amo —dije, viéndola a los ojos. Dolía, Dios, cómo dolía estar tan lejos, pero una vez más tenía que recordarme que sería temporal. Mejor eso a nunca estar a su lado.

—Y yo a ti —sonrió. Por unos segundos tuve la impresión de que sus dedos rozaron la pantalla del celular en un intento de sentirme. Estaba por decir algo cuando alguien tocó a mi puerta. Disculpándome fui a abrir, para mi sorpresa me encontré con el guardia.

—¿Sí?

—Lamento molestar, sólo vine a entregarle un paquete —dijo, tendiéndome una pequeña caja—. Al no estar usted, la paquetería lo dejó en la recepción.

—Gracias.

—¡Allison, se apagó el horno! —Me congelé al oír ese grito tan perfectamente audible hasta donde yo estaba—. No, espera… ¡Ya pude encenderlo! —Miré al hombre frente a mí, quien entrecerró los ojos con curiosidad. Alarmado, apreté el paquete en mi mano.

—Gracias, puede retirarse.

—Seguro —cerré con rapidez, viendo hacia la barra. Mi corazón palpitó con fuerza al saber lo que el portero bien podía haber escuchado. Claro que él conocía a Allison, imposible no hacerlo cuando ella vivía aquí.

¿Podría relacionar ese nombre con mi novia *muerta*? Temía que sólo esas palabras lo hubieran alertado de algo. Era indispensable para protegerla a ella y a Lázaro que todos los demás siguieran creyendo que estaban muertos.

Afligido, regresé a la llamada. Lázaro apareció en la pantalla.

—Lo siento, sé que estaban en su rollo pero surgió un problema con el horno —se disculpó, mientras se sacudía las manos. La quemadura de su brazo resaltaba bastante con tantas luces encendidas—. ¿Pasa algo?

—El guardia estaba aquí cuando gritaste —su expresión se tornó seria.

—No… lo siento. ¿Escuchó?

—Es posible.

—Demonios.

—¿Qué pasa? —Preguntó Allison, regresando de la cocina. Lázaro le explicó rápidamente. La tensión parecía reinar ahora de ambos lados—. Bueno, esperemos que no sea relevante para él.

—No sé, yo… —apreté los dientes, con la mirada en la puerta cerrada en espera de ver sombras bajo la rendija.

—Podría tomarlo como una coincidencia. Además, no presta demasiada atención, ¿no? Siempre te quejas del mal trabajo que hace —argumentó mi amigo, pensando con velocidad.

—Pues sí, pero esto es distinto.

—Hay que tomarlo con calma, al fin de cuentas no puede hacer nada aun cuando crea que somos nosotros. Tendremos más cuidado.

Asentí. Vi la preocupación en el rostro de Allison para después sonreír sin alegría.

—¿Hablamos más tarde? Lázaro y yo terminaremos de cocinar y apuesto a que tienes que estar listo para la cena en tu casa.

—Sí, está bien —nos despedimos. Por un instante quedé viendo al vacío, temiendo lo peor.

Chinami pasó por mí aun cuando no habíamos quedado en eso. Me encontró a mitad de mi

ducha, por lo que al abrirle la puerta estaba mojado, con shampoo en el cabello y una toalla anudada a mi cadera.

—Vaya, pensé que habíamos dejado atrás lo impuntual —dijo, entrando sin inmutarse mientras cerraba la puerta. Intenté no resbalar.

—Estaré listo en unos momentos.

—Seguro —me sonrió, ocultando su burla—. Anda, que mojarás todo.

Refunfuñando me apresuré a regresar al baño y poder terminar de ducharme.

—Pensé que irías con tus padres —le dije, una vez en su auto.

Me había peinado con rapidez, vestido con pantalón de mezclilla, una playera con renos oscuros, y mi suéter. Chinami, en cambio, me sorprendió con su vestimenta, una sudadera delgada a juego con un pantalón de cuero. Una gabardina lisa reposaba en su asiento.

—Y lo hice, pero sólo faltabas tú, así que me ofrecí a venir por ti.

—Ya veo.

—¿Cómo es que en Nueva York lograbas ser puntual? —Quiso saber, deteniéndose en el semáforo. Compuse una mueca.

—No lo sé.

Llegamos a casa de mis padres sin más demora, siendo recibidos por Morris. Casi por vez primera lo veía vestido con ropas ligeras en lugar del traje que mi madre lo obligaba a usar como parte de su trabajo.

Saludé a todos los presentes. Debido a la hora tardía, nos dispusimos a cenar sin más preámbulos. Éramos pocas y a la vez suficientes personas, pero para mí faltaba alguien: Allison.

Solíamos venir a cenar a casa de mis padres y dejar la reunión con amigos para el día siguiente, o para ser más preciso, con Lázaro y Chinami. Los padres de mi amiga y ella siempre se presentaban, pero sólo un par de horas; ahora, sin embargo, parecían haberse puesto de acuerdo para rellenar el vacío.

La plática fue muy amena sin darle espacio a la incomodidad o pena. Todos nos conocíamos desde hace tiempo, lo que hacía una convivencia más agradable.

Mi agente estaba al otro lado de la mesa y cuando nuestras miradas se cruzaron, me guiñó un ojo en señal de apoyo.

Cenamos lomo relleno y bebimos mucha sidra. Hicimos brindis más de una vez. Morris, hastiado de alcohol, se había ido a sentar en un rincón y ahora dormitaba cruzado de brazos y con la cabeza colgando.

Reñí a mi padre por su manera de burlarse, pero eso sólo hizo que se riera más, pues el otro pobre hombre ya no soportaba su cuerpo. Mathilda lo ayudó a sentarse, fue cuando comprobé que la sidra no lo había puesto así, sino el vodka que se había «colado» a su vaso.

Una vez que Morris fue llevado casi arrastrado a su habitación, nos dispusimos a partir el *Pastel Navideño* que Chinami y su madre habían preparado para la ocasión.

Después de un largo momento comencé a sentirme demasiado lleno que temí vomitar. Mientras todos reían me alejé de la cocina para contemplar el jardín de mi madre, donde los árboles y las flores se mecían en la oscuridad. El canto de los grillos armonizaba su noche, y las luciérnagas bailaban en la penumbra. Sentí un nudo en la garganta, e intenté desaparecerlo con un poco de sidra.

Fue cuando recibí un mensaje, el cual me hizo sonreír.

Era una foto: Lázaro y Allison aparecían en ella, presumiendo sus suéteres navideños y el pay de manzana entero. Sonreían divertidos, claramente en su intento de animarme también. Suspirando, me tomé una foto con mi copa y se las envié.

Nosotros bebemos refresco. ¿Sabías que la sidra me provoca vómito?

Reí sin poder contenerme ante las palabras de Lázaro. Parecía que ambos se disputaban el celular de Allison para escribirme.

Un audio fue el siguiente en aparecer: *¡Te amo, Esteban! Feliz Navidad, amor.*

Miré la hora: dos de la mañana, definitivamente ya era Navidad. Sonriente, me dediqué a responder a través de una llamada.

—¿Es seguro? —Quiso saber Allison al escuchar mi voz.

—Sí, los demás están en la cocina —susurré, mientras caminaba a la sala.

—Te extraño. Créeme cuando te digo que irme como lo hice fue la decisión más difícil y peor que he tomado en mi vida.

—Allison…

—Espero puedas perdonarme —se le quebró la voz. Tomé aire, evitando romperme.

—No hay nada que tenga que perdonarte —le aseguré—, eres el amor de mi vida, eso no cambiará. Quizá yo hubiera hecho lo mismo.

—Quizá, pero en eso Chinami tenía razón: hubiera sido mejor decirte la verdad.

—Entonces no te habría dejado ir.

—Pero hubiéramos estado juntos, Esteban, en cambio hice que ambos perdiéramos todo este tiempo —sollozó. Me mordí el labio, y a pesar de querer tranquilizarla, sus palabras me habían golpeado por la verdad que contenían.

—Eso ya no importa, estás viva y eso significa que estaremos juntos ahora —respiré hondo, viendo el cielo—. Tenemos que confiar en eso.

—Gracias por haber venido —musité, cansado. Eran las cuatro de la mañana y me preguntaba cómo había aguantado despierto tanto tiempo—, aunque sigo diciendo que es mejor que se queden. Manejar a esta hora…

—Estaremos bien —me aseguró Chinami, apretándome el brazo—, me quedaré en casa de mis padres.

—De acuerdo —asentí.

—Trata de descansar —me regaló un beso en la mejilla, y se alejó para subirse al coche. Sus padres se despidieron de mí con un gesto de la mano y viéndolos irse, entré de nuevo a la casa.

Mis padres ya dormían, por lo que me dirigí a la habitación que anteriormente me había pertenecido. No estaba igual, claro, ya que la mayor parte de mis cosas las tenía en mi departamento, pero aún seguía estando la cama, unos cuantos dibujos a lápiz que había hecho, un escritorio que hacía demasiado tiempo no utilizaba, así como un buró con su respectiva lámpara. No había nada más a lo que aferrarme.

Suspiré, cansando, por lo que me quedé dormido rápidamente.

Para haberme acostado muy tarde desperté cinco horas después, dispuesto a aprovechar el día. Me di un baño para borrar todo rastro de sueño y una vez listo, entré a la cocina donde mi padre ya estaba sentado a la mesa con una taza de café frente a él. Leía *Historia de dos ciudades*, pero al verme aparecer hizo el libro a un lado.

—Despertaste temprano —saludó.

—Algo, sí.

—¿No querías dormir más? No te estamos corriendo —rio ante su propio chiste. Bostezando, me serví una taza de café.

—Es cumpleaños de Chinami, así que mejor comenzar de una vez —le hice saber. Mi padre asintió, tomando su taza con ambas manos. Escuchamos el grito de mi madre que nos llamó a la

sala.

—Hora de abrir los regalos.

Torciendo una sonrisa lo seguí. El árbol de Navidad exigía una esquina para él solo, había un nacimiento a sus pies, rodeado de regalos. Morris y Mathilda llegaron minutos después, muy ojerosos. El chofer mostraba en su rostro la cruda que lo asaltaba en ese instante.

Mi madre fue la que repartió los regalos. El mío era una máquina para cortar cabello y todo un kit de barbería.

—Ya deberías cortarte ese cabello —sentenció mientras agarraba los mechones que rozaban mi barbilla. Compuse una mueca.

—¿Hay algo más que quieras que cambie para que te sientas mejor? —Gruñí, apartándome de ella. Los demás presentes guardaron silencio, y desviaron la vista de nosotros. Mi madre, en cambio, no se inmutó.

—Pues cuando me digas que has encontrado un trabajo bueno y estable me darás una de las mejores noticias —asentí.

Suspiré y miré a mi padre, sonriendo.

—Debería irme, tengo que arreglar unas cosas antes de ir a ver a Chinami.

—No tendrías que preocuparte por el tiempo si ustedes ya vivieran juntos —siguió Amanda, mientras se sentaba en el sofá libre. Apreté los puños.

—Ella y yo somos amigos, y te recuerdo que respetes la memoria de Allison.

—Esa mujer incluso muerta no merece mi respeto. Si no fuera por ella, Chinami y tú habrían estado juntos desde hace mucho.

Apreté los dientes, no soportando más esos desaires.

—Te recuerdo que Allison era mi novia, y si no puedes siquiera respetar eso, tú y yo no tendremos nada más de qué hablar —mascullé. Mi madre me observó, ofendida. El coraje hervía en mi sangre; sin poder soportarlo más, me dirigí a mi habitación.

Tomé mis llaves junto con la cartera para poder marcharme.

—Esteban… —mi padre se plantó en la entrada, era obvio que el asunto lo ponía tenso—, no le des importancia a los comentarios de tu madre, ya sabes cómo es.

—Sí, lo sé, pero soy su hijo, si no le parecen las cosas que elegí, lo respeto, pero ella debería hacer lo mismo.

—Yo lo sé, lo he intentado, créeme, pero es una mujer muy obstinada. Ella esperaba que tú y Chinami formaran una relación debido al tiempo que se conocen; la quiere mucho, y siempre la vio como una gran pareja para ti —rodeé los ojos, porque ya no tenía forma de hacerle entender lo contrario.

—Pues yo no tengo por qué soportar esto —suspiré, masajeándome los ojos—. Lo siento, en serio, más por la fecha, pero mejor me voy.

—Ven aquí —. No pude reaccionar hasta que él me abrazó—. ¿Nos vemos más tarde?

—No lo sé. Yo te llamo, ¿está bien? —Sin esperar respuesta me solté para dirigirme a la salida.

Antes de ir a casa de los padres de Chinami, pasé a mi departamento. Tuve que envolver el paquete que había llegado y preparar otras cosas. Al aterrizar en mi cama durante unos instantes, vi la caja que contenía la ropa de Allison. Antes de saber que estaba viva, había dispuesto eso para poder donarlo o hacer algo con toda esa ropa en lugar de tenerla aquí para atormentarme. Dadas las circunstancias tendría que regresarla a su sitio.

Observé cada prenda, y me imaginé sentir su cuerpo cuando las rozaba con mis manos. Sentía su ausencia muy marcada, pero esta desapareció cuando me marcó por teléfono.

—Creí que querías dormir más —dijo con una sonrisa.

—No pude. ¿Y ustedes? Siento como si tuvieran más tiempo para dormir —suspiré, dejándome caer en el sillón.

—Bueno, son las mismas horas, sólo se diferencian por unos cuantos minutos.

—¿Y Lázaro?

—Roncando en el sofá. No quiso regresar adonde se está quedando, se siente muy solo sin Alfredo.

—Sí, lo entiendo bien —admití. Después de todo mi departamento se sentía igual.

—Salúdame a Chinami, ¿sí?

—¿Ya te vas? —Mi corazón se estremeció ante la idea.

—Hay nueva información que nos mandaron ya sabes quiénes, así que le tengo que dar un vistazo.

—¿Quieres ayuda con eso?

—No, está bien, Lázaro podrá ayudarme, sobre todo porque hoy tienes otras cosas que hacer.

—Pero no será todo el día. Si quieres…

—No, Esteban. Diviértete, ¿sí? Te hablo más tarde —me guiñó un ojo y despidiéndose con un beso, cortó la llamada.

Me obligué a levantarme esperando que mi cansancio no fuera tan notorio. Tomé las cajas de los *Pockys* y una vez todo en orden, salí otra vez.

El recibimiento fue alegre, los padres de Chinami me abrazaron, invitándome a pasar hasta la cocina mientras mencionaban sobre el tiempo que tenía sin aparecer por ahí.

No tenía excusa, claro, aunque a decir verdad ellos llegaban rara vez a visitar a mis padres, por lo que era más raro aun que llegaran a verme a mí.

Mientras Sakura junto a su esposo, se dedicaban a servir los bocadillos, una silueta llamó mi atención en la entrada de la cocina, Chinami estaba recargada en el arco de la entrada, cruzada de brazos; vestía un camisón más parecido a un vestido liso y negro; su cabello claro estaba amarrado en una cola y su rostro libre de maquillaje hacía que sus ojos se vieran más pequeños.

Sonreí y ella me hizo una seña con la cabeza para que la siguiera. Intenté no verla mientras caminaba frente a mí, debido a que la luz atravesaba la tela de su pijama. Entramos a su habitación, y me dejé caer en la cama, cerrando los ojos ante la suavidad.

—No creas que no vi lo que dejaste en el comedor —dijo, mientras buscaba un cambio de ropa.

—Me declaro culpable —anticipé, sonriendo.

—Pero te absuelvo —me siguió la corriente. Sentí cómo algo suave caía en mi cara, al apartarlo vi lo que había sido su pijama. Sin poder evitarlo me volví, viendo su espalda desnuda. Un pantalón cubría sus piernas. Terminó de vestirse para después encararme—. Aunque te advierto, no te daré uno solo de esos palitos.

—Creo que me merezco uno por lo menos —refunfuñé, haciendo a un lado su bata negra. Nos quedamos viendo en una lucha de miradas fijas—. Yo te los di.

—Bueno, veré si me compadezco —reímos para después dirigirnos a la cocina.

Desayuné yakisoba y una rebanada de pastel de mermelada con fresas encima. Le entregué pequeños obsequios a los padres de mi amiga por la cuestión navideña, recibiendo de parte de ambos un reloj de muñeca muy sobrio, comprado en Japón.

Chinami se limitó a sonreír y agradecer cuando cantamos las mañanitas, recibió los abrazos correspondientes.

—No te sientas mal por ser un año mayor que yo —le susurré al oído.

—Me alcanzarás más pronto de lo que crees —sentenció, pellizcándome el brazo.

A mitad de la convivencia llamaron a la puerta, siendo su padre el que atendió. Cuando regresó lo hizo con un arreglo floral muy colorido: girasoles. Enarqué una ceja al contemplar las flores favoritas de mi amiga, y más al saber de quién procedían: Ricardo Villanueva.

¿Cómo le había hecho para poder entregar algo así? No estaba seguro, a menos claro que se encontrara en México. Contemplé a Chinami y la sorpresa en su semblante. Sus padres hicieron comentarios halagadores, llenos de curiosidad.

Mi agente, disculpándose un momento, se apartó para hacer una llamada. La observé mientras se alejaba y no sé qué expresión hubo en mi rostro, porque Gilberto (el señor de la casa), llamó mi atención.

—Debes de conocer a ese hombre, de seguro.

—Eh, sí, es alguien muy caballeroso, a decir verdad. Y muy inteligente por lo que pude ver.

—¿Así que dirías que es un buen pretendiente para nuestra hija? —Quiso saber Sakura, aferrándose al brazo de su esposo. Miré en la dirección a la que se había alejado Chinami. Suspiré, sonriendo más para mí que para ellos.

—Sin duda lo es.

—¿Y tú estás bien con eso? —Inquirió Gilberto, estudiándome con curiosidad.

—No veo razón alguna para no estarlo. Quiero decir, Chinami es una mujer extraordinaria y no me imagino algo menos para ella. Es inteligente, hermosa, multifacética... —me aclaré la garganta al sentir que me estaba desviando—. Sólo quiero lo mejor para ella. Es mi mejor amiga, ha estado allí para mí siempre que la he necesitado, así que… —me encogí de hombros. Ambos sonrieron, intercambiando una mirada.

—Te agradezco el buen concepto que tienes de ella. Sobre lo último, lamentamos mucho el fallecimiento de Allison. Sólo puedo suponer que ella también era una mujer extraordinaria, porque tanto tú como mi hija son personas increíbles y no se merecen menos.

—Se lo agradezco.

—¿Hablan a mis espaldas? —Interrumpió Chinami, quien apareció de pronto.

—No, claro que no —me apresuré a decir, asustado. Gilberto sonrió, poniéndose de pie, pero fue Sakura quien habló:

—Sólo le preguntábamos a Esteban sobre este hombre tan misterioso —Chinami rodó los ojos, sonriendo.

—Y sabrán de él a través de mí, así que por favor —sacudió la cabeza al ponerme las manos sobre los hombros, haciendo presión—, no digas nada más.

—No me mates —rogué, componiendo una mueca.

—Entonces no te lo busques —alargó su brazo sobre mí para tomar las cajas de *pockys*, le ofreció a sus padres quienes declinaron y disculpándose, se retiraron a otra parte de la casa.

—Admito que ahora veo mi regalo muy insignificante —dije al levantarme. Chinami se recargó en la mesa, viéndome mientras comía un palillo.

—Qué dices, sabes que me encantan estas cosas.

—Así que… ¿cómo está Ricardo? —Chinami curvó una sonrisa discreta, pero fue considerada, ya que respondió mi pregunta.

—Bien. ¿Sabías que Allison fue quien le dijo lo de mi cumpleaños? Al parecer ya enviaron tus cuadros, pero él le pidió de favor que no te dijera nada porque quería tener una excusa para hablarme a mí. Su hermano vive aquí en México, así que él le ayudó con el pedido.

—Es muy detallista —olisqué las flores—. Y muy acertado.

—Es bueno prestando atención. ¿Sabes que me dijo que le encantaría visitar Japón? Aunque

algo me dice que fue más una disposición abierta a viajar conmigo —supuso más para sí. Asentí, viendo mis pies. Esperaba que dijera algo más pero en cambio sentí sus dedos jugar con los mechones largos de mi cabello—. Me recuerda al cabello del príncipe Caspian —levanté la mirada, concentrándome en sus ojos—. *Las Crónicas de Narnia* —aclaró al no obtener respuesta.

—Cuando estuvimos en Nueva York, los últimos días estuviste muy distante —dije en cambio—, ¿por qué?

La vi de frente. Si conocía a Chinami como lo hacía, esperaba una respuesta clara de ella en lugar de una evasión. Y no me equivoqué.

Sin desviar la mirada, dijo:

—Porque estabas con Allison.

—Sí, pero incluso cuando te invitamos a la Estatua o cuando te dije lo del paseo en ferri, no quisiste. ¿Fue algo más?

—No. Quería que aprovecharas lo más que pudieras tu tiempo con ella —enarqué las cejas. Cruzándose de brazos, prosiguió sin apartar la vista un solo segundo—. Tú no te viste a ti mismo, Esteban. ¿Tienes idea de lo que yo vi cuando pensabas que Allison estaba muerta?

—Yo…

—A ti, consumiéndote. Estuviste solo, encerrado por tres semanas que tuve que derrumbar tu puerta para poder llegar a ti. Me encontré con tu falta de ánimo, no tenías ganas de continuar siquiera. Vi todos esos cuadros y en ellos entendí lo que estabas sintiendo, y yo no podía hacer nada —exhaló, incorporándose para alejarse—. Moriste por dentro al punto de que incluso tu arte quedó relegado a segundo término aun cuando te desahogaste en él. Fueron los cuadros tu salvavidas, pero si los dejabas ir entonces no tendrías nada.

Se giró para encararme una vez más.

—Mi presencia no sería suficiente. Tu arte, tus cuadros, son una parte importante de tu ser, igual que Allison. Si no estaban los dos, ¿qué te quedaría? Así que me concentré en lo que todavía tenías para poder ayudarte a salir adelante. Cuando en Nueva York descubriste que Allison estaba viva _jadeó, y aun cuando apartó la vista, noté sus ojos brillantes—, podías tenerlo todo de vuelta. No podía quitarte eso. Eres mi mejor amigo, Esteban, y deseo que estés bien.

Asentí, acercándome a ella. Tenía razón, claro. Después de creer que Allison estaba muerta, la oscuridad me había consumido, había logrado ver un resquicio de luz a través de los lienzos, pero no fue suficiente. Con todo y eso Chinami estaba allí, y tomé su presencia como un faro. Odié que ella se interesara más por mi arte que por mí, pero al final quien estaba equivocado era yo.

Decidí salir adelante siendo ella, mis cuadros y el pensamiento débil de que Allison querría eso, lo que me ayudó a avanzar.

—Pero te equivocas en algo —susurré, al quedar frente a mi agente. Vi su rostro para después cerrar los ojos y apoyar mi mano en la pared, obstruyéndole la salida—, tú también eres importante para mí, eres mi mejor amiga y no podría imaginarme siguiendo sin ti. Eres parte de mi vida, Chinami, y pensar en la idea de que te irás… —sacudí la cabeza—, me hace querer ser egoísta e impedírtelo, pero no podría —la miré a los ojos. Ella me contemplaba de una forma distinta—. Has estado allí en todo momento y haces más cosas por mí de las que yo por ti, que quizá no merezca tenerte.

—Esteban…

—He pensado incluso en cómo habría sido si los dos hubiéramos sentido algo distinto a

esto…

—No puedes decirlo en serio —rechazó la idea. Entrecerré los ojos, queriendo saber si acaso era el único que pensó eso—. Amas a Allison…

—Sí, pero eso no borra lo importante que eres para mí. Somos amigos desde hace años, pero me encontré pensando en que si hubiéramos sido algo más, tal vez no tendrías que irte.

—Pero nosotros no somos eso, no sentimos eso, lo sabes —. Una débil sonrisa se dibujó en mis labios, porque ella estaba en lo cierto.

—Lo sé bien.

—Seremos amigos aun cuando tomemos caminos diferentes —apreté los dientes, sintiendo esas palabras muy dolorosas, casi como si me dijeran que perdería mi mano con la que pintaba. Los brazos de mi agente se aferraron a mí y yo me dejé caer sobre ellos, angustiado. Sentí la pared rozar mi frente, sabiendo que Chinami no podía moverse, pero pareció no importarle.

Qué mal me estaba comportando, como alguien que teme quedarse solo, siendo abandonado por la persona que, sin contar a sus padres, había estado más tiempo en mi vida. Dolía y me entristecía, aunque una parte de mi corazón estaba tranquila porque sólo sería alejarme del camino de esta mujer. No era como cuando pensaba que Allison estaba muerta; era ahora cuando me daba cuenta que su supuesta muerte me había marcado al punto de temer cualquier separación. Parecía que después de todo no era un buen amigo. Tomando aire, solté a Chinami para después darme la vuelta.

—Llévame a casa —exigí, listo para recomponerme, viendo el camino que comenzaba a abrirse a mis pies.

Chinami subió conmigo al departamento sin decir nada. Parecía querer asegurarse de que yo estaba bien. Le pedí que me esperara un momento y entré a la cocina. La llamé segundos después; sonreí al ver su expresión.

—Feliz cumpleaños.

—Me diste *pockys* —dijo en cambio. Asentí, mientras tendía hacia ella la caja envuelta y un pequeño *cupcake* de chocolate con una sola vela.

—No creas que olvido esto, aunque cada año tengo que idear una forma para dártelo —admití, viendo el panquecito. Le daba uno en cada cumpleaños, casi como una tradición navideña. Chinami rodó los ojos y sopló la vela.

Después de compartir el pan de chocolate, alegó tener que irse, pero antes de eso la convencí de abrir su regalo. Miró el objeto sin saber qué decir, al parecer.

—Es un daruma, se supone que tienes que pintar un ojo al establecer tu meta y pintar el otro cuando la has cumplido.

—Sé qué es un daruma, Esteban —me interrumpió. Asentí; por supuesto que lo sabía.

—He sido muy egoísta; somos amigos y yo deseo lo mejor para ti también, aun cuando mis palabras quizá hagan creer lo contrario. Sé que llegará el momento que tomarás otro camino —susurré más tranquilo, viéndola a los ojos. Chinami no me interrumpió—, tantas cosas que aprender, lugares que conocer —suspiré—. Nuestra separación, que espero sea temporal, será una enseñanza también, más para mí quizá, pero quería que supieras que adonde sea que vayas, estaré bien, y cuando veas esto mientras cumplas tus propias metas, me recuerdes.

Mi agente sonrió sin despegar los labios. Sus dedos despejaron mi frente del cabello indomable que reinaba en mi cabeza, y al hablar, lo hizo con un susurro:

—«La separación educa, sin duda, pero tu presencia es la educación que yo quiero»[1] —guardé silencio, temblando por dentro ante sus palabras. Se puso de puntillas para regalarme un beso en la frente y después rozar sus labios en mi oído—, eres muy dulce. Muchas gracias,

Esteban.

Se apartó, viéndome para después salir de la cocina. Me quedé rezagado durante un instante quizá demasiado largo recordando esas mismas palabras en los labios de Allison. El sonido de la puerta me despertó. Al regresar a la sala me encontré con un pequeño paquete sobre la barra, envuelto en papel de regalo. Chinami era muy discreta.

Lo abrí con cuidado encontrándome con un trozo de pergamino enmarcado. Era una cita transcrita por ella en una letra cursiva. Tragando con dificultad, me dispuse a leer:

«Estaba en asombro de que los demás hombres vivieran cuando había muerto aquel a quien yo había amado como si nunca hubiera de morir y, más aún, me asombraba de que muerto él, siguiera viviendo yo, que era otro él. Bien dijo alguno cuando llamó a su amigo “la mitad de su alma”. Sentía yo que su alma y la mía eran una sola en dos cuerpos; por eso me horrorizaba la muerte, pues me negaba a que muriera del todo, aquel a quien tanto había amado».

San Agustín. Libro IV

1.“Los Desposeídos”. Úrsula K. Le Guin.

25

Me quedé en cama más tiempo del necesario hasta que opté por enviarle un mensaje a Allison para hacerle saber de las fotos que tenía en mis manos. No obtuve respuesta, de hecho, ni siquiera lo leyó, lo que me hizo sentir nervioso.

Fue hasta después de las doce que me respondió. Hablamos por mensajes mientras yo me dedicaba a limpiar, hacer café, bañarme y, sobre todo: pintar. Sentía que había pasado mucho tiempo sin realizar esa actividad, así que me entregué a ella. Seguían rondando en mi cabeza las conversaciones de ayer, lo que me provocaba intranquilidad, pero trataba de ignorarlo mientras trazaba en el lienzo. Parecía una representación de cómo estaba mi cabeza en esos momentos. Cansado, recargué el lienzo sobre la pared una vez terminado, había optado por utilizar acrílico para que se secara más rápido.

Mi otra tarea fue revisar mis páginas. No había olvidado la idea de hacer una subasta o realizar otra exposición con fines de venta, pero dadas las fechas quizá tendría que esperarme un poco. En su lugar trabajé en un cambio para la página web, entregué las ilustraciones que me habían encargado, recibiendo el pago correspondiente casi al instante. Hice una selección de las pinturas que daría en subasta, pensando en algo más que pudiera hacer además de pintar; no quería alejarme mucho de este mundo, por lo que tendría que idear una manera en la que pudiera ampliarlo para no depender tanto de otros.

Me abstraje en todo eso que cuando vi ya eran las seis de la tarde. No había salido para nada, pero no me importaba. Sentía una incomodidad en el pecho, pero prefería rehuir de ello en lugar de enfrentarlo.

Tomé la Tablet para trabajar en una ilustración sin un propósito más allá en la cual entretenerme. Fue alrededor de las once de la noche cuando alguien tocó a mi puerta, alarmándome. Dudaba mucho que Chinami se apareciera por allí, sobre todo porque después del día anterior no habíamos hablado.

Dubitativo me acerqué, tomando el lápiz como arma por segunda ocasión.

Llamaron con más insistencia. Abrí de golpe listo para atacar, pero en lugar de eso me quedé helado, incrédulo, viendo a la persona que tenía frente a mí.

—Pero qué…

—Hola —susurró ella, mordiéndose el labio. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente y levanté a la recién llegada en brazos, dándole una vuelta en el aire.

—Allison, pero qué… pero cómo… —me detuve a mitad de un giro sin soltarla. Le estampé un beso eufórico que me regresó con ganas para después apartarse y cerrar la puerta. La contemplé de pies a cabeza: su cabello seguía teñido, bailando a su espalda. Debido al frío iba vestida con un pantalón de mezclilla, un suéter oscuro con detalle en flores y unos botines. Como único equipaje traía una bandolera que le cruzaba el pecho.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo… cuándo…? —Jadeé sin poder formular una pregunta coherente. Todo mi cuerpo cosquilleaba sólo con verla en mi departamento otra vez. Se acercó para besarme y al encerrar sus mejillas con mis manos sentí la frialdad de su piel—. Estás helada.

—Siento haberme presentado así, quería darte una sorpresa —dijo, recargándose en la barra. Pude notar que evitaba pasar más allá, lo cual no comprendí.

—Y vaya sorpresa. Pero no entiendo, creí que no regresarían hasta dentro de otra semana —dije, acercándome. No podía evitar tocarla, rozar su mejilla, recolocar un mechón de su cabello o estudiar sus labios. Sonriendo, ella dejó la bolsa que andaba para sacar un paquete envuelto en papel de regalo.

—Para ti, te dije que te lo daría cuando nos viéramos —acepté el paquete, todavía exaltado y ansioso por este encuentro—. Ábrelo —me apremió, impaciente.

Suspirando hice lo que me pedía, y me quedé sin habla. Eran dos estuches, uno de colores Prismacolor Premier y el otro de Polychromos Faber Castell. Era más de lo que había imaginado.

—Pensé que sería preferible que contaras con todo. Sabrás sacarle provecho, ¿no?

—Son preciosos —musité, contemplando los lápices una vez abierta la caja—. Has de haber gastado mucho…

—No importa, sé que te harían feliz —apretó mis dedos en un gesto cariñoso. En silencio cerré las cajas, viéndola a ella.

—Me hace más feliz tenerte aquí. Créeme, no hay nada comparado con eso —me acarició la mejilla, lo que me hizo cerrar los ojos por unos segundos—. Pero temo por ti. No entiendo…

—Lázaro y yo tuvimos luz verde para dar por finalizadas las investigaciones. Paula y Fernando tienen lo que necesitamos para hacer el reportaje final y que salga a la luz a inicios de enero —me explicó.

—Pero, ¿no sería mejor sacarlo de una vez? ¿Por qué esperar?

—Será Año Nuevo, Esteban, no queremos opacar estas fechas, además no somos los únicos involucrados en esto.

—Bueno, sí, lo entiendo, pero… —Me calló, poniéndome un dedo en los labios, el simple roce me provocó un estremecimiento. Parecía que nunca me cansaría de esto, amaba a Allison, la deseaba y la extrañaba, pero tenía miedo de perderla otra vez por una falta de planes.

—Tenemos todo en orden, ¿sí? Debes confiar en eso.

—No quiero que estés en peligro. ¿Qué pasa si Marcelo se da cuenta de que están vivos? ¿O los ve en la calle? O incluso si regresas… —Se apartó, dándome la espalda. Algo estaba pasando por alto, sin duda—. No… ¿no vas a regresar?

—No al departamento —respondió al fin sin voltear a verme. No reaccioné al momento, sino hasta haber procesado sus palabras. Un estremecimiento doloroso recorrió mi cuerpo.

—Ya veo.

—Déjame explicarte —añadió, dándose la vuelta; noté la preocupación en sus ojos. Intentaba entender lo que ella planeaba o pensaba siquiera, pero saber que no estaba en sus planes regresar a este lugar me hacía sentir avergonzado por creer que quizá volveríamos a estar como antes—. Lázaro y yo no podremos regresar a nuestra vida normal hasta que Marcelo esté en la cárcel. Si él descubre que estamos vivos hará lo necesario para callarnos. Sabemos mucho, descubrimos su trabajo sucio, Esteban. Ese hombre es uno de los más importantes en el mundo de la comunicación; la empresa donde yo trabajaba es muy competitiva, pero no podemos permitir que se establezca sobre trabajos ilegales.

—Sí, eso lo entendí.

—Antes de regresar a vivir contigo, necesito que ese peligro pase. Lázaro y yo nos mudaremos al departamento donde resguardó sus cosas; siguen sin saber de él así que estaremos seguros. Estar demasiado cerca es peligroso, incluso volver aquí —se acercó, afligida—. Ya te pongo en mucho peligro al presentarme en tu puerta.

—¿Entonces por qué lo hiciste? —Quise saber, cansado. Apoyé los brazos en la barra, mientras acariciaba la caja de colores.

—Quería verte —simplificó, extrañada. Asentí sin mirarla—. Aunque tal vez me equivoqué al pensar que te alegrarías de verme.

Ahora sí la miré, estupefacto.

—¿De verdad me lo dices? He pensado por meses que estabas muerta, y cuando descubrí que no era así lo único que he querido es estar contigo. Regresar a México fue difícil; lo que más desearía ahora es tenerte aquí, sabiendo que no volverás a irte —repliqué, incrédulo. Me acerqué sin apartar la mirada de sus ojos. Mi cuerpo quería acercarse más, hacerse uno con el de ella, pero me contuve—. Sólo no termino de entender lo que pretendes.

Suspiró, cerrando los ojos. Sus dedos se movieron hacia mi hombro y sentí la caricia traspasar la tela de mi playera. Tragué con dificultad.

—Quiero estar contigo, pero quiero esa libertad para hacerlo. Lázaro y yo estamos muy cerca de sacar la verdad y una vez que Marcelo esté preso, volveré aquí, a ti —la suavidad con la que dijo esas palabras penetró en mi pecho. Fijó su mirada en mí—. Te lo prometo.

Me besó con suavidad, lo que tranquilizó a mi corazón.

—Quería sorprenderte hoy. Resulta que Ricardo Villanueva vendría a México, después del envío de tus cuadros nos ofreció a Lázaro y a mí venir con él. Teniendo en cuenta que pretendíamos viajar antes de Año Nuevo, la propuesta nos vino bien. Fue un viaje muy tranquilo y ameno.

—Es muy amable de su parte.

—Sí, es lo que pensé, aunque tengo el presentimiento que fue más con pretensiones de conocernos y saber hasta qué punto somos cercanos tú, Chinami y yo. Parece ser que le gusta conocer bien a la gente con la que se relaciona.

—¿Llegaron a su casa? —Quise saber, sintiendo extraña la idea.

—No. Alfredo nos mandó su dirección y Ricardo hizo favor de acercarnos. Lázaro quería verlo y conocer a su hermana, pero nos iremos temprano.

—¿Te quedarás en casa de Alfredo esta noche?

—Bueno… —titubeó un segundo, viendo alrededor—, no si tengo una oferta mejor —sonrió, divertida. Su simple insinuación hizo que me riera. Enarqué una ceja.

—¿Y qué tengo que hacer para proponerte algo mejor? —Le seguí la corriente, acercándome a ella. Besé su frente, su mejilla, su barbilla. Sin poder contenerme le di la vuelta hasta sentir su espalda chocar en mi estómago—. ¿Gusta ver las instalaciones del departamento? —Seguí, besando su cuello mientras los dos reíamos. Caminamos con paso lento, adentrándonos a la sala. Su presencia allí parecía extraña, irreal.

Después de meses sin su persona en este lugar, me hacía pensar que estaba soñando; era como si de nuevo tuviera que familiarizarse con cada espacio, con cada mueble. Como si otra vez tuviéramos que descubrirnos juntos allí.

—Oye —me interrumpí de pronto, girándola para verla de frente. Me recargué en la barra—, ¿cómo llegaste hasta aquí? El guardia…

—No estaba, me cercioré de ello, pero seguía abierto —rodeé los ojos. ¿Acaso ese hombre no le daba importancia a la puerta?

—Bueno, por una vez lo agradezco —admití, ya que no quería imaginar qué pasaría si se diera cuenta que mi novia vivía. Después de la noticia de su supuesta muerte y del tiempo que Allison vivió conmigo, era imposible que los demás inquilinos en el edificio, incluyendo al guardia, no se enteraran de eso. Ella sonrió.

—Por cierto, no sabía que Ricardo estuviera *muy* interesado en Chinami —dijo, cambiando de tema—. En el viaje pude darme cuenta.

—¿En el viaje? —Era extraño, ya que yo me había percatado de eso incluso antes de vernos en Nueva York.

—Sí. Cuando salimos a cenar creí que era amabilidad, un anfitrión en toda regla, pero luego… —sacudió la cabeza—. Vino personalmente para ofrecerle el traspaso de una librería en Nueva York. Un amigo suyo estaba pensando en deshacerse de ella, pero Ricardo pensó en Chinami para poder hacerse cargo. Sabe su trabajo en la biblioteca, con sus numerosas citas comprendió que quizá tener un negocio propio que tuviera que ver con libros sería una idea grandiosa para ella, ¿no es genial? —Sonrió, animada por la noticia. Muy animada, quizá. Por mi parte, miré el suelo, inseguro.

Entendí tarde que la respuesta que Allison esperaba de mí no había llegado.

—¿Esteban?

—Sí, es genial —respondí al fin, apartándome. Cerré los ojos en un intento de evitar que mi invitada se diera cuenta de mi aprensión. Me dejé caer en la cama sintiendo cómo se hundía el colchón con mi peso.

—No lo parece, creí que te alegrarías por ella —me contradijo Allison, viéndome con recelo. Aparté la vista, ¿acaso las cosas pasaban tan deprisa sólo para burlarse de mí?—, ¿Hay algo que tenga que saber?

Ahí estaba eso que me incomodaba, las palabras que había intercambiado con mi agente, los sentimientos que le hice llegar, mi tristeza ante una separación posible con alguien que había estado conmigo mucho tiempo. Y Allison no lo sabía.

—Sí, hay algo que quiero decirte, sólo espero… que no me odies por ello —admití, con amargura en mi voz. Despacio se acercó y se sentó a mi lado.

—Dime, ¿qué es?

Y se lo dije. Le expresé con claridad aquello que me enturbiaba los pensamientos, esa desesperación y tristeza que me hacía sentir el hecho de pensar que mi mejor amiga se iría, que tomaría un camino distinto al mío. Al conocer a Ricardo Villanueva y después de todo lo que él había implicado, me había hecho darme cuenta que Chinami y yo estábamos destinados a separarnos, porque ella conocería a alguien, así como yo había conocido a Allison.

Le dije lo difícil que se me hacía la idea de esa despedida debido a que era alguien que estuvo siempre conmigo. De lo mal amigo que era y de cómo, por un solo instante había pensado que, si mi amiga y yo hubiéramos sentido algo distinto, las cosas ahora serían muy opuestas.

Me sentía mal por eso, porque mi corazón lo atribuía a que traicionaba a la mujer que amaba, pero ella tenía que saberlo. Me escuchó con dedicación y paciencia. Tenía todo el derecho de odiarme o dejarme, después de todo ¿cómo estar con alguien que tenía esos pensamientos o esa resistencia al apartarse de otra mujer que no era ella?

—Por favor di algo, lo que sea pero di algo —le rogué, ocultando mi rostro con la mano. Ni siquiera podía verla.

—No puedo decir que no me molesta —suspiró—. Cuando te conocí, Chinami estaba contigo. Creí que ustedes… —calló para después ponerse de pie. No pude hacer otra cosa más que seguirla con la mirada—. Siempre tuve la idea de que ustedes tenían algo más; sin embargo, mientras más te conocía pude irlo viendo claramente, tienen una conexión, un lazo que yo nunca podré romper. Siempre tuve celos de eso—admitió, alzando la vista al techo—. Después de que me fui pensé mucho en ti y en ella, odiaba la idea de que estuvieran juntos de otra manera, porque significaría que mis inseguridades no estaban infundadas.

Aparté la vista, con un nudo en la garganta. Los dedos de Allison acariciaron mi mejilla.

—Pero después entendí que, si yo faltaba, estaría tranquila si Chinami estaba contigo. No

soportaría que fuera alguien más.

—No la veo de esa manera —zanjé en un susurro apenas audible. Allison asintió.

—Lo sé. Hay algo entre ustedes, Esteban, aunque no encuentres nombre para eso. No la ves y quizá no la ames como me amas a mí, pero lo que sientes es muy fuerte. Es tu mejor amiga, ha estado contigo desde hace tiempo y si tengo que agradecerle algo es que nunca te ha abandonado, estuvo allí cuando yo no lo hice y es debido a eso que no puedo seguir odiando o celando lo que hay entre ustedes. Pero también sé que tú quieres lo mejor para ella aun si eso significaría dejarla libre, ¿no es así? Tienes que dejar que elija su camino en lugar de atarla a algo que no puede durar toda la vida.

Asentí. Entendía lo que decía porque después de todo, si Allison eligiera dejarme en algún momento, no podría retenerla. Si ella quería ser libre, ¿qué poder o derecho tenía yo de impedírselo?

—Chinami te ha apoyado en todo, así que ahora es momento de que la apoyes tú a ella, y debes confiar que el destino, si acaso eso es lo que nos mueve, será el encargado de unirlos otra vez.

—Lo sé —la tomé de las manos—, pero quiero que sepas una diferencia _susurré, acercándola a mí—, que Chinami se vaya me duele, pero sé que en su momento estaré bien porque ella lo estará aun cuando sea lejos. Sin embargo, al perderte a ti mi alma ha muerto, y volví a la vida poco después. Perderte una vez más acabaría conmigo. No hay nadie a quien ame tanto como a ti.

—«Si todo pereciera y él se salvara, yo podría seguir existiendo; y si todo lo demás permaneciera y él fuera aniquilado, el universo entero se convertiría en un desconocido totalmente extraño para mí»[2] —citó con suavidad.

—Tengo que leer eso que ustedes leen —repliqué, con una sonrisa. Allison me regresó el gesto pero en lugar de responderme, me besó. Fue un roce suave para después abrir mis labios con los suyos de forma lenta y pausada. Sentí la suavidad de ellos, así como el roce de su lengua, estremeciéndome; sin poder contenerme la acerqué aún más hasta que subió sus rodillas a la cama, quedando una a cada lado de mis piernas

Seguí besándola mientras ella deslizaba el cierre de su suéter hasta separarlo, con manos hábiles la despojé de él y lo dejé caer sin interés. Sentí su cabello cosquillearme los dedos, pero eso sólo provocó que la ansiara más. Tenía sed de ella, de cada parte de su cuerpo, rocé su mentón hasta alcanzar su cuello y bajar por su clavícula.

Quería ir lento, empaparme de cada roce, cada centímetro, cada fragmento de su piel. Mis manos navegaron por su cintura, su espalda, hasta lograr apartar la prenda que me separaba de ella. Sin esperar más, Allison me quitó la playera y la tiró a un lado. El calor de nuestra piel se fusionó en uno solo, mi respiración comenzó a acelerarse, pero tenía que controlarme.

Deleité mi lengua con su cuello y la parte superior de su pecho mientras sus dedos se aferraban a mi cabello, enterrándose en él. Solté un jadeo al sentir cómo me besaba debajo de la oreja, bajando más. Me permití acariciar sus piernas sobre la tela del pantalón, odiando ese obstáculo.

Desabroché los botones por completo de la cinturilla, y como respuesta, Allison me acostó sobre el colchón sin dejar de besarme. Mi piel ardía, yo ardía, y quería consumirme más. Giré sobre la cama para dejarla bajo mi cuerpo, deslizándome hacia abajo mientras rozaba sus pechos ocultos y acariciaba su estómago hasta al fin deshacerme de sus *jeans* para poder besar sus piernas.

Nuestra respiración era inestable, pero no pretendíamos parar. Hicimos la cama nuestra una

vez más, empapándola de nuestra pasión y de todo el amor que seguíamos compartiendo. Mis manos se deslizaban por la espalda desnuda de la chica que gobernaba mi corazón, mi cuerpo y mi alma, y era por eso que se me hacía tan sencillo darlo todo.

Sentía sus roces, sus caricias, sus besos. Nuestras piernas se enredaban entre sí, nuestros pies se rozaban y mis labios bebían de ella sin saciarse por completo.

Hacía de su boca una estación donde mis labios aterrizaban cada segundo. El brillo de sus ojos me hacía querer darle más de lo que tenía.

¿Era posible desear tanto a alguien? ¿Amar como yo la amaba sin perderme a mí mismo? Pero en ese momento no me importaba.

Podría hacer conmigo lo que quisiera y yo no me enteraría. Elegía pertenecerle a ella, y era esa misma elección la que me hacía ser libre.

Libre de amarla, libre de decidir hasta dónde llegar y qué tanto dar. Y en ese instante fui libre de entregarlo todo.

2. “Cumbres Borrascosas”. Emily Brontë.

26

Abrí los ojos poco a poco, viendo a mi alrededor. Al extender la mano sentí la cama vacía, lo que provocó un vuelco en mi corazón. Todo seguía viéndose oscuro y mi alma se estremeció al imaginar lo peor. Sin embargo, en cuanto vi una silueta deslizarse hacia mí, me calmé un poco.

—Lo siento, ¿te desperté? —Allison se sentó a mi lado, a orilla de la cama. Parpadeé para ver mejor, y pude darme cuenta de que iba vestida con una de mis playeras.

—Pensé que te habías ido —susurré. Ella sonrió, despejando mi frente.

—No. Quería quedarme contigo esta noche, aunque me toca regresar en un rato —explicó, suspirando. Sus dedos rozaron mi labio inferior; parecía pensar algo que no compartía conmigo. En silencio me incorporé hasta quedar sentado.

—Está bien —. Vi la hora en mi teléfono: eran las 7:00 am pero debido al clima y las pocas ventanas que teníamos, el departamento se apreciaba lúgubre—. ¿Quieres desayunar algo?

—Pues… en realidad no hay nada en el refrigerador —me informó. Suspiré, derrotado.

—Es verdad. Lo siento, no he ido a surtir la despensa —recordé, rascándome la frente.

—¿Y qué comiste estos días? —Quiso saber, extrañada.

—Quedaban algunas cosas que aún no habían caducado, y con eso de la cena navideña y el cumpleaños de Chinami no comí todos los días aquí. Pero si quieres —comencé, mientras me sentaba a la par que ella se levantaba—, puedo ir a comprar algo a la cafetería —me puse el pantalón para después pasarme la playera con agilidad.

—Suena bien.

—Me encantaría que vinieras, pero… supongo que no es buena idea —asintió mientras se acercaba al armario. Vi sus prendas dobladas a los pies de la cama.

—Así es, pero si no te molesta puedo esperarte aquí —propuso. Fui al baño a lavarme la cara y cepillarme los dientes para después pasarme el peine por el cabello.

Al regresar a la habitación tomé la cartera y el celular, pero antes de hacer algo más, Allison me interrumpió.

—Esteban…

—¿Sí?

—¿Dónde está mi ropa? —Me giré para encararla. Allison me veía con incredulidad, casi reclamándome con el gesto de su rostro. Sus cejas enarcadas me daban a entender que esperaba una explicación convincente.

—Están en esas cajas —musité, respirando hondo. Allison frunció el ceño—. Supuse que nunca las usarías de nuevo y yo… pensaba donarlas —mi interlocutora relajó su expresión, pero distinguí la tristeza en sus ojos—. Tenerlas aquí sólo habría servido para atormentarme y no quería eso. Las iba a sacar, te lo juro, sólo que…

—Entiendo, no te preocupes —. Guardamos un silencio incómodo. Me senté a la orilla de la cama, y miré mis manos.

—Lo siento, es sólo que…

—Está bien, Esteban —suspiró al acercarse y se descruzó de brazos—. Supongo que no puedo esperar otra cosa, es sólo que… no creí que te deshicieras de mis cosas tan rápido, eso es todo.

—Después de haber visto las noticias, creyéndote muerta… no tienes idea de cómo fue

—mascullé, sintiendo una punzada en el corazón.

Recordé cómo había destruido muchas cosas en mi arrebato de dolor y frustración, por lo que agradecí que mi invitada no se hubiera percatado de esos detalles.

—No fue fácil en ningún momento, pero saber que tu ropa estaba allí y que nunca más la usarías, que nunca más te vería… —se me quebró la voz. Me puse de pie, encarándola. Allison se limitó a verme, sufriendo con lo que yo decía; me tomó las manos, para apretarlas con fuerza.

—Lo siento —sollozó—, creo que nunca te pedí una disculpa por eso. Te dije lo difícil que fue y las razones por las que lo hice, pero nunca me disculpé —me vio con fijeza a los ojos, acercándose lo más que pudo—. Espero que puedas perdonarme por todo el dolor que te he causado.

Acaricié su cabello, atrayéndola hacia mí para aferrarla con fuerza.

—No importa, estás conmigo ahora y es todo lo que puedo pedir.

—Pero hay algo distinto, Esteban —se apartó. Fruncí el ceño sin saber a qué se refería—. Existe una pequeña barrera entre los dos, la siento, antes no estaba; parece que una parte de tu corazón está oculta para mí y sólo la puedo ver cuando me tocas… La forma en la que me amas es como si lo hicieras por última vez.

Saqué el aire con lentitud, entendiendo entonces a qué se refería: cuando nuestra pasión se encendía, cuando podía entregarle mi amor en acciones… lo daba todo, porque era como ella decía: temía que fuera la última vez. Y ese mismo miedo me hacía recatarme como ahora, porque temía ser abandonado una segunda ocasión, y sufriría incluso más. No había sido consciente de ello.

No supe qué decir y ante mi silencio Allison se acercó, acunando mi mejilla en su mano.

—Supongo que no podría esperar otra cosa.

—Yo te amo —la contradije, tomando su mano y viéndola a los ojos con urgencia—, eso no cambia ni la intensidad con la que lo hago.

—Lo sé. Después de entregar a Marcelo haré lo que esté en mis manos para que esa barrera desaparezca.

—Allison… —Me silenció con un beso y dándome un abrazo, susurró:

—¿Desayunamos juntos? —Esa simple pregunta me hizo recordar adónde iba. Asentí.

—Será un placer.

—Gracias _una vez que pagué por el pedido me dediqué a salir del establecimiento para dirigirme al departamento, cuando casi choco con alguien.

—Hey —me interceptó José Luis—, justo pensaba pasarme por tu casa en un rato.

—Hola —sonreí, al detenerme. Ese día mi amigo iba vestido con colores en tonos grises. Contempló mi pedido, y entrecerró los ojos con curiosidad.

—¿Tienes una cita? —Preguntó, señalando lo que llevaba en las manos.

—Am… algo así —terminé por responder, no muy seguro. Mi interlocutor me sonrió, palmeándome el brazo.

—Está bien, amigo, en algún momento tenemos que salir adelante y no creo que Allison tuviera problema con que veas a alguien más —opinó. Asentí sin querer contradecirlo.

—¿Necesitabas algo? —Apremié, curioso de pronto.

—Ah, sí. Verás, tengo una amiga que trabaja en la galería Ethra, y está planeando hacer una exposición para posterior subasta. Será una demostración de las obras a subastar: fotografías, muebles y por supuesto pinturas; pretende tener diversidad, así que cuando me mencionó sobre el arte surrealista, le dije que conocía a un tipo.

—¿Y yo soy el tipo? —Aventuré.

—Exacto —sonrió—. Imaginé que te interesaría.

—Sí, por supuesto. De hecho, estaba pensando en hacer una subasta una vez que pasen las festividades, así que tu oferta me viene bien.

—Genial. Nos reuniremos hoy en la tarde en la galería, ¿puedes asistir? Es para organizarnos y ver lo que se va a exponer. Sería excelente si llevaras unas cuantas piezas si tienes.

—Sí, perfecto, tengo algunas de exposiciones pasadas y unos más recientes. Sólo dime la hora y yo llego.

—¿Cinco está bien?

—Ahí estaré —. Sonriente, me palmeó la espalda y asegurando que nos veríamos más tarde, me dirigí al departamento. La cafetería no estaba tan lejos por lo que no me llevó más de veinte minutos regresar a pie.

Me saludó el guardia de la entrada para después retomar su lectura en el periódico, y yo subí hasta mi piso.

—Lamento la tardanza, es sólo que… —se me fue la voz, extrañado con la escena que contemplé: Chinami y Allison me miraban, ambas cruzadas de brazos y de pie al otro lado de la barra. Me sentí incómodo ante tanta tensión. Cerré, mientras veía a mi agente—. Chinami, no sabía que venías.

Ni siquiera pude dar un paso. Chinami se apartó de Allison, desviando la vista de mí. Miré más allá de ella, hacia mi novia, comprendiendo la expresión de desolación en su rostro. Apreté los dientes.

—Pensé que estabas, pero sólo me encontré con Allison.

—Sí, yo… salí un momento —me acerqué, dejando las cosas sobre la barra junto a las cajas de colores que aún no guardaba. La rubia me sonrió aparentando que no ocurría nada, pero no podía engañarme. Al percibir mi inestabilidad, mi agente se acercó.

—Quería hablar contigo, pero lo dejaré para después.

—No, dime, no quiero hacerte venir para nada —sonreí, en un intento de bromear, pero ninguna de las dos me siguió la corriente.

—No importa. ¿Nos vemos más tarde?

—En realidad tengo que ir a Ethra a las cinco, pero puedo pasar a tu casa antes.

—Si no hay problema, te lo agradecería —. Miré a Allison.

—No, paso más tarde —aseguré, sonriendo. Chinami asintió despidiéndose de mí con una caricia en el brazo.

—Un gusto verte, Allison —sin esperar respuesta salió cerrando a su paso. Sin saber qué ocurría, me giré hacia la chica que quedaba.

—¿Pasó… algo?

—Vino a hablar contigo y de paso me entregó una copia de la llave —señaló al tiempo que alzaba el pequeño objeto. Vi la interrogación de nuevo en sus ojos.

—Se la di sólo por si acaso.

—Sí, ella me dejó clara la razón del por qué —me interrumpió con cierta brusquedad. Exhalé, cerrando los ojos.

—Le pediré que no sea tan dura contigo, es sólo que…

—Sí, lo entiendo, Esteban. Me hizo el favor de aclararme que estuviste tres semanas sin comunicarte con nadie, encerrado aquí, y lo mucho que ella odiaría verte otra vez tan mal —se giró, irritad—. No tienes idea de cómo me molesta su forma de decir las cosas, pero por otro lado sé que tiene razón.

Me acerqué para abrazarla por la espalda.

—Aunque tenga razón no tiene por qué ser tan dura —le dije al oído. Ella suspiró, girándose en mis brazos.

—Bueno, supongo que no sería Chinami si endulzara las cosas —sonreí para después robarle un beso.

—Quizá tengas razón.

Evitamos hablar de lo que mi agente le había dicho, y nos dispusimos a desayunar mientras le hablaba del encuentro que tuve con José Luis y de la propuesta sobre la exposición para la subasta. Mientras Allison tendría que regresar con Lázaro para checar lo del departamento, yo me dedicaría a revisar mis lienzos para presentarlos; por suerte el daño que habían presentado algunos en el saqueo, era reparable.

Esperaba que la colección que Ricardo y Allison me habían enviado llegara con tiempo para mostrarla.

Dejé todo listo para transportarlo en taxi, pero tendría que regresar por ellos después de ver a Chinami, ya que no sería seguro moverlos tanto, por cuestiones de delicadeza del material. Estaba por dirigirme a su casa cuando alguien tocó a la puerta.

Hacía tan solo una hora que Allison se había ido, así que dudaba que hubiera regresado. Nos la habíamos ingeniado para que ella saliera del edificio sin ser vista, teniendo suerte. Fue difícil verla irse, aunque en el fondo lo prefería al saber que así estaría segura.

Abrí la puerta encontrándome con un repartidor que me entregó una caja muy forrada de papel amarillo. Al abrirlo encontré los suéteres que Lázaro nos había mandado; no eran nada feos: uno rojo con blanco con un patrón de renos parecía tan esponjoso que podría haber jurado que mi abuela lo había tejido. El otro era verde con un reno vestido de Santa Claus, sólo con verlo supe que era de Chinami. ¿Acaso a Lázaro le gustaba provocarla?

Divertido y con los suéteres envueltos en su paquete, salí de la casa.

—He de admitir que no te esperaba —dijo mi amiga una vez que entré en su departamento después de quitarme los zapatos en la entrada.

—Te dije que vendría.

—Lo sé, pero no creí que lo hicieras —admitió. Nos sentamos en el sofá y le tendí su suéter envuelto.

—Obsequio de Lázaro —le anticipé mientras ella lo abría. Se mordió el labio, evitando reír —. Tendrás que usarlo.

—No tengo lazos que me obliguen a ello —rechazó, pero lo dobló para dejarlo en sus piernas —. Así que la Galería Ethra…

—Me encontré a José Luis hoy temprano. Una de sus amigas trabaja allí y quiere hacer una subasta, pero primero se tiene que llevar a cabo la exposición para mostrar los objetos a la venta —asintió—. Estaba pensando en subastar después de las festividades —repetí.

—Me parece perfecto —se levantó para después traer dos tazas con café y un folleto que me tendió—. En febrero quieren hacer una conferencia en la biblioteca sobre arte, creí que te interesaría participar.

Tomé el folleto para echarle un vistazo rápido. Los temas a tratar eran los tipos de arte, los diferentes métodos gráficos y sobre todo cómo era la relación artista-arte-espectador.

—Lo consideraré —acepté, volviéndome a ella—. ¿De eso querías hablarme? —Chinami subió sus piernas al sofá, encogiéndolas para acomodarse mejor. No había probado nada de su bebida. El silencio se estaba alargando sin que ella apartara la mirada de mí.

—Ricardo me ofreció el traspaso de una librería en Nueva York —directo y claro. Me

entretuve dándole un sorbo a mi café, viendo más allá de ella. Suspiré al saber que no podía posponerlo más.

—Lo sé.

—Imagino que Allison te lo dijo —asentí, rascándome el brazo que en realidad no me picaba.

—Me hizo el comentario.

—Debí suponerlo. Me sorprendió un poco encontrármela en tu departamento, pero Ricardo me anticipó que había viajado con ellos dos.

—¿Lo viste hoy? —Quise saber todavía sin poder verla a los ojos.

—Ayer por la noche. Llegaron alrededor de las cinco y él me citó a las siete —. Me mordí el labio. Allison había aparecido por el departamento mucho más tarde, pero suponía a qué se debía.

—Y tú… ¿qué opinas?—Al fin la miré percatándome que ella no había dejado de hacerlo conmigo.

—Le dije que lo pensaría.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño. Mi corazón latía más rápido de lo normal como si anticipara en qué terminaría la conversación.

—Tengo el trabajo en la biblioteca aun cuando no me haya presentado; mis vacaciones se ampliaron por las fechas decembrinas. También quería decírtelo primero antes de tomar una decisión —me hizo saber, recargando su mano en el respaldo del sofá.

Observé sus dedos y sin poder contenerme los rocé con los míos.

—¿Por qué a mí? —Musité, abstraído como estaba en su mano—. Tus padres…

—Ellos sin duda estarán encantados con la noticia porque significa tener algo mío, aun cuando tenga que irme a otro lado —alcé la vista, topándome con sus ojos claros. Contemplé todo su rostro, y sentí un nudo en la garganta—. El trabajo en la editorial puedo cubrirlo vía internet, lo único que tendría que dejar es mi puesto en la biblioteca, además de que ya no podría seguir siendo… —Las palabras se perdieron, pero entendí lo que diría:

—Mi agente —ella asintió. Por supuesto, era de esperarse. Intenté sonreír, recordando las palabras de Allison, incluso aquellas que me había dicho a mí mismo.

—Chinami… no sé qué decir. Sé que tener una librería sería para ti un sueño. No podría quitarte eso —apenas movía los labios, pero mis palabras fueron claras—. Pedirte que te quedes sería egoísta, pero no quiero que te vayas —zanjé, serio. Ella me estudió para después dejar la taza sobre la mesita y acercarse más a mí. Hice lo mismo—. Hemos estado juntos desde Dios sabe cuándo, que saber que ya no será así… Has estado conmigo incluso en el tema de mi arte que no puedo imaginarme una exposición o tratos sin tu persona.

—¿Pero?

—No puedo retenerte —acepté, mientras descansaba mi frente en su hombro—. Sabía que este día llegaría, pero no es fácil. Sin embargo, ¿quién soy yo para pedirte que no sigas aquello que quieres?

—Lo que necesito saber —dijo, mientras jugaba con mi cabello—, es si tú estarás bien aunque yo no esté. Esteban, necesito saber eso porque de otro modo…

Giré mi rostro sin apartarme; cuando respondí mi aliento se estrelló con su cuello.

—Estaré bien, te lo prometo. No estar cerca de ti… no sé cómo será, pero debo confiar en que te veré otra vez.

—¿Por qué creerías lo contrario? —Inquirió. La vibración de su voz me llegó a la mejilla.

—No lo creo, no quiero pensarlo siquiera porque si fuera así entonces no consentiría que te

alejaras —levanté el rostro. Vi las motitas más oscuras en el centro de sus ojos. Chinami sonrió, pellizcándome la mejilla.

—Tonto. ¿De verdad crees que, si supiera que no te vería otra vez, aceptaría esto? Sin duda es una gran oferta, sobre todo porque no me alejaré de los libros. Puedo imaginarlo a largo plazo incluso, si todo sale bien puedo abrir otra sucursal, contratar a alguien o fundar una biblioteca propia —rio entusiasmada, para después verme de nuevo. En realidad, ya lo había decidido, al decírmelo sólo quería asegurarse que no me lastimaba con su elección—. Sin embargo, toda mi vida la he compartido contigo, Esteban, y es por eso que también se me hará difícil marcharme sabiendo que no estarás.

—Existen las llamadas, ¿no? Y los mensajes, y…

—Sí, existe todo eso —dijo, sonriéndome con cariño. Para mi sorpresa se recostó en mi pecho, girándose para acostarse con libertad. Su cabello me hizo cosquillas en la barbilla—. Y el saber que a pesar de la distancia seguirás viviendo… me hace estar tranquila.

Apoyé la barbilla en su cabeza, y rocé su frente con mis labios. Suspiré, viendo a lo lejos, encontrando algo conocido para mí: el daruma que le había obsequiado. Tenía un ojo pintado, lo que me hizo saber que Chinami había establecido ya cuál era su meta.

Esperaba verlo cuando tuviera ambos ojos completos.

—Estaré bien, Chinami, te lo prometo, pero te pediré una cosa —la miré desde arriba—, que regreses al menos una vez. Concédeme eso: un mes aquí, aunque vivas en otro lado.

—Siempre y cuando también me visites.

—No podría ser de otra forma —sonreímos. Sus labios me regalaron un beso en la parte baja de la barbilla, y recostándome sobre el sofá, nos quedamos así durante un rato.

27

Chinami me acercó a la galería veinte minutos antes de la hora aun con todo y tráfico. Lo agradecía, ya que su presencia me convertía en alguien más puntual. Le debía a ella que no quedara mal en las exposiciones o citas importantes, ya que, si dependiera sólo de mí, hubiera llegado tarde a muchos sitios.

Bajé los cuadros con su ayuda y la de José Luis, quien se alegró de verla. Estuvieron hablando durante un rato hasta que mi amiga se despidió, diciéndome que tendría que hablar con Ricardo sobre la librería. El fotógrafo enarcó las cejas, sorprendido por esa información.

—¿Es su pretendiente o algo así? —Quiso saber mientras nos dirigíamos a la oficina. La galería era muy atractiva visualmente, con esos ladrillos por fuera y el interior muy establecido. Haber mantenido la casa con su esencia propia sin duda le daba un valor mayor.

—Sí, algo así —respondí, evitando distraerme en los cuadros expuestos. La galería estaba por cerrar, lo que hacía que hubiera menos personas.

—Ya veo —suspiró, sonriendo—. Supongo que nunca tuve oportunidad. Chinami es… muy propia —. Me reí ante sus palabras.

—Tu novia actual debe estar agradecida por eso.

—Sin duda lo está —nos reímos, divertidos con la conversación.

Hablar con Pamela resultó muy informativo. Para empezar era familiar de un socio de la galería, estaba haciendo un proyecto personal de arte y había pensado en la subasta. Sería para seguir dando a conocer el trabajo de la galería y sus exposiciones, así como también cerrar un ciclo debido a fin de año. Nos mostró la lista del tipo de cuadros que se expondrían: abstracto, surrealista e impresionismo.

Habría muebles y fotografía artística con temas sociales. La exposición se haría el día de mañana a partir de las once y la subasta se realizaría el treinta de diciembre.

Enseñé los cuadros que estaba dispuesto a vender, adelantando que venían otros en camino.

Nos dedicamos a establecer precios y una vez determinados todos los puntos en cuestión, José Luis y yo nos retiramos. Parte de sus fotografías serían subastadas, aunque una colección más amplia estaba por ser expuesta en otra galería, lo cual le venía bien para ampliar su panorama.

—Que mi trabajo se dé a conocer es muy apreciado —me decía mientras salíamos de la casa —, pero el trabajo en la empresa ayuda mucho en el tema económico, y sigo haciendo lo que me gusta.

—Sí, últimamente he pensado mucho en dedicarme a algo más, usar mis conocimientos en otras ramas —admití, y sin esperarlo, pensé en mi madre, en todo lo que siempre me decía.

—¿Has intentado con lo de dar clases? Podrías hacer una maestría y al terminar preguntar en la universidad, así compartes lo que sabes y te dedicas a tu arte. Es importante seguir en constante aprendizaje.

Suspiré, sabiendo que tenía razón, sobre todo al comprender que quizá mi madre no estaba tan equivocada después de todo, aunque podría darle un giro a sus palabras.

—Comenzaré a ello tan pronto como pueda. Abrir una galería propia no estaría nada mal, tampoco.

—Sería excelente —me sonrió—. ¿Quieres que te acerque a tu departamento? —Me ofreció,

señalando su camioneta del siglo pasado.

—Seguro —y sin más tardanza nos dirigimos allí.

Al llegar, hablé con Allison después de asegurarme de estar solo. Ella y Lázaro se habían dedicado a acondicionar el departamento de mi amigo, ya que sus cosas habían sido colocadas como sea; se encontraba en la Colonia Polanco. Con sólo escuchar el nombre se me iluminó el rostro.

Había tantas razones por las cuales yo podría acercarme a ese sitio, que ver a Allison quizá fuera más fácil de lo que había imaginado. Aun así, me obligaron a ser cuidadoso.

Les dije acerca de la exposición que se llevaría a cabo en la galería, preguntándoles si podrían darse una vuelta, a lo cual respondieron que harían lo posible.

Existían muchas personas que los conocían aun cuando habían cambiado ciertos rasgos de su físico, pero en una ciudad tan grande ¿no contaríamos con un poco de suerte?

Por lo que al siguiente día nos quedamos de encontrar allí ya que no podíamos llegar juntos. José Luis y yo, por otro lado, nos encontramos en la entrada.

La galería cerraba a las tres y los domingos no abrían, pero dadas las circunstancias harían una excepción. Estuvimos paseando por las diferentes salas para contemplar las diversas piezas de arte. La sección de muebles la dispusieron en la sala de exposiciones gráficas, mientras lo demás lo repartieron en las dos del primer piso, dejando la planta baja para las exposiciones que se llevaban a cabo en ese momento.

Estábamos conversando cuando vi entrar a Chinami del brazo de Ricardo, y no pude evitar sorprenderme por la pareja que hacían. No fui el único, ya que varias personas se volvieron al verlos entrar.

La imponencia del señor Villanueva era notoria, al igual que el carisma que siempre parecía portar. Chinami, por otro lado, tenía una presencia notable por sus rasgos y esa altiveza que mostraba su rostro sin ser pretensiosa.

—¿Él es su pretendiente? —Musitó José Luis, embobado.

—Sí, es él —respondí, apartando la vista. Le di un golpe en el pecho al ver cómo observaba a mi amiga, lo cual lo hizo reaccionar.

—Esteban, es un placer verlo otra vez —saludó Ricardo, tendiéndome la mano. Sonreí e hice las presentaciones correspondientes.

—No creí verlo tan pronto —admití. Chinami me guiñó un ojo.

—Cuento con unos cuantos días libres y quise venir para hablar con la señorita Kimura sobre trabajo.

—Pues espero que no sea el único tema que lo haya hecho venir hasta acá —señalé, casi amenazador. El hombre rio, mirando a mi agente.

—Le aseguro que no.

—¿Pretende participar en la subasta, señor Villanueva? —Intervino José Luis, curioso. Se apartó el fleco de su cabello que obstruía su vista; sus dedos estrellaron con sus lentes, de tanto tiempo que los andaba se olvidaba de ellos.

—Está en mis planes, sí, pero primero tengo que ver qué ofrece una exposición como esta —aclaró. Reí e invitándolo a ver, se alejó. Chinami me hizo una seña de que nos veríamos en un rato.

—Hola —saludó alguien más, sobresaltándome. Era Enrique no sé qué. Sólo con verlo me sentí mal al haberme olvidado por completo de él.

—Enrique, qué sorpresa.

—Lamento presentarme así… —vio a mi compañero y agregó—: ¿te importa si hablamos un

momento?

—Eh, seguro —me volví a José Luis, disculpándome—. Oye, quería pedirte una disculpa —le dije a Enrique, una vez alejados de la multitud. Vi extrañeza en su semblante, por lo que preferí aclararme—, sé que perdiste tu trabajo y me siento responsable.

—¿Cómo lo supiste? —Quiso saber, muy confundido. Abrí la boca al comprender mi error.

—Yo… escuché rumores por ahí. ¿Querías decirme algo? —Me apresuré a preguntar, asustado.

—Sobre nuestro último encuentro me quedé pensando en lo que dijiste: las cámaras de seguridad. Pude acceder a ellas el día que regresé por mis cosas —explicó—. Te hice una copia, quizá a ti te sirva de algo —me tendió un USB que tomé con manos temblorosas—. Si algo aprendí, Esteban, es que no debes confiarte. Marcelo es listo y más de uno hemos sido testigos de su mal humor, no es una persona del todo correcta.

—¿Entonces por qué siguen trabajando ahí? —Susurré, viendo el USB.

—Porque necesitamos trabajar. Que seamos testigos de su mal carácter no significa que lo desate con cualquiera —suspiró, sacudiendo la cabeza—. En fin, lo único que te digo es que tengas cuidado. Sólo quería darte esto, así que me retiro.

—Gracias, Enrique —me sonrió para después marcharse. Guardé el accesorio en el bolsillo de mi pantalón, asegurándome que nadie me veía.

Los minutos pasaban y no había señal de Allison ni Lázaro. Empecé a suponer que no llegarían y mi ánimo se ensombreció un poco.

Pamela se encargó de hablar con los posibles compradores, participando José Luis, yo y otros expositores de vez en cuando.

Chinami y Ricardo se perdieron entre la multitud, yo me quedé estudiando una pintura donde se observaba un campo tan perfectamente detallado que tenía que concentrarme en cada pincelada. Unas formas se unían con otras creando diversas cosas a la vez, podían observarse como una sola pieza y al mismo tiempo como individuales.

—Una pintura interesante con muchos secretos si puedo decir —me interrumpió una voz. Me incorporé, apretando la copa que traía en la mano. Alguien se había encargado de poner un *coffee break* para hacer más ameno el evento.

Tragué con dificultad al contemplar al hombre que tenía frente a mí: Marcelo. Al percatarse de mi sobresalto sonrió con satisfacción.

—¿Lo asusté, señor Gordillo?

—Me sorprendió, que es diferente —aclaré, barriendo los alrededores con mi mirada en busca de los dos periodistas.

—¿Busca a alguien? —Me acribilló, al percatarse de mi estudio. Hice acoplo de mi control para verlo a los ojos.

—A mi agente.

—No veo por qué, no muerdo.

—La última conversación que tuvimos me hace creer lo contrario —señalé, con la vista en el cuadro. Sentía los nervios a flor de piel, temeroso que fuera en ese instante en que Allison y Lázaro se presentaran. ¿Quién adivinaría que su antiguo jefe aparecería por aquí? Aunque había presenciado el lienzo que adornaba su oficina, no creí que fuera un amante del arte como tal.

Marcelo rio, para después beber un sorbo de champagne.

—¿Qué puedo decir? Usted llegó a amenazarme culpándome de algo que es decisión del destino.

—¿Acaso no hizo usted lo mismo? —Inquirí, recordando a la perfección ese día. La rabia

inundó mi interior, así como el miedo.

—¿Y cómo ha estado? ¿Qué tal la exposición en el MoMA? —Preguntó en cambio, ignorando mis palabras. Lo vi de reojo descubriendo la diversión en sus expresiones—. Debió ser muy placentera.

—¿Qué hace aquí, licenciado Marcelo? —Quise saber, apretando los dientes. Tenía que controlarme, hacer como que su presencia no me afectaba, aunque se me estaba haciendo imposible.

—Lo único que puede hacer alguien que viene a una exposición. ¿Acaso no es artista? —Lo vi a los ojos—, quisiera ver sus obras, señor Gordillo, ver qué tiene para ofrecer.

No respondí durante largos segundos. ¿Acaso se burlaba de mí?

—¿Ahora no dice nada?

—A usted no. Si me permite —estaba por alejarme pero el sujeto se interpuso en mi camino.

—Dígame, señor Gordillo: ¿cómo lleva su luto? ¿O es que ha encontrado un reemplazo para su difunta novia? —Inquirió, sin dejar de verme. Tragué con dificultad—. Tiene un humor muy versátil, ¿no?

—No creo que le importe —zanjé—, después de todo es mi vida personal y no tiene nada que ver con usted.

—Quizá, pero sigo pensando en lo ingenuo que es. ¿Ya aceptó que su novia lo engañaba con su amigo? —Rio. Y fue cuando los vi, Allison y Lázaro entraron en ese momento, ella iba con lentes oscuros mientras su acompañante con una gorra. Alfredo venía con ellos.

Me inundó el terror al verlos allí tan cerca, tan expuestos. Se me fue el aire mientras el estremecimiento me recorría todo el cuerpo. Noté que Allison me buscaba.

—Se puso blanco —señaló Marcelo al contemplarme—. Ha de ser un tema sensible, aunque se entiende: después de todo le mentían en la cara.

Miré al licenciado con ganas de golpearlo. Al ver sobre su hombro distinguí que Lázaro me señalaba, sonriendo. No… tenía que impedir que se acercaran. Abrí mucho los ojos y él pareció notar la alarma en mi rostro porque se detuvo, inseguro. Dejé caer la copa derramando todo el líquido que quedaba, lo que llamó la atención de muchas personas. Marcelo, más por su imagen que porque realmente lo sintiera, me detuvo con aparente preocupación.

Me las arreglé para hacerles una señal a Allison y Lázaro para que se fueran. Vi a Chinami acercarse a ellos y de pronto los perdí de vista.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Esteban… —se acercó José Luis con preocupación. Fue cuando miró a Marcelo que pareció comprender lo que ocurría.

—Lo siento, fue… un mareo. El calor, y… —dejé de hablar. El fotógrafo levantó los fragmentos de cristal y Pamela se acercó con utensilios de limpieza. La gente se fue apartando, permitiendo que entrara aire—. Está bien, ya me siento bien.

Mis manos temblaban mientras yo intentaba ver si Allison y Lázaro se habían marchado. Vi a Alfredo quien me hizo una seña para darme a entender que así había sido. Busqué a Chinami con la mirada sin encontrarla por ningún lado.

—Diste un susto, amigo —dijo Pamela, al acercarse otra vez. Señaló a la multitud—. Sin duda un espectáculo más que agregar.

—Lo siento, sólo…

—Pamela, un gusto verte —interrumpió Marcelo, viéndome con sospecha. Fue cuando la anfitriona se fijó en el hombre que no se había apartado de mi lado. Su sonrisa fue genuina.

—Marcelo, qué gusto. Lo lamento, con todo esto no te vi _me miró para después verlo a él

otra vez—. ¿Se conocen?

—Las casualidades —respondió el licenciado. No me quedó más remedio que secundarlo.

—Él es… *era* —me corregí, concentrándome en respirar—, el jefe de mi novia.

—¿No querrá decir *ex* novia? —Puntualizó el hombre, burlón. Apreté los dientes, viendo sus ojos astutos.

—Claro, sólo es la costumbre —lo complací—. Si me disculpan tengo que buscar a mi agente —musité, apartándome. Sin embargo, antes de alejarme, Marcelo se acercó viéndome con fijeza.

—Señor Gordillo —susurró—, le recomiendo tener cuidado. Sabe que ocultar a alguien es un delito, ¿no? —Sus dientes se asomaron en una sonrisa calculadora, amistosa y amenazante. Tragué con dificultad, sintiendo mi corazón bombear con violencia.

—También el lavado de dinero, señor Marcelo —contrataqué. Su sonrisa se tensó hasta borrarse por completo. Acercándose un poco más, habló a mi oído:

—Le recomiendo ser precavido. Es muy fácil callar a alguien, ¿sabe? Que desaparezcan sin dejar rastro, sobre todo cuando se involucran en asuntos que no les conciernen —capté la amenaza, claro, pero no la pude rebatir temiendo más por mi novia y Lázaro que por mí mismo. Mi interlocutor me palmeó el hombro—. Que tenga linda noche.

Y dicho eso, se alejó. Tomé mi celular con rapidez, listo para hacer una llamada, pero antes de poder marcar el primer número, Chinami me interceptó.

—Tranquilo, ya se fueron.

—Sí, pero tengo que hablarles. No están seguros, necesito saber si llegaron bien…

—Esteban, Esteban —repitió, tomándome de las manos, sonriente. ¿Por qué sonreía?— Tranquilízate, recuerda que te observan—. Era verdad, y si las personas me veían era claro que Marcelo también. Cerré los ojos—. Debes actuar con normalidad porque de otro modo podrás llamar la atención. Ya se fueron y si no te calmas podrás ponerlos en más peligro, ¿entiendes? —Mascullaba, todavía sonriendo como si habláramos de cualquier cosa.

—Tengo que verla, Chinami —rogué, tomándola de los brazos. Ella asintió y tomó su celular para hacer una rápida llamada. Fruncí el ceño al escuchar sólo la mitad de la conversación lo que fue suficiente para saber que nos veríamos en casa de mi amiga, siendo eso lo más seguro.

—Listo.

—¿Sucede algo? —Inquirió Ricardo, acercándose. Nos vio a ambos, extrañado, pero fue Chinami quien respondió.

—No, nada, solo hablábamos de una reunión que haremos más tarde —asintió, con aparente calma. ¿Ricardo podía percatarse de la tensión en la comisura de sus labios? El curador la miró para después estudiarme a mí.

—Comprendo. Estaba por ver el último piso, pero si gustan irse…

—No, adelante. Esteban y yo pretendíamos irnos hasta que termine la exposición. ¿Te alcanzo en un momento?

—Por supuesto —se retiró. En su camino se topó con José Luis, quien pretendía llegar hasta donde yo estaba, pero fue interceptado por el pretendiente de mi amiga.

—¿Crees que se haya dado cuenta? —Susurré a mi agente, refiriéndome a su cita. Chinami vio cómo este se alejaba.

—Es muy posible, sobre todo porque en tu estado no ayudas nada —suspiró, parándose frente a mí para arreglar el cuello de mi camisa—. Pero es discreto, ni siquiera me preguntará nada.

—¿Por qué estás tan segura? Prácticamente le mentiste en la cara —la acusé. Chinami

acarició mi mejilla con una sonrisa más genuina en sus labios.

—Porque sabe lo que significas para mí, Esteban, y que si hago las cosas es por una razón —me palmeó el pecho—. Andando.

28

Nos encontrábamos en casa de Chinami. Eran alrededor de las once de la noche, la exposición se me había hecho eterna después de lo ocurrido. Mi agente pasó a dejar a Ricardo a la casa de su hermano para después venirnos a su departamento. Mis nervios me habían jugado una mala pasada e incluso ahora me temblaban las manos. Cuando vi a Allison esperando afuera junto con Lázaro y Alfredo, me abalancé sobre ella, temeroso.

Una vez dentro les expliqué lo que había ocurrido incluyendo la aparición de Enrique y lo que me había dado. Chinami encendió su computadora y nos dispusimos a ver los videos. Eran dos los relevantes, uno donde se veía el disturbio que Lázaro y Allison habían tenido que armar para poder salir del edificio y el otro era de la puerta principal donde intentaron detenerlos. Se vio cómo les habían disparado y la velocidad con la que Lázaro subió a su auto.

Un nudo en mi garganta me impidió hablar después de eso, viendo por primera vez las pruebas de lo que en verdad había pasado, todo lo que ambos habían vivido cuando yo me dejaba envenenar con las palabras de mi madre.

—Tenemos que hacer algo ahora —ordené, impaciente—, no podemos esperar a que él se dé cuenta de que están vivos y actúe antes que nosotros.

—Después de lo de hoy creo que tienes razón, pero no podemos actuar solos. Faltan tres días para Año Nuevo y eso es un limitante —argumentó Lázaro, preocupado.

—¡No puedo seguir esperando! —Grité, ya sin poder controlarme. Todos me vieron, serios —. Marcelo actuará y ustedes… —los señalé, dejando caer mi brazo después, lleno de desesperación. Miré a Allison—. No puedo perderte, no otra vez.

—¿Hay algo que podamos hacer? —Fue Lázaro quien preguntó, dirigiéndose a Alfredo. Su novio negó con la cabeza, suspirando.

—No sin pruebas. Lo que Allison y tú tienen es un artículo muy bien detallado y eso ayuda, pero será mejor dejarlo expuesto. Ventilando su trabajo ilícito obtendríamos una orden de detención, con las pruebas preparadas y correspondientes podemos meterlo a la cárcel.

Fruncí el ceño, preguntándome por qué razón Alfredo estaba tan seguro de eso.

—¿Eres policía? —Quise saber, incrédulo. Mi voz se salía de control. El interpelado me miró con una sonrisa.

—Sí. ¿No te lo habían dicho? —Aullé, queriendo arrancarme el cabello.

—Respira hondo, Esteban —me aconsejó Chinami, viéndonos a todos.

—Es que no entiendo, si el novio de Lázaro es policía y tienen pruebas, ¡¿por qué esperar?!

—Porque debemos ser cautelosos, Esteban —respondió Alfredo—. Las cosas se hacen de cierta manera por una razón, si nos presentamos ahora con un artículo y sin una orden, sólo pondremos a Marcelo sobre aviso. Lo ideal sería sacar la nota, hacerla pública, que todo el mundo conozca la verdad y así será más sencillo —me explicó, algo impaciente al parecer. Me dejé caer en el sillón, derrotado.

—El siete de enero —agregó Allison, que hasta ese momento había guardado silencio—, esa es la fecha que establecimos para hacerlo público, es cuando terminan las vacaciones.

—Al diablo con las vacaciones —rechacé en un susurro, ocultando mi rostro en las manos.

—De verdad espero que no se pasen un día más con eso y que sus cálculos sean acertados —advirtió mi agente, poniéndose de pie—, de lo contrario todos podemos acabar muy mal.

—Es cosa de ser pacientes —añadió Alfredo—, y confiar en que tenemos la suerte de este lado.

—Pues de verdad espero que así sea —musitó Chinami, con su vista fija en mí. Sus ojos lo decían todo: por quien temía era por mí, por lo que pudiera pasarme si Allison muriera de verdad.

—Lo mejor será ir a casa, descansar un poco y tranquilizarnos —opinó el policía, poniéndose de pie—. ¿Quieres que te lleve? —Me ofreció. Andaba una camioneta Jeep que por suerte no era de su trabajo. Estaba por asentir cuando Chinami intervino:

—No, yo lo haré.

—Chinami… —comenzó Allison, pero la otra la interrumpió con cierta brusquedad.

—Si Marcelo está observando es mejor que no se acerquen al departamento, es más seguro de esta manera —suspiró, siendo clara con sus siguientes palabras—, no quiero que Esteban esté en más riesgo de lo que ya está, y ustedes… no quiero pensar cómo sería si los atrapan.

—Tiene un punto —admitió Lázaro, cansado. Vi a Allison y mi necesidad de quedarme con ella.

—Podría quedarme contigo hoy —sugerí—, si no tienen inconveniente —Chinami me miró al igual que los otros. Allison me sonrió—. Puedes ir por mí mañana temprano _agregué, viendo a mi agente. Suspiró, ya que sabía que no estaría tranquilo de otro modo, así que se limitó a asentir mientras los otros sólo reían. Allison me apretó la mano, lo que me provocó un estremecimiento.

El departamento era espacioso. La habitación principal tenía una isla que servía de mesa justo en el centro, nacía de la pared de enfrente dividiendo así la sala con una pequeña cocina. Un enorme ventanal se habría paso del lado derecho, siendo casi una pared completa. Al fondo estaba una puerta que dirigía a las habitaciones y al baño.

Lázaro me mostró todo con una sonrisa en el rostro, mientras señalaba, además, las cámaras que Alfredo había instalado por seguridad el mismo día que acondicionaron todo. Su novio había tenido que regresar a su casa, pero habían quedado de verse al día siguiente en algún momento del día, ya que él seguía trabajando.

Como era de esperarse me quedé en la habitación de Allison, había una cama matrimonial y una ventana frente a ella, una alfombra y lo que era un pequeño armario. Se había traído algo de su ropa que tenía en mi departamento, dejando la mitad allá.

—Te debo el regalo de navidad —susurré, mientras jugaba con sus dedos una vez acostados. Mi mente divagaba en todo lo ocurrido que no podía quitarme la preocupación de encima.

—No importa.

—Tú me diste uno, lo menos que puedo hacer es regresártelo.

—No es necesario, Esteban —me miró, acurrucándose a mi lado—. Prefiero que sigas a mi lado, con eso tengo suficiente —me hizo saber a la vez que rozaba mi mentón con sus labios.

—Puedes estar segura de eso —prometí, para después besarla en la boca. Devoré sus labios mientras su lengua jugaba con la mía. Ahogando un gemido, la apreté contra mi cuerpo.

La exposición para la subasta prosiguió al segundo día, pero sólo me molesté en ir unas horas en lugar de quedarme a todo el evento. En esta ocasión mi padre se dio una vuelta para animarme. Pretendía participar de forma activa en la subasta, lo cual me sorprendió, pero me alegró su forma de apoyarme. Por supuesto no era necesario que él pagara por mis pinturas, pero me contradijo asegurando que mis lienzos valían ser comprados incluso por él.

Por otro lado, Alfredo propuso poner cámaras de seguridad en mi departamento y en el de

Chinami, sólo por precaución. Fue en ese instante en que pensé en los padres de Lázaro a quienes no había visto desde mi regreso. Después de tantas cosas en la cabeza y de las cuales ocuparme fue casi imposible pensar en ellos, pero mi amigo me pidió que los visitara, teniendo en cuenta que él no podía.

La presencia de mi agente fue un apoyo más para mí que para ellos, ya que verlos a la cara sabiendo que su hijo estaba vivo fue demasiado difícil. Se alegraron de verme, ansiosos de saber cómo había ido el viaje, estuvimos charlando alrededor de tres horas.

Cuando le dije a Lázaro lo sucedido, él asintió, agradeciéndome por compartírselo para después disculparse y apartarse.

Sentí un nudo en la garganta al preguntarme cómo sería para mí si hubiera tenido que tomar la misma decisión que él.

El día de la subasta llegó, con un número considerado de personas. José Luis, Chinami y yo habíamos llegado juntos; por obvias razones, Allison y Lázaro no se presentarían, así que quedamos de vernos para la fiesta de Año Nuevo. Mi agente y yo teníamos pensado pasar por casa de sus padres para después ir a la de los míos y después de eso irnos al departamento de los dos periodistas, pensando en que sería más seguro.

Mi padre, Ricardo Villanueva y Marcelo Villatoro, fueron tres de las personas que participaron en la compra de lienzos. El licenciado me miraba con una mezcla de frialdad y burla, pero preparado como estaba pude controlarme mejor; por su parte Chinami no se alejó de mí.

—Una subasta muy interesante, ¿no lo cree así, señor Gordillo? —Me preguntó él, una vez que se dio por concluido el evento. Apreté los dientes.

—Sin duda.

—No espero las gracias de su parte por haber adquirido dos de sus piezas. Pude contemplarlas bien y he de admitir que me sorprende, tiene talento.

—Gracias, aunque créame que si de mí dependiera no le vendería esas piezas.

—¿De verdad? Es curioso, ya que tengo entendido que los artistas no son bien pagados.

—En realidad no son cosas que a usted deba importarle, licenciado —respondió Chinami, adelantándose a mí—. Si usted optó por pagar esas piezas, perfecto. Más allá de eso es irrelevante.

—El descaro que posee su novia es notable —señaló Marcelo, burlón por el uso de sus palabras—. Imagino que de ella aprendió su insolencia, señor Gordillo —nos lanzó una mirada desdeñosa para luego alejarse; era obvio que ahora no le importaba guardar las apariencias. No tendría caso, al parecer, dadas las circunstancias pasadas.

Sin decir nada, aparentamos calma cuando se acercó Ricardo con mi padre.

—Una subasta muy buena, muy buena —dijo el segundo, eufórico.

—Es la primera a la que asistes, por lo que te aseguro que no hay nada relevante.

—No estropees mi experiencia. ¿Nos vamos? —Negué una vez.

—Tengo que hablar con Pamela para ver lo de las pinturas vendidas, pero adelántense, no se perderán de nada —aseguré, sonriéndoles. Chinami me contempló con preocupación, pero con un gesto de cabeza le hice entender que estaba bien.

—Felicidades, Esteban —dijo Pamela una vez que estuve con ella. José Luis tendría que pasar después—. Las pinturas de tu segunda colección fueron las más peleadas. Que llegaran con tiempo fue un golpe de suerte.

—Lo mismo opino.

—Bien, dado los precios establecidos y el trato en que quedamos te estaría haciendo una

transferencia mañana temprano. ¿Alguna objeción?

—No, sólo por la fecha espero que no haya retraso —bromeé. La mujer se rio, asintiendo.

—Esperemos que no.

Y así llegó el treinta y uno de diciembre. Teníamos todo listo, habíamos preparado una pequeña cena en el departamento de Allison y Lázaro a la que asistiríamos más noche. Chinami pretendió pasarla por alto, pero se lo prohibí, tajante. Siempre convivíamos esas fechas como para que fuera distinto ahora.

Nos vestimos para la ocasión y una vez listos, llegamos a casa de sus padres. Todo parecía tan pulcro que quedé sin habla. Sakura me explicó lo del *ōsōji*: una limpieza a fondo, aunque más allá de eso, era como un nuevo inicio, una renovación tanto en el hogar como en el alma de los habitantes de la casa. Una costumbre muy japonesa, sin duda, aunque el padre de Chinami la había adoptado aun cuando vivían en México.

Convivimos un rato para después irnos a casa de mis padres. Sin embargo, antes de salir Chinami me llevó a su habitación donde me tendió una tarjeta. Era un diseño bastante interesante con letras que no entendía y una rata muy rechoncha en medio de todo eso.

—Es una *nengajō* —me explicó al ver mi desconcierto—. Mi abuela las mandó como presente de año nuevo, esa es la tuya.

—Pero no me conoce —musité al contemplar la tarjeta.

—No, pero ha escuchado tanto de ti que es como si lo hiciera —suspiró, acercándose a mí pero con la mirada en la puerta—. Se supone que te la tengo que dar el primero de enero, no antes, pero prefiero hacerlo de una vez.

—¿Gracias? —Solté una risa extraña.

Llegamos a casa de mis padres, pero yo estaba impaciente. Quería ver a Allison agradeciendo que una vez más tuviéramos la oportunidad de pasarlo juntos. Aunque preferiría que ella estuviera en este instante, tendríamos que ajustarnos a las circunstancias actuales.

Se había hecho una gran cena para todos los presentes.

Hubo conversaciones amenas entre las que se filtraron comentarios acerca de Morris y su estado con el alcohol en Navidad, pero el hombre se lo tomó a broma, provocando risa con su respuesta.

Mi madre se mantuvo alejada de mí, pero yo no quería comenzar el año de esta forma. Algún día tendría que aceptar la vida que había elegido o la pareja que amaba, y si no lo hacía sería triste tener que alejarme más de ella, aunque si podría evitarlo lo haría.

Nuestra conversación fue tensa, más cuando supo que Chinami y yo habíamos quedado con unos amigos para recibir el año nuevo. Amanda lo tomó personal y se refugió en el comedor, aun cuando los demás lo entendieron.

Sin especificar nada más, mi agente y yo nos despedimos para poder subir a su auto. En el camino ella me hizo saber que Ricardo pasaría la velada con su padre y hermano, debido a que su madre ya no venía a México. Mi amiga y él habían quedado de verse el día posterior.

—¿Tienes una tarjeta también para él, Chinami-san? —Quise saber, burlesco. La aludida me miró de reojo, concentrándose en manejar.

—No, mi abuela mandó esas tarjetas —suspiró, mientras buscaba dónde estacionarse. Había poco tráfico—, pero consideraré tus palabras, podría pagarte el diseño de una —asentí, sorprendido por su solución. Miré su perfil y la trenza que comenzaba en la parte superior de su cabeza. Era bastante interesante ver cómo tejía su cabello ahora más largo.

Fue cuando vi el tatuaje en su cuello; rara vez lo podía contemplar como ahora. Pensando en que mi amiga se iría, sabía que necesitaba preguntar al respecto.

—Tu tatuaje… ¿qué significa? —Susurré, una vez que nos estacionamos—. Sé que estuve contigo cuando te lo hiciste, pero nunca me mencionaste qué significaba ni yo pregunté.

Me quedó viendo con las manos en el volante, tamborileando los dedos. Parecía pensar si responderme o no, lo que me hizo sentir entrometido.

—Amor —dijo al fin sin apartar sus ojos de los míos—, significa amor —. Asentí despacio, mientras procesaba su respuesta. Estudié su rostro viendo sus ojos claros, así como los mechones lacios y sueltos de su cabello; si me concentraba lo suficiente podía notar las contadas pecas de su nariz.

—¿Por qué decidiste eso?

—Sencillo, hago las cosas por amor y quiero que ese sea el principal concepto en mi vida, por eso hago lo que hago: porque amo los libros, amo mi trabajo, mi familia, y te amo a ti —aclaró. Un cosquilleo bajó por mi espalda—. Eres mi mejor amigo, parte de mi familia, de mi vida, así que también te incluye —explicó con suavidad. Sonreí sin despegar los labios—. Y es un sentimiento que espero nunca me llegue a faltar, por eso lo tatué en mi cuello.

—Eres muy rara, ¿sabes? —Bromeé a lo que ella rodó los ojos. Le acaricié el brazo—, pero así te quiero, de otro modo no serías tú.

—Y quizá tú tampoco —. Me reí más fuerte, contagiándola. Después de unos segundos bajamos del auto.

Allison, Lázaro y Alfredo nos recibieron muy alegres. Tenían música a un volumen considerado, teniendo en cuenta que esta se escuchaba por todas partes. Había un enorme pay de manzana a petición mía, dos botellas de sidra y una de vino, así como también refresco. Eran las once y media cuando llegamos, así que nos dispusimos a cenar en una convivencia disfrutable.

Las risas no faltaron. Teniendo a Allison a mi lado no podía dejar de verla; estaba hermosa con su cabello recogido en un peinado sencillo y elegante. Seguía siendo rubio, pero no me importaba.

Un vestido azul oscuro de mangas largas, holgadas, delineaba su figura. En el departamento no hacía frío, lo cual le permitía vestir así, aunque tenía que admitir que una parte de mí prefería quitárselo.

Las campanadas no se hicieron esperar y pronto estuvimos abrazándonos y deseándonos un excelente inicio de año.

En ese instante no podría pedir nada más, estaba con mis amigos, estaba con Allison. Algo así no lo creía posible meses atrás, pero el destino nos había dado una segunda oportunidad y sería mala decisión desaprovecharla.

—Me agrada cuando se pueden contemplar las estrellas —susurró Allison, viendo al exterior desde el alfeizar de su ventana. Era lo suficientemente ancha para que los dos observáramos el firmamento y aun quedara espacio.

—Es una vista atrayente —admití, respirando el aire frío que se colaba. Lázaro junto con Alfredo y Chinami jugaban al UNO en el comedor. Titubeé un poco, pero al final me volví, tomando a Allison de la mano—. Tengo algo para ti.

—Esteban… —dijo mi nombre en un tono que me daba a entender que no era necesario. Sacudí la cabeza y saqué una cajita del bolsillo de mi pantalón. Al abrirlo le mostré una fina cadena con una lágrima de zafiro. Vi la sorpresa en su rostro.

—Sé que es tarde para regalos, pero no quise dejarlo pasar más tiempo.

—Es precioso, pero… debiste haber gastado una fortuna.

—No tanto porque es pequeño, pero no importa, quería que fuera perfecto —mi voz tembló debido a mis nervios. Sus dedos acariciaron mi mejilla.

—Es perfecto de cualquier forma —me besó. La rodeé de la cintura atrayéndola más hacia mí; mis manos parecían moverse solas por su espalda. Sentí la cremallera de su vestido, y estuve tentado a bajarla, pero no sabía si era seguro con los demás al otro lado de la puerta. Y no me equivoqué.

—Oigan, queremos postre, ¿pueden salir ya? —Masculló Alfredo haciendo que nos separáramos—. ¿Acaso están desnudos? —Inquirió después, asqueado en apariencia pero por el tono de su voz pude captar la broma.

—Vamos en un segundo —respondí sin apartar la vista de Allison.

—Perfecto, porque créanme: nosotros también queremos dormir —señaló para después alejarse. Mi novia y yo intercambiamos una mirada mientras nos dirigíamos a la salida.

Repartimos el postre en partes iguales, acompañado de más vino. El resto de la velada se fue en conversación más calmada, terminado cuando Lázaro se dispuso a vomitar sobre el fregadero. Parecía que la sidra había tenido su efecto.

—¿Quién es… —vomitó—, el culpable? —gruñó con torpeza. Allison y yo nos miramos, divertidos. Fue Chinami quien respondió:

—Tú, pero te haré creer que no fue así, por lo tanto, diré que Alfredo.

—Oye —rugió este. Se empezaron a reír, contagiándonos. Después del episodio, el periodista tuvo que recostarse y así dimos por finalizada la fiesta.

Chinami tenía que irse, Alfredo y yo nos ofrecimos acompañarla debido a la hora tardía, así que me encontré con ella en su auto mientras el policía nos seguía para que yo pudiera regresarme con él.

Nos despedimos de mi agente con un abrazo asfixiante, quien me regaló una sonrisa y guiñándome un ojo, se perdió en el interior de su casa. Alfredo y yo retomamos el camino. Una vez acostado entre los brazos de Allison, supe que no había mejor manera de terminar la noche y comenzar el año nuevo que estando con la persona que amaba.

Eran detalles que no cambiaría por nada del mundo.

29

—Quisiera despertar todos los días así —susurré incluso antes de abrir los ojos. Sentía los dedos de Allison acariciar mi cabello.

—Quiero lo mismo —dijo, rozando mi mejilla. Abrí los ojos para contemplarla, su cabello no estaba perfecto y veía los rastros de sueño aun en su rostro. Estaba hermosa.

—¿Qué hora es? —Quise saber, viendo la habitación. Todo estaba silencioso.

—Las diez. Para habernos dormido tan tarde despertamos muy temprano, ¿no crees? —Sonreí al incorporarme. Vi mi celular afirmando la hora; tenía un mensaje de mi padre. Suspiré en señal de derrota—, ¿pasa algo?

—Me encantaría quedarme a desayunar, pero…

—¿Tienes cita con alguien? —Preguntó medio en broma. La miré, sonriendo.

—Mi padre quiere que vaya a la casa. Ayer Chinami y yo nos fuimos antes, así que quiere que llegue a desayunar con ellos.

—Está bien —accedió, mientras se sentaba. Me puse de pie para poder vestirme y ponerme los zapatos.

—Vendré tan pronto como pueda, ¿te parece? Quizá pase a ver a los padres de Lázaro —me callé al ver su expresión ante mis palabras. Miré hacia la puerta, pensando en nuestro amigo—. Espero que pronto se puedan reunir.

—Será cuestión de días. No sé cómo lo tomen, sobre todo porque él y Alfredo… —se mordió el labio. Asentí al entender lo que decía.

—No lo saben.

—No. Una vez aclarado todo esto, espero que les diga y que ellos lo entiendan.

—Espero que así sea —sonreímos. Después de unos minutos en los que me arreglé para salir y Allison se vistió, pudo despedirme en la puerta. Al parecer Alfredo se había ido antes que yo.

Tomé un taxi para moverme hacia la casa de mis padres. Quería pasar al departamento a cambiarme para no levantar sospechas, pero lo pensé tarde, así que algo podría inventar. Cuando llegué, todos me esperaban en la cocina, animados al verme entrar.

—¿Acaba de terminar tu fiesta que ni siquiera te cambiaste de ropa? —Cuestionó mi madre, viéndome con sorpresa. Compuse una mueca.

—Feliz año nuevo también para ti, madre.

—Espero que Chinami y tú hayan decidido compensarnos por lo de anoche —dijo en cambio.

—Amanda, es temprano —intervino mi padre, cansado—, ¿podemos dejar de lado esas cuestiones? —Todos la quedamos viendo en espera de su respuesta. Al percatarse de eso la mujer suspiró, soltando su cubierto. Sonrió sin ganas.

—Por supuesto.

Nos dedicamos a desayunar después del abrazo de Año Nuevo. La plática fue tranquila y de alguna manera logré decirles cómo estuvo mi noche, cambiando el final. Para ellos me había quedado en el departamento de Chinami, nada relevante para los presentes salvo para mi madre, que sonrió con satisfacción. Después del desayuno, me despedí para dirigirme a casa de los padres de Lázaro, quienes se alegraron de verme. Me disculpé por la ausencia de Chinami, asegurando (y esperando) que ella los pasaría a ver después. Por un mensaje de mi agente sabía que se vería con Ricardo alrededor de las doce, por el momento ella se quedaría en casa de sus

padres a pasar el día.

Le marqué a Allison para avisarle que pasaría al departamento antes de regresar al suyo, pero no respondió. Sin darle mucha importancia pasé a darme un baño y a cambiarme de ropa. Mi espacio personal se veía diferente, más acogedor quizá, sabiendo que la chica que amaba formaba parte de él otra vez.

Contemplé los colores que me había obsequiado, sintiendo un cosquilleo en las manos por querer usarlos, pero ese día tendrían que esperar.

Tomé un taxi de regreso. Al bajar miré la calle con algunas personas caminando, aunque el número era considerablemente bajo. Tres autos negros estaban estacionados frente al edificio al que me dirigía; un hombre vestido de negro fumaba un cigarrillo, posado sobre el más alejado. Había algo en él que se me hacía conocido, aunque no lograba identificar qué. Sentí un estremecimiento recorrer mi espalda, un nudo en mi garganta y mi corazón de pronto violento.

Saqué el celular antes de pensarlo, enviando un mensaje de texto.

El departamento que Lázaro rentaba se encontraba justo subiendo las escaleras. Había otro en la planta baja, pero nadie parecía estar presente en ese momento. Viendo a los alrededores me apresuré a subir, sacando las llaves que mi amigo me había prestado.

Supe que algo andaba mal en el momento en que llegué a la puerta, ya que estaba entreabierta. Respiré hondo, caminando despacio pero con el terror en el pecho. Abrí con lentitud encontrándome con una escena que me dejó congelado en mi sitio: Allison y Lázaro estaban sentados con una soga amarrando sus muñecas hacia atrás, sobre el respaldo de su asiento. El gran ventanal estaba a sus espaldas, junto con los sofás que habían sido movidos para dejarles espacio a los dos ocupantes. En el caso de ella percibí el miedo en sus ojos al verme aparecer; sangre manchaba la comisura de sus labios. Por su parte, mi amigo tenía un golpe en el rostro. Más de cinco hombres estaban repartidos por la habitación, dos de ellos detrás de cada prisionero.

Y en medio de todo eso, sentado como si fuera su casa, con una calma natural y una sonrisa amigable, estaba Marcelo. Una pistola danzaba con los movimientos de su muñeca.

—Señor Gordillo, lo estaba esperando —desvié la vista de ambos rehenes, sentí el frío deslizarse sobre mi piel y el coraje al ver las señales de violencia en los dos periodistas. Concentré mi vista en el licenciado, quien se puso de pie—, ¿debería agradecerle, quizá? —Dijo entonces. Sonreía con burla y desdén, viéndome de pies a cabeza. Todos sus secuaces estaban armados.

—No entiendo —terminé por decir de forma estúpida. El hombre sonrió más abiertamente, balanceando su arma.

—Se lo explicaré de forma que sea clara para usted —eñaló a Allison y Lázaro, quienes lo veían con repulsión—, estos dos fueron listos a la hora de huir de mí. ¿Sabía que fueron inteligentes al descubrir mi trabajo? —Rio, divertido en apariencia. Yo no podía moverme, siguiéndolo con la mirada, a la vez que me cuidaba de su arma y pensaba qué hacer para salir de esto.

Le lancé una mirada a Allison, percibiendo su temor.

—Por supuesto que lo sabía, ya que de otro modo no se habría atrevido a ir a mi oficina a amenazarme —continuó Marcelo, respondiendo su propia pregunta.

—No sé de qué habla —rechacé, retrocediendo. Buscaba algo que pudiera ayudarme, pero no encontraba nada.

—Sí, lo sabe. Verá, soy un hombre de negocios, un experto en el lavado de dinero y todo estaba tan perfectamente estructurado hasta que ellos dos —los volvió a señalar con la punta del

arma. Apreté los dientes—, tuvieron que meter sus narices. Descubrieron todo y como buenos periodistas no lo dejarían pasar.

Rio, sacudiendo la cabeza.

—Imagínese mi sorpresa y sobre todo el titular del periódico o las noticas cuando saliera a la luz que Marcelo Villatoro, el creador del imperio de comunicación más importante de la Ciudad de México, se movía en negocios sucios. La empresa de hecho está sobreviviendo sobre dinero ilícito, ¿sabe? Por supuesto que no podía permitir revelar algo como eso. Intenté llegar a un acuerdo y ofrecerles a su novia y a su amante una salida, la oportunidad de ignorar el asunto y llevarse una buena recompensa por dejarme seguir en mis negocios.

—El corrupto es usted, no ellos —hablé después de minutos. Mi corazón palpitaba con fuerza.

El hombre me observó con interés.

—Precisamente esa es la cuestión. Rechazaron mi oferta y lograron escapar, así que tuve que buscarlos. Llegué a creer que usted sabía algo al respecto pero después apareció en mi oficina preguntando por Allison —prosiguió, recordándome los hechos pasados. Tragué con dificultad —. Supe que ignoraba lo que pasaba, pero eso no significaba que no me fuera útil. Buscaba a su novia y parecía dispuesto a todo para hallarla, así que me acerqué un poco más. Mis hombres buscaron en su departamento algo que ella pudiera haber dejado sin que usted lo supiera, pero no hubo suerte, y después de que se percató que alguien lo seguía, no podía seguir arriesgándome.

—Libérelos —exigí, no queriendo escuchar más. Intenté acercarme pero el hombre se interpuso en mi camino, otros dos se acercaron apuntándome con el arma. Escuché el jadeo de Allison al verme amenazado.

—Los creí muertos de verdad después de esa noticia en la televisión. Pensé que me había librado de un problema porque al fin quedarían callados. Sin embargo, no contaba con su insistencia, sus dudas y su amenaza, lo cual me hizo saber que usted es más listo de lo que aparenta, así que comencé a cuestionarme muchas cosas: una de ellas era hasta dónde estaba dispuesto a escarbar para saber qué había llevado a su novia y a su amigo a salir de la ciudad.

»Tenía que ser precavido, cuidarme la espalda, así que lo mandé a seguir —fruncí el ceño—. Imagino que no creyó posible eso, pero así fue. De esa forma pude enterarme de muchas cosas, se fue a Nueva York, tuvo su exposición, pero lo más curioso de todo fue esto —sacó unas fotos del bolsillo de su saco, para después arrojarlas al suelo. Las seguí con la mirada sin agacharme a levantarlas, estudiándolas desde mi posición. Al parecer yo no era el único detrás de un espionaje.

Contemplé las fotos una a una: Allison y yo en la entrada del edificio donde se había quedado. Reunidos con los demás en *Central Park*. En el ferri hacia Queens.

Las tomas eran claras, muchas de ellas alejadas pero otras cercas. Había otras, por ejemplo, hace unas noches cuando nos despedíamos afuera del departamento de Chinami. Incluso mías y de mi agente solos, frente a la fachada de este edificio.

Dios, había sido un estúpido. Confiando en que sería imposible que dieran con nosotros, me había arriesgado, y lo que era peor: había arriesgado al amor de mi vida. Levanté la vista, derrotado. Miré a Allison a los ojos, en una disculpa silenciosa.

—Vete —articuló ella con los labios sin elevar la voz. Pero no podía irme.

—Entenderá que no puedo hacer lo que me pide —respondió al fin Marcelo a mi súplica de hacía varios minutos—. Descubrir que estaban vivos fue como sacarme la lotería, sobre todo porque ellos ignoraban lo que yo conocía. Cuando me enteré gracias al guardia de su edificio, que una chica lo había llegado a visitar a altas horas de la noche, bueno —suspiró, tomando su

arma como si fuera cualquier accesorio—, fue mejor de lo que pensé.

—El guardia… —murmuré, más para mí que para otra persona.

—El dinero hace que la gente acceda a cualquier cosa. Pero no debe culpar a ese sujeto, señor Gordillo, el culpable es usted: un hombre enamorado dispuesto a lo que sea por la chica que ama. Sus deseos de estar con ella, de querer vivir otra vez, fueron las causas de lo que sucede ahora.

—Será detenido —sentencié, viendo al sujeto que me había arrebatado todo una vez—, no se saldrá con la suya; hay pruebas, testigos, videos.

—Esteban —me advirtió Lázaro. Estaba muy serio y la parte herida de su rostro comenzaba a hincharse. Lo miré sin comprender. Después de todo de nada servía ya guardar el secreto. Marcelo rio, viendo a mi amigo.

—Pruebas… lo sé. ¿De verdad piensan que no me entero de las cosas que pasan en mi empresa? Debo ser honesto al decir que cuando contraté a Paula y Fernando, no tenía idea, sin embargo no son tan discretos como creen.

Lázaro y Allison intercambiaron una mirada devastada. Todo lo que habían trabajado, aquello por lo que se habían ido, ahora carecía de importancia. Y yo era el responsable por no haberla dejado ir como debía.

—Entendí que la manera de sacar a la rata de su escondite era haciéndoles creer que tenían el queso —simplificó. Comprendí a qué se refería: si los espías de Allison y Lázaro habían recabado toda la información hasta tener lo último que necesitaban, era porque Marcelo así lo había dispuesto, porque de esa forma se confiarían y serían atrapados_. Fui considerado: les otorgué un día del nuevo año, pero al final cayeron en la trampa —finalizó, para después apuntarme con su arma.

Todo pasó de formar veloz, mi cuerpo reaccionó más rápido que mi mente pero no salí ileso. Escuché el estallido de la pistola antes de entender qué pasaba. Me lancé a un lado mientras mis oídos escuchaban el grito de Allison y Lázaro, llamándome por mi nombre.

Sentí un golpe en el hombro para después ser reemplazado por ardor y un dolor agonizante. Me estrellé contra el suelo, sintiendo un pitido en los oídos. Quería respirar, pero el dolor era demasiado. Vi sangre en el suelo. Mi cabeza era una confusión; lo único que me regresó a la realidad fue la voz de Allison. Me giré sobre el suelo al escuchar recargarse el arma, encontrándome con el rostro desquiciado de Marcelo. Apreté los dientes mientras presionaba mi hombro herido con una mano.

Mi atacante estaba por disparar una segunda vez cuando la puerta se abrió de golpe, dejando entrar a Alfredo con refuerzos. Distinguí su uniforme mientras gritaban algo, apuntando a los criminales. Vi el rostro de Marcelo sorprendido por la emboscada, que no pude hacer otra cosa más que sonreír, pero si pensaba que eso los detendría, estaba equivocado. En lugar de resistirse comenzaron a apuntar y se escuchó un disparo que me hizo encogerme.

El grito de Lázaro me despertó, recordando que no podía quedarme tendido en el suelo. Sentí cómo alguien me levantaba con mucha brusquedad mientras los disparos seguían, ensordeciéndome.

¿De verdad se atrevían a disparar a diestra y siniestra? Sin ver quién me sujetaba logré soltarme, pasando por detrás de unos cuerpos que disparaban a alguien más.

Algo pasó sobre mi cabeza, y se estrelló sobre la pared. Intentaba llegar hacia los prisioneros lo que era muy difícil. Choqué con un sofá en el justo momento que otra bala me rozó el brazo; grité sin poder evitarlo, cayendo por segunda vez y terminando detrás del mueble. Mis pies se estrellaron contra la pared y todo mi cuerpo se estremeció.

El dolor era sofocante a tal punto que no podía enfocar mi vista, pero tenía que concentrarme porque mi vida no era la única en juego. Giré sobre mi cuerpo para arrastrarme hacia donde había estado Allison, pero los descubrí en el suelo; de alguna forma habían logrado desatarse. Los sofás se habían convertido en un escudo y a su vez Lázaro la protegía de la incesante lluvia de balas. El ventanal sufrió daños y una fina lluvia de cristal cayó sobre ellos.

El cuerpo de un policía aterrizó en el suelo, seguido de otro más. Logré llegar hasta donde estaban los periodistas, y me acuclillé a su lado.

—Tenemos que salir de aquí —rugí. Ambos levantaron la vista, pero antes de lograr responder, vi el terror en el rostro de Lázaro.

—¡Alfredo! —Me volví para descubrir que alguien lo apuntaba por detrás. La advertencia de Lázaro lo previno, girándose en el momento en que el hombre del cigarrillo le apuntaba con su arma. Fue rápido, antes de poder disparar, el policía le asestó una patada que lo derribó y el disparo salió hacia arriba, reventando la lámpara.

—Salgan de aquí, ¡ya! —Gritó, dirigiéndose a nosotros, pero su novio lo ignoró yendo hasta él. Me volví hacia Allison y la ayudé a levantarse, tomándola de la mano intenté dirigirla hacia las habitaciones donde quizá pudiéramos estar a salvo.

Había varios cuerpos tirados. Nos detuvimos, respirando entrecortadamente.

—Esteban —escuché la voz de mi novia llena de alivio. Viéndola, la atraje hacia mí, agradecido que siguiera con vida. Jadeé al sentir el dolor que había desaparecido con la adrenalina—. Estás herido.

—No importa.

—Salgan ahora —ordenó una voz, dirigiéndose a los criminales al haberse detenido los disparos durante unos minutos—, el edificio está rodeado, es imposible que se escapen.

Fue cuando una silueta apareció en el pasillo: Marcelo. Al parecer había logrado refugiarse, pero no estaba ileso, tenía sangre en la ceja y lo que parecía ser un roce de una bala en el brazo. Alzó las manos en señal de rendición. La pistola había sido reemplazada por una metralleta. Abrí los ojos ante el temor por contemplar esa arma, preguntándome si sería capaz de disparar.

—Verá, oficial —dijo, viéndonos de reojo. Sonrió—, rendirme nunca ha estado en mis planes.

Tomó el arma con ambas manos y comenzó a disparar sin consideración. Los disparos resonaron en todos lados, destrozando la pared, cada uno de los muebles y el ventanal. Era casi imposible encontrar dónde esconderse. Me cubrí la cabeza, acercándome más a Allison. Tenía que hacer algo al respecto.

Me alejé con lentitud de ella para arrojarme sobre el licenciado, y así sorprenderlo. Chocamos contra la isla.

—¡Esteban! —Forcejeamos en un intento de arrebatarle el arma, que de momento ya no era una amenaza para otros, salvo para mí. Trastrabillé y la fuerza del sujeto me arrojó, caí sobre lo que quedaba de la mesita de cristal que había adornado lo que era el centro de la sala. Sentí rozaduras en mi carne contra el material destrozado, pero antes de poder levantarme vi a Marcelo apuntándome mientras me veía de forma desquiciada y resuelta a matarme—. Esteban, ¡no! —Aulló Allison, mientras trataba de acercarse.

Y se escuchó un disparo.

30

Marcelo cayó lentamente soltando el arma. Al volverme vi a Lázaro con la pistola empuñada y una seriedad mortal en su rostro. Él había disparado, él había matado al hombre que yacía a mis pies.

Se me fue el aire en un intento de procesar todo. Las heridas en mi cuerpo hicieron acto de presencia y la sangre comenzó a brotar con más rapidez.

—Esteban, Esteban —jadeaba Allison al momento en que se posó a mi lado; tenía sangre en el labio y heridas superficiales en brazos y piernas. Intenté respirar hondo, concentrarme en lo que decía, pero los sentidos me abandonaban—. Shh —me arrulló ella, despejándome la cara—, estás bien, estarás bien —me aseguró; sus ojos derramaban lágrimas aunque cierto alivio cruzaba su rostro. Logré incorporarme con su ayuda, y vimos el cuerpo de Marcelo sobre el suelo. Al levantar la vista observé que alguien había esposado a Lázaro. Vi a otros también esposados, pegados a la pared.

—Afuera, afuera —gritaba alguien. Dos personas salían del pasillo: un policía llevaba detenido a uno de los hombres de Marcelo; parecía que se había intentado ocultar sin éxito en la habitación. Otros cuerpos sin vida habían sido apilados. Había cristales rotos, muebles destrozados y mucha sangre por todas partes.

Me ardía la piel, mis ropas estaban llenas de mi sangre; el dolor estaba siendo insoportable mientras el mareo quería reclamar mi consciencia.

—¿Estás bien? —Miré a Allison, olvidándome de mí. Ella bufó, contemplándome de una forma extraña—, ¿no estás muy herida?

—Tonto, ¿por qué me preguntas eso? Tu hombro… —compuse una mueca. Dos oficiales se acercaron a ayudarnos. La mitad de los fallecidos eran de su equipo, aunque como había dicho Alfredo: había quienes rodeaban el edificio.

Me ayudaron a levantarme, aunque me costó mantenerme en pie.

—La ambulancia está de camino —dijo el oficial, con pésame en su voz—, les recomiendo esperar antes de salir —ordenó para después apartarse.

—Lázaro —mencioné, buscando a nuestro amigo quien estaba sentado cerca de la entrada, esposado. Alfredo discutía con otro policía, al parecer uno superior, sobre la razón por la que su novio había sido arrestado. Intentamos acercarnos, pero mi inestabilidad no me lo permitió.

Allison me detuvo, apoyándome con su cuerpo.

—Estás muy herido —señaló con preocupación. No pude contradecirla, había encogido mi brazo ya sin soportar demasiado el dolor. La visión se me borraba.

Escuchaba el sonido de muchas radios e intercambio de información. Al ver por la puerta distinguí unas patrullas y por supuesto: mucha gente.

La ambulancia llegó con bastante retraso. Me sorprendía que debido a la fecha la policía se había presentado, pero parecía que mi mensaje a Alfredo había sido clave en eso.

Fue cuando vi las cámaras de seguridad, lo que me hizo preguntarme si acaso Marcelo y sus hombres se habían percatado de ellas. Quizá mi mensaje sólo había sido una parte de la advertencia, ya que Alfredo debería haberse dado cuenta en algún momento de lo que pasaba.

Nos obligaron a bajar. Un policía empujó a Lázaro por las escaleras, esposado aún, lo que no tenía sentido porque se había defendido. Intenté rebatir, pero al darme cuenta alguien me arrojó

hacia una camilla.

—Estoy bien —intenté decir, concentrado en mi amigo que estaba fuera de la patrulla, discutiendo al parecer. Alfredo se acercó a él, y continuó su alegato contra su compañero.

—Dígale eso a su brazo, joven _dijo el médico, rompiendo la tela de mi playera para ver mi hombro, lo que me hizo gruñir—. Fue un disparo muy limpio, atravesó sin mucho daño.

—Dígale eso a la sangre —repliqué, al ver la herida. El aludido rodó los ojos, concentrado en su trabajo. Sangre bañaba mi piel, tan roja que me hacía pensar en los óleos que usaba para mis cuadros. Tenía heridas pequeñas, siendo las más graves la del hombro y la rozadura de bala—. Eso… por Dios, ¿vino la prensa? —Elevé la voz, estupefacto, olvidándome unos momentos de mis heridas.

—Al parecer alguien les llamó —dijo el médico, desaprobando ese hecho—, aunque no sé para qué.

Miré a Allison, asustado. Comprendía lo que podía suceder si la veían, pero ella sólo me sonrió. Estaba por decirle algo cuando se escuchó cómo un auto se detenía de golpe y una voz histérica se elevaba sobre muchas otras.

—Esteban —Chinami apareció de pronto con el terror dibujado en su rostro, ni siquiera pude decir nada debido a que se abalanzó contra mí, haciendo a un lado al médico quien viéndola con reproche se apartó un momento.

—Au…

—¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—¿Cómo supiste? —Pregunté, incrédulo ante su aparición. Se separó, sujetándome los brazos. Su blusa se había manchado de escarlata, aunque no parecía importarle.

—Las noticias. Estábamos desayunando y luego todo se vio interrumpido por una nota en vivo, y yo… el departamento y Marcelo y…

—Estoy bien, de verdad —le aseguré, intentando sonreír—. Todo pasó muy rápido pero logramos salir ilesos —. Me fulminó con la mirada para después jalarme de la oreja.

—¿Esto es ileso para ti?

—Lo suficiente —admití, con una mueca. Chinami sacudió la cabeza, distinguí a Ricardo hablando con un oficial y con Lázaro. Fue cuando mi amiga se volvió a Allison, para abrazarla. Percibí la sorpresa de la segunda ante el gesto inesperado, pero se lo devolvió; al separarse, mi agente se dirigió a ella.

—Me alegra que estén bien. Debería haber estado aquí, yo…

—No lo esperábamos, estábamos hablando cuando alguien tocó a la puerta y pensando que podría ser alguno de ustedes, Lázaro abrió y se encontró a Marcelo, quien lo golpeó para poder sujetarlo y luego —Allison sacudió la cabeza—, todo fue tan repentino.

—No entiendo —dije de pronto, con la vista hacia la fachada destrozada del edificio. Quería distraerme del dolor que reclamaba mi cuerpo, algo casi imposible; me sentía mareado y apostaba a que me veía pálido—, si los había atrapado y teniendo la posibilidad de matarlos allí sin ningún testigo, ¿por qué esperar y tomarse la molestia de explicarme todo?

—Porque quería burlarse de ti —respondió Lázaro, acercándose a nosotros. Se sobaba las muñecas, ahora libres—, hacerte saber que serías el responsable de nuestras muertes —explicó, mientras apoyaba sus manos en la camilla. ¿Por qué yo era el único acostado?— Tampoco pretendía dejarte vivo, no cuando sabías mucho.

—Así que iba matarme también.

—No sabes cómo lo siento, Esteban —interrumpió Allison, tomándome la mano—, creí que al irme estarías a salvo pero terminé poniéndote en el centro del problema.

—Estamos vivos ahora, ¿no? —Le hice saber a lo que ella asintió.

—De este lado están los principales testigos del incidente de hoy —se acercó una voz femenina, quien llevaba su micrófono y un camarógrafo. Me tensé.

Su rostro parecía animado como si estuviera cubriendo algo muy interesante. ¿Acaso era la única que se había prestado a dar una noticia el primero de enero?

Chinami se apartó un momento, Allison y Lázaro quisieron alejarse pero antes de irse muy lejos, la cámara los enfocó y la reportera quedó en shock.

—No puede ser —susurró, pasmada—, ¿acaso son…? Dios mío, pero si son Allison Montiel y Lázaro Pimentel, los supuestos periodistas que habían muerto —muchos voltearon a ver, interesados, la gente que observaba lo ocurrido no había menguado. De pronto los murmullos comenzaron a hacerse más fuertes y la reportera instó a su camarógrafo a acercarse. Los dos periodistas parecían no saber qué hacer—. Televidentes, esto es una gran noticia, no sabemos cómo ni por qué, pero esto cambiará el mundo periodístico a partir de ahora. Tomen nota —jaló a su camarógrafo, casi tropezando en el acto—, los dos periodistas que aparentemente murieron en un accidente hacía casi seis meses, están vivos —alargó el micrófono hacia ellos—, y todos queremos saber cómo.

Al final el médico alejó a todos de mí, con excepción de Chinami que de forma obtusa se negó a irse. Ricardo llegó hasta donde yo estaba mientras que Allison y Lázaro eran acribillados a preguntas; ambos querían alejarse, lo que era casi imposible hasta que los policías intervinieron, alegando que la reportera estaba interfiriendo con un asunto oficial.

Escuché cómo ambos acordaban con la mujer dar una entrevista exclusiva con su cadena una vez que se calmara todo el asunto, y de esa manera lograron zafarse.

Los secuaces vivos de Marcelo fueron llevados a las patrullas mientras que varios cuerpos fueron subidos a la ambulancia, entre ellos el del mismo licenciado. Tragué con dificultad, pensando en todas las pruebas que ahora no servían de nada.

Me senté en la camilla con ayuda de mi agente. Le había hablado a mis padres y a los de Lázaro por petición de este, aunque no sabíamos cómo reaccionarían era momento de averiguarlo.

Tanto él como Allison tuvieron que declarar y mientras ella estaba lejos pude observarla: cada gesto, cada movimiento, su cabello y la manera de mover las manos al explicarse, cómo sacudía la cabeza o asentía, cómo se mantenía en pie, cómo seguía viva. Dios, ella estaba viva y era todo lo que yo podía pedir.

Después de esto no me imaginaba viviendo una vida distinta de la que vivía con ella, era a quien yo elegía y a la que amaba, y nunca dejaría de hacerlo, por eso cuando regresó hasta donde yo estaba la tomé de las manos y la besé con profundidad, ignorando el dolor en mi brazo. Me habían puesto un cabestrillo, pero incluso eso perdió importancia al estar frente a esa chica.

—Necesitas descansar —me aconsejó, al separarse un poco. Chinami y Ricardo tuvieron que ir a estacionar bien el auto. Unas cuantas personas se habían retirado, pero aún quedaba un poco —, ¿pasa algo? —Inquirió al no obtener respuesta. Sonreí, suspirando.

—Cásate conmigo —dije al fin, viéndola a los ojos. Mis palabras la tomaron desprevenida.

—¿Qué?

—He vivido estos meses creyendo que estabas muerta. Pensé que tendría mucho tiempo a tu lado y en algún momento resultó no ser cierto y morí por dentro, Allison. Quedé devastado. Después, al encontrarte ese día en Nueva York fue como volver a respirar. Te amo, te he amado y lo seguiré haciendo y no quiero separarme de ti otra vez, así que ¿me concederías el honor de casarte conmigo?

No respondió enseguida lo que me dio unos instantes de inseguridad. Por la forma en la que me miraba, parecía no entender lo que yo le decía; sus ojos trazaban cada parte de mi rostro. Sonrió abiertamente. Me abrazó con fuerza para después apartarse y apoyar su frente en la mía.

—Sí, sí quiero ser tu esposa —susurró. Sus ojos brillaban y ahora fui yo quien tardó en procesar su respuesta. Cuando lo hice la besé con fuerza, eufórico y sin prestar atención a nada más. Lo que no fuera ella no importaba, no en ese momento.

Había aceptado ser mi esposa y esa era la dicha más grande que podía sentir.

Fue cuando se escuchó un alboroto que nos separamos, para ver cómo mis padres se acercaban. La voz de Amanda era incomparable. Allison hizo ademán de alejarse, pero la detuve de la mano, negando con la cabeza. No tendría por qué ocultarse más.

Al verla mis padres de detuvieron de golpe, su incredulidad era perceptible incluso a distancia. Mi padre se llevó la mano al pecho, al creer ver un fantasma; mi madre, por otro lado, avanzó dos pasos, inestable. Estaba blanca de la impresión sin duda.

Y de pronto, sin que lo esperáramos, se desmayó.

—Permíteme ayudarte —Chinami entró a mi habitación, cautelosa. Algo de luz entraba por el ventanal que hacía de pared; la calma se filtraba en todo el departamento.

—Quisiera quitarme el brazo como esos muñecos desarmables —bromeé, dejándola que me ayudara con la sudadera. Aun hacía frío teniendo en cuenta cómo era el mes de enero.

—Te informo que si lo hicieras, a diferencia de ellos el tuyo no podría quedar igual —determinó, al cubrir mi estómago. Suspiré mientras ella acomodaba el cabestrillo otra vez; habían pasado dos días después del enfrentamiento con el licenciado Marcelo.

—¿Crees que pueda volver a pintar? —Susurré, al verme en el espejo. Era una idea que rondaba mi mente y no podía quitarme. Chinami suspiró por lo que la miré de frente. Compuso una mueca, negando una vez.

—Tienes herido el brazo izquierdo, Esteban, no el derecho.

—Pero la rozadura…

—No es suficiente para dejarte inhabilitado. Además —agregó, mientras caminaba a la barra donde nos esperaban nuestras tazas con café—, no es como que tengas tiempo de pintar en estos días. Con todo lo que han tenido que aclarar…

—Di mi declaración dos veces, no tengo nada más que agregar. Allison y Lázaro darán una entrevista para aclarar todo lo que pasó y de esa forma quedar libres por completo —expliqué, pensando en que ellos ya estaban en la televisora—, ¿verás las noticias?

—No —respondió Chinami, segura—, dudo que digan algo que nosotros no sepamos —torcí una sonrisa, ya que sabía que tenía razón. La reportera resultó trabajar donde tenían al contacto que haría público el trabajo ilícito de Marcelo; en la entrevista aclararían todo lo que habían descubierto, enseñarían las pruebas incluyendo los videos que Enrique me había proporcionado. Quizá ahora no servía de nada porque el autor de esos delitos estaba muerto; sin embargo, Lázaro y Allison lo harían para poder limpiar sus nombres ante la mentira que habían tenido que dar. Tuvieron razones para ello y eran esas razones las que los libraría de cualquier problema que pudiera surgir. Aún quedaba el asunto de la empresa donde habían trabajado, con todo lo que pondrían al descubierto ésta se vendría abajo, incluso habían investigado a los socios de Marcelo para poder llevarlos a la cárcel.

Todo eso se traducía a que la empresa de comunicación quedaba sin su cabeza principal. Los trabajadores, por lo tanto, estaban a la deriva. El guardia de mi edificio, por otro lado, había sido despedido y detenido por cómplice.

—Mis padres esperan verte pronto —agregó Chinami, al terminar su café—. ¿Te importaría darte una vuelta después de ver a tus padres? Les dije que tenías cosas que atender; si te sirve de algo, ellos sí verán el noticiero —me guiñó un ojo.

Por supuesto, ellos, como los padres de Lázaro, como mis padres, José Luis e incluso Ricardo Villanueva, necesitaban saber la verdad, tener respuestas y esa entrevista se las daría.

—Llegaré más tarde —le aseguré.

—Bien. Me voy —se levantó, pero antes de que se marchara la detuve, sabiendo que tenía que darle la noticia personalmente. Entrelacé mis dedos con los de ella, viendo su mano.

—Le pedí a Allison que fuera mi esposa… y dijo que sí —Chinami me quedó viendo para después sonreír sin despegar los labios, su mano libre acarició mi mejilla.

—Estaría mal de la cabeza si hubiera dicho lo contrario —afirmó. Sonreí, agradecido. Sus brazos me rodearon el cuello en un abrazo; parecía que últimamente era más afectiva. ¿Se debía acaso al incidente del otro día?—. Me alegro mucho por ti, Esteban, sé que te hace feliz y eso es importante para mí.

—Te lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer —me aseguró, apartándose—. Somos uno, ¿no es así? —Recordé su obsequio y las palabras que me había dedicado. En efecto, estas eran ciertas. Asentí. Después de regalarme un beso en la frente, Chinami se despidió y la vi salir por la puerta.

Esperé a Allison un poco más de lo pensado. Al igual que Chinami yo no había escuchado la entrevista; sabía todo y revivirlo una segunda vez no era necesario para mí. Cuando mi novia y Lázaro salieron, una sonrisa de alivio inundaba sus rostros, el fantasma de la preocupación y el miedo se había borrado de ellos; la razón por la cual habían huido en un principio, estaba muerta. Eran libres. Libres de volver a su vida, libres de regresar con las personas que amaban.

Allison era libre para estar conmigo, no tendríamos que mentir más sobre quién era o esconderse de los conocidos, porque a lo mejor todos ellos sabían la verdad. Lo único que quizá nos condenara era la pesadilla de lo vivido ese día, pero comparado con todo lo demás no podíamos darle tanta importancia.

—¿Todo bien? —Inquirí al incorporarme. Había tomado un taxi para llegar hasta allí, sería Alfredo quien pasaría por nosotros, pues mientras Allison y yo tendríamos que ver a mis padres, Lázaro tendría que hacer lo mismo con los suyos.

—Más que bien —respondió él, viendo a Allison. El golpe en su rostro se veía más limpio, pero fuera de eso no tuvo más heridas, la quemadura de su brazo incluso se veía opacada por la felicidad de su expresión—. Todo ha sido aclarado y al fin somos libres de seguir viviendo —afirmó. Asentí, satisfecho. Fue cuando me palmeó el brazo, provocándome un gemido de dolor—. Lo siento, lo siento, olvido los puntos de la otra herida.

—Sí bueno, quisiera poder decir lo mismo —admití, una vez recuperado.

—Por cierto —agregó mi amigo. Allison se acercó a mí y le pasé el brazo «bueno» sobre sus hombros—, ya me dieron la noticia, ¡felicidades! —Rugió con energía. Me abrazó con mucha fuerza que la chica a mi lado tuvo que recordarle de mis heridas a tiempo. Sentí que en cualquier momento se me abrirían—. Resérvame ser el padrino, por favor.

—Supongo que tendrás que compartir el puesto con Chinami —anticipé. Lázaro suspiró para después asentir.

—Como guste el novio. Pero díganme, ¿para cuándo será la boda? —Miré a mi novia, intercambiando una sonrisa de mutuo entendimiento.

—Primero queremos hablar con mis padres, que todo este asunto se resuelva hasta quedar limpio para poder hacer planes, aunque no quiero posponerla demasiado a decir verdad.

—Comprendo —asintió él para después suspirar. Una camioneta se acercó a donde estábamos; antes de que se estacionara, Lázaro agregó—: bueno, es momento de enfrentarse al diablo —bromeó. Reímos, pues yo sabía que tenía razón y, sobre todo, a quién se refería.

Mis padres nos observaban desde el sofá. Rodrigo tenía el semblante calmado con cierta incredulidad que poco a poco desaparecía. Amanda, por otro lado, no relajaba el entrecejo. Sus labios eran una fina línea.

Ambos habían visto la entrevista, pero Allison y yo sabíamos que tendríamos que enfrentarlos en persona. Les habíamos dado horas para asimilarlo, aunque parecía que no lo habían hecho del todo. No los culpaba porque yo me había sentido igual.

—Tienes un gran descaro de presentarte en mi casa después de engañar a mi hijo como lo hiciste —rugió mi madre después de un rato.

—Mamá, ya te explicamos cómo se dieron las cosas, no…

—Eso no quita el hecho de que ella te mintió —señaló, molesta. Tragué con dificultad—. Marchándose con ese tal Lázaro… qué tantas cosas no hicieron mientras no estabas.

—Lázaro y yo somos buenos amigos, Amanda —intervino Allison sin perder su seguridad ni la calma, aunque yo sabía que la furia la guardaba en el interior—, al igual que Chinami y Esteban. Nunca lo engañaría así.

—Pero sí de otras maneras —mi madre se levantó, enfurecida. La imité, dispuesto a responderle, pero Allison se adelantó, parándose frente a ella.

—Le aseguro que amo a su hijo más que a nada, es todo lo que tengo. No me iré de nuevo. Lo que menos quiero es herirlo más de lo que ya hice —miré a Allison, parecía que el tema la mortificaba más allá de lo que me había dejado ver. Mi madre se cruzó de brazos. Fruncí el ceño y sin poder contenerme le pregunté lo siguiente:

—¿Por qué te opones tanto? No sólo con esto sino con las decisiones que he tomado, ¿por qué? —Quise saber, pensando en mi trabajo. Mi madre me miró sorprendida por la pregunta.

—Se suponía que era con Chinami con quien harías tu vida; siempre te ha querido bien, Esteban. Allison llegó a arrebatarte esa posibilidad —ante sus palabras, la aludida apretó los labios, porque una cosa era suponer las razones por las cuales mi madre la rechazaba, otra era escucharlas de su propia boca.

Parecía que mi relación con Chinami siempre sería un tema constante entre nosotros. Mi madre prosiguió:

—Además, ella fue la que te llevó por ese camino de la pintura y los dibujos, por ella perdiste la oportunidad de encontrar un buen trabajo, dedicarte a algo que valga la pena —sacudió la cabeza—. Hace todo con tal de que aborrezcas aquello que considero bueno para ti.

Fruncí el ceño, incrédulo ante esto último. Mis ojos se desviaron hacia mi padre quien al ver que ya era inevitable intervenir, se aclaró la garganta, poniéndose de pie.

—En realidad fui yo quien acercó a Esteban al arte, nunca pretendí que eligiera ese camino, pero no puedo verlo ahora en otro lado —dijo, tajante. Mirando a mi madre a los ojos, agregó—: y deberías apoyarlo también. Es tu hijo y si vieras su trabajo…

—No necesito verlo —determinó Amanda, para después señalarme con un dedo—. Entiende que eso no es lo que yo hubiera elegido para ti. Deberías haber encontrado un buen trabajo con el cual vivir, una mujer que te apoye bien sin mentirte. Deberías…

—Quizá, madre —la interrumpí, dolido y harto de tratar el tema. Di un paso hacia ella, determinado—, pero *elegí* esto, es lo que amo hacer y no me arrepiento ni un solo minuto. Agradezco el día que mi padre me puso en el camino una obra de Dalí y un libro sobre arte, es por él que puedo tener la vida que tengo ahora. No sabes cómo desearía que pudieras entenderlo

o por lo menos apoyarme. Soy tu hijo, deberías de ser feliz porque yo lo soy —intentó hablar pero le advertí con un dedo que no lo hiciera. Miré a Allison—. Y la elijo a ella. La amo, madre y no puedo pensar en alguien más para vivir mi vida a su lado que esta mujer frente a ti. La amo, eso no cambiará por más que lo desees. Es mi vida, son mis decisiones y es momento que lo respetes o te hagas a un lado, porque yo soy feliz —suspiré, apretando la mano de Allison.

Ella me sonrió con sus ojos brillantes. Contemplé su rostro, sus labios, todo de ella. Enfrentando a Amanda, proseguí:

—De verdad espero que puedas aceptarlo porque no la dejaré —. Se hizo el silencio mientras mi madre nos observaba. Mi padre por otro lado, sonreía—. Nos vamos a casar, le pedí a Allison que fuera mi esposa y ella aceptó —informé, con el pecho hinchado de orgullo. La sorpresa mezclada con la alegría en el rostro de mi padre fue satisfactoria; levantó el pulgar en señal de acuerdo. Mi madre, en cambio, descompuso su rostro.

—¿Qué?

31

Aseguré el último pestillo para poder cerrar la maleta por completo. Mis ojos recorrieron el equipaje listo sobre la cama mientras mi mente divagaba con otras cuestiones. Al alzar la vista vi los rayos del sol estrellarse contra el cristal de la única ventana en la habitación de mi agente.

O quizá debería decir mi *ex* agente. Estábamos a mediados de marzo y su marcha era inminente, lo único que agradecía era que se había esperado hasta esta fecha.

—¿Se embotó tu cabeza? —Me despertó una voz. Parpadeé para después fijarme en la mujer frente a mí. Sonreí.

—No, sólo… —suspiré, alejándome del equipaje—. Quería agradecerte en realidad, por esperar hasta mañana.

—Bueno, es tu boda, ¿no? —Señaló, mientras dejaba caer una fotografía enmarcada sobre su cama. La levanté con manos decididas aunque quizá demasiado rápido porque sentí un tirón en el hombro; ya no llevaba cabestrillo y la herida estaba curada, aunque de vez en cuando sentía un pequeño dolor—, ¿por qué no me esperaría?

Sonreí, asintiendo. En la foto había dos niños llenos de algodón de azúcar. Recordaba el momento: era cuando Chinami y yo habíamos ido a la feria. Mi padre conocía al suyo desde hacía tiempo, por lo que cuando Gilberto se casó con Sakura era inevitable que su hija y yo nos hiciéramos amigos. Habíamos sobrevivido al paso del tiempo y confiaba que seguiría siendo así.

—Chinami, quiero agradecerte —dije, levantando la vista hacia ella.

Su cabello estaba amarrado en una cola baja, los mechones rebeldes salían de ella en diferentes direcciones; sus ojos rasgados me prestaron mucha atención, curiosos.

—No sólo por ser mi agente, lo cual has hecho de manera estupenda; apuesto a que muchos hubieran agradecido tenerte como representante. Pero más allá de eso… —exhalé, acercándome para tomarla de las manos—. Gracias por ser mi amiga, por haber estado ahí para mí en todo momento, creo que nunca te agradecí lo suficiente. Ahora que te vas es como si me quitaran un brazo, pero alguien puede vivir sin un brazo, ¿no? Además de que dicen que a veces duele como si siguiera allí, pero a ti te volveré a ver.

Soltándose de mi agarré, Chinami me sonrió. No lloraba, parecía que estaba curada de eso; sin embargo, la conocía bien para saber que sentía esta separación tanto como yo.

—¿Recuerdas las veces que me iba a Japón durante unos meses para después regresar? —Me recordó sin apartar la vista de mí; asentí, riéndome. Ella siempre me había traído dulces tan extraños que siendo más joven comía con gusto. Ahora lo pensaría, sin duda—. No será diferente, Esteban, las circunstancias quizá sí, así como el tiempo, pero tú y yo estamos unidos, somos amigos, siempre lo hemos sido y eso no cambiará —me aseguró, con un apretón de manos.

Tragué con dificultad.

—Sé que este es el mejor momento para irme, te casas mañana y se irán a la playa; Allison recuperó su trabajo, tú comenzaste una maestría —añadió, un poco más seria—, estarás bien.

—Pero mi agente se va —bromeé. Chinami rodó los ojos, sonriendo.

—Puedes conseguir a alguien competente.

—No haré eso, es un puesto reservado para ti —le aclaré, mientras me sentaba en la cama. Suspirando, mi amiga se sentó a mi lado y recargó su cabeza en mi hombro.

—En ese caso espero hayas aprendido bien. Te dejo los contactos con las galerías, no te olvides de las ferias de arte, promover más tu página web, hacer exposiciones, renovar cada cierto tiempo tus colecciones, seguir en contacto con otros curadores —me miró de soslayo—. Aunque apuesto a que Ricardo seguirá tu carrera. Quizá el MoMA te pueda abrir las puertas por segunda vez.

Sonreí más abiertamente al recordar ese sueño cumplido. Había incluso hecho una exposición en los últimos tres meses y vendido más cuadros. Como bien decía Chinami: también había iniciado una maestría para posteriormente poder unirme a la universidad en calidad de maestro y así transmitir mis conocimientos a los nuevos talentos. Por una parte, tenía que darle crédito a mi madre, porque sí, tampoco estaba tan alejada en sus comentarios, por crueles que fueran, ya que sólo buscaba lo mejor para mí.

Por su parte, Allison había retomado su puesto como periodista. Los abogados de su antiguo empleo tuvieron que responder ante los trabajos ilícitos de Marcelo, habían ignorado todo lo que su jefe hacía, debido a ello y todo lo que perdían, las acciones se vendieron a su competencia directa de forma que pudiera salvarse junto con los empleos que se habrían perdido.

Los nuevos dueños tuvieron que limpiar la mala reputación y renombrarla para poder terminar con todo el asunto, por lo que ahora operaban más de una planta y eran los que encabezaban en el tema de comunicación.

—Te prometo que haré lo mejor que pueda, no dejaré de lado lo que he aprendido de ti.

—Eso espero de verdad, porque de otro modo ¿qué sería de ti sin mi presencia? —Nos reímos, divertidos. Era lo único que me quedaba hacer: reír, porque Chinami se iría mañana y esta forma de reír a su lado sería uno de los últimos recuerdos juntos. No podía desperdiciar ningún minuto.

Observé el traje colgado en el armario. Trataba de no pensar mucho al respecto porque me ponía nervioso, nervios de los buenos.

—¿Hay arrepentimiento en tu postura? —Escuché la curiosidad en su voz. Me di la vuelta mientras le daba un sorbo a mi café.

—No —observé a Allison de pies a cabeza, se había puesto un camisón azul casi transparente. Me atraganté con mi bebida—. Nunca.

—Yo tampoco —me aseguró con una sonrisa—. Recuérdame agradecerle a Ricardo Villanueva por prestarnos el jardín de su casa —añadió, mientras jugaba con los listones de su vestuario. No pude apartar mi vista de ella.

—Él y Chinami pensaron que preferiríamos algo más íntimo que una boda en la iglesia —mascullé, atolondrado. La vi a los ojos, derritiéndome por dentro—. No se equivocaron.

—¿Y el sacerdote no cobrará por ir hasta allí? —Prosiguió, mientras subía al colchón. Sonreía con altanería, sus cabellos ahora más oscuros reposaron con suavidad a su espalda.

—No lo sé —admití sin importarme mucho en realidad—. ¿No debería ser una sorpresa eso que andas puesto? —Pregunté al fin, al sentarme a su lado una vez que dejé la taza en el buró. Allison enarcó una ceja, divertida.

—Bueno, es que tengo otras cosas que quizá te interesen, pero… —se inclinó hacia mí, para rozar sus labios con los míos. Suspiré al sentir su tacto—, quería enseñarte uno.

—Pues estoy muy a favor de eso —susurré, besándola con más insistencia. Mis dedos temblorosos recorrieron su pierna, sintiendo cómo la tela delgada de la prenda le hacía cosquillas a mis nudillos. La espalda de mi futura esposa reposó sobre el colchón mientras mis labios rozaban su mandíbula y el cuello.

Antes de proseguir me aparté, sobresaltándola.

—¿No deberíamos… dejar esto para mañana? —Inquirí con la voz inestable. Ella sonrió, viéndome a los ojos.

—¿Es lo que quieres?

—No, la verdad no —y uní sus labios con los míos.

Me miré al espejo mientras Chinami batallaba con mi cabello al intentar pasarme un peine mojado para poder controlarlo un poco.

—¿Debería habérmelo cortado?

—Pero lo hiciste, ¿no? —Inquirió, concentrada en su trabajo.

—Bueno, sí pero sólo un poco.

—Pues yo lo veo bien, hace tanto que no te veo con el cabello corto que sería muy extraño. Recuerda —agregó, viéndome por el espejo—, el príncipe Caspian —rodeé los ojos—. Listo.

Me puse de pie para contemplarme entero. El traje estaba a la medida con la camisa blanca bajo el saco oscuro, y como detalle particular, Chinami había añadido cintillos de un color azul en las solapas. Sentía mi cabello rozarme el cuello. Mi cara estaba limpia. Parecía que hacía mucho que no veía por completo mis cejas.

Los nervios se trasmitían a través de los ojos, donde el oscuro se veía más profundo.

—Estás muy guapo.

—Estoy muy nervioso —la contradije. Chinami rio y viendo si no faltaba nada, nos dirigimos a la sala. Yo me había arreglado en casa de sus padres mientras Allison había quedado en el departamento, preparándose con ayuda de Sakura y la madre de Lázaro. Este último junto con Alfredo y Ricardo (quien había llegado para la boda la noche anterior) se encargaban de los últimos detalles donde sería la ceremonia. La recepción de la fiesta sería allí mismo; el hermano del curador había sido muy amable en brindarnos su ayuda para el evento.

Una vez terminados Lázaro pasaría por Allison mientras yo me iría con mi amiga.

—Y aquí viene el novio —dijo Gilberto al vernos salir. Tanto él como Sakura ya estaban listos. La madre de mi amiga me había sorprendido con su vestido, muy japonés. Su hija, en cambio, llevaba un vestido negro sin mangas con un cinturón ancho a su cintura; tenía detalles de *sakurasou* (una flor japonesa a lo que ella me explicó) en el cuello alto y los volantes de la falda. Su peinado estaba sujeto con palillos rojos—, ¿están listos? Lázaro nos comunicó que ya fue por Allison, así que no hay que hacer esperar a la novia, ¿no creen? —Bromeó.

Sonreí sin poder controlar mi voz.

Los padres de Chinami junto con los de mi amigo habían sido fáciles de entendimiento en cuanto a la decisión que Allison y Lázaro tomaron, los padres de él habían roto en llanto al poder tenerlo de vuelta, deshaciéndose en abrazos mientras su hijo les pedía perdón una y otra vez, pero ellos le aseguraron que lo entendían.

En cuanto a su relación con Alfredo la aceptaron de buena manera. Después de todo habían creído que su hijo había muerto para después saber que no era así. A comparación de eso, saber su preferencia sexual era irrelevante. No hubo diferencia para ellos, por lo que la pareja de mi amigo fue aceptada sin más.

Nos dirigimos a casa de Ricardo Villanueva donde todo parecía asombroso, tenía un jardín espacioso, muy bien cuidado y colorido, habían dispuesto un altar donde Allison y yo intercambiaríamos votos, y las sillas en fila se abrían paso frente a él.

Dispusieron un orden muy claro; los que trabajaron en ello sabían lo que hacían.

Los invitados fueron llegando: amigos del trabajo de Allison y Lázaro, incluido Enrique, quien se había vuelto a incorporar a la empresa; los padres de mi amigo, así como Alfredo con su hermana (una chica de diecisiete años) y sus padres. Los padres de Chinami con su hija. José

Luis quien había llegado con su novia. Mi padre, junto con Morris y Mathilda. Y por supuesto el anfitrión de la casa.

Le agradecí en persona a lo que él me aseguró que no importaba, lo hacía de buen gusto complacido ahora de saber qué cosas habíamos ocultado.

Una parte de mí se lamentaba que mi madre no se hubiera presentado porque eso levantaría una barrera aún más grande entre nosotros dos.

—Amanda… —comenzó mi padre, apesadumbrado. Palmeé su brazo, negando una vez.

—No tienes que explicar, yo lo sé —admití.

—Debes de entenderla, es tu madre, quiere lo mejor para ti —me explicó. Sacudí la cabeza, porque sí lo entendía, pero lo que ella no estaba dispuesta a aceptar era que yo era feliz.

—Lo sé, pero lo que tengo es bueno, papá: amo pintar, es mi trabajo. Amo a Allison y ella me ama también, ¿no es eso suficiente? —Inquirí en un susurro, derrotado. Mi padre sonrió.

—Estoy muy orgulloso de ti, Esteban, has sabido mantener y defender tu postura, y eres feliz. Lo que tienes te hace feliz, al igual que la buena persona que estará a tu lado —sonreí—. Además —apuntó, levantando su índice, serio—, al fin veré un anillo en ese dedo.

—Ay, papá —me reí.

De un momento a otro, todos estábamos listos, y anunciaron que la novia había llegado. Apresurados tomamos posiciones. Sentía que mis manos sudaban de los nervios viendo todo desde mi lugar, y fue cuando percibí cómo mi madre llegaba muy digna a sentarse en primera fila. Se había arreglado y su expresión era de: «¿qué? ¿Acaso no me querías aquí? Pues vine, agradécelo». Pero incluso ella quedó eclipsada cuando sonó la música y entró la novia.

Allison.

Iba del brazo de mi padre y sonreía, viéndome. La encontré tan hermosa en su vestido, su cintura era definida por la tela que caía en holanes hasta cubrir sus pies; sus brazos iban adornados con mangas de un encaje tan fino que parecía transparente salvo aquellos garigoles que hacían de flores, las cuales se unían con la forma del pecho.

Su cabello iba recogido en un peinado que no descifré. Su cuello era adornado por el collar con la lágrima de zafiro que yo le había regalado.

—Respira —escuché que me advertía Chinami a mi espalda. Lázaro se reía en el otro extremo.

—Es real —musité, sin apartar los ojos de mi futura esposa—, de verdad está pasando.

Los invitados veían caminar a Allison hasta donde yo estaba. Chinami rio bajo.

—Claro que es real, ¿por qué no lo sería? Así que dime, ¿estás listo para iniciar este nuevo camino en tu vida?

Allison llegó al inicio de las gradas, sonriente. El corazón se me llenó de vida, de amor, de dicha.

¿Que si estaba listo?

Sonreí, tendiendo mi mano a la novia. Le respondí a Chinami en un susurro, aunque las palabras quizá eran más para mí.

—Sí, estoy listo.

EPÍLOGO

Abrimos la puerta casi con sigilo, con nervios; las luces se encontraban apagadas. La fiesta después de la boda se había alargado de tal manera que ahora eran más de las diez de la noche. Al siguiente día, Allison y yo abordaríamos el avión que nos llevaría al sitio elegido como nuestra luna de miel: la playa, como bien había dicho Chinami.

Serían pocos días, tanto porque Allison no podía descuidar su trabajo mucho tiempo y porque yo tendría clase. Sin embargo, allí, en ese instante, no quise pensar en eso.

Sin que ella lo esperara, tomé a Allison en mis brazos y la alcé en el aire, justo como unos recién casados. Ella se rio mientras se aferraba a mí, y me besó con diversión.

—Bienvenida a casa, señora de Gordillo —Allison enarcó una ceja y me rodeó el cuello.

—¿Tengo que acostumbrarme a ese nombre? —Inquirió, lo que me hizo sonreír.

—Sólo un poco —la bajé a los pies de la cama, la cual estaba bañada con algunos pétalos rojos. En algún momento de la fiesta, Lázaro y Chinami se habían escabullido, y ahora entendía por qué. Sonreí. Amigos como esos no encontraríamos en otra parte.

Allison rozó la orilla de la cama y yo me permití delinear su cuerpo con los ojos. La cicatriz en su espalda lograba distinguirse en el tejido del vestido, y por un momento me hizo recordar lo vivido hacía unos meses todavía.

Ella se giró para encararme y me perdí en sus ojos, en la forma de sus cejas. Sin pensar mucho, rocé sus mejillas con mis pulgares, para después acariciar su labio inferior. Mi esposa suspiró, pero antes de poder besarla, se apartó unos centímetros.

—Regálame unos minutos —pidió en un susurro. Entrecerré los ojos mientras la vi alejarse sin dejar de lanzarme miradas insinuadoras. Torciendo una sonrisa, me acerqué al ventanal. Mi reflejo se dibujó en el cristal debido a la ausencia de luz. Fue entonces que vi el anillo en mi dedo, ese que señalaba que yo era un hombre casado. Lo rocé con una caricia cómplice, aun sin poder creerme de verdad que esto estaba pasando.

Si alguien me hubiera preguntado hace tiempo si pretendía casarme, quizá hubiera respondido que no, sin embargo, ahora era muy distinto, y eso me hizo retornar al momento en que mi vida había dado una dirección diferente.

Pensaba en eso cuando Allison se acercó a mí, y su reflejo le hizo compañía al mío. Sentí su mano sobre la mía y nuestros dedos se entrelazaron en un gesto aún más íntimo.

—¿En qué piensas? —Me giré para verla con claridad: su cabello oscuro, ahora suelto. Los lunares que adornaban su piel, y cómo sus brazos quedaban descubiertos por la sencilla vestimenta que se me antojaba dibujar con las manos. Me perdí en su imagen por largos segundos, en la longitud de sus piernas, en cómo el encaje acariciaba sus muslos, en cómo, de pronto, fueron mis manos las que trazaron el contorno de sus hombros, apartando lentamente los tirantes.

Allison cerró los ojos mientras dejaba escapar el aire. Nunca me cansaría de esto.

Mientras me entregaba a la tarea de desvestirla, respondí en voz baja a su pregunta.

—En ti, en el día que nos conocimos.

—¿Lo recuerdas bien? —Susurró ella al abrir los ojos.

Llevó sus manos a mi saco y con calma, como si ahora tuviéramos todo el tiempo del mundo, lo deslizó por mis brazos. Sonreí.

—Oh, por supuesto. Yo compraba café, ya sabes lo mucho que me gusta —le di un beso fugaz mientras nos encaminé a la cama—. De pronto una chica entró por la puerta y me dijo que le gustaba mi arte y que se quería casar conmigo. Era una acosadora —Allison rio, dejando su cuello expuesto, así que aproveché a depositar un beso en su yugular.

—Sabes que no es cierto. Deberías contarlo bien.

—Hm… —desanudé el lazo que cerraba su vestimenta mientras ella desprendía los botones de mi camisa—. ¿Quieres que empiece desde antes de la reunión con José Luis, o en la cafetería? —Besé su mentón pero Allison se apartó para verme a los ojos. Sujetó mi rostro en sus manos, firme.

—Desde el principio.

—De acuerdo. Ese día era muy soleado…

—Esteban… —me riñó, y sonreí.

—Entonces dime cómo fue —rodó los ojos y se apartó de mí. Comenzó a caminar, rodeando la cama, su mano acarició las sábanas y los pétalos de la orilla mientras me veía por encima del hombro. Percibí su sonrisa divertida.

—Sí, fue en la cafetería. Yo había entrado a comprar café, y de pronto te vi, pagabas por tu pedido. No estaba segura de que fueras el mismo chico, pero al darte la vuelta pude asegurarlo, aunque claro, no sabía si tú te acordarías de mí.

Sonreí mientras Allison se giraba y casi con parsimonia se sentaba sobre la cama; fue agrupando los pétalos entre las almohadas.

A decir verdad, en esa ocasión ella me había tomado desprevenido, e intenté recordar su nombre, por lo que me puse nervioso. Sin embargo, algo que Allison no sabía era que aún recordaba el momento exacto en que la vi: Chinami y yo habíamos entrado al restaurante donde habíamos quedado de vernos con José Luis y el resto de nuestros amigos. Esa ocasión, él había invitado a otros de sus conocidos, ajenos a nuestro grupito.

Todos ellos ya estaban cuando mi amiga y yo llegamos, gracias a mi hábito de llegar tarde, y entonces la vi. Allison reía por algo que alguien más había dicho. Fue cuando José Luis nos presentó a todos que la vi de frente, que encontré sus ojos. Su mano se me antojó suave cuando nos saludamos, pero algo que se había grabado en mi mente fue su sonrisa, el brillo de su mirada.

Sí, esa ocasión no intercambiamos números ni la promesa de volver a vernos, aun cuando nuestras miradas se encontraban cada cierto tiempo. Esa noche, Chinami y yo salimos juntos del lugar, casi despidiéndonos con prisa ya que yo había olvidado que tenía una reunión por el cumpleaños de mi madre. Fui consciente de cómo Allison nos vio partir, pero después de eso no quise pensar en ella.

Hasta ese día en la cafetería.

—Sabía tu nombre —dije mientras me quitaba los zapatos y me deslizaba a la cama. Allison enarcó una ceja—, lo sabía porque al ver tu sonrisa y cómo tus ojos brillaron al verme, lo pude recordar. Hablaste conmigo mientras pedías café y nos quedamos allí por varios minutos. Tuvimos que apartarnos de la caja porque la obstruimos de tan distraídos que estábamos —agregué. Me alcé sobre las rodillas y Allison me imitó para poder seguir desprendiendo mis botones.

Me dediqué a ver sus movimientos, a sentir la agilidad de sus dedos en mi piel.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué te dije para que te distrajeras tanto? —Me preguntó para después darme un beso mientras sus manos me despojaban de la camisa. Tomé la prenda y la arrojé hacia cualquier lado. Más ansioso, le quité a Allison la pequeña bata de encaje, dejándola sólo con un conjunto que me dejó sin aliento.

—Que José Luis te habló de mí, que se disculpó casi en mi nombre por haber salido corriendo. Fue él quien te dijo en primer lugar que yo intentaba ser artista. Esperabas que pudiera enseñarte algo de lo que hacía, aunque si lo pienso detenidamente, era más bien una excusa —besé su cuello para bajar por su clavícula, su pecho. Allison arqueó la espalda al sujetarse a mis brazos.

—Una excusa que tú te creíste —me reí y la recosté sobre la cama. Enarqué una ceja.

—Era un poco ingenuo, por supuesto —Allison desprendió el botón de la cinturilla de mi pantalón y el aliento se me escapó. Vi el destello de mi anillo, el gemelo del de ella. De mi esposa. Me gustaba ese término.

Mi esposa.

—¿Y después? Dime qué sucedió después —me pidió, viéndome a los ojos. Recorrí su rostro y rocé su sien con mis dedos hasta alcanzar su mandíbula.

—El café se enfrío —inventé, porque había ignorado cómo quemaba mientras estábamos allí, hablando de pie. Había olvidado que tenía que ver a Chinami—, pero no importaba porque estaba tan cómodo hablando contigo, y entonces Lázaro te llamó, porque al parecer, tú y yo llegábamos tarde a nuestros respectivos encuentros —Allison rio bajó—. Y te pedí tu número, porque si esa primera noche lo dejé pasar, no lo volvería hacer.

—Y ahora estamos aquí —dijo ella, ahora más seria.

—Estamos aquí —asentí. Nuestras manos se entrelazaron y los anillos quedaron a la vista—, y estamos casados. Somos esposos —le besé la mejilla.

—Repítelo —me pidió mientras le dejaba espacio a mis piernas.

—Estamos casados —mi voz sonó gutural. Allison sonrió—. Y te amo, demasiado, lo que me hace estar seguro de que esta decisión es la mejor que he tomado en toda mi vida.

Allison me acarició el rostro y enterró sus dedos en mi cabello.

—También te amo, Esteban —susurró—, y eso, puedo asegurarte, es lo mejor que me ha pasado en la vida —me besó en un gesto que sellaba sus palabras.

Y con la certeza de que esto era lo mejor que podía pedir, me entregué al beso.

A este, y a todos los que vinieron después.

PALABRAS DE LA AUTORA

Bueno, aquí estamos, poquito más de un año después de haber publicado mi primera novela, pero ahora con un tema muy distinto.

Debo decir que esta historia nació de una forma muy peculiar, bajo la pregunta de ¿qué ocurriría si de pronto una persona desaparece sin explicación? Y esta pregunta vino después de ver una serie, un capítulo en concreto, para ser precisa. La serie en cuestión es *Siren*, donde ocurrió algo similar. Quise tener una respuesta, y he aquí el resultado.

Tristemente, el tema de los periodistas desaparecidos o muertos es una realidad en América Latina, en este caso en México, y la mayoría de las veces los responsables salen indemnes, y es una de las razones por las cuales es más importante alzar la voz, de ahí las acciones que Allison y Lázaro llevaron a cabo, y que al menos aquí, el final del cuento fue feliz.

Ahora, en cuanto al tema del arte vino al querer darle a mi protagonista algo en lo que sobresaliera y que pudiera decir: «me dedico a esto», ya que venía de escribir una historia más compleja, pero donde mis personajes no podían decir que tuvieran habilidades específicas más allá de matar. (Espero en un futuro presentarles esa historia).

Debo agradecerle a mi hermana Jazzery por bautizar a Esteban, porque en un principio no sabía cómo nombrarlo, y la opción que ella me dio fue perfecta, así que no tuve que pensarlo más. También debo agradecerle el siempre estar ahí para escucharme, por más vueltas que yo le dé a las cosas. Me hace considerar otros puntos de vista en ciertas cuestiones.

También quiero agradecerle a Lorena Amkie, de quien sigo aprendiendo y quien me dio una visión algo más amplia en ciertos puntos de la novela, lo que me hizo considerarlos y mejorarlos.

El romance es uno de los géneros que me gusta leer, y aunque es un tema que trato en la mayoría de mis historias, puedo decir que esta es la primera de romance contemporáneo que escribo, y me gustó mucho el resultado.

Me da nostalgia despedirme de estos personajes, pero espero que ellos encuentren su propia felicidad en el camino que yo les planteé.

Y si se preguntan si Chinami y Esteban se volvieron a encontrar, la respuesta es sí. Su amistad es una de las más incondicionales con las que yo me he topado, y sé que pase lo que pase, ellos encontrarán su apoyo en el otro. Aquellas personas que cuenten con una persona así, levanten la mano.

Con esto, quizá puedan intuir la meta que Chinami se puso al pintar el daruma.

También debo agradecerte a ti lector, que le diste una oportunidad a esta historia. Para mí, escribir es una pasión. Que mis historias alcancen a otros, es un triunfo.

Así que gracias. Nos vemos en la siguiente historia.

Libros de este autor

La Estrella de los Cuatro Elementos

SINOPSIS:
En las profundidades del Bosque Oscuro nació una piedra como muestra de paz entre los Cuatro Reinos. Llamada la Estrella de los Cuatro Elementos, fue dotada con poderes que ningún mortal pudo haber soñado, provocando que reyes y reinas pelearan a muerte para obtener dichos poderes. Sin embargo, un mensajero es enviado a tomarla con el propósito de salvarle la vida a un monarca moribundo, y la Estrella es absorbida por el corazón del infante, logrando así sobrevivir para después verse obligado a huir. Años después, rumores de dicha piedra vuelven a circular y los cuatro reyes actuales la buscarán con desesperación en su deseo por controlar los cuatro elementos y erigirse como único gobernante.
¿Qué conllevará esta búsqueda incesante? ¿Lograrán sobrevivir los custodios de la Estrella ante la avaricia de los reyes que están dispuestos a todo con tal de obtener el poder absoluto?